

JAMES HADLEY CHASE

La sangre
de la orquídea



Lectulandia

Carol Blandish es una chica guapísima, tan atractiva como los millones de dólares que está a punto de heredar. Internada en una clínica para enfermos mentales en extrañas circunstancias, su fuga despertará la codicia y la lujuria de unos temibles personajes, dispuestos a no dejar escapar una presa tan jugosa y tentadora...

Lectulandia

James Hadley Chase

La sangre de la orquídea

ePub r1.0

Ablewhite 13.09.15

Título original: *The flesh of the orchid*
James Hadley Chase, 1948
Traducción: Lucrecia Moreno y María Faidella

Editor digital: Ablewhite
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Capítulo 1

En algún punto del edificio, por sobre el rugido del viento que sacudía puertas y ventanas se filtró un alarido de mujer a través de las paredes acolchadas. Más que un grito de dolor o de temor era el de un degenerado o un idiota y se elevó en un crescendo ahogado hasta perderse poco a poco en un lloriqueo demencial y cargado de autocompasión.

Una enfermera joven y bonita apareció con una bandeja con comida por el ancho corredor que se extendía a lo largo del hospital. Al llegar frente a una puerta se detuvo y apoyó la bandeja en una mesita de metal blanco ubicada contra la pared.

En ese momento se hizo visible por la esquina del corredor un hombre bajo con dos dientes de oro. Al ver a la enfermera le dedicó una sonrisa cínica, pero el grito de mujer que volvió a brotar del piso alto transformó la sonrisa en una mueca.

—Ese grito me da escalofríos —se quejó cuando se detuvo con aire desganado junto a la enfermera—. Me encantaría darle motivos para gritar.

—Ah, es la del número diez —comentó la enfermera a la vez que daba unas palmaditas a los rizos dorados que enmarcaban su bonito rostro bajo el borde de su toca almidonada—. Siempre grita así cuando hay tormenta. Sería hora de ponerla en un cuarto con paredes a prueba de ruidos.

—Habría que darle una inyección —dijo el hombre bajo—. Me pone nervioso. De haber sabido que las cosas serían así no habría aceptado este empleo.

—No seas tan exigente, Joe —dijo la enfermera y rio, restando importancia al comentario—. ¿Qué esperabas, si trabajas en un sanatorio de enfermos mentales?

—Esto, no —respondió Joe, agitando la cabeza—. Me pone muy nervioso. Esa loca del número quince por poco me arrancó los ojos esta mañana. ¿Te lo comentaron?

—¿Quién no iba a comentarlo? —dijo la muchacha y volvió a reír—. Dicen que temblabas como una hoja.

—No se me ocurrió otro modo de sacarle un trago de coñac al doctor Travers —Joe rio a su vez—. Pero el maldito me dio un frasco de sales. —Antes de proseguir se quedó pensativo—. Además, escucha ese viento. Este lugar ya es bastante tétrico sin que le agregues el viento, aullando como un alma en pena.

—Estás citando algo que leíste —observó la enfermera—. A mí me gusta el ruido del viento.

—Puedes guardártelo —dijo Joe lacónicamente. Los gritos de la mujer pasaron a ser de repente estallidos de risa llena de melancolía, desprovistos de histeria y de urgencia. Era un sonido siniestro y aterrador contra el fondo de la tormenta que arreciaba afuera.

—No me digas que también te gusta esa risa —dijo Joe. Tenía los labios apretados y una expresión aprensiva en los ojos.

—Uno se acostumbra a oírla —repuso la muchacha con el mismo aire

despreocupado—. Los locos son como los chicos. Necesitan expresarse.

—No lo hace nada mal, en tal caso. Debería estar orgullosa.

Después de una pausa, la enfermera preguntó:

—¿Terminas tu turno ahora?

Joe la miró con un aire mitad calculador, mitad sardónico y a la vez amistoso.

—¿Es una invitación? —preguntó.

La enfermera rio.

—Me temo que no, Joe —dijo, como si lo lamentase—. Tengo que servir ocho comidas más. Tengo trabajo para una hora.

—Bueno... ¡Qué diablos! Me voy a dormir. Sam fue a acostarse ya. Tenemos que levantarnos a la cuatro. Además, no quiero seguir oyendo los gritos de esa loca. Ya me cansó.

—Muy bien, a la cama, entonces —dijo la enfermera y con un gesto de desdén, añadió—: No me falta compañía. El doctor Travers quiere que juegue a las cartas con él.

Joe la miró con gesto irónico.

—Es la máxima ambición del doctor. No creo que te enseñe nada nuevo.

—Lo sé... El doctor Travers no es un osado como tú.

Joe olfateó el contenido de la bandeja.

—Los alimentan bien, ¿no? —dijo, tomando una ramita de apio de una fuente de vidrio—. Antes de trabajar aquí creía que les arrojaban carne cruda entre las rejas —comentó y empezó a mordisquear el apio.

—No toques la comida de mis pacientes —se apresuró a decirle la enfermera, indignada—. ¿Qué modales son esos? Aquí no hacemos esas cosas.

—Acabo de hacerlas —replicó Joe, muy fresco—. Y se dejan comer. Además, no notará la falta de una ramita de apio con todo ese oro que tiene para abrigarse.

—Con que estás enterado de eso también, ¿eh?

Joe sonrió con malicia.

—No se me escapa casi nada. Tenía la oreja pegada al ojo de la cerradura cuando el doctor Travers charlaba por teléfono. Seis millones de dólares. Es lo que le dejó Blandish, ¿no? —Luego frunció los labios y silbó bajo—. ¡Imagina! ¡Seis millones de dólares!

La enfermera suspiró. Todo el día había estado pensando en ello.

—La verdad es que la suerte es solo para algunos. —Apoyada en la pared estudió a Joe con aire experto. Le resultaba simpático.

—¿Cómo es? —preguntó Joe, señalando la puerta con la ramita de apio—. Me han hablado de ella. Sam dice que es apetecible. ¿Es cierto?

—Hay más feas —replicó la enfermera, sin comprometerse mucho—. Pero no es tu tipo, Joe.

—Es lo que tú crees —dijo Joe con una ancha sonrisa—. Con el aderezo de seis millones de dólares hasta el caballo de la señora Astor podría ser mi tipo. Si me

dejase meterle la mano en la cartera, me casaría mañana mismo con esa señora. Quizá tú puedas darle la idea.

—No te gustaría como mujer, Joe —dijo la enfermera, soltando una risita—. Te morirías de miedo de cerrar los ojos. Tiene impulsos homicidas.

—Si es tan hermosa como dice Sam, no querría cerrar los ojos. Además, por todo ese dinero sería capaz de arriesgarme. Por otra parte, creo que sabría manejarla. Tengo una mirada que hipnotiza a las mujeres.

—A mí no tienes que hipnotizarme. Lo sabes, Joe.

—Es verdad, es verdad.

La enfermera tomó su bandeja.

—Tengo que trabajar. ¿No te veré esta noche, entonces? —Con una mirada maliciosa, añadió—: ¿En serio piensas perder tiempo durmiendo?

Joe la miró detenidamente.

—Bien. A las ocho, entonces. Pero no me hagas esperar —dijo—. Podemos ir al garaje y sentarnos en el auto. Si no hay otra cosa que hacer, puedo enseñarte a conducir. —Antes de proseguir le guiñó un ojo—. Será más útil que jugar a las cartas. —Dicho eso Joe se alejó por el corredor, con su paso negligente y su cuerpo macizo y compacto, absorto en sus propios pensamientos, indiferente a su conquista.

La enfermera se quedó mirándolo y con un suspiro buscó la llave que tenía colgada de la cintura. La mujer del segundo piso comenzó a gritar otra vez. Al parecer tenía un nuevo motivo de inspiración, pues sus gritos resonaban por encima del ruido de la lluvia que azotaba las paredes revocadas del sanatorio. El viento cesaba antes de iniciar un nuevo lamento al meterse por las chimeneas. En algún lugar de los fondos del edificio se cerró una puerta con estrépito.

Después de abrir la puerta la enfermera entró en un cuarto sencillamente amueblado. Había una mesa de acero junto a la ventana y un sillón vuelto hacia la puerta. Los dos muebles estaban atornillados al piso. En el cielo raso había una lamparilla eléctrica protegida por una red metálica. Junto a la pared, lejos de la puerta, había una cama y dentro de ella se dibujaba la silueta de una mujer al parecer dormida.

Con aire distraído por estar pensando en Joe, la enfermera depositó la bandeja sobre la mesa.

—A despertarse —dijo con tono perentorio—. No es hora de dormir. Vamos. Le traje la comida.

No hubo ningún movimiento por parte del bulto en la cama y la enfermera frunció el entrecejo. Sin motivo, sentía una súbita alarma.

—¡Despierte! —ordenó, dando una palmada al bulto.

Al hundir los dedos en la blanda consistencia de las almohadas supo que lo que tocaba no era una forma humana. Con una sensación física de temor tiró de la frazada. Pero sus ojos apenas tuvieron tiempo de percibir la otra manta arrollada y la almohada que reemplazaban a su paciente, cuando unos dedos de acero la aferraron

por los tobillos y le hicieron perder el equilibrio.

Cuando sintió que caía, el terror ahogó su grito de sorpresa. Durante un período que se le antojó de siglos luchó por mantener el equilibrio y luego cayó de espaldas, golpeando el suelo alfombrado con la cabeza y los hombros y con una violencia que le provocó náuseas y un desvanecimiento. Permaneció tendida unos momentos, demasiado atontada como para moverse, hasta que la sensación de estar a solas con una demente peligrosa le hizo tratar de incorporarse con rapidez. Tuvo una imagen borrosa de una figura de pie junto a ella y lanzó un débil gemido de terror. Sus músculos se negaban a obedecerle. En ese momento la bandeja con todo su contenido de vajilla y de comida cayó sobre su cara vuelta hacia arriba.

La mujer del segundo piso reía otra vez. Era una risa tan melancólica y tan tonta como la de una hiena.

Joe levantó los hombros como para protegerse contra un posible golpe por la espalda y recorrió de prisa el corredor oscuro. Luego bajó las escaleras que llevaban al sótano del edificio. Sintió alivio al llegar a su dormitorio, compartido con Sam Garland, chofer del doctor Traverso Garland tenía aún puestos la camisa y los pantalones, pero estaba tendido de espaldas en su angosta cama. Tenía la cara vuelta hacia el techo y los ojos cerrados.

—¡Qué noche! —dijo al oír entrar a Joe—. No recuerdo una tan mala en muchos años.

—Sí, es noche de fantasmas, diría —respondió Joe y se sentó en un sillón cerca de la chimenea—. Hay una loca arriba que grita y ríe como lo que es. Me puso nervioso.

—La oí. Mira si escapase y bajase al sótano mientras dormimos —dijo Garland, disimulando una sonrisa—. ¿Nunca se te ocurrió? Podría llegar con un gran cuchillo de cocina y degollarnos mientras dormimos. Con eso sí que tendría motivos para reír, ¿no?

—¡Cállate la boca! —gritó Joe y se estremeció—. ¿Qué quieres? ¿Ponerme la piel de gallina?

—Una mujer hizo eso una vez —mintió Garland, cerrando otra vez los ojos—. Se metió en uno de los cuartos de las enfermeras con una navaja en la mano. La encontraron jugando al fútbol con la cabeza de una de las muchachas por todo el corredor. Fue antes de venir tú.

—Mientes —le dijo Joe, furioso—. ¡Calla, te digo! Te aseguro que mis nervios no soportan nada más.

—Solo quería mencionártelo —replicó Garland y sin dejar de sonreír, fingió dormirse—. Tienes que calmarte. Este trabajo es bueno si tomas las cosas con calma.

—Qué mala suerte —dijo Joe a continuación—. Tengo una cita a las ocho con esa enfermera rubia. No creo que me sienta muy feliz a oscuras con ella.

—Ah, esa... —repuso Garland con desdén—. Sale con todos los nuevos. No vale tanto.

—En el asiento de atrás de un auto tiene muy buen genio. Hace un par de noches hicimos un pequeño ensayo general; Es una mujer muy habilidosa.

—Esa es la dificultad —comentó Garland—. Es demasiado habilidosa.

Pero Joe no lo escuchaba. Estaba inclinado hacia adelante, con la vista fija en la puerta.

—¿Qué mosca te ha picado ahora? —le preguntó Garland, intrigado.

—Hay alguien afuera —susurró Joe.

—Debe de ser un ratón, o bien tu musa rubia que está impaciente —dijo Garland sonriendo—. ¿Y por qué no habría de haber alguien afuera, por otra parte?

La expresión de temor aprensivo en los ojos de Joe lo sorprendió, no obstante, y por ello, se puso a escuchar a su vez.

Afuera crujió un listón del piso y luego, otro. Un ruido como de algo que se deslizase, una mano, quizá, se hizo más perceptible.

—Tal vez sea Boris Karloff —dijo Garland, pero su sonrisa era forzada—. Vea ver. Vea ver quién es.

—Ve tú —murmuró Joe—. No saldría ni por mil dólares.

Ninguno de los dos se movió.

Una mano palpó la puerta, volvió a crujir un tablón y a eso siguió el rumor de pasos rápidos en el piso de madera, ruido que hizo que ambos hombres se levantasen. Garland arrojó lejos su frazada y Joe dio un puntapié a su sillón. Momentos después la puerta de los fondos se cerró de un golpe y una fuerte ráfaga de aire frío inundó el pasillo.

—¿Quién era? —preguntó Joe, retrocediendo.

—Solo alguien que salía, tonto —gruñó Garland y volvió a sentarse en su cama—. ¿Qué te pasa? Estás poniéndome también nervioso.

Joe se pasó los dedos por el pelo.

—Estoy muy alterado —dijo—. Fue esa mujer con sus gritos, sumado a la tormenta. —Seguía escuchando y con la vista fija en la puerta.

—Deja de alterarte el metabolismo —lo reprendió Garland con aspereza—. No tardarán en meterte a ti en una celda acolchada.

—¡Escucha! ¿Oíste eso? Es el perro. Escúchalo.

En algún lugar del jardín un perro comenzó a aullar lúgubrementemente. El viento no tardó en recoger ese sonido y llevárselo.

—¿Por qué no habría de aullar un perro si se le antoja? —Preguntó Garland. Su tono era temeroso.

—De esa manera, no —respondió Joe—. Un perro aúlla así cuando está muy asustado. Hay algo afuera que le da miedo.

Siguieron escuchando el ladrido lastimero del perro y luego Garland se estremeció.

—Me contagiaste —dijo, indignado. Se levantó entonces y se dirigió a la ventana para mirar a través de las tinieblas húmedas—. No se ve nada. ¿Bajamos y damos a ese perro algo para que aülle en serio?

—No, yo, no —dijo Joe—. Salir con esa oscuridad... Ni por todo el dinero del mundo.

Un nuevo sonido, el estridente tañido de una campana lo hizo levantar de un salto.

—¡Es la campana de alarma! —exclamó, tomando su chaqueta—. Vamos, Joe, tenemos que subir a toda marcha.

—¿Alarma? —repitió Joe, sin comprender. Pero sintió a la vez el escalofrío que le subía por la espalda hasta las raíces del pelo—. ¿Qué alarma?

—Escapó uno de los locos —gritó Garland, apartando a Joe para correr hacia la puerta—. Te guste o no, tendrás que salir ahora a la oscuridad.

—Es lo que oímos... por eso aullaba el perro —Joe titubeaba en seguir a Garland.

Garland, en cambio, corría ya por el pasillo y Joe, temeroso de quedarse solo, corrió tras él.

En medio de las ráfagas de viento y lluvia el perro volvió a aullar.

El agua caía del ala del sombrero de fieltro negro del *sheriff* Kamp.

—Entiendo que hay dificultades aquí, doctor Travers —dijo a la vez que estrechaba la mano de un hombre alto y huesudo que se adelantó a recibirlo—. Se escapó uno de los pacientes, ¿no?

Travers hizo un gesto afirmativo. Sus ojos hundidos tenían una expresión de ansiedad.

—Mis hombres están buscándola —dijo—, pero necesitaremos la mayor ayuda posible. Será un trabajo arriesgado y además, peligroso.

Kamp tiró de su bigote rubio y manchado de tabaco. Había una expresión de sorpresa en sus ojos claros.

—¿En serio? —preguntó con tono pausado.

—Estoy en una situación muy difícil —prosiguió Travers—. Si la noticia llega a los diarios, podría significar mi ruina. Era la única de mis pacientes a la que nunca debí perder.

—Ayudaré todo lo posible, doctor —dijo Kamp, sentándose—. Cuente conmigo.

—Lo sé —dijo Travers. Se paseó por el cuarto unos instantes e inesperadamente siguió hablando—. La paciente es la heredera de John Blandish. ¿Le dice algo esto?

Kamp frunció el entrecejo.

—¿John Blandish? Me suena el nombre. ¡No se referirá a ese millonario al que le secuestraron la hija hace unos veinte años!

—Ni más ni menos. Tenemos que recuperarla antes de que alguien se entere de que escapó. Recuerde la publicidad que siguió a la muerte de Blandish el año pasado.

Si esta noticia se propaga, todo comenzará de nuevo y lo mismo sería para mí cerrar este sanatorio.

—Cálmese, doctor —dijo Kamp con gran serenidad—. La traeremos. —Después de tirar de su bigote, añadió—: ¿Dice usted que es la heredera de Blandish? ¿En qué estaba pensando él al dejarle su fortuna a una loca? No tiene sentido.

—Era su nieta ilegítima —le dijo Travers, bajando la voz—. Y este dato es para su información exclusiva.

—¿Quiere explicarse? —preguntó Kamp, irguiéndose en su asiento.

—La hija de Blandish fue raptada por un depravado, loco y homicida —dijo Travers luego de titubear—. Estuvo en manos de él durante meses antes de que la encontrasen y usted recordará que se suicidó, se arrojó desde una ventana antes de que su padre se comunicase con ella. Murió a consecuencia de sus heridas.

—Sí. Lo sabía —dijo Kamp con tono impaciente.

—Pero lo que no sabe es esto: antes de morir la muchacha tuvo una hija. El padre de esta niña era el secuestrador, Grisson.

Kamp infló los carrillos.

—¿Y esta muchacha es su paciente, adulta ahora? ¿Es esa la historia?

Travers hizo un gesto afirmativo.

—La niña, Carol, tenía exactamente el aspecto físico de su madre y Blandish no podía soportar su presencia. La criaron padres adoptivos. Blandish nunca se le acercó, aunque jamás le faltó nada. El hecho de haber sido su padre un enfermo mental hacía caer la desconfianza en Carol, pero hasta los ocho años no mostró señales de haber heredado algún rasgo de su padre. La vigilaban, no obstante, y a los diez años dejó de mezclarse con otros niños, se volvió taciturna y comenzó a tener violentos accesos de furia. Informaron a Blandish, quien contrató a una enfermera psiquiátrica para que la cuidase. Su genio se volvía cada vez más violento y muy pronto resultó obvio que no era posible confiar cerca de ella a nadie que fuese más débil. Cuando cumplió diecinueve años fue necesario declararla insana e internarla. Hace tres años que es mi paciente.

—¿Hasta qué punto es peligrosa? —preguntó Kamp.

—Es difícil decirlo. Ha estado siempre bajo observación, y en manos de especialistas expertos que saben cuidarse. No quiero que crea que es violenta o peligrosa todo el tiempo. Lejos de ello. En verdad es, la mayor parte del tiempo, una muchacha encantadora y de buen carácter. Pasan meses en los que actúa normalmente y en que se diría que es una lástima tenerla encerrada. Pero sin el menor aviso puede llegar a atacar a cualquiera que esté cerca. Es una forma atípica de enfermedad mental, una forma de esquizofrenia. —Al ver la expresión perpleja de Kamp, Travers prosiguió—: Es una personalidad dividida, por llamarla así, con una mentalidad que recuerda la del buen doctor Jekyll y el malvado señor Hyde. Es como si hubiese en su cerebro una cortina mental que baja sin el menor preanuncio y que la transforma en una demente homicida. La dificultad, como he dicho ya, es que nadie puede predecir

cuándo tendrá estos ataques. Se producen de repente y entonces ataca a cualquiera con una violencia y una fuerza increíbles. Cuando pierde el control puede hacer frente a cualquier hombre.

—¿Mató a alguien alguna vez? —preguntó Kamp, tocándose el bigote.

—No, pero se registraron episodios muy feos que obligaron a declararla insana. El último ocurrió un día en que sorprendió a un hombre castigando a un perro. Le gustan los animales, y antes de que su enfermera pudiese reaccionar se lanzó sobre el hombre y lo atacó en la cara con las uñas. Tiene mucha fuerza y el hombre perdió un ojo. Fue solo mediante los mayores esfuerzos que la enfermera y algunos que pasaban por el lugar lograron apartarla. Es seguro que lo habría matado si hubiese estado sola. El hombre inició juicio y esto fue causa de que la encerrasen. El episodio se mantuvo reservado y costó a Blandish una bonita suma. —Travers se pasó la mano por el pelo y agitó la cabeza—. Pero ahora que está en libertad para ir adonde se le antoje, cualquier persona desprevenida que se encuentre por casualidad con ella podría correr un serio peligro.

—No es una perspectiva muy brillante —comentó Kamp—. Aparte de que salir a cazarla en medio de esta tormenta no facilitará mucho las cosas.

—Es necesario encontrarla inmediatamente y sin mayor publicidad. Seguramente usted está también enterado de que la sucesión de Blandish ha terminado y que sus bienes deberán ser administrados por albaceas. Implica una suma de algo más de seis millones de dólares. Pero si llega a saberse que escapó de aquí y anda vagando por las inmediaciones, alguna persona inescrupulosa puede atraparla y explotarla para obtener su dinero.

—Pero si hay albaceas, el dinero está a salvo, ¿no?

—No necesariamente. En este estado tenemos una ley relativa a las declaraciones de insania. Cuando una persona declarada insana escapa de un sanatorio y permanece en libertad durante catorce días, se requiere volver a declararla insana antes de que sea posible internarla nuevamente. Entiendo, además, que según las cláusulas del testamento de Blandish se especifica que si la muchacha sale de aquí y deja de ser declarada insana, obtiene el control total de su fortuna y la función de los albaceas cesa en forma automática. Verá, Kamp, Blandish nunca se convenció de que el mal de la chica fuese incurable, y por ese motivo se redactó el testamento en esos términos. Yo creo que se arrepintió de haberse lavado las manos de toda responsabilidad durante la infancia de su nieta y por ello trató de compensar el mal que pudiese haberle hecho.

—De modo que si no la encuentran dentro de los próximos catorce días no podrán traerla aquí otra vez...

—No, a menos que un juez dé una orden de detención contra ella y apoyen esta orden los certificados de dos médicos, pero no deberá tenerse en cuenta su historia previa. Tendrá que probar con sus actos que debe ser declarada insana, lo cual puede resultar imposible si se traslada de un estado a otro del país.

—Sospecho que debemos localizarla rápidamente —dijo Kamp—. ¿Tenía dinero?

—Que yo sepa, no. Diría que no.

—¿Tiene Una foto de ella?

—No creo que exista ninguna.

—Entonces, descríbala —dijo Kamp y sacó una libreta muy gastada de un bolsillo.

Travers frunció el entrecejo.

—No es fácil describirla —dijo—, o por lo menos, hacerle justicia. Veamos. Mide alrededor de un metro sesenta y cinco, sus ojos son enormes y verdes. Es de una belleza extraordinaria, con buena figura y se mueve con gracia. A veces tiene la costumbre inusual de mirarlo a uno con los ojos entrecerrados, lo cual le da una expresión calculadora y decididamente antipática. Tiene un tic nervioso en la comisura derecha de los labios, el único signo exterior de su desequilibrio mental.

Kamp murmuró algo sin dejar de escribir en su libreta.

—¿Alguna marca, o cicatriz? —preguntó.

—En la muñeca izquierda tiene una cicatriz de unos cinco centímetros de largo. Se la hizo cuando en un acceso de furia intentó abrirse las venas al llegar a este sanatorio. Lo que más llama la atención en ella es el pelo. Nunca he visto un pelo tan rojo como ese. Es bien rojo, no cobrizo. Sumamente poco común y muy bonito.

—¿Y cómo vestía cuando se escapó?

—Llevaba un vestido de lana azul oscuro y zapatos resistentes para la marcha, que no se encontraron. Mi chofer me dice que su impermeable, que estaba colgado en el pasillo fuera de su puerta ha desaparecido. Creo que cabe suponer que ella se lo llevó.

Kamp se levantó.

—Bien —dijo—. Ahora podemos empezar. Notificaré a la policía caminera y ordenaré que vigilen todas las carreteras y además organizaré una patrulla para que recorra las colinas. No se preocupe, doctor. La encontraremos.

Sin embargo, mientras Travers oía el rugido del automóvil del *sheriff* al alejarse, tuvo el presentimiento de que no la encontrarían.

El camión se detuvo poco a poco frente al Café de Andy. Dan Burns bajó con aire fatigado, caminó sobre unos charcos y agachó la cabeza para protegerse algo del viento y la lluvia. Empujó la puerta del bar y se abrió paso en medio del calor insoportable y la espesa nube de humo de tabaco hasta llegar a una mesa alejada de la estufa.

Se le acercó Andy, un hombre grande, gordo, ruidoso.

—Hola, Dan —dijo—. Me alegra verte de nuevo. Tienes aspecto de estar molido, hijo. No piensas proseguir esta noche, espero. La mayoría de los muchachos se quedará esta noche. Hay lugar para ti.

—Tengo que proseguir —repuso Dan. Tenía la cara rígida de fatiga y apenas podía mantener los ojos abiertos—. Dame una taza de café, y ahora mismo, Andy. Tengo que estar en Oakville mañana.

—Estás loco —replicó Andy, indignado, pero se alejó y volvió enseguida con el café—. Todos los camioneros son locos. ¿Por qué no duermes un poco? Apuesto a que hace días que no duermes.

—¿Crees que hago esto por divertirme, Andy? —rezongó Dan—. Con el precio de los fletes y con mi atraso de diez semanas en el pago de mi camión, ¿qué otra cosa puedo hacer? No quiero perder el camión, Andy.

—Ten cuidado. Tienes mal aspecto. No estás en condiciones de atravesar las montañas con ese camión pesado.

—¡Calla! —le dijo Dan lacónicamente—. Tengo que seguir. —Bebió el café hirviente y luego agregó con un suspiro—: Tengo quinientos cajones de pomelos y la carga puede podrirse. Debo llevarla, Andy. No tengo otra fuente de ingresos.

Andy murmuró algo.

—Bien, si esa es la situación... ¿Cómo están Connie y el chico? Tengo ganas de volver a verlos. Espero que los traigas la próxima vez.

El rostro de Danny se iluminó con una sonrisa.

—Están muy bien. No puedo traerlos en uno de estos viajes. Andy. Es demasiado duro. Tengo que correr todo el tiempo. —Danny terminó de beber su café—. Espero llegar a casa y pasar la noche en ella un día de estos. Hace semanas que no voy a casa.

—Será mejor que vayas. El chico no te reconocerá cuando beses a Connie y te dará un puñetazo. Lo ves tan poco...

—Tienes razón —dijo Dan y se puso de pie—. Esta lluvia me enferma. ¿La oyes?

—No cesará esta noche —dijo Andy—. Ten cuidado, hijo.

—Desde luego. Bien, hasta pronto. Te veré en el próximo viaje. Siempre que tenga suerte y consiga otra carga.

—La conseguirás —lo animó Andy—. Mantente bien despierto en la montaña. —Después de levantar el dinero dejado por Dan sobre la mesa, le dijo—: Hasta pronto.

Hacía frío en la cabina después del ambiente caldeado del bar. Y Dan sentía menos sueño. Luego de poner en marcha el motor entró en la carretera y el vehículo se alejó ruidosamente en medio de la lluvia.

A lo lejos, sobre la derecha y apartado de la carretera, veía las ventanas iluminadas del Sanatorio Psiquiátrico Glenview. La nariz respingada de Dan se frunció en una mueca aprensiva. Cada vez que pasaba frente al Sanatorio, lo asaltaba el mismo pensamiento morboso: si no salía de la ruta, chocaba con algo o moría quemado dentro del camión, terminaría en uno de esos loqueros. Las largas horas detrás del volante, el monótono rugido del motor, la constante falta de sueño, todo bastaba para volverlo loco a uno. Echó otra mirada a las luces de Glenview, cada vez más distantes. Aunque no lo encerrarían allí, en su caso. Solo los ricos podían

costearse Glenview.

El viento azotaba el camión y la lluvia se abatía sobre el capó. No era fácil ver la carretera, pero Dan seguía su camino, con las manos tan aferradas al volante que le dolían.

Súbitamente se inclinó para ver mejor por el parabrisas. Los faros enfocaron la figura de una muchacha parada al costado del asfalto. No parecía reparar en la lluvia que caía sobre ella ni tampoco hizo señal alguna al acercarse el camión.

Con un movimiento automático Dan apretó el freno y los neumáticos patinaron un poco. Se detuvo al lado de la muchacha, se asomó por la ventanilla. La muchacha no estaba ya iluminada por los faros y no alcanzaba a verla bien, pero vio que tenía la cabeza descubierta y el pelo aplastado por el agua.

Se sentía intrigado, a la vez que sorprendido.

—¿La llevo? —preguntó a gritos en un esfuerzo por hacerse oír sobre el rugido del viento. Al mismo tiempo abrió la puerta.

La muchacha no se movió. Danny distinguía en ese momento la mancha pálida de su cara y sentía que unos ojos que no veía estaban estudiándolo.

—Pregunté si quiere que la lleve —volvió a gritar—. ¿Además, qué está haciendo aquí? ¿No ha notado que está lloviendo?

—Sí, lléveme —dijo la muchacha. El tono era opaco, frío.

Danny tendió una mano, tomó la de ella y la ayudó a subir junto a él.

—Está muy mojada —comentó—. Es una noche de perros.

Inclinándose sobre la muchacha cerró la puerta de un golpe. La escasa luz del tablero le permitió ver que llevaba un impermeable de hombre.

—Sí, ¿no? —respondió ella.

—En serio, es una noche de perros —repitió Dan, por sentirse inseguro, perplejo. Al levantar el pie del embrague el motor rugió y se lanzó a través de las tinieblas.

A lo lejos se oía el débil repicar de una campana.

—¿Qué es eso? —preguntó Dan—. Suena como una campana.

—Es la campana de alarma del sanatorio —contestó la muchacha—. Alguien tuvo la suerte de escapar —añadió y rio. La risa tenía un timbre metálico y extraño que alarmó a Dan.

El sonido lúgubre de la campana, llevado por el viento, parecía perseguirlos.

—¿Quiere decir que escapó uno de los locos? —preguntó Dan, sorprendido. Fijó la mirada en el frente, como si esperase ver a una figura desesperada e incoherente pronta a saltar al camión desde los espesos arbustos que bordeaban el camino—. Apuesto a que se alegró de verme llegar. ¿Adónde va?

—A ninguna parte —respondió la muchacha y se inclinó a su vez para escudriñar el camino por el parabrisas azotado por la lluvia. La luz del tablero se reflejó en sus manos, alargadas y finas y Dan advirtió la cicatriz áspera sobre su muñeca izquierda. «Cerca de la arteria», pensó. «Qué susto debe de haberse dado».

—¿A ninguna parte? —repitió y a su vez se echó a reír—. Eso queda lejísimos.

—No vengo de ninguna parte, no voy a ninguna parte y no soy nadie —dijo la muchacha. En su voz fría y sin inflexiones había una nota de amargura.

«Me ordena no meterme en su vida y me lo dice sin evasivas», pensó Dan, antes de comentar:

—No quise pecar de curioso. Yo soy de Oakville, y no sé si a usted le viene bien.

—Me viene bien —contestó ella y calló.

Estaban subiendo y el motor se recalentaba, llenando la cabina de ráfagas cálidas que dieron sueño a Dan. Le dolía el cuerpo y sintió que se le embotaba el cerebro, de tal manera que conducía en forma maquinal y llegó a olvidar a la muchacha a su lado que se movía un poco con cada sacudida del camión.

En cuatro días había dormido solo seis horas y había llegado al límite de su resistencia. Inesperadamente le resultó imposible mantenerse despierto ya, y cayó hacia adelante, golpeando el volante con la cabeza. Despertó al instante, y conteniendo una maldición se irguió sobre el volante, alcanzando a ver el borde de la carretera acercándose con una velocidad increíble y el pasto de un verde intenso bajo la luz de los faros. Pegó un violento giro y el camión patinó con un chillido de neumáticos maltratados. Una rueda subió al borde del pasto y luego volvió a tomar el asfalto. La carga enorme y pesada de cajones de pomelos, asegurada bajo el toldo de lona, crujió, se estremeció y se meció peligrosamente y por un instante aterrador Dan temió que el vehículo volcase. Sin embargo, recuperó el equilibrio y luego continuó su marcha por la carretera llena de curvas.

—¡Ay! ¡Perdone! —exclamó. El corazón le latía con violencia—. Debo de haberme dormido. —Al mirar a la muchacha, con la idea de encontrarla temblando como una hoja, vio que seguía con la vista fija en el parabrisas, tranquila, muda, como si no hubiese sucedido nada—. ¿No tuvo miedo? —preguntó, un poco irritado ante tanta impasibilidad—. Por poco no volcamos.

—Nos habríamos matado, ¿no? —dijo la muchacha en voz baja. Dan apenas pudo oírla a causa de los golpes de viento contra la carrocería—. ¿Le daría miedo morir?

Dan arrugó la nariz en una mueca cómica.

—Trae mala suerte hablar así dentro de un camión. Todos los días se mata alguien viajando en camiones —dijo y golpeó con los nudillos el tablero de madera.

Disminuyó la velocidad al tomar una curva cerrada después de la cual llegarían al camino de la montaña.

—Aquí empezamos a subir —dijo, cambiando de postura para estar más cerca del volante—. Cuidado. Verá qué clase de camino es este.

Avanzaban por un trayecto estrecho, limitado en uno de sus lados por una imponente montaña y en el otro por un abrupto precipicio sobre el valle. Cambió de velocidad y el vehículo empezó a trepar muy despacio por la pendiente con el motor al máximo.

—El viento será terrible a mitad de camino —dijo a los gritos. En efecto, su violencia comenzaba a aumentar y frente a ellos se oían caer pesadamente los

fragmentos de rocas hacia el valle, lo cual intensificaba aún más el ruido.

—Sopla por la llanura y choca contra la montaña. El año pasado hice un viaje por aquí con este viento y tuve un accidente.

La muchacha no hizo ningún comentario, pero no dejaba de mirarlo.

«Chica extraña», pensó Dan. «Me gustaría poder verla mejor. Diría que es una belleza». Con un gran bostezo aferró el volante. *No soy nadie y no vengo de ninguna parte*. Comentario insólito. Puede ser que esté en dificultades. Que haya huido de su casa. Dan agitó la cabeza, pues la muchacha lo preocupaba.

Pero tan pronto como pasó la curva siguiente debió olvidar todo salvo el control del camión. Inesperadamente el viento se lanzó al ataque con ferocidad. El motor pareció trabarse y el camión se detuvo, tembloroso. Era como si hubiesen llegado a un muro de ladrillos y estuviesen por caer directamente entre las fauces del viento para recibir toda su furia. La lluvia, espesa como el chorro de una manguera hacía crujir el parabrisas. Era imposible ver a través de los torrentes de agua que caían sobre el camión.

Mascullando insultos Dan puso en marcha el motor, empujando a fondo el pedal de cambios. El camión dio un salto hacia adelante, se sacudió frente al viento y de repente empezó a balancearse con violencia. Se oyó el choque de los cajones de pomelos, algunos de los cuales saltaron fuera de la lona y cayeron a la carretera.

—¡Jesús! —exclamó Dan—. ¡Ahí va mi carga!

Mientras daba marcha atrás seguían cayendo cajones sobre el camino. Después de retroceder cuesta abajo unos metros, Dan buscó la protección de la montaña a la altura de la curva.

El camión volvió a sacudirse. Las ruedas de afuera no tocaban el suelo.

«Volcaremos», pensó, rígido de terror. Quería abrir la puerta, saltar, salvarse, pero no se decidía a abandonar su camión y su carga.

El camión comenzó a patinar hacia el borde del camino y en un esfuerzo sobrehumano por dominar el vehículo que patinaba, Dan apretó a fondo el pedal, con lo cual el camión retrocedió a gran velocidad, pasó la curva con la rueda posterior casi fuera del borde y por fin quedó apoyado contra la pared rocosa. Dan frenó, apagó el motor y sin poder creer que se habían salvado, permaneció sentado con una sensación de temblor en cada músculo y la boca reseca.

—Vaya experiencia —dijo, echándose la gorra hacia atrás y enjugándose la frente con una manga—. Esto sí que fue una experiencia.

—¿Qué piensa hacer ahora? —le preguntó la muchacha. Estaba tan tranquila como una niña inocente.

Dan decidió abstenerse de hablar, pero en cambio bajó para revisar los daños del camión.

A la luz de los faros vio los cajones de madera desparramados por el camino, algunos de ellos rotos, con su contenido de pomelos dorados y machucados brillando bajo la lluvia. No le quedaba otra alternativa que esperar hasta el amanecer. Estaba

demasiado amargado como para sentir enojo. No tenía ningún otro recurso, salvo aceptar la pérdida de su carga como debió aceptarla el año anterior.

Empapado, medio muerto de cansancio, subió con trabajo a la cabina del camión.

La muchacha estaba sentada detrás del volante, pero Dan se sentía demasiado agotado como para pedirle que se corriese. Se acurrucó en el otro lado del asiento y cerró los ojos.

Antes de que atinase a pensar en algún plan para el día siguiente, o calcular lo que había perdido, se quedó dormido, con la cabeza inclinada sobre el pecho y los párpados cerrados como bajo el peso de placas de plomo.

Sonó entonces que conducía el camión. El sol estaba alto sobre la montaña y un suave viento canturreaba marcando la marcha del camión por las últimas pendientes. Era grato conducir así. No se sentía cansado ya. Estaba perfectamente bien y cuando aumentó la velocidad el velocímetro marcó cien kilómetros y osciló dentro de esa cifra. Su mujer, Connie y su hijo viajaban junto a él. Le sonreían admirados por la destreza con que conducía el vehículo y el niño le pedía a gritos que fuese más rápido, para ganarle al viento, y el camión daba la sensación de volar por la carretera, con la gracia y la velocidad de una golondrina.

De repente aquel sueño se transformó en una pesadilla. El volante se desintegró entre sus manos como si hubiese sido de papel y el camión dio un gran salto en el aire, salió del camino y cayó en una serie de vueltas sobre sí mismo. Dan despertó con los gritos de Connie en los oídos, tembloroso, con el corazón helado.

Por un momento creyó que el camión seguía cayendo porque el motor rugía y el vehículo parecía encabritado, pero entonces cayó en la cuenta de que marchaba cuesta abajo, con los faros relucientes trazando flechas de luz a través de la oscuridad. Medio atontado por el *shock* y el sueño, buscó automáticamente el freno y empujó a fondo. Pero no había nada bajo su pie y solo entonces comprendió que no estaba conduciendo el camión, sino que la muchacha era quien manejaba.

Antes de que sus sentidos confusos aún captasen lo que sucedía, percibió el ruido de una sirena policial.

Estaba despierto por fin, asustado, indignado.

—¿Qué demonios cree estar haciendo? —gritó—. ¡Deténgase ahora mismo! ¡Se me ha aflojado la carga y la policía nos persigue! ¿No los oye? ¡Deténgase, le digo!

La muchacha no le prestó atención, sino que permaneció clavada como una estatua frente al volante y su pie apretó poco a poco el acelerador, aumentando la velocidad, forzando al motor a correr más y más hasta que todo el vehículo empezó a balancearse. Los cajones de madera detrás se entrechocaban y golpeaban bajo la lona.

—¿Se ha vuelto loca? —preguntó Dan a gritos, temeroso de tocarla y con ello apartarse del camino—. Caeremos al abismo en un segundo. ¡Deténgase, tonta!

La muchacha parecía sorda y el camión seguía avanzando y dando tumbos bajo la lluvia, desafiando el viento y la oscuridad.

Detrás oyeron el alarido de la sirena y Dan se asomó por la ventanilla, mirando la

superficie del camión, mientras la lluvia le azotaba la cara y la cabeza. Detrás de ellos vio el brillo de un faro. Adivinó entonces que los perseguía un policía estatal en una motocicleta de gran velocidad. Volviéndose hacia la muchacha, gritó:

—Ese que viene detrás es un policía de tránsito. Nos ordena detenernos. No podemos escapar. Deténgase, ¿quiere?

—Pienso dejarlo atrás —dijo ella con una voz algo aguda que se oyó con claridad por sobre el viento y la lluvia. Luego rio con aquella risa metálica y extraña que antes había alarmado a Dan.

—No sea tonta —repuso Dan, acercándosele—. Chocaremos. Con este camión no podemos ganarle a una motocicleta. Vamos, deténgase.

La carretera se ensanchó al frente en forma inesperada.

«Es el fin,» pensó Dan. «La policía pasará volando frente a nosotros y volverá. Bien, la responsabilidad es de ella. Tendrá que hacer frente a esto. ¡Qué tonta, loca, irresponsable!».

Y las cosas sucedieron tal como Dan las había imaginado. Se oyó el súbito rugir de un motor, el reflejo enceguecedor de un faro potente y luego el patrullero de tránsito pasó junto a ellos. La figura del hombre era rechoncha y vestía un impermeable negro. Tenía la cabeza muy cerca del volante.

—Ahora tendrá que detenerse —gritó Dan—. Se clavará en el medio de la carretera y disminuirá su velocidad. Tendrá que detenerse pues de lo contrario, lo atropellará.

—En ese caso lo atropellaré —dijo ella sin inmutarse.

Dan la miró con fijeza, pues tuvo el presentimiento de que la muchacha hablaba en serio.

—¿Está loca? —gritó a la vez que le daba un vuelco en el corazón. ¡Glenview! La campana, *alguien tuvo la suerte de escapar. En ese caso lo atropellaré.* ¡Estaba loca! ¡Una demente! ¡La perseguía el policía para llevarla otra vez al sanatorio!

Dan se apartó, con los ojos casi fuera de las órbitas, muerto de terror. Tendría que hacer algo. Mataría al policía, lo mataría a él, se mataría ella misma. No le importaría lo que él hiciera. ¡Si pudiese tocar el botón de arranque! Pero ¿se atrevería a intentarlo? ¿Si el movimiento la irritase y la llevase a salir de la carretera? Dan miró por la ventanilla, respirando afanosamente y con el corazón palpitante. Estaban subiendo otra vez. A su izquierda había un cerco de tablas blancas como protección contra el precipicio que caía a pico desde el tramo de carretera que acababan de recorrer. Si la muchacha viraba hacia la izquierda, todo terminaría. En cambio si virase hacia la derecha tendría alguna probabilidad, si bien escasa, de salvarse y salir de la cabina antes de que estallase el tanque de nafta.

Advirtió entonces que el policía les hacía señas de que se detuviesen. La señal ordenaba: ¡Policía! ¡Alto!

—Tiene que parar —gritó Dan, desesperado—. No la busca a usted, me busca a mí. No tiene por qué temer nada...

La muchacha rio como para sus adentros y se inclinó hacia adelante para leer la señal intermitente. Al parecer estaba por dirigir el camión contra la señal.

Dan notó que el policía disminuía su velocidad. El camión se le acercaba poco a poco. El gran haz de luz de sus faros delanteros se reflejaba en su espalda.

«¡Qué tonto!», pensó Dan. «Tiene que saber que está loca. Tiene que saber que va a matarlo». Asomando la cabeza por la ventanilla llamó a gritos a la figura encorvada sobre la motocicleta.

—¡Apártese! ¡Lo atropellará, idiota! ¡Apártese del camino! ¡Lo atropellará!

El viento parecía arrancar le las palabras para alejarlas del policía. Este no debía de oír nada en medio del rugido de los motores y de los aullidos del viento. Avanzaba cada vez más despacio por el centro mismo de la carretera. Las luces del camión lo iluminaban y el capó avanzaba también con gran estrépito, en ese momento a menos de seis metros de la rueda de atrás de la motocicleta.

Dan se volvió, desesperado, e intentó asir el botón de arranque, pero la muchacha lo atacó con los dedos curvados como garras. Sus uñas abrieron surcos en sus mejillas y Dan cayó contra la pared de acero del camión al desplazarse este, entrar en el pasto y luego volver a tomar la carretera. Al agarrarse la cara, sintió correr la sangre entre sus dedos. Sentía además toda la piel temblorosa de horror y de dolor.

Entonces, cuando levantó la vista, sucedió. El policía miró por sobre el hombro como si intuyese el peligro que corría. Dan vio la cara salpicada de barro y las antiparras durante un breve segundo, la boca abierta en un grito inaudible. La muchacha apretó el acelerador. Los dos motores parecieron suspenderse en el espacio, la motocicleta en un intento inútil de alejarse, el camión, empeñado en alcanzarla y destruirla. Luego, con un tremendo impulso de potencia, el camión hizo impacto y en un movimiento despectivo arrojó la motocicleta por los aires.

Por sobre el rugido del viento Dan oyó gritar al policía, luego el choque del vehículo al golpear la ladera de la montaña y casi de inmediato vio el resplandor de llamas al incendiarse el motor.

—¡Lo mató! —gritó Dan—. ¡Lo mató! ¡Es una loca, una perra!

Sin pensar se lanzó hacia adelante, se apoderó del botón de arranque y logró eludir una garra velocísima. Consiguió apagar el motor y aferrar el volante, tratando de girarlo hacia la derecha para hacer chocar el camión contra la ladera, pero la muchacha era demasiado fuerte para él. El camión se zarandeaba locamente sobre el asfalto al luchar ambos por dominar el volante.

Dan tenía la cara cerca de la de ella. Le veía los ojos, como dos linternas con vidrios verdes. Con un juramento, intentó golpearla, pero el camión se sacudió y su puño apenas le rozó un lado de la cara.

La muchacha soltó el volante y se lanzó sobre él, con las manos aferradas a su garganta y dedos largos que se hundían en su carne.

El camión volvió a salir del asfalto y destrozó el cerco de madera blanca. Los faros barrieron un negro abismo vacío y oscuro. Las piedras hacían ruido al saltar

dentro de los guardabarros cuando los neumáticos trataron inútilmente de morder el ripio. Por un segundo el camión quedó otra vez suspendido en el espacio, en medio de ruidos ásperos de metal destrozado, antes de rodar en la oscuridad hacia el valle más abajo.

La gran camioneta cubierta tenía un capó que resplandecía bajo el sol de la mañana. Su marcha por la carretera que subía abruptamente hacia las montañas no parecía exigirle ningún esfuerzo.

Steve Larson viajaba sentado al volante. Su hermano Roy lo acompañaba. Nada en su aspecto indicaba que esos dos hombres fuesen hermanos. Steve era alto, musculoso y rubio, con una mirada que expresaba buen humor. Tenía la piel curtida en un tono caoba oscuro a causa del sol y del viento y parecía tener menos de sus treinta y dos años. Llevaba pantalones de cordero y una camisa de cuadros y las mangas arremangadas dejaban ver unos brazos fuertes y bronceados.

Roy era mayor, moreno, casi una cabeza más bajo que su hermano, con labios finos y nerviosos, ojos de color ágata entrecerrados. Sus movimientos eran bruscos e inesperados, con reflejos exagerados, los de un hombre excitable cuyos nervios comienzan a fallarle bajo una tensión constante. Sus elegantes ropas de ciudad quedaban fuera de lugar en aquel paraje tan agreste.

Steve viajaba desde su criadero de zorros en Black Mountain Summit a recibir a su hermano, que había atravesado el país en tren desde Nueva York. Hacía años que los hermanos no se veían y Steve se sentía aún intrigado en cuanto a los motivos de la visita de Roy. Nunca se llevaron bien y el hosco saludo de Roy al encontrarse con Steve no fue una sorpresa para este. Durante los primeros tres kilómetros los hermanos apenas cambiaron unas palabras. Roy parecía nervioso y miraba todo el tiempo por la ventanilla de atrás como si quisiese asegurarse de que nadie los seguía. Esa inesperada actitud furtiva comenzó a fastidiar a Steve, pero por conocer la susceptibilidad de su hermano vacilaba en preguntarle qué sucedía.

—Estás muy bien —dijo, tratando de iniciar una conversación—. ¿Te va bien en Nueva York?

—Más o menos —murmuró Roy y una vez más se volvió para mirar por la ventanilla de atrás de la camioneta.

—La verdad es que me agrada verte después de tantos años —siguió diciendo Steve, aunque no estaba seguro de su propia sinceridad—. ¿Qué te hizo decidir venir a visitarme? —Si Roy estaba pensando en algo, y Steve estaba seguro de ello, era la oportunidad de animarlo a que hablase.

Roy titubeó. Luego dijo:

—Pensé que no me vendría mal un cambio de aire. —Al responder se movió en el asiento—. De todos modos, Nueva York es muy caluroso en verano. —Estaba contemplando con aire taciturno los altos picos rocosos visibles a distancia. Por

dondequiera que mirase veía montañas, una detrás de la otra, algunas escarpadas y agudas, otras más redondeadas, con zanjas y fisuras nevadas que reflejaban un blanco deslumbrante bajo el sol—. Qué solitario es esto, ¿no? —comentó. A pesar de sí mismo, el paisaje lo impresionaba.

—Es espléndido —respondió Steve—, y lo hallarás muy sedante después de Nueva York. Vivo a treinta kilómetros de la cabaña más próxima y si en varias semanas recibo un solo visitante, puedo decir que tengo suerte.

—Para mí es perfecto —dijo Roy—. Tengo la intención de descansar. —Otra vez se volvió para mirar por la ventanilla. La larga y tortuosa carretera que se curvaba detrás de ellos pareció tranquilizarlo—. Sí. Esto me vendrá muy bien. —Después de reflexionar, añadió—: Pero no me gustaría vivir siempre aquí. ¿Cómo te las arreglas para vivir solo? ¿No te pone nervioso?

—Me gusta mucho —respondió Steve—. Sin duda a veces resulta solitario, pero tengo mucho que hacer. Tengo más de un centenar de zorros que cuidar y soy independiente.

Roy le dirigió una mirada dura y calculadora.

—¿Qué haces en materia de mujeres? —preguntó. El rostro de Steve se puso tenso.

—No hago nada —respondió mirando el camino. Sabía cómo era Roy frente a las mujeres.

—Siempre fuiste un hombre frío —comentó Roy, empujándose el sombrero hacia la nuca—. ¡No me digas que te quedas aquí año tras año sin ver a ninguna mujer!

—No hace más que un año que vivo aquí y no me preocupan las mujeres —dijo Steve, con tono lacónico.

Roy murmuró algo.

—Querría haberte traído una mujercita. Suponía que tendrías algunas en reserva.

Frente a ellos la carretera se bifurcaba hacia la derecha y hacia la izquierda.

—Tomamos la derecha —dijo Steve, deseoso de cambiar de tema—. La ruta de la izquierda te lleva a Oakville pasando la montaña y el valle. En ese camino hay bastante tránsito. Todos los camiones que llegan desde California toman esa carretera. Por esta, en cambio, subimos a las montañas.

—Parece que hay un camión volcado abajo —dijo de repente Roy, señalando un punto.

Los ojos de Steve siguieron la dirección indicada y de inmediato apretó el freno. Asomado por la ventanilla, contempló la ladera que se levantaba hasta la carretera de Oakville, unos seiscientos metros arriba de donde estaban.

Era, en efecto, un camión volcado. Estaba sobre un costado, encajado entre dos pinos.

—¿Para qué diablos te detienes? —le preguntó Roy, irritado. ¿Nunca viste antes un camión volcado?

—Claro que los he visto —dijo Steve y luego abrió la puerta y bajó a la carretera

—. He visto demasiados. Es por ello que voy a bajar a revisar ese. Puede estar herido algún pobre diablo. Después de la tormenta de anoche es posible que no lo haya visto nadie.

—Eres el camarada de las montañas, ¿eh? —preguntó Roy con desdén—. Muy bien, te acompañaré. Hace años que no estiro las piernas.

Al cabo de una dura marcha cuesta arriba entre maleza y fragmentos de rocas llegaron al camión.

Steve trepó al costado visible de la cabina volcada y miró por la ventanilla rota, mientras Roy se apoyaba en el costado y trataba de controlar su respiración agitada. El ascenso lo había dejado sin aliento.

—Dame una mano, Roy —gritó Steve—. Están el conductor y una muchacha, además. Diría que ya murieron, pero quiero asegurarme. —Tendiendo una mano dentro de la cabina, asió la del hombre. Estaba fría y rígida y Steve la soltó haciendo una mueca.

—Está bien muerto.

—Te lo dije —comentó Roy—. Ahora, salgamos corriendo de aquí. —Desde donde estaba, alcanzaba a ver gran parte de la carretera que se curvaba a lo largo de kilómetros. No se veía nada en ella. No era más que una cinta polvorienta que zigzagueaba hacia las montañas. Por primera vez en semanas se sentía a salvo.

Steve volvió a tender la mano y tocó la de la muchacha. Estaba tibia.

—¡Roy, está viva! No te vayas. Ayúdame a sacarla.

Rezongando para sus adentros, Roy trepó a la cabina y miró por sobre el hombro de Steve.

—Vamos, muévete —dijo, mirando la carretera con aprensión—. No vamos a quedarnos aquí todo el día.

Steve levantó a la muchacha con gran cuidado, sacándola por la ventanilla se la entregó a Roy. Al dejarla, en un costado, Roy vio por primera vez al conductor muerto.

—¡Por Dios! —exclamó—. Mira la cara del hombre.

—Se diría que lo atacó un gato, pobre diablo —dijo Steve, saltando de prisa de la cabina.

Roy levantó una de las manos de la muchacha.

—Y aquí tienes a tu gato —dijo—. Hay sangre y piel debajo de sus uñas. ¿Sabes lo que pienso? Que el conductor intentó tocarla y ella lo atacó. Le lastimó los ojos y lo hizo salir de la carretera. —Roy miró detenidamente a la muchacha—. Buena figura, ¿no? Y apuesto a que ese pobre infeliz imaginó que era presa fácil. Mira, es muy bonita, muy bonita, ¿sabes? No podemos culpar al pobre hombre por haber intentado algo con ella, ¿no?

—Bajémosla —dijo Steve lacónicamente y entre ambos llevaron a la muchacha hasta el pasto espeso. Steve se arrodilló junto a ella, mientras Roy daba un paso hacia atrás y los miraba.

—Tiene una herida fea en la nuca —confirmó Steve—. Tenemos que hacerla asistir enseguida.

—Ni se te ocurra —dijo Roy. Había una súbita nota de crueldad en su voz—. Déjala aquí. No le pasará nada. Una mujercita que se deja llevar por un desconocido puede cuidarse sola. No queremos complicarnos la vida con esto, de todos modos. Alguien la encontrará y estará encantado.

Steve respondió con viveza.

—Por cierto que no vamos a dejarla en la carretera. Está mal herida.

—Entonces, acércala a la banquina y déjala allí. No tardará en pasar alguien. — En el rostro pálido de Roy se dibujó una mueca—. No quiero mezclarme en esto.

—Necesita atención médica —replicó Steve en voz baja—. No hay ningún lugar entre este y mi casa donde pueda dejarla. Esto significa que debo llevarla a casa y pedirle al doctor Fleming que la vea. ¿Qué tienes en contra de esa solución?

La cara de Roy estaba deformada por el esfuerzo de dominar su furia.

—No me engañas —dijo—. Eres como todos los que viven aislados demasiado tiempo en una montaña. Una miradita a cualquier chica con algo y ya te sales de las casillas.

Steve se levantó de un salto. Hubo un instante en que estuvo a punto de golpear a su hermano, pero luego dominó su enojo y dirigió a Roy una sonrisa forzada.

—No has cambiado en nada, ¿eh? —dijo—. Y no conseguirás hacerme enojar. ¿Cuándo vas a crecer? Sigues pensando como un escolar.

Se apartó de su hermano y se inclinó sobre la muchacha. Al moverle las piernas para asegurarse de que no había fracturas, ella se movió apenas.

—¿Por qué no la desvistes —repuso Roy con sarcasmo— en lugar de manosearla?

Steve fingió no haber oído, pero sabía que se había ruborizado hasta la nuca. Tomó el pulso de la muchacha. Comprobó que era normal, pero en cambio la piel ardía.

—Debes dejarla, Steve —insistió Roy—. Lo lamentarás, si la llevamos.

—Cállate —le ordenó Steve y levantó en brazos a la muchacha.

—Muy bien, pero no digas que no te lo advertí —dijo Roy, encogiéndose de hombros—. Tengo el presentimiento de que nos causará muchas dificultades. ¿Por qué habría de importarme, por otra parte? El dolor de cabeza será para ti.

Steve pasó delante de su hermano y emprendió la lenta y cuidadosa marcha hacia su camioneta.

El criadero de zorros plateados, Silver Fox, se encontraba en un valle rodeado de picos montañosos y a tres mil metros sobre el nivel del mar. Se llegaba a él por un camino de tierra que partía de la carretera y serpenteaba a través de seis o siete kilómetros entre peñascos y pinos hasta llegar a la cabaña de troncos de Steve, al borde de un lago cuyas aguas como una sábana de color azul pálido cobijaban innumerables truchas.

Un año atrás Steve había decidido abandonar su empleo como corredor de seguros y criar zorros. Ahorró algún dinero, descubrió Blue Mountain Summit, compró las tierras y se instaló. El criadero estaba solo en sus comienzos, pero Steve esperaba que no transcurriese mucho tiempo antes de poder darse el lujo de emplear a algunas personas. Lo peor era la total soledad del lugar y no tener a nadie con quien conversar, salvo su perro, durante días enteros.

La llegada de Roy debería haber resuelto ese problema, pero Steve no tardó en comprender que la compañía de su hermano sería más bien una molestia que un placer. Comenzaba ya a lamentar la visita.

Roy había inspeccionado toda la cabaña con ojos críticos. Luego, sin decir una palabra, se alejó lentamente hacia la orilla del lago, sin ofrecer a Steve ayuda para cargar a la muchacha.

Sin embargo, tan pronto como Steve desapareció, volvió sobre sus pasos, corrió a la camioneta y mirando furtivamente en dirección a la cabaña levantó el capó, sacó la rosca del acelerador, y se la metió en el bolsillo. Después de bajar el capó, fingió descansar en la ancha galería de la cabaña.

Oía moverse a su hermano en algún lugar en el interior. Entró en el living con gran sigilo, echó una mirada a sus toscas comodidades, se acercó a una estantería con armas largas que estaba protegida por una barra de hierro fija a una bisagra y cerrada con un candado, lo cual impedía retirar las armas de sus estantes. Roy cerró el candado y se guardó la llave en el bolsillo.

Momentos más tarde, Steve entró en el cuarto.

—¿La metiste ya en la camita? —le preguntó Roy con insolencia.

—Basta —respondió Steve—. No me gustan tus bromas, de modo que no me las hagas, ¿quieres?

Roy lo miró de arriba abajo con una expresión socarrona.

—Qué pena —dijo y encendió un cigarrillo.

—No sé qué te pasa —dijo Steve—. Desde que llegaste actúas de manera muy rara. —También lo siento.

Steve se encogió de hombros.

—Voy a ver al doctor Fleming. Me llevará bastante más de dos horas. Vigila a la chica, ¿quieres? Tiene conmoción cerebral, pero no creo que haya cambios hasta que yo vuelva.

—Con esto mi día está colmado —respondió Roy—. ¿Qué tengo que hacer? ¿Tenerle la mano y abanicarla con mi sombrero?

—Vamos, Roy —Steve controlaba su enojo con gran dificultad—. Tengo que decirle al doctor que venga con su auto para sacar de aquí a la muchacha. Pero mientras esté aquí, trata de colaborar un poco.

—Desde luego —accedió Roy—. Vete. La mantendré entretenida. Las mujeres me quieren.

Steve lo miró fijo y se fue.

Roy vio a su hermano meterse en la camioneta e intentar poner en marcha el motor. Sonrió al ver que el esfuerzo era inútil.

Estaba aún en la galería cuando Steve, sofocado y furioso subió de prisa los escalones.

—Estuviste toqueteando la camioneta —dijo, deteniéndose frente a su hermano.

—Es verdad —respondió Roy y sonrió—. ¿Qué tiene?

Steve trató de mantener la calma.

—Desarmaste el acelerador. Será mejor que me des la rosca, Roy.

—Me la guardaré. Te dije que dejaras a la mujer, ¿no? Ahora la tienes auestas. Nadie vendrá aquí mientras yo esté y tampoco se irá nadie sin mi permiso.

Steve apretó los puños.

—Escucha, Roy, no sé lo que traes entre manos, pero no te saldrás con la tuya en esto. Entrégame la rosca, si no quieres que te la quite. No quiero ser violento, pero no pienso seguir tolerando tus tonterías.

—¿Sí? —dijo Roy, dando un paso hacia atrás—. En tal caso, haré hablar a esto. —De repente apareció la pistola en su mano, una automática muy fea, de caño corto, de calibre 38—. Dime si ahora no cambiaste de idea —agregó, apuntando al pecho de Steve.

Steve retrocedió, con los labios apretados.

—¿Te has vuelto loco? —preguntó—. Guarda esa pistola.

—Es hora de que te enteres —dijo Roy en voz baja—. Entiéndelo bien. Me costaría tanto disparar sobre ti como pisar un insecto. Dejemos todas estas tonterías sobre los hermanos. Para mí no eres más que un gran tonto. Si llegas a hacer un mal movimiento, dispararé —Roy dio varios pasos hacia atrás, se encaramó sobre la baranda de la galería y sostuvo el arma algo más relajado—. Será mejor que te lo diga ahora mismo. Estoy en una situación difícil. Por eso vine aquí. Esta cueva es especial para esconderse. A nadie se le ocurrirá buscarme aquí. Ni tampoco vendrá a esta casa ningún tonto de doctor Fleming para contarles luego a sus pacientes que me vio. Las cosas son así y tendrás que aceptarlas. Tú y la chica se quedarán aquí hasta que me vaya. Y no intentes jugarme una mala pasada, pues soy rápido para disparar. Hay muchos más grandes que tú que lo han comprobado.

Después de haberse recobrado de su sorpresa inicial, Steve no lograba convencerse de que su hermano hablase en serio.

—Esto es una locura, Roy. Tengo que hacer atender a esa muchacha. Vamos, dame el arma y déjame irme.

—¿Sigues tan tonto como siempre? Escucha. He estado trabajando para la banda de Bernie. ¿No te dice nada ese nombre?

Steve había leído acerca de «Little». Bernie. Era la versión actualizada de Johnny Dillinger.

—¿Qué quieres decir? —preguntó—. Little Bernie es un asesino, buscado por la policía.

Roy lanzó una carcajada.

—Todo el año pasado estuve asaltando Bancos —dijo—. Gané muchísimo dinero. Actuaba como guardaespaldas de Bernie. Pagaban bien.

—Conque ese era el problema —dijo Steve, chocado y repelido a la vez por la noticia—. No sé cómo no adiviné que terminarías en una banda de delincuentes. Siempre fuiste un tonto sin carácter, Roy.

Roy guardó el arma en una pistolera que llevaba colgada del hombro.

—No me ha ido nada mal —dijo—. Pero ahora estoy en dificultades, aunque no por mucho tiempo. Después podré gastar el dinero que tengo escondido. No soy tonto como tú, enterrado en este desierto rodeado de tantos zorros. Yo sé vivir.

Steve se acercó muy despacio a su hermano.

—Será mejor que me entregues el arma —dijo en voz baja.

Roy sonrió. Su mano voló hasta la pistolera y se vio un fogonazo. El ruido seco del disparo provocó ecos sobre la superficie del lago. Una bala había rozado una oreja de Steve.

—El mismo trabajo me habría dado meterte una bala en esa cabezota que tienes —dijo Roy—. Y pienso dispararte si te haces el gracioso. Ahora estás enterado —añadió y entró en el living, donde se instaló en un sillón.

Steve permaneció con aire de incertidumbre al sol, fuera de la cabaña. Era obvio que Roy hablaba en serio, pero sus pensamientos no tenían tanto que ver con sí mismo como con la muchacha tendida inconsciente en su cama. Tendría que hacer algo de inmediato, ya que no podía acudir al doctor Fleming. Se alegró al recordar su botiquín de primeros auxilios, que por suerte había aprendido a utilizar.

Cuando pasó por el living Roy dijo con aire perezoso:

—Además, cerré con llave tus armas largas. Si hay que disparar algún tiro me ocuparé de hacerlo yo.

Steve no respondió y siguió hasta su dormitorio, donde estaba acostada la muchacha. Después de revisar la herida en la nuca, fue en busca de su botiquín, un recipiente con agua y toallas.

Acababa de asegurar el último alfiler imperdible cuando la muchacha abrió los ojos y suspiró débilmente.

—Hola —le dijo él sonriendo—. ¿Te sientes mejor?

Ella lo miró atónita y se llevó una mano a la cabeza.

—Me duele la cabeza —dijo—. ¿Qué sucedió? ¿Dónde estoy?

—Te encontré en la carretera de montaña. Tuviste un accidente en un camión. No hay por qué preocuparse. Tienes un corte en la cabeza, pero no es serio.

—¿Camión? —repitió ella. Su mirada era desconcertada—. ¿Qué camión? No recuerdo... —Bruscamente intentó levantarse, pero Steve la empujó con suavidad—. No recuerdo nada. No puedo pensar. ¿Me pasó algo en la cabeza?

—No es nada —la tranquilizó Steve—. Ya recordarás. Trata de dormir. Te sentirás bien después de dormir un poco.

—Pero no sé qué me sucedió —exclamó la muchacha aferrándole una mano—. Estoy asustada. No sé quién soy. —Te sentirás mejor— le dijo Steve. —Tienes que tranquilizarte y dejar de preocuparte. Cuando vuelvas a despertar recordarás todo y te sentirás bien.

La muchacha cerró los ojos.

—Eres bueno —dijo en voz baja—. Quédate conmigo. No me dejes sola, por favor.

—Estaré aquí —le prometió Steve—. Quédate tranquila.

Después de permanecer quieta unos instantes, la muchacha se aflojó y una vez más, cayó en la inconsciencia.

En el cuarto contiguo, Roy estaba sentado en un sillón con una expresión pensativa. De no haber aparecido esa muchacha habría permanecido en la casa sin decir nada a su hermano acerca de su situación. En cambio a partir de ese momento tendría que estar alerta. Steve era fuerte y si lo sorprendía desprevenido no tendría la menor probabilidad de escapar. Un súbito movimiento junto a la puerta lo sobresaltó y su mano voló hacia la pistola. Era un perro ordinario que entró meneando la cola.

—Idiota —le dijo Roy, avergonzado—. Me diste un susto horrible.

Con gesto impaciente apartó al perro con el pie y vio cómo se alejaba por el pasillo en busca de su amo.

Steve debía encarar un nuevo problema. Estaba mirando la puerta y había decidido ya que no podía dejar a la muchacha tendida de ese modo en la cama, pero vacilaba en desnudarla. No había otra alternativa, no obstante. La mujer que vivía más cerca de allí estaba a cincuenta kilómetros de distancia en el otro lado de la montaña y de cualquier manera, no podía ir a buscarla.

El perro, al aparecer en la puerta, lo tranquilizó un poco.

—Hola, Spot —dijo—. Llegaste en un momento difícil.

Pero el perro gimió y retrocedió hacia la puerta con el pelo erizado.

—¿Qué te pasa, viejo? —le preguntó Steve, intrigado.

El perro prestaba atención solo a la muchacha sobre la cama. Muy despacio marchó hacia atrás y luego con otro gemido salió corriendo por el pasillo y abandonó la casa.

—Creo que estamos todos volviéndonos locos —se dijo Steve. Se acercó luego a la cómoda y buscó su mejor pijama, uno de seda blanca. Le cortó las mangas, asegurando los bordes con un dobléz y luego hizo lo mismo con las piernas de los pantalones. Después de medir las prendas sobre el cuerpo de la muchacha, decidió que le quedarían bien.

«Bien, manos a la obra», pensó y a la vez tuvo la esperanza de que no recobrase el conocimiento. Empezó por desprender el cierre del vestido. En una de las mangas encontró un pañuelo con un nombre bordado: Carol. ¿Carol, qué? ¿Quién era? ¿De dónde venía? ¿Era posible que hubiese perdido la memoria, que no supiese quién era? Al contemplarla, le pareció preciosa. No era el tipo de muchacha que suele pedir que

la recoja un camión. Allí había un misterio.

Le quitó los zapatos y luego, levantándola con suavidad, le deslizó el vestido por sobre la cabeza. Bajo el vestido tenía una prenda interior de una pieza y las curvas de su cuerpo se adivinaban tanto como si hubiese estado desnuda.

Por un instante la miró, absorto, con un nudo en la garganta. Verla tan hermosa y a la vez tan indefensa lo llenaba de compasión y de asombro. Al observarla así su sensación de vergüenza desapareció. Era como contemplar una obra de arte, no una mujer de carne y hueso.

No oyó entrar a Roy ni tampoco se percató de que su hermano estaba mirando con ojos insistentes y crueles a la muchacha semidesnuda.

Steve la levantó un poco para ponerle el pijama.

—Más despacio —le dijo Roy—. Quiero mirar un poco más. ¡Qué cualidades! Te juro que es mejor aún de lo que había imaginado.

Steve se apresuró a apoyar la cabeza de la chica sobre la almohada y se volvió indignado.

—¡Fuera de aquí! —ordenó, furioso.

—Cálmate —dijo Roy con una amplia sonrisa y sin dejar de mirar a la muchacha—. ¿Por qué habrías de divertirte tú solo? Te daré una mano. Soy muy hábil para estas cosas.

Steve avanzó hacia su hermano. Su expresión era de intensa furia.

—Vete de aquí, y no vuelvas.

Roy titubeó y luego se encogió de hombros.

—Muy bien —dijo y se echó a reír—. Te la presto hasta que se cure. Desde entonces la cuidaré yo. Sé manejar a las mujeres. No me arrancará los ojos. Sé cómo domar a una gata salvaje como ella. Sí, ya lo verás, y no pienses que vas a impedírmelo, idiota. Pienso divertirme muchísimo con esta belleza.

Sin dejar de sonreír se alejó con aire negligente por el pasillo y salió a la galería.

Capítulo 2

Pasó una semana.

Para Steve fue desconcertante, en medio de su duro trabajo en el criadero, de la preparación de las comidas y del cuidado de Carol. Roy no hacía el menor esfuerzo por ayudarlo y pasaba la mayor parte de su tiempo sentado en una roca elevada que dominaba el camino de montaña, cuando no contemplaba con una mirada fija e insistente el valle desierto.

Steve adivinaba que había algo o alguien que lo tenía aterrorizado, y llegó a la conclusión que ese terror y esos nervios de su hermano daban origen a su intenso mal humor. Al parecer no se equivocaba, porque al tercer día Roy se mostró menos nervioso y hostil y por fin dejó de vigilar la carretera. Al finalizar la semana estaba casi cordial y tan amistoso como lo permitía su temperamento desdeñoso y egoísta. Con todo, seguía empeñado en no dejar a Steve abandonar el lugar mientras él estuviese allí y Steve no tuvo otro remedio que aceptar la situación.

Como Carol ocupaba el cuarto de Steve, los dos hermanos debían compartir el único otro dormitorio y fue así como Steve tuvo otras pruebas de la nerviosidad de Roy. Apenas dormía y se agitaba en la cama toda la noche. Cuando por fin dormitaba un poco, el más leve ruido bastaba para despertarlo.

Carol, en cambio, mejoraba día a día. Durante los primeros dos estuvo tan enferma que Steve debió permanecer junto a ella casi todo el tiempo. Pero una vez que disminuyó su fiebre la herida empezó a cicatrizar y comenzó a recuperar las fuerzas con gran rapidez.

Sin embargo seguía sufriendo una amnesia total en cuanto a lo ocurrido. No recordaba nada, ni tampoco Glenview, y además no sabía quién era. Mostraba una fe absoluta e infantil hacia Steve y con el transcurrir de los días las convenciones aceptadas entre hombres y mujeres fueron eliminadas a causa del estado indefenso en que estaba. Creció así entre ellos una relación estrecha y además desusada. Steve estaba perplejo, pero el afecto que había despertado en Carol no tardó en convertirse en amor.

Steve siempre había sido tímido con las mujeres. Mientras Carol estuvo enferma e indefensa veía en ella una especie de hermana (de haber tenido él una), y la atendía en forma impersonal y objetiva, sin otro sentimiento que un poco de vergüenza. Durante su convalecencia, y cuando empezó a evidenciar su obvio amor por él, halló que no sabía cómo enfrentar la situación.

Tan pronto como Carol se levantó, empezó a seguirlo a dondequiera que fuese y a menos que estuviese junto a él, se ponía nerviosa. Toda la vida de Carol parecía girar alrededor de la suya.

Como ignoraba su historia psiquiátrica, Steve suponía que la herida sufrida en la cabeza no solo le había quitado la memoria sino además, en forma inexplicable, derribado todas las reservas adultas de la muchacha, dejándole una mentalidad de

niña. Era enteramente inconcebible, se repetía, responder al amor de ella o aprovecharse de él. Por ello reprimía con firmeza cualquier emoción y se negaba a creer que el amor de Carol fuese otra cosa que un proceso mental extraño que se disiparía tan pronto como ella recobrara la memoria.

Roy, en cambio, tardó muy poco en decidir que Carol podría ser una presa fácil y pensaba en ella casi todo el tiempo. Si bien Carol no le prestaba mayor atención por estar totalmente concentrada en Steve, Roy confiaba en que si se presentaba la oportunidad, la conquistaría.

Una mañana, cuando estaba vagando junto al lago la vio acercarse por la senda entre los pinos. Steve estaba trabajando en la cabaña e invisible por el momento. Al intuir que era la oportunidad buscada, Roy avanzó y se plantó firmemente frente a ella.

—Hola —dijo, dirigiéndole una mirada ávida. Carol estaba radiante bajo el sol pálido. La belleza de la muchacha lo excitó.

—¿Dónde estuviste? —preguntó.

—Dando de comer a los zorros —respondió ella con un tono indiferente y sin inflexiones—. Busco a Steve —prosiguió y luego añadió—: Estás en mi camino.

—Quiero hablar contigo —repuso Roy acercándose más—. Es hora ya de que tú y yo nos conozcamos mejor. —Quiero buscar a Steve— insistió ella y dio un paso a un costado para pasar, pero Roy se lo impidió.

—Olvida a Steve y sé buena conmigo. Me gustas. Podría llegar a quererte mucho —dijo Roy y la tomó en sus brazos, atrayéndola hacia sí. Carol permaneció inmóvil, dócil, indiferente, con los ojos fijos siempre en la cabaña. Las manos de Roy la tomaron por la espalda para estrecharla más aún, y sentía el pelo de ella contra su mejilla. Era como abrazar a un maniquí, pero Roy no advertía mucho su apatía. Hacía tres semanas que no tocaba a una mujer, y para Roy tres semanas era más que suficiente. No le importaba nada la indiferencia de esta, siempre que le permitiese acariciarla y no se resistiese.

—Suéltame, por favor —le dijo Carol, muy seria—. Quiero ver a Steve.

—Steve no va a escaparse —replicó Roy con voz ronca y se inclinó sobre ella. Después de mirar aquellos ojos impasibles y serenos la besó con violencia. Sintió unos labios duros y rígidos bajo los suyos. Carol mantenía los brazos caídos y si bien no se resistía, tampoco respondía.

Las sienas de Roy palpitaban y se inclinó más sobre la muchacha.

Cuando menos lo esperaba, tiraron de él hasta hacerlo volverse y soltar a Carol. Con un juramento de furia, vio apenas una cara muy junto a él, pero antes de que pudiera sacar su revólver Steve le propinó tal puñetazo que lo hizo caer pesadamente sobre las púas de pino, medio atontado.

—Vuelves a hacerlo y te rompo la cabeza —dijo Steve en voz baja y rodeando con un brazo a Carol, la apartó—. Vamos. Volvamos a la cabaña.

—¿Por qué le pegaste? —preguntó Carol. Marchaba muy contenta al lado de

Steve—. No me importó.

—No quería que te asustase —contestó Steve, dirigiéndole una mirada rápida y llena de perplejidad.

—No tenía miedo. Pero no me gusta —dijo Carol—. Si tú no quieres que vuelva a hacerme eso, se lo impediré. No sabía si era eso lo que tú querías.

—No —repuso Steve. Seguía tan perplejo como antes—. No quiero que vuelva a hacerlo.

Roy los miró alejarse y luego se incorporó despacio.

Estaba tan entusiasmado por la mansedumbre de Carol que olvidó que su hermano lo había derribado. La había besado. Era como haberle robado golosinas a una niña. Si Steve no hubiese intervenido... ¡Era una mujer facilísima!

Esa noche, cuando estaba ya acostado, Steve entró en el cuarto después de haber echado cerrojo a las puertas. Roy se había mantenido alejado de él casi todo el día, pero en ese momento, al encontrarse frente a frente con Steve, decidió tomar la iniciativa antes de que su hermano lo reprendiese.

—Cuida esos puños, tonto —dijo con aire hosco—. La próxima vez que me pegues recibirás un poco de plomo en el estómago.

—Entonces, no toques a esa chica —replicó Steve y se sentó en el borde de la cama—. ¿No ves que no es normal? El golpe en la cabeza le hizo algo. Es como una niña. Déjala tranquila, Roy. No puede resultar te divertido meterte con una chica en el estado mental de ella.

—¿No? —preguntó Roy sonriendo—. De noche todos los gatos son pardos, estén locos o no. Para mí es una mujer como todas. Y me gustan las mujeres.

—Déjala, o tendrás un encuentro feo conmigo —dijo Steve con una expresión seria.

—Qué optimista eres —dijo Roy—. ¿Qué puede impedirme a mí derribarte de un balazo? Nadie te encontraría en muchos meses y para entonces yo estaría a miles de kilómetros de aquí. Ten mucho cuidado. Puedo hacer lo que quiera aquí, y cuanto antes lo sepas, mejor.

Steve se quitó los zapatos y empezó a desnudarse.

—Vuelvo a decirte que no la toques.

—Le gusto. Me dejó besarla, ¿no? Nadie puede besar a alguien con las dotes de ella si no le gusta que la besen. Si no me hubieses golpeado, nos habríamos entendido a las mil maravillas.

—No volveré a repetírtelo —dijo Steve, muy tranquilo—. Si tengo que detenerte, lo haré, estés armado o no.

Durante largo rato los dos hermanos se miraron. El primero en bajar la vista fue Roy.

—Al diablo contigo —dijo, y se volvió hacia la pared. Steve se metió en su propia cama.

—¿De qué tienes tanto miedo? —preguntó de repente—. ¿Quién te persigue?

Roy se volvió bruscamente y se incorporó a medias.

—Cállate. No tengo miedo de nadie.

—Sí que tienes miedo. Andas saltando como una pulga. ¿De quién huyes? ¿De la policía?

Roy mostró su revólver con el feo caño corto.

—Si no te callas, te meteré un balazo —gritó. Estaba pálido y tenía la cara crispada—. No sé por qué no te he matado antes...

—Porque tienes miedo de quedarte solo. Quieres que esté detrás de ti cuando suceda lo que tiene que suceder.

Roy se apoyó en la almohada y ocultó su revólver.

—Estás loco —dijo, y apagó la luz—. No sabes lo que dices. Voy a dormir.

Pero no se durmió. Permaneció despierto durante horas, escuchando la respiración tranquila de Steve, contemplando la luna entre los altos pinos por la ventana abierta.

La noche estaba serena y silenciosa. Una suave brisa se agitaba entre los árboles y el agua golpeaba muy despacio los tablones del muelle.

Se preguntó si podría meterse en el cuarto de Carol sin despertar a Steve. Si lo lograba, el resto sería fácil, estaba seguro de ello. La idea de volver a tener a Carol entre sus brazos lo llevó a moverse. Se incorporó a medias en la cama y miró a su hermano. Pero al hacerlo, un movimiento afuera lo sobresaltó. Perdido todo el deseo anterior, se sentó muy erguido. Le latía locamente el corazón. Pasó una sombra fuera de la ventana abierta, una sombra ondulante y silenciosa que apareció y se fue antes de que pudiese percibirla del todo.

El temor se apoderó de él y permaneció inmóvil, contemplando la ventana.

Se oyeron pasos ligeros en la galería, varios, hasta que un tablón crujió. Los pasos se acercaban.

Roy aferró a Steve y lo sacudió con violencia.

Steve despertó al instante y se sentó. Sentía los dedos frenéticos de Roy clavados en su brazo. Miró la cara pálida de su hermano y de inmediato adivinó que le sucedía algo.

—¿Qué pasa? —preguntó, en voz muy baja.

—Hay alguien afuera —respondió Roy. Le temblaba la voz—. Escucha.

En algún lugar cerca del lago, Spot empezó a aullar lúgubrementemente.

Steve bajó de la cama y se detuvo al pasar la sombra una vez más frente a la ventana. Incliniéndose hacia Roy, dijo:

—Es Carol, tonto. Cálmate.

—¿Carol? ¿Qué está haciendo afuera? ¿Estás seguro de que es ella?

La respiración entre los dientes entrecerrados de Roy era un silbido.

—La veo —dijo Steve y se acercó con sigilo a la ventana.

Después de vacilar un instante, Roy se acercó a mirar a su vez. Carol estaba paseándose por la galería. Vestía el pijama de Steve y marchaba descalza.

—¡Maldita! —susurró Roy—. Por poco no me muero de susto. ¿Qué está haciendo a esta hora?

—Despacio —murmuró Steve—. Quizá sea sonámbula.

Roy murmuró algo. Se había recobrado ya del susto y el espectáculo de Carol caminando descalza con su pijama de seda blanca lo excitaba.

—Qué bonita es, ¿eh? —dijo, expresando lo que pensaba—. ¡Qué figura!

Steve hizo un movimiento de impaciencia. Estaba intrigado y no sabía bien qué hacía la muchacha paseando por la galería.

Inesperadamente Carol se detuvo y los miró, como si adivinase que la observaban. La luz de la luna brillaba de lleno en su cara y ambos hombres pudieron observar un cambio en su expresión que los dejó atónitos. Los músculos de su cara parecieron tensionarse hasta contraerse en una mueca y tenía el aspecto astuto de un animal acechante. Una de las comisuras de los labios temblaba en un tic nervioso y sus ojos eran como trozos de vidrio glacial.

Spot aulló, desesperado, desde su escondite en el otro lado del terreno y Carol se volvió con viveza para mirar en esa dirección. Sus movimientos eran tan ágiles y rápidos como los de un felino y tan peligrosos como los de esos animales. Luego, al volver a aullar Spot, se metió de un salto en su cuarto por la ventana abierta.

—¿Cómo lo interpretas? —preguntó Roy con aprensión—. ¿La viste bien? ¿Notaste su expresión?

—Sí —contestó Steve, preocupado—. Será mejor que vea qué está haciendo.

—Ten cuidado de que no te arranque los ojos —dijo Roy y rio de mala gana—. Sería capaz de cualquier cosa, tal como está ahora.

Steve se puso una bata, tomó una linterna y se dirigió por el pasillo al cuarto de Carol. Sin hacer demasiado ruido abrió la puerta.

Carol estaba acostada, con los ojos cerrados y la luz de la luna sobre la cara. Tenía el mismo aspecto hermoso y sereno de siempre y cuando Steve le habló, no respondió.

Por unos instantes Steve se quedó contemplándola. Luego volvió a cerrar la puerta con cuidado y volvió a su cuarto.

Aquella noche durmió tan mal como Roy.

Sam Garland y Joe estaban limpiando una ambulancia en el gran garaje de los fondos del sanatorio psiquiátrico «Glenview».

—No mires —dijo Sam, sin dejar de frotar—, pero ese halcón de la prensa viene hacia nosotros.

Joe dejó ver sus dos dientes de oro.

—Me gusta ese hombre. Es perseverante. ¿Crees que podríamos calentarle las orejas para que nos dé algún premio?

—Buena idea —repuso Sam y retrocedió unos pasos para inspeccionar el lustre

de los faros cromados.

Phil Magarth, alto, delgado, vestido con negligencia, se acercaba hacia ellos. En la última semana había recorrido el sanatorio buscando datos de interés sobre la paciente que había escapado, pero aparte de una declaración breve e inútil del doctor Travers y un lacónico: «Lárguese de aquí» del policía Kamp, no había llegado a ninguna parte.

Magarth, reportero local para la región y además corresponsal de un diario del centro del país tenía un olfato especial para las noticias y estaba seguro de que había una historia detrás de esa huida, si solo lograba desenterrarla. Después de haber probado todas las fuentes posibles sin el menor éxito, decidió ver qué podía arrancar a Garland y a Joe.

—Hola, muchachos —dijo, apoyándose como al descuido en el capó de la ambulancia—. ¿Encontraron ya a la loca?

—Pierde el tiempo con nosotros —respondió Garland y reanudó su pulido—. Somos simples empleados, ¿no, Joe?

—Así es —dijo Joe, guiñando un ojo a Magarth.

—Creía que ustedes dos, muchachos, sabían algo —repuso Magarth haciendo tintinear las monedas que tenía en el bolsillo—. Quién es la señorita, por ejemplo. Tengo la billetera llena por no haber gastado casi nada hasta ahora, en caso de que les interese.

La expresión de indiferencia se borró de los dos rostros.

—¿Está muy gorda su billetera? —preguntó Garland con cautela.

—«Gorda» no sería la palabra. Yo diría más bien que está por reventar. Si ustedes saben algo, no vacilen en abrir la boquita.

—La abriremos —dijo Garland, mirando a la vez por sobre su hombro—. Creo que cien dólares arreglarían el negocio, ¿verdad, Joe?

—Más o menos —dijo Joe, frotándose las manos—. Cien a cada uno.

Magarth se estremeció.

—Hablaré más bien con esa enfermera rubia. Por las ojeras que tiene, se regalaría ella misma además de dar información por cien dólares.

Garland mostró una expresión melancólica.

—Tiene razón —dijo a Joe.

—Pero nunca volverá a ser el mismo —comentó Joe, muy serio—. La probé. Es como luchar con una trampa para osos.

—Me gusta ese tipo —replicó Magarth con gran franqueza—. Desde que era un niño me han gustado las mujeres fuertes. No se preocupen por mí —añadió y después de levantarse un poco el sombrero encasquetado hasta la nariz, miró a Garland con ojos entrecerrados—. Claro está, que si ustedes se las arreglasen con cien dólares, recurriría a ustedes. Me gusta sacrificarme.

Garland y Joe cambiaron miradas.

—Muy bien —dijo Garland—. Trato hecho.

—Tiene que valer cien dólares —le previno Magarth.

—Es extraordinario, sensacional —prometió Garland—. Material de primera plana y en letras de molde.

—Más importante que Pearl Harbor —acotó Joe.

—Más que la bomba atómica —añadió Garland, pues no quería ser menos.

Magarth sacó un rollo de billetes y retiró cinco de veinte dólares.

—Vine equipado, pues sabía que cantarían —dijo, agitando el dinero—. Oigamos.

—Es la heredera de John Blandish —dijo Sam y tomó los billetes—. ¿Qué opina? Magarth se adelantó un paso.

—¿Qué dijo? —preguntó con voz ronca de asombro—. ¿Qué clase de broma es esta?

—Lo que dije —respondió Sam—. ¿Nunca oyó hablar de John Blandish? Bien, este hombre tenía una hija, y la secuestraron...

Steve y Carol estaban desayunando juntos a la mañana siguiente. Roy había salido a pescar truchas.

—¿Dormiste bien anoche? —preguntó Steve, con el tono más despreocupado posible, mientras le servía café.

—Soñé —respondió ella—. Siempre sueño.

—Pero ¿despertaste en mitad de la noche? —preguntó Steve con una sonrisa—. Creí oír a alguien caminando dentro de la cabaña. Tal vez yo también soñaba.

—No, no —dijo Carol, tocándose las sienes con unos dedos muy finos—. Pero algo sucedió. No puedo recordar qué. No recuerdo nada. Me asusta. —Carol tendió una mano y aferró la de Steve—. No sé qué haría sin ti. ¡Me siento tan segura contigo!

Algo incómodo, Steve sonrió y le palmeó la mano. —Te mejorarás— le aseguró. —Dime. ¿Con qué sueñas?

—En realidad no lo recuerdo. Creo que tengo el mismo sueño todo el tiempo. Se relaciona con una enfermera. No sé qué hace, pero es siempre la misma. Tiene una expresión horrorosa en los ojos y está parada mirándome. Me asusta muchísimo durante mis sueños, y me despierto aterrada. Me palpita el corazón y me da miedo la oscuridad.

Steve siguió preocupado por ella durante el resto del día. Aún lo estaba cuando volvió Roy después del anochecer.

Roy se mostró hosco y silencioso durante toda la comida y no le quitaba los ojos de encima a Carol.

Cuando Steve fue al dormitorio después de echar los cerrojos se había acostado ya y fingía dormir.

Steve lo miró, se encogió de hombros y se metió en la cama. Estaba cansado de la

actitud poco amistosa de su hermano y ansiaba que se fuese.

Más tarde en la noche, Roy se sentó, llamó en voz muy baja a Steve y cuando este no respondió se deslizó silenciosamente de su cama. Estaba tembloroso de excitación y deseo. Todo el día había pensado en Carol, dando rienda suelta a su imaginación y decidió que esa noche, cuando Steve durmiera, iría al cuarto de ella. Carol le había permitido besarla sin ofrecer resistencia. Sería bien fácil, siempre que lograse salir de la habitación sin despertar a Steve. Muy despacio saltó de la cama.

Steve se movió y Roy esperó, tenso, listo para volver a acostarse, pero su hermano siguió durmiendo. Con pasos sigilosos salió del cuarto, cerró la puerta tras sí y escuchó unos instantes.

La habitación de Carol estaba al final del pasillo. El único ruido era el rumor del viento entre los árboles y las olas débiles del lago al golpear contra el muelle.

Avanzó con cuidado por el pasillo, escuchó otra vez junto a la puerta de Carol, hizo girar el picaporte y entró.

Carol estaba tendida en la cama, con los brazos desnudos y el pelo como una aureola de fuego sobre la almohada. Estaba hermosísima con la cara iluminada por la luz de la luna. Al entrar Roy, abrió los ojos. No pareció alarmarse y tenía los ojos muy abiertos, pero serenos.

—Hola —dijo Roy. Le costaba mover la lengua y se sentía afiebrado—. Vine a acompañarte.

Carol no respondió, sino que lo miró muy seria.

—No me tienes miedo, ¿no? —preguntó. La belleza de la muchacha lo hizo estremecerse.

—No —repuso ella en voz baja—. Pensé que vendrías esta noche. Estuve soñando contigo.

Roy se sobresaltó.

—¿Quieres decir que querías que viniese? —preguntó, sentándose junto a ella en el borde de la cama.

Carol volvió a mirarlo, muy tranquila.

—Toda la tarde sentí que no me quitabas los ojos de encima. A dondequiera que fuese me seguías con la mirada. Adiviné que vendrías esta noche.

Roy sonrió.

—Y yo estuve pensando en ti todo el día —dijo, apoyando una mano en la de ella. La mano de Carol era tibia y blanda, sin resistencia—. Quería volver a besarte.

—Steve no quiere que me beses.

—Steve no se enterará. Está durmiendo. Te gustó, ¿no?

Tenía la cara muy cerca de la de Carol y con una mano le tocó el pecho. Ella no se movió, sino que siguió mirándolo con aire absorto.

—Ábrete esto —dijo Roy, señalando los botones del pijama—. Vamos, Carol, vamos. No pienso hacerte mal.

Con un gesto maquinal y con la consiguiente sorpresa de Roy, Carol se

desprendió los botones y él le acarició la piel desnuda.

—Eres preciosa, ¿sabes? —dijo, sin darse casi cuenta de lo que decía—. Preciosa —repitió, cubriéndole el pecho con las manos.

En los ojos de Carol había una expresión desconcertante, fija, y daba la impresión de oír apenas lo que él le decía.

Roy la tomó por la espalda y la levantó un poco. Inesperadamente Carol dejó escapar una risita metálica que lo desconcertó.

—¿Qué tiene de gracioso esto? —preguntó, irritado a la vez que aproximaba la boca a la de ella.

Por un instante Carol permaneció inerte en sus brazos, pero luego sus propios brazos, como un par de arcos de acero lo tomaron por la nuca y los hombros, y los dientes le mordieron los labios.

En el otro cuarto Steve despertó bruscamente. En un momento dado estaba durmiendo y en el siguiente se encontró totalmente despierto, sentado en la cama y mirando con una expresión perpleja todo alrededor del cuarto.

«¿Qué me hizo despertarme así?», se preguntó y fijó la mirada en la cama de Roy, que ocupaba el sector más oscuro del cuarto. Creyó ver la silueta de Roy mirando por la ventana. ¿Podía ser que Carol estuviese vagando otra vez? ¿Era por ese motivo que había despertado en forma tan súbita?

Se levantó y se acercó a la ventana. No había nadie en la galería. Vio a Spot cerca del galpón. El perro miraba hacia la cabaña pero no ladró.

Steve agitó la cabeza, bostezó y volvió a la cama. «Seguramente estaba soñando», pensó. Pero algo lo llevó a mirar hacia la cama de Roy. Estaba vacía. Al instante pensó en Carol y corrió a la puerta.

Un alarido inmenso, desgarrador, resonó por toda la cabaña. Hubo luego un silencio y después una voz sollozante, ronca, que gritaba:

—¡Steve! ¡Rápido! ¡Ayúdame!

Steve sintió que se le erizaba el pelo de la nuca al oír la voz de Roy. Abrió la puerta de un golpe y salió al pasillo.

Roy corrió hacia él, doblado en dos, cubriéndose la cara con las manos. La sangre corría entre sus dedos y goteaba en el piso.

—¿Qué sucedió? —preguntó Steve, helado de horror.

—¡Mis ojos! —sollozó Roy—. ¡Me dejó ciego! ¡Ayúdame! ¡Haz algo, por favor!

Steve lo asió de un brazo.

—¿Qué le hiciste? —preguntó a gritos. Apartó luego a su hermano, que seguía gimiendo y corrió al cuarto de Carol. Estaba vacío. Se precipitó entonces a la ventana y al mirar por ella se quedó inmóvil.

Carol estaba parada en el primer escalón de la escalera, vuelta hacia él. Estaba desnuda hasta la cintura y a la luz de la luna sus ojos relucían como los de un gato.

Steve permaneció allí, transfigurado. Nunca había visto a nadie más hermoso y más salvaje en toda su vida. El pelo de Carol brillaba como el cobre en aquella luz

pálida, el brillo satinado de su piel, de aspecto marmóreo contra las sombras oscuras de la pared de la cabaña, las curvas de su pecho, la actitud tensa, amenazadora de felino de la selva y la forma en que tenía las manos tendidas y curvadas como garras, todo lo dejó atónito, pero a la vez lo excitó.

En ese momento Carol bajó corriendo los escalones y atravesó el terreno.

—¡Carol! —gritó, adelantándose—. ¡Ven aquí, Carol!

Pero Carol se había perdido de vista entre los pinos. Se desplazaba con una rapidez increíble.

Sin saber qué hacer, Steve se detuvo, titubeando antes de seguir. Los lamentos de su hermano lo hicieron volver al pasillo.

—Cálmate un poco —le dijo, impaciente—. No puedes estar tan lastimado.

—¡Me dejó ciego, te digo! —gritó Roy, enloquecido—. Mira —dijo, apartando las manos de sus ojos.

Steve retrocedió, horrorizado y mudo de asombro. Los ojos de Roy estaban bañados en sangre. Había profundos rasguños en su frente, en sus párpados y en sus mejillas. Estaba a punto de desmayarse y se apoyaba sin fuerzas en la pared, gimiendo y temblando.

—Sálvame los ojos —suplicó—. No dejes que me quede ciego. No me abandones, Steve. Volverá. Está loca... es una asesina... Mira lo que me hizo.

Steve tomó a su hermano con las dos manos, y casi llevándolo en vilo lo condujo al dormitorio.

—Calma —dijo en voz baja y lo dejó sobre la cama—. Te curaré. Tranquilo, dije. —Corrió a su cuarto en busca del botiquín y tomó una marmita con agua hervida de la cocina.

—¡No me dejes! —gimió Roy—. ¡No veo! ¡Regresará!

—Ya vuelvo, ya vuelvo —gritó Steve desde la cocina, nervioso a su vez—. Aquí estoy —dijo cuando volvió al cuarto—. Déjame lavarte los ojos. Creo que no ves solo porque sangras tanto.

—¡Estoy ciego! ¡Ciego! —gimió Roy—. Quédate conmigo, Steve. Me persiguen... Me matarán si me descubren. Ahora estoy indefenso. No puedo salvarme.

—¿Quiénes te persiguen? —quiso saber Steve. Estaba vertiendo agua tibia en una palangana.

—Los Sullivan —dijo Roy, buscando a tientas la mano de Steve—. El nombre no te dice nada. Nadie los conoce. Trabajan en secreto, son asesinos profesionales. Los contrató Little Bernie para que me maten.

—No te encontrarán aquí —repuso Steve lacónicamente—. Aquí estás seguro. Quédate quieto. Esto va a dolerte. Quédate quieto, voy a lavarte los ojos.

—¡No me toques! —exclamó Roy, tembloroso—. No soporto ya más dolor. Steve esperó.

—¿Qué le hiciste? —preguntó cuando Roy se calmó un poco.

—¡Nada! —se quejó Roy—. Quería que fuera a su cuarto. Me lo dijo. Me permitió besarla. Y entonces no pude ya librarme de ella. Es fuerte. Me tomó del cuello. Me mordió la boca. Fue algo infernal. Tiene ojos como faros. Traté de apartarla, pero cuando me alejé un poco me rasguñó. Fue como si me atacase un tigre. Está loca... es una fiera.

—Estaba asustada —dijo Steve, horrorizado una vez más—. Te advertí que la dejaras tranquila.

—Si llegan los Sullivan... ¿Qué haré? ¡Steve! ¿No dejarás que me maten? —Roy se incorporó en la cama, buscó desesperado debajo de la almohada, y dijo—: Toma. Toma el revólver. Tienes que disparar al verlos... No puedes confundirlos...

—Cálmate —volvió a ordenar Steve—. Aquí estás seguro...

—No los conoces. Son matones a sueldo. Nunca renuncian a matar a alguien cuando los contratan para hacerlo. Te siguen hasta el fin del mundo. Little Bernie les pagó muy bien. Me encontrarán. Sé que me encontrarán.

—Dime. ¿Por qué? —preguntó Steve—. ¿Por qué habrían de querer matar té?

Roy lo tomó de la chaqueta.

—Bernie y yo hicimos juntos un gran robo en un Banco. Yo huí con el dinero. Bernie había estado estafándome y quería resarcirme. Veinte mil dólares y los tengo bien escondidos. Pero Bernie recurrió a los Sullivan. ¡Sabía que me matarían, y me matarán!

—No te encontrarán aquí —repitió Steve.

—Me encontrarán —se lamentó Roy—. Ten siempre contigo el revólver. Dispara en cuanto los veas... Son como dos cuervos negros... Es lo que parecen... Dos cuervos negros.

—Quédate quieto. Voy a lavarte esa sangre —Steve obligó a su hermano a apoyarse en la almohada—. Quietos, dije.

Roy lanzó un alarido cuando el algodón empapado le tocó los ojos.

Dos cuervos negros.

La descripción de los Sullivan era acertada. Formaban una pareja de aspecto siniestro, con sus sobretodos negros y ajustados, sus sombreros de ala baja, pantalones negros y anchos y zapatos puntiagudos. En torno de sus cuellos gruesos y cortos usaban pañuelos de seda negra.

Pocos años atrás habían constituido un número destacado en un circo de campaña y aparecían en los carteles como los famosos hermanos Sullivan. Pero no eran hermanos. Sus nombres eran Max Geza y Frank Kurt. Su profesión era la de cuchilleros y tiradores de puntería infalible. Finalizaban siempre su número arrojando cuchillos pintados con barniz fosforescente a una muchacha y las hojas se clavaban en la madera a pocos centímetros de su cabeza. Era un número sensacional que podría haber continuado durante años, de no haberse aburrido los Sullivan del circo y

también de la muchacha.

En realidad fue ella quien los obligó a desistir de su número. Era una muchachita simpática y con muy buena voluntad, pero no comprendía muy bien las técnicas puestas en práctica por los Sullivan después de la función. Además, se enamoró de un payaso, hecho que complicó aún más las cosas.

Los Sullivan trataron de conseguir otra muchacha, pero por lo que pagaban no pudieron hallar una dispuesta a arriesgar su pellejo con los cuchillos en vuelo y a complacerlos, además, fuera de horario. La pareja se aburrió entonces del circo. Querían irse, pero el director se negaba a rescindirles el contrato, ya que estaba convencido de que ese número era esencial para todo el espectáculo.

Una noche Max resolvió todo el problema arrojando un cuchillo tan bien que inmovilizó a la muchacha al hundirse en su garganta. Con ello terminó el número, se deshicieron de la muchacha y además rompieron el contrato. Max no comprendía cómo no se le había ocurrido antes esa solución tan sencilla.

Fue también idea de Max que trabajasen como matones a sueldo. La muerte era algo que le interesaba. Quitar una vida humana era para él un acto que lo equiparaba a Dios. Le agradaba, por otra parte, sentirse como un ser superior y apartado de los demás. Por otra parte, le gustaba el dinero. Estaba cansado de las sumas ínfimas que ganaban en el circo.

Había en el mundo centenares de hombres y mujeres deseosos de deshacerse de alguien, según él pensaba. Un asesino profesional sería una bendición para la sociedad. Como no podía atribuírsele móvil, el asesino tenía excelentes probabilidades de evitar ser descubierto y si el crimen se planificaba con cuidado y se llevaba a cabo con mayor cuidado aún, no había razón alguna para que los atrapasen. A Frank le pareció una buena idea. Nunca había tenido muchas, pero por naturaleza era entusiasta. Max sabía que no podría contar con un socio mejor. Los dos comenzaron, pues, a hacer circular la noticia de que estaban dispuestos a matar a cualquiera por una tarifa de tres mil dólares, más cien dólares por semana para gastos. Hasta ellos mismos se quedaron sorprendidos por la rapidez con que circuló la noticia en determinados círculos y por la cantidad de misiones que les encomendaron.

Viajaban por todo el país en un automóvil Packard negro de gran tamaño. Eran dos cuervos negros portadores de una muerte silenciosa y secreta y que nunca eran atrapados. La policía no los conocía, ya que las víctimas siempre la temían y no podían acudir a ella en busca de protección. Había veces en que la futura víctima se enteraba por vía indirecta de que los Sullivan la buscaban y trataba de ocultarse. Para los Sullivan era algo enteramente indiferente salir a la caza de esa víctima o bien llegar y matarla de un balazo cuando acudía a abrir la puerta. Lo único que necesitaban era una fotografía del candidato, su nombre y su último domicilio. Encontrarlo formaba parte de sus servicios. Eran hombres de pocas necesidades. Los cien dólares que cobraban para sus gastos semanales les alcanzaban ampliamente. La tarifa de tres mil dólares no se tocaba nunca, sino que la guardaban para la época en

que debiesen jubilarse. Tanto Max como Frank amaban los pájaros en forma apasionada y planeaban embarcarse en un negocio importante tan pronto como contasen con el capital necesario.

Little Bernie los llamó al día siguiente de haber huido Roy con los fondos robados al Banco. Los Sullivan se comprometieron a matar a Roy por cinco mil dólares. Les parecía que como Little Bernie era un hombre importante y contaba con bastantes colaboradores para ocuparse de sus propios asesinatos, no habría acudido a ellos a menos que previese un trabajo largo y difícil. Por las dudas, entonces, aumentaron su tarifa.

La dificultad consistía en localizar a Roy. Le habían avisado que los Sullivan lo perseguían y de inmediato desapareció de los lugares que solía frecuentar. Las averiguaciones revelaron que había abandonado Nueva York y ocultado tan bien sus huellas que la pista terminaba en la estación ferroviaria de Pennsylvania. La tarea de volver a retomar esa pista no arrojaba las menores esperanzas de éxito.

Pero no en el caso de los Sullivan, expertos cazadores de hombres. Razonar que para encontrar rápidamente a la presa era necesario conocer sus hábitos, dónde vivían sus parientes, determinar si tenía una amiga y en caso de ser así, averiguar su paradero. Una vez obtenidos esos datos no quedaba más que desplegar un poco de paciencia: tarde o temprano se atrapaba al fugitivo.

Fue muy sencillo para ellos establecer que Roy tenía un hermano que el año anterior había trabajado como corredor de seguros en Kansas City. Perdieron tiempo para trasladarse a esa ciudad, ya que allí descubrieron que Steve Larson había dejado su empleo y según se creía estaba criando zorros en algún lugar, aunque nadie parecía saber dónde.

Pasó una semana en la que los Sullivan permanecieron en un cuarto de hotel y tomaron turnos alternativos para llamar por teléfono a todas las empresas que vendían equipo para la cría de zorros. Cubrieron mucho terreno y en cada lugar solicitaban la dirección de Steve Larson, invocando como pretexto que como Larson había recibido una cuantiosa herencia tenían sumo interés en comunicarse con él. Al cabo de innumerables llamados su paciencia tuvo su premio. Una firma en Booner Springs había vendido equipo a Larson y se mostró encantada de proporcionar su dirección.

Tres días más tarde un automóvil de modelo Packard Clipper llegó a Point Breese, una población en el valle, a unos treinta kilómetros de Mountain Summit.

Los Sullivan estacionaron su vehículo delante de un bar y entraron en él. No había nadie. Estaban tan acostumbrados a sus habituales entradas en la pista de arena del circo que sin darse cuenta de ello marchaban al mismo paso, con rapidez, ambos agitaban los brazos con el mismo ritmo, de manera que uno parecía la sombra del otro. Con su ropa negra y su forma de moverse de inmediato llamaban la atención y la gente los miraba con una sensación de malestar, de estar fascinados, como si hubiesen visto una aparición.

Como en los tiempos de su actuación se habían presentado siempre como

hermanos, siempre se esforzaban por mostrar cierta semejanza y el hábito se hizo permanente. Ambos usaban finos bigotes negros y el pelo muy corto. Allí terminaba el parecido, no obstante. Max era unos cinco centímetros más bajo que Frank. Tenía una cara enjuta y pálida con labios finos. Frank era gordo y blando. Tenía una nariz ganchuda, una boca floja y el hábito de lamerse los labios antes de hablar. Sus ojos tenían tanta vida como la de dos bolitas de vidrio.

Después de acercar dos taburetes altos al bar se sentaron en ellos y apoyaron las manos enguantadas en el mostrador.

El barman los miró con atención, le pareció una pareja peligrosa y hostil y luego sonrió, pues no tenía el menor deseo de meterse en dificultades.

—¿Señores? —dijo y pasó un trapo por el mostrador.

—Dos limonadas —contestó Max. Tenía una voz aguda, débil.

El barman les sirvió los refrescos con expresión impasible. Pero cuando hizo ademán de alejarse, Max lo llamó con una seña.

—¿Qué hay de nuevo en el pueblo? —le preguntó, bebiendo un sorbo de limonada y sin dejar de mirar al barman con sus ojos de reptil—. Denos las noticias. No conocemos el lugar.

—En este momento hay bastante conmoción en el pueblo —dijo el barman, deseoso de mencionar la novedad del día—. Mañana apareceremos en primera plana de todos los diarios del país. Acaba de decírmelo un reportero.

—¿Qué le dijo? —preguntó Max, arqueando las cejas.

—Una enferma mental escapó del sanatorio Glenview. Se filtró la noticia de que es la heredera de seis millones de dólares.

—¿Y dónde queda el sanatorio Glenview? —preguntó Max.

—Colina arriba. A siete kilómetros de aquí por la carretera de Oakville. Esta mujer fue recogida por un camión no lejos de aquí. Encontraron el camión destrozado a unos dos kilómetros de la carretera. Piensan que ella mató al conductor.

—Pero ¿la encontraron? —preguntó Frank, sorbiendo su limonada y secándose luego los labios con el dorso de la mano.

—Creo que no. Siguen buscándola. Esta mañana vino aquí la policía. Nunca vi tantos hombres.

Max parpadeó.

—¿Cómo puede ser que una loca tenga tanto dinero?

—Lo heredó de John Blandish, el rey de la industria de la carne. Quizá recuerden ustedes el secuestro de la hija de Blandish. La muchacha es la nieta del viejo.

—Lo recuerdo —dijo Frank—. Debe de haber sucedido hace veinte años.

—Así es. El secuestrador fue el padre de la chica. Estaba mal de la cabeza. Ella, también. Si no la encuentran antes de catorce días no podrán volver a encerrarla. Así es la ley en este estado. Entonces heredará todo ese dinero y nadie podrá tener control sobre él. Es por esa razón que hacen tanta alharaca.

Los Sullivan terminaron de beber su limonada.

—Es una verdadera loca, ¿eh? ¿Peligrosa? —preguntó Max.

El barman agitó la cabeza con vehemencia.

—Por supuesto... una asesina.

—Por si llegásemos a verla, ¿qué aspecto tiene?

—Dicen que es pelirroja y muy bonita. Tiene una cicatriz en la muñeca izquierda.

—La reconoceremos —dijo Frank, y depositó un billete de un dólar en el mostrador—. ¿Por casualidad no tiene alguien un criadero de zorros aquí? —preguntó con aire despreocupado.

El barman le pasó el cambio.

—Sí. La chacra de zorros plateados de Larson en Blue Mountain Summit.

—¿Es lejos?

—Cerca de treinta kilómetros.

Max miró su reloj. Eran las nueve y media de la noche.

—Nos interesan los zorros —dijo con cautela—. Pensamos que podríamos visitar la chacra. ¿Vende los animales?

—Supongo que sí —respondió el barman, sorprendido. Esos dos no tenían aspecto de comerciantes en pieles.

Con un gesto de saludo los dos hombres se volvieron hacia la puerta y luego miraron otra vez al barman.

—¿Vive solo este señor Larson? —preguntó Max en voz baja.

—¿Quieren saber si atiende el criadero solo? Desde luego, pero en este momento alguien vive con él. Los vi pasar hace una semana.

Las caras de los Sullivan parecían de piedra.

—Adiós —dijo Frank y juntos salieron del bar para dirigirse a su automóvil.

Phil Magarth, apoyado en un árbol, los miró alejarse. Con aire pensativo se tocó su gran nariz, empujó su sombrero hacia atrás y luego entró en el bar.

—Hola, Tom —dijo y después de acercar otro taburete alto se dirigió a él con aire fatigado—. Consumamos un poco de su *whisky*.

—Hola, señor Magarth —saludó el barman con una sonrisa—. ¿No hay más noticias de la loca?

—Ni una —respondió Magarth, y se sirvió de la botella que le había pasado el barman.

—Estaba contándoles la historia que me refirió usted a esos dos hombres. ¿Los vio? Dos hombres de negro.

—Sí, los vi.

El barman vaciló y luego se rascó la cabeza.

—Eran bastante desagradables. Dijeron que trabajan en pieles.

—¿Sí? —Magarth mostró interés—. No tienen aspecto de peleteros, ¿no? Creo haberlos visto antes. En realidad los he visto tres veces en los últimos dos o tres años, y cada vez que los vi alguien murió repentina y violentamente. ¿Deduce algo?

El barman lo miró, atónito.

—¿Qué quiere decir, señor Magarth? —preguntó.

—No estoy seguro. Solo que uno no olvida con facilidad a una pareja como la de estos dos, ¿no? ¿Nunca oyó hablar de los hermanos Sullivan?

—Creo que no.

—Puede ser que no existan, pero circula una historia según la cual los Sullivan son asesinos a sueldo. Hacen una visita a cualquiera en cualquier parte del país y esa persona estira la pata. Me pregunto si estos dos serán los Sullivan. —Magarth pensaba en ese momento en voz alta.

—¿Qué deseaban?

—Preguntaron por Steve Larson —respondió el barman, preocupado—. Preguntaron si estaba solo.

—¿El criador de zorros? ¿El que vive en Blue Mountain Summit?

—Sí. El mismo. Excelente persona. Me compra su *whisky*. Lo veo una vez por mes. Pasó por aquí hace una semana, pero no se detuvo ni entró en el bar. Pasó acompañado por otro hombre.

—¿En serio? ¿Y esos dos preguntaron por él?

El barman hizo un gesto afirmativo.

—¿No cree usted que...?

Magarth respondió:

—Yo nunca creo nada. Descubro cosas y una vez que las descubro me siento frente a mi máquina de escribir y tecleo un montón de tonterías que usted consume con el desayuno —Magarth se dirigió a la puerta y allí se volvió para añadir—: O quizás usted no lea. Guárdese esto, Tom. Nada de hablar. —Dicho esto, Magarth se retiró enseguida.

Roy tenía los párpados tan hinchados que era imposible determinar si no había sufrido heridas graves. Steve detuvo la hemorragia y después de vendarlo rápidamente puso a su hermano tan cómodo como le fue posible.

—Voy a buscar a Carol —dijo cuando terminó—. El grito de protesta de Roy lo hizo callar.

—¡No! —exclamó Roy, tratando de levantarse—. No puedes dejarme así. Puede estar oculta allí, esperándote. Es lo que quiere... volver y terminar conmigo.

—¿Quieres callarte? —dijo Steve, furioso—. Me voy. Deja de lloriquear.

—No seas tonto, Steve —insistió Roy, casi sin aliento y tendiendo los brazos hacia su hermano—. Es peligrosa... te matará... te atacará con las uñas como me atacó a mí.

Steve miró hacia afuera. Era una noche de luna. No le gustaba salir en la oscuridad, pero no podía permitir que Carol vagara sin rumbo sin intentar encontrarla. Recordó los ojos lacerados del camionero, la expresión de astucia animal en la cara de Carol cuando se paseaba por la galería la noche anterior y por último, al

contemplar al hombre que sollozaba de miedo frente a él, sintió escalofríos. Suponiendo que fuese peligrosa... una loca... Suponiendo que el golpe la hubiese dañado aún más... Pero no era posible. Se nacía con tendencia a la locura. Los golpes en la cabeza no convertían a alguien en homicida. Había estado muerta de miedo. Era la explicación. Primero el camionero había intentado violarla, luego lo hizo Roy. Merecían lo que les pasó. No le haría nada a él. Siempre que no la asustase, todo marcharía bien.

—Me voy, Roy —dijo. Puso entonces la pistola en manos de su hermano—. Quédate con esto. Si vuelve, haz un disparo hacia el techo. No estaré lejos.

Sordo a los ruegos de Roy, se vistió con rapidez.

—No volverás —gimió Roy—. Sé que no volverás. Está esperándote. No sabes lo fuerte que es. Te matará, Steve, y entonces, ¿qué será de mí? —Su voz era un grito y estaba sentado en la cama—. ¡Estoy ciego! ¡Quédate conmigo, Steve! ¡No me dejes!

—¡Que te calles, te dije! —exclamó Steve, exasperado—. Lo buscaste y tuviste tu merecido. Deja de gritar.

Tomó su linterna y salió al terreno frente a la cabaña. No se oía nada. La luna brillaba muy arriba de los pinos, y había grandes sombras.

No había señales de Spot y Steve tuvo una desagradable sensación de soledad. Caminó hasta la orilla del lago y se detuvo allí, escuchando, tratando de penetrar con la vista la profunda oscuridad del bosque. «Fue en esa dirección», pensó con aprensión. ¿Estaría allí, observándolo?

Empezó a marchar por el sendero que bordeaba el lago. Un grito inesperado en la copa de un árbol cercano lo detuvo, tenía el corazón palpitante. Un pájaro se lanzó casi verticalmente desde el árbol y se alejó planeando sobre el lago. Steve aspiró profundamente. Era obvio que estaba sufriendo una tremenda tensión.

Al frente, el sendero se apartaba del lago y se internaba serpenteando en el bosque. Estaba muy oscuro allí y Steve volvió a detenerse. Vacilaba en salir de la senda iluminada por la luna para entrar en aquellas tinieblas que se abrían como fauces frente a él.

—¡Carol! —llamó—. Soy Steve. ¿Dónde estás, Carol?

El débil eco de su voz resonó sobre el lago.

¿Dónde estás, Carol?

Era un sonido fantasmal, incorpóreo, que parecía mofarse de él.

Siguió caminando y la oscuridad lo envolvió. No veía absolutamente nada, y encendió su linterna. El fuerte haz de luz iluminó el angosto sendero. Sobre su cabeza las ramas de los pinos daban la sensación de inclinarse hacia él en forma amenazante. Tuvo la súbita sensación de no estar solo y volviéndose bruscamente hizo girar el haz de luz a su alrededor, sobre arbustos y árboles, pero no vio a nadie.

—¿Estás ahí, Carol? —llamó. Le temblaba un poco la voz—. Soy yo, Steve. Estoy buscándote.

A sus espaldas, una silueta se irguió entre los arbustos y se dirigió hacia Steve con

paso sigiloso.

Frente a él una rama se quebró e hizo un gran ruido. Al dirigir el haz de luz de la linterna en esa dirección, se quedó sin aliento. Bajo la intensa luz había un hombre, un hombre vestido de negro con un revólver 45 en la mano.

—Manos arriba, Larson —dijo Max en voz baja.

Dos manos le palparon los bolsillos desde atrás. Volvió la cabeza y una sensación de frío le recorrió la espalda al ver a un segundo hombre vestido de negro. Era Frank.

«Los dos cuervos negros, los Sullivan», pensó y sintió que se le secaba la boca.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó, tratando de mantener la voz firme.

—Calla —dijo Max, hundiéndole el caño del arma en las costillas—. Hablamos nosotros, no tú. ¿Quién es Carol? ¿Y qué haces aquí?

—Es una amiga que se aloja en mi casa —dijo Steve, lacónico—. Estoy buscándola.

Max y Frank cambiaron miradas.

—¿Está Roy en la cabaña? —preguntó Max en voz baja.

Steve titubeó. Era inútil mentir. Tendrían que ir a la cabaña y lo verificarían ellos mismos.

—Sí —respondió.

—Tú vigila a este, Frank —dijo Max—. Yo manejaré a Roy.

—¿Y la muchacha?

—Si no aparece, no importa. Si aparece, me encargaré de ella —dijo Max—. Será mejor que lo traigas.

Max se alejó hacia la cabaña.

Frank volvió a hundir el caño del revólver en las costillas de Steve.

—Muévete —dijo—. Y nada de tretas. Las conozco todas. Y no grites cuando estemos cerca de la cabaña.

Steve siguió a Max. Estaba bastante seguro de que cuando hubiesen matado a Roy lo matarían también. Pero no le preocupaba tanto su persona como Carol. ¿Qué sería de ella? Le sorprendió comprobar que al pensar en ella se le hacía un nudo en la garganta. Pasara lo que pasara, decidió, no debía permitir que cayese en manos de estos dos hombres.

—¿No pueden dejarnos en paz? —preguntó—. No les hemos hecho ningún daño.

—Calla. No debes crearte más dificultades. No nos preocupamos por ti. Buscamos a Roy.

—Pero ¿qué les hizo él? Si lo que quieren es dinero, tengo bastante. No necesitan matarlo.

—Ya cobramos nuestro dinero —dijo Frank—. Una vez que recibimos dinero de alguien, entregamos la mercadería. Es nuestra forma de trabajar.

Había un tono tan definitivo en su voz que Steve decidió que sería inútil pedir por la vida de su hermano. Siguió caminando con una sensación de náusea. Era como vivir una pesadilla.

Al final del camino que llevaba a la cabaña vio el Packard negro con el capó en dirección al valle.

«Si pudiese llegar a él», pensó. «Podría escapar de los dos, pero no podría hacer nada por Roy».

No había nada que pudiese hacer por Roy. Max estaba contemplando ya a Roy, tendido en la cama, con su pistola en la mano, por una de las puertas ventana.

Max subió las escaleras de la galería como una sombra. Las suelas de goma de sus zapatos no hacían ruido alguno sobre los tablones.

Todo el tiempo Roy había estado escuchando, con los nervios tensos y la garganta apretada de terror. Escuchaba con una intensidad que le hacía doler la cabeza, pues pensaba que en cualquier instante aparecería Carol y terminaría con él. No había pensado en los Sullivan. Tenía la certeza en ese punto de estar a salvo de ellos y la razón era que siempre actuaban con tanta rapidez que si no lo habían localizado, ya no lo encontrarían nunca.

No sabía cuánto tiempo tardaría Steve en volver. El dolor de los ojos se había transformado en algo sordo y persistente. Se sentía enfermo de autocompasión y temor. Max entró sin hacer el menor ruido, vio la pistola en manos de Roy y desplegó una sonrisa agria. Cruzó en puntas de pie el cuarto hasta llegar junto a la cama. Habría sido fácil liquidar a Roy en ese momento. Demasiado fácil. A Max le aburrían las muertes fáciles.

Roy gimió, soltó la pistola y se sostuvo la cabeza dolorida entre sus manos. Max levantó el arma y se la guardó en un bolsillo posterior. Esperaba, contemplando al hombre ciego, preguntándose cómo reaccionaría al ver que había desaparecido su pistola.

Pasados unos instantes Roy apoyó la mano en el lugar preciso donde la había dejado y luego sus dedos se movieron a derecha e izquierda. Murmuró algo en voz baja y corrió la mano más lejos sobre la cama. Al principio sus movimientos eran coordinados, pues creía que el arma se había deslizado debajo de una frazada. Pero al no encontrar nada salvo la ropa de cama, empezó a buscar en forma frenética y luego se irguió con ambas manos apoyadas en la cama. Estaba sudando copiosamente.

Max levantó una silla muy despacio, se sentó en ella y muy divertido contempló el pánico creciente de Roy. Lo divertía además estar tan cerca de una víctima que ignoraba su presencia.

—Debe de haber caído al suelo —murmuró Roy e inclinándose fuera de la cama buscó a tientas sobre la alfombrita.

Max seguía sentado, con las manos enguantadas entrelazadas sobre las rodillas, el mentón hundido dentro de la bufanda negra. No se movía, sino que aguardaba con una expresión mansa e interesada en los ojos.

Los dedos vacilantes de Roy chocaron con la punta del zapato de Max, se apartaron y por fin se detuvieron. Volvieron a recorrer el camino anterior, muy despacio esa vez. Una vez más tocaron la punta del zapato, se levantaron y llegaron al

borde raído de los pantalones. Roy se estremeció. El aliento brotaba entre sus dientes entrecerrados como vapor comprimido.

¡Había alguien sentado junto a su cama!

Apartó la mano con un gesto abrupto y retrocedió hasta apoyarse en la pared.

—¿Quién es? —preguntó con voz ronca, semejante más bien a la de un loro que a la propia.

—Los Sullivan —dijo Max en voz baja.

Durante un período bastante largo Roy permaneció acurrucado contra la pared, casi sin respirar, con el rostro pálido, el sudor corriendo sobre el vendaje. Entonces gritó desesperado:

—¡Steve! ¡Rápido, Steve, sálvame!

—No puede socorrerte —dijo Max, cruzando las piernas—. Lo vigila Frank. Nada ni nadie podrá ayudarte ahora. Vinimos a ocuparnos de ti.

—No puedes matar a un ciego —suplicó Roy—. Estoy ciego. Mírame. Todo acabó... ¿No ves que no le sirvo ya a nadie?

—Quítate ese trapo —dijo—. No creo que estés ciego.

—Estoy ciego —insistió Roy, apretándose los puños—. No puedo quitármela. Me sangrarán los ojos.

Con una sonrisa y un manotón Max metió los dedos debajo de la venda y tiró de ella.

—Que sangren, entonces —dijo.

Roy gritó.

—Que te diviertas —gritó Frank en ese momento desde la galería.

Max miraba atónito el daño en los ojos de Roy.

—Ven, Frank —llamó—. Mira la cara de este hombre. Le arrancaron los ojos a arañazos.

—Perfecto —dijo Frank sin mayor interés—. Nos ahorra hacerlo nosotros.

—Tienes que verlo —volvió a decir Max—. Es un espectáculo para los ojos de cualquier ciego. —Dicho eso, soltó una carcajada.

—No quiero molestarte —dijo Frank—. Este amigo y yo estamos muy cómodos aquí.

—Te aseguro que es una ruina —comentó Max y palmeando a Roy en un hombro, preguntó—: ¿Cómo sucedió, viejo?

Roy aferró la mano enguantada, pero Max lo empujó.

—Fue ella. Está loca... completamente loca.

—¿Quién está loca? —Los ojos de Max se animaron.

—La chica... Carol... La encontramos en la colina. Hubo un accidente con un camión... Steve la atendió... y ella se volvió contra mí.

Max se inclinó hacia adelante.

—¿Cómo es?

—Es una pelirroja —dijo Roy, muy agitado. Tenía el rostro cubierto por una

máscara de sangre que caía hasta su boca y le teñía los dientes. Tenía un aspecto bestial, y al hablar, salpicó de sangre la cara de Max.

Max suspiró, se limpió la cara con el dorso del guante y salió a la galería.

—Te tomas tu tiempo, ¿eh? —comentó Frank con tono sorprendido.

—Es la loca con seis millones de dólares —dijo Max con gran calma—. La que nos mencionó el hombre del bar. Está aquí.

Frank soltó una risa aguda.

—En serio, toda la suerte llega a la vez —dijo y hundió el caño del revólver en el flanco de Steve—. ¿Dónde está? Si supieras, compañero, qué afortunados somos... ¿Dónde está? ¿Dónde la ocultaste?

—No sé de qué hablas —dijo Steve, sin comprender.

—Sí que lo sabes. La pelirroja... Se llama Carol, ¿no? ¿Dónde está?

—Escapó. Estaba buscándola cuando llegaron ustedes.

—¿Ella fue quien lo rasguñó así? —preguntó Max. Steve hizo un gesto afirmativo.

—Pero no está loca. Estaba asustada...

—Muy bien, no está loca —dijo Max guiñándole el ojo a Frank—. Pero será mejor que la encontremos. —Después de contemplar el lago y las montañas a lo lejos, añadió—: Seis millones de dólares es mucho dinero como para ventilarlos en esos cerros.

—Así es —convino Frank—. Pero empecemos por lo primero. ¿Qué hacemos con el infeliz?

—Claro. No lo olvido. Arreglamos eso ahora. ¿Cómo? —Little Bernie quería un estilo lento, bien lento— dijo Frank. —Nada que sea rápido, ni fácil. Podríamos ahogarlo en el lago.

Max rechazó la idea.

—Te obsesiona el agua. Siempre te mojas cuando ahogas a alguien. ¿No aprenderás nunca? ¿No recuerdas a esa chica que sorprendimos en su bañera? Fue idea tuya: inundaste todo el baño, arruinaste un bonito cielo raso y además yo me resfrié. El resfrió me duró semanas. Por mi parte, nada de ahogar.

—Lo había olvidado —se disculpó Frank—. ¿Y si le abrimos las venas?

—Demasiado agradable para él. Además, es sucio. Se me ocurrió que si nos deshacemos de estos dos podríamos quedarnos aquí unos pocos días. Me gusta este lugar. Y no hay que ensuciar la cabaña.

—¿Te refieres a que podríamos retener a la pelirroja aquí hasta que pasen los catorce días?

—Ni más ni menos. Después nos dedicamos a ella... y a su dinero.

Frank meditaba, buscando inspirarse.

—Podríamos hundirle la cara en un tarro con melaza. Así se sofoca poco a poco —dijo por fin y luego preguntó a Steve—: ¿Tienes melaza, compañero?

Steve hizo un gesto negativo. Por el rabillo del ojo había visto a Roy marchar con

sigilo por la galería.

—¿Por qué no lo perdonan? —preguntó en voz alta—. ¿Qué mal les ha hecho?

Roy se había detenido y estaba agazapado contra la pared de la cabaña, con la cabeza vuelta en la dirección de ellos. Los Sullivan le daban la espalda, pero él no lo sabía. —Podríamos convertirlo en antorcha— sugirió Max, sin prestar atención a Steve.

—Excelente idea —dijo Frank—. Nos ahorra el trabajo de enterrarlo, además.

En ese instante Roy hizo un intento de escapar. Llegó a la barandilla de la galería, pasó una pierna por ella y después de tocar el suelo echó a correr a ciegas.

Los Sullivan miraron hacia el costado y lo vieron.

—Mantente a la izquierda, Roy —le gritó Steve al ver que su hermano corría hacia el lago.

Roy viró y se dirigió al bosque de pinos.

—Yo me pregunto qué cree estar haciendo —dijo Max, riendo, y levantó su arma.

Steve se movió, pero el revólver de Frank se le hundió en las costillas y lo dejó sin aliento por un instante.

Se oyó el ruido de un disparo y Roy cayó de bruces. Quedó tendido un instante y luego empezó a arrastrarse. Tenía la pierna izquierda herida.

—Ahora lo arreglaré para siempre —dijo Max y después de atravesar la galería y el terreno frente a ella, alcanzó a Roy, le dio unos fuertes puntapiés y después prosiguió hacia el lugar donde estaba estacionado el automóvil.

—En un instante vas a ver una cosa —dijo Frank a Steve—. Tiene seso, este muchacho, y además, estilo. Nunca habrás visto estilo igual.

Roy seguía arrastrándose desesperadamente hacia el lago. Iba dejando tras sí una fina huella de sangre en el suelo arenoso.

Max llegó al Packard, retiró de la baulera una lata de nafta y se aproximó a Roy.

Al oírlo Roy lanzó un grito, intentó arrastrarse con mayor rapidez y luego cayó sobre un costado.

—No me toques —gimió al llegar Max junto a él—. Déjame... por favor, déjame...

—Dice Little Bernie que espera que te frías bien en el infierno —le dijo Max al derramar nafta sobre el cuerpo tembloroso de Roy.

Algo sucedió en el interior de la cabeza de Carol. Era como si su cerebro se hubiese replegado con un ruido brusco y ensordecedor, y el borroso mundo de sueños en el que había estado sumida hubiese cobrado inesperada vida. Las cosas que momentos antes habían tenido contornos vagos, tintes confusos y sonidos débiles se volvieron nítidas y claras. Era como si una película mal proyectada sobre la pantalla hubiese sido corregida. Era como encontrarse de repente respirando aire puro después de haber permanecido profundamente sumergida en aguas verdes y calladas.

Seguramente había soñado que caminaba en el bosque de pinos. Pero luego decidió que había llegado allí sonámbula. Le parecía que era la única explicación posible. La sorprendía la capacidad de aceptar con tanta calma el choque de despertar y miró a su alrededor, buscando un punto de referencia familiar que le permitiese volver a la cabaña. Entre los árboles, el lago relucía a la luz de la luna y se dirigió hacia él.

Al mismo tiempo trataba de recordar qué había estado soñando antes de despertarse. Tenía un vago recuerdo de haber soñado que Roy entraba en su cuarto, pero era algo muy poco claro. Creía haber tenido conciencia del cambio brusco en su cerebro cuando llegó Roy a su dormitorio. No estaba segura de ello, pero sabía que en algún momento reciente una celosía, o algo parecido, había caído en el interior de su cabeza. Le había ocurrido en el pasado, pero no podía recordar con exactitud cuándo. Al pensar, tenía una imagen vaga de un cuarto con paredes acolchadas de color azul y una lamparita eléctrica muy alta en el cielo raso, cubierta con una canasta de alambre. Tenía que tratarse de algo ocurrido en un sueño, porque allí estaba la enfermera, la enfermera con una expresión horrible en los ojos, ella no decía nada, no hacía nada, solo la señalaba con el dedo y la miraba con fijeza. Estaba segura de haber tenido muchos sueños semejantes, pero no los recordaba bien. No eran más que un conjunto de figuras disociadas y de caras y de cuartos.

Se preguntó por qué había salido del bosque de pinos y luego se quedó consternada al advertir que estaba semidesnuda. Era probable que Steve hubiese advertido su ausencia y estuviese buscándola. Al pensar en ello sintió deseos de volver cuanto antes a la cabaña y ponerse esa chaqueta de pijama que había perdido en forma tan misteriosa. Ante la idea de que Steve la encontrase de esa manera tuvo un sentimiento desconocido hasta entonces que la dejó perpleja. Sentía ternura y vergüenza a la vez. Deseaba hablarle a Steve del ruido que había sentido en la cabeza, pues la preocupaba y quizás él sabría explicarle su origen.

Fue cuando caminaba por el sendero desde el lago que vio a los Sullivan. Estaban junto al lago, dándole la espalda, conversando. La luz de la luna le permitió ver sus siluetas negras y perfiladas, pero fue suficiente.

No tenía idea de quiénes eran, pero le inspiraron miedo. Habrían causado alarma a cualquiera que hubiese tropezado de repente con ellos en medio de la oscuridad. Se ocultó detrás de un árbol, con los brazos cruzados sobre el pecho y los vio caminar con paso rápido y silencioso hasta internarse en el bosque.

Vio sus caras pálidas y crueles, caras que parecían esculpidas en sebo de carnero y se estremeció instintivamente, pues adivinaba que eran peligrosos y malvados. Pensó de inmediato en Steve y se le aflojaron las piernas, pues no sabía si esos hombres le habían hecho algún daño.

Cuando se alejaron, corrió hacia la cabaña. El corazón le latía con tanta violencia que era como un martillo golpeando su pecho.

Al atravesar el terreno frente a la casa vio lo que quedaba de Roy; para ella esa

masa anónima y quemada no era más que otro sueño y apenas lo miró, por imaginar que existía solo en su imaginación y porque lo único que ansiaba era volver a la cabaña y asegurarse de que Steve estaba sano y salvo.

Subió corriendo las escaleras y al llegar a la puerta se detuvo para mirar el living, que estaba iluminado.

Steve estaba tendido en el suelo con las manos y los pies atados, lo cual hizo que Carol se detuviese bruscamente, olvidase su desnudez y se quedase mirando con ojos fascinados y llenos de horror las cuerdas que lo aseguraban.

Steve trató de sentarse al verla así: salvaje, hermosa, con una piel nacarada como una perla. Comprendió entonces cuánto la amaba. La había amado desde el momento en que la encontró desvanecida en el camión volcado. Decidió que no dominaría ya sus sentimientos. Carol era la única mujer que habría de amar en su vida.

—¡Carol! —exclamó—. Ven, mi amor. Debes soltarme.

Carol corrió hacia él y arrodillada, lo abrazó.

—¿Estás herido? —Dime que no estás herido.

—Estoy bien, pero quítame rápido las ligaduras. Estamos en grandes dificultades, querida.

—Querido Steve —dijo ella y lo besó apenas en la mejilla—. Estuve muy asustada.

—Estoy bien, pero date prisa.

Carol tiró de las cuerdas, pero los nudos estaban demasiado ajustados. Corrió entonces a la cocina y tomó un cuchillo. Al volver al living vio la chaqueta de Steve y se apresuró a ponérsela y abotonársela.

—Rápido, Carol —le dijo Steve—. Volverán.

Carol cortó las cuerdas y Steve se levantó y frotándose las muñecas, le sonrió.

—Todo saldrá bien —dijo—. Pero debemos correr...

Junto a él, Carol lo abrazó.

—Te quiero, Steve —le dijo—. Sentí tanto miedo cuando vi a esos dos, que... No sé qué haría sin ti...

Steve la atrajo hacia sí y la besó.

Permanecieron abrazados unos instantes, pero luego Steve la apartó con suavidad.

—Todo el tiempo te quería ya, mi amor —le dijo—. Pero no debemos perder tiempo. Vamos, debemos huir. Vístete lo más rápido posible.

Carol corrió a su dormitorio y Steve salió a la galería para estudiar el terreno. No había señales de los Sullivan. Esperó allí unos minutos hasta que Carol apareció con el vestido de lana puesto y una expresión confiada en los ojos.

—Tenemos que apoderarnos del automóvil —dijo Steve, rodeándole los hombros con un brazo—. Mantente en la sombra y corre...

Bajaron corriendo los escalones de la galería y al salir al terreno vieron la silueta del voluminoso Packard al comienzo del camino.

—Lo haremos —dijo Steve y tomando a Carol del brazo la impulsó a correr por

el terreno abierto hasta salir al sector iluminado por la luna.

Los Sullivan salieron en ese momento del bosque y los vieron.

Max gritó.

—¡Rápido, Carol! —gritó Steve—. ¿Sabes conducir?

—Sí —contestó ella—, pero partiremos juntos. No te dejaré...

—Iré, pero debes adelantarte. Trataré de detenerlos. Pon en marcha el motor. ¡Y corre como el diablo, mi amor!

—¡Deténganse! —gritó Max. Había un tono de amenaza en su voz. Steve se detuvo y se volvió para hacer frente a los dos hombres.

Los Sullivan comenzaron a correr hacia él. Steve oyó ponerse en marcha el Packard y giró sobre sus talones, corriendo hacia el vehículo.

Max disparó desde la altura de la cadera.

Steve se echó hacia adelante, se tambaleó y alcanzó a tocar la manija de la puerta, en el momento en que Max disparó otra vez.

—¡Me alcanzó, mi amor! —jadeó y cayó hacia adelante sobre el regazo de Carol.

La sangre que brotaba de él le bailó una mano. Desesperada, Carol lo enderezó y vio correr con gran rapidez a los Sullivan por el terreno bailado por la luz de la luna. Apretó el acelerador y el automóvil se lanzó hacia adelante.

Max se detuvo, levantó su revólver, pero Frank tomó su arma.

—Ten compasión —dijo—. A ella, no... A los seis millones, no.

—Pero se escapará —dijo Max y se encogió de hombros con un gesto de contrariedad.

—La encontraremos —respondió Frank—. Siempre las encontramos. Vale la pena tomarse el trabajo... por ella y por su dinero.

La luz trasera del Packard brillaba cada vez más lejana por el camino de montaña que llevaba al valle.

Capítulo 3

Al norte de Point Breese, diseminadas entre las primeras estribaciones de las colinas, están las casas de campo de los ricos.

Phil conducía a una velocidad alocada por uno de esos caminos de montaña. Luego sacó su viejo Cadillac de la huella con un chillido de neumáticos torturados y se internó en una senda para coches que llevaba a la espaciosa casa de estilo español de Veda Banning, con sus paredes blancas y sus tejas rojas.

Se conocía a Veda como la mujer malvada de Point Breese, pero a pesar de su mala fama la apreciaban y era muy divertida. Era rica, y manejaba una plantación de naranjas de dos mil quinientas hectáreas con gran eficacia. Además, estaba loca por Magarth, al punto de desear casarse con él.

Al detener el Cadillac frente a la puerta ornamental de la casa, Magarth miró su reloj. Eran las cuatro menos diez de la madrugada. Bajó del automóvil para avanzar sin hacer ruido por la terraza de mosaico blanco. La casa estaba sumida en la oscuridad, pero sabía dónde dormía Veda y después de atravesar rápidamente el patio lleno de flores, trepó los cuatro escalones de la galería cubierta y se detuvo delante de una gran puerta ventana.

—¿Estás despierta? —llamó, escudriñando a la vez el cuarto en tinieblas, en el que apenas distinguía la enorme cama tallada en que dormía Veda.

No oyó movimiento alguno en la cama, pero entró, se sentó en ella y deslizó una mano debajo de las sábanas. Hubo un movimiento brusco y un grito contenido. Veda se sentó en la cama y encendió la luz.

—¡Por favor! —exclamó y se apoyó en la almohada—. Esto es el colmo... ¿Cómo te atreves a venir a esta hora?

—¿Qué es el colmo? —preguntó Magarth con una sonrisa y tratando de abrazarla—. Siempre dices que te alegras de verme... Pues aquí me tienes. Ponte contenta.

Veda volvió a incorporarse, se desperezó y bostezó. Magarth admiró una vez más su figura excepcional.

—Estás preciosa, pero las cosas están que arden. ¿Está despierta ya esa cosita que tienes por cerebro?

—Hay veces que me pregunto qué he visto en ti —dijo Veda, y tomando un espejo de la mesita a su lado se estudió con atención. Tenía ojos color gris azulado, pestañas espesas y pelo de un tono castaño dorado que le caía hasta más abajo de los hombros y se rizaba en las puntas. Era hermosa y lo sabía. Tenía un mohín apasionado en los labios y ojeras oscuras. No aparentaba sus veintiséis años sino algunos menos.

—Por lo menos no parezco un monstruo —comentó y después de bostezar otra vez volvió a reclinarsse en la almohada. Llevaba un camisón muy escotado de seda celeste con encaje negro—. Eres infernal, Phil —dijo—, podrías haberme despertado en forma más dulce y caballeresca. Soy muy frágil.

—No te preocupes. No se verá —dijo Magarth con una gran sonrisa. Se levantó para acercarse al armario y allí encontró una botella de *whisky* canadiense y un vaso—. Está agotándose la existencia. Será mejor que compres más.

—Lo haré —dijo Veda. Al contemplarlo se le ocurrió que era muy apuesto—. Dame un cigarrillo, bestia.

Magarth volvió con la botella, le pasó un cigarrillo, se sirvió un trago y a su vez encendió otro cigarrillo.

—Estoy metido en algo grande —dijo al sentarse en la cama muy junto a ella—. Y si todo sale como espero, quizá podría casarme contigo, de manera que escucha con atención.

Veda lo observó por sobre el borde de la frazada.

—Oí tantas veces esa canción que podría acompañarte con una flauta —dijo con ironía.

—Pero esto es algo serio —señaló él—. Estoy detrás de la muchacha de Blandish.

—¿Estás... qué? —preguntó Veda. Se había sentado bruscamente y le brillaban los ojos.

—Vamos, no te arrugues el camisón —dijo Magarth, preocupado—. Es una estricta cuestión de negocios. Dentro de seis días a partir de mañana por la mañana heredará su fortuna... si no la atrapan antes de esa fecha. Al principio pensé que sería indicado ayudar a capturarla y lograr una nota de primera mano para mi columna sindicada. Pero tengo una idea mejor. Voy a ayudarla a eludir a sus perseguidores, a conseguir su dinero. Si la cuido bien me lo agradecerá, ¿no? Estaré en primer lugar. El gran público estadounidense querrá saber qué piensa hacer con todo ese dinero... ¡Seis millones de dólares!, y seré yo quien estará allí para decírselo. Voy a traerla aquí. Y cuando tengamos el dinero, la acompañaremos, le compraremos un auto, una casa, ropa y llevaremos siempre un fotógrafo con nosotros... Será espléndido. Notas exclusivas para mi columna. Puedo imponer mis condiciones.

Veda cerró los ojos.

—Lo adivinaba —dijo con aire fatigado—. De todas las ideas que tienes, esta es la más tonta. La chica está loca. ¿Lo olvidaste? Es peligrosa. Podría matarnos. ¿Crees que tengo ganas de que me maten?

Magarth hizo un gesto de desdén.

—No impedirías que esos detalles me hicieran desistir del plan, ¿no? —preguntó con aire de reproche—. Además, sabré manejarla. ¿No recuerdas las dos horas que pasé en la jaula de un orangután para obtener una nota única?

—Pero el orangután no estaba en la jaula, de modo que no veo qué tiene de valiente lo que hiciste —le recordó Veda.

—Está bien —dijo Magarth, impaciente—. Pero sirve para probar una cosa. No le tengo miedo a esa mujer. Desde que no llegaba a la altura de una hormiga, he...

—Lo sé. Lo oí otras veces. Pero esto es diferente...

—No, no es diferente. Conversé con la enfermera de la chica. ¡Vieras qué

numerito apetitoso resultó ser! ¡Qué figurita! Me recuerda las curvas de la Montaña Rusa.

—Una vez me dijiste que te mareabas —dijo Veda fríamente.

Magarth le dirigió una sonrisa maliciosa.

—Depende de la velocidad con que las cubras —dijo. Veda le dio un puntapié por debajo de la frazada—. Bien. ¿Qué dijo la enfermera?

—Que Carol tiene una doble personalidad. De vez en cuando tiene estos ataques. No muy seguido. Pasa meses actuando como una muchacha dulce y normal, y solo tienes que vigilarla. —Con un suspiro, añadió—: Vigilar chicas dulces y normales es mi especialidad.

Veda le dio otro puntapié.

—Eres un canalla —dijo.

—No me interrumpas —replicó Magarth con severidad—. Uno de los albaceas, un viejo con una cara más agria que un limón viejo que dice llamarse Simon Hartman apareció en el sanatorio. Y la enfermera me dijo que estaba loco de furia por la huida de Carol. Imagina cómo se le escapan de esas manos gorditas esos seis millones de dólares que custodia. —Magarth se sirvió *whisky*—. Y te diré algo más. No creo que esa chica sea, ni mucho menos, tan peligrosa como afirman. Pienso que no deberían haberla declarado insana. La encerraron en ese sanatorio para que ese hombre obtuviese los seis millones.

—No digas disparates —le reconvino Veda—. Fue John Blandish quien la hizo encerrar... Hace tres o cuatro años.

—Blandish no la conocía. No se interesaba por ella. Fue Hartman quien hizo todo. Hartman administraba los bienes de Blandish. Encerraron a la chica porque atacó a un hombre que estaba maltratando a un perro. ¿No harías tú lo mismo?

Veda se quedó mirándolo.

—Pero es peligrosa. Mira lo que le hizo a ese pobre camionero.

Agitando una mano, como restándole importancia, Magarth replicó:

—Estaba protegiendo su honor. Desde luego que tú no comprendes qué significa eso, pero debo decirte que algunas mujeres toman su honor muy en serio.

—Está bien —dijo Veda y suspiró. No deseaba seguir discutiendo—. Como quieras. Pero aún no la encontraste.

Magarth se golpeó un costado de la nariz.

—Pero estoy avanzando. Descubrí dónde estuvo ocultándose en los últimos días. Acabo de estar allí.

—¡Ay! —se quejó Veda—. Después de todo, tomaré un poco de *whisky*. Empiezo a sentir nerviosidad.

—No pienso darte *whisky*. Sería un desperdicio. Quédate tranquila y escucha. Esta noche vi a dos hombres en un gran Packard negro. Estaban preguntando por Steve Larson, quien tiene un criadero de zorros en Blue Mountain Summit.

—Lo he visto —dijo Veda con entusiasmo—. Es grande y rubio y hermoso y me

hizo latir fuerte el corazón.

—No interesa su belleza —replicó Magarth con acritud—. Para mí que a tu madre la asustó alguien con pantalones poco antes de nacer tú. Tienes la obsesión de los hombres. Déjame continuar, ¿quieres?

—No me moriré por escucharte —dijo ella, resignada y cerró los ojos.

—Los dos hombres preguntaron por Larson y yo los reconocí. Creo que son los Sullivan... matones a sueldo.

—¿Qué? —exclamó Veda y abrió los ojos muy grandes.

—Si quisieras deshacerte de alguien, podrías recurrir a los Sullivan. Les pagas y ellos se ocupan del resto. Y no es un cuento —dijo Magarth—. De cualquier manera, decidí olfatear un poco los alrededores y por ello fui a la chacra de Larson. Estaba desierta. Las luces estaban encendidas, las puertas abiertas, la camioneta Buick en el garaje y el perro, aterrado, en su casilla. Revisé la cabaña y encontré esto —dijo, dejando caer un pañuelo sobre la cama—. Apuesto a que es de Carol. Mira, tiene su nombre en una esquina. Otra cosa: encontré ese impermeable del chofer del doctor Travers. El que se llevó Carol cuando huyó de Grenview.

Veda se mostró intrigada.

—Pero ¿adónde te lleva todo esto?

Magarth se rascó la cabeza.

—Me gustaría saberlo —respondió—. Pero es un comienzo. Larson estaba ocultándola. Esos dos, los Sullivan, si acaso se trata de ellos, los obligaron a salir a la superficie. Eso es lo importante. Salieron de la cueva. Es posible que los Sullivan estén cazándolos. No lo sé. Si llego a alcanzar a Carol primero, la traeré aquí. A nadie se le ocurriría buscarla en esta casa. Si no la encuentro, no habré tenido suerte y nuestro matrimonio seguirá más lejano que nunca.

Veda lo atrajo hacia sí y lo abrazó.

—No hay motivo para eso, Phil —le dijo en voz baja y le mordió una oreja—. Yo te doy todo mi dinero y luego vivimos felices toda la vida.

Magarth la rechazó y se levantó.

—Puede ser que sea un canalla, pero tengo mi amor propio —dijo y empezó a aflojarse el cuello y la corbata—. ¿Crees que voy a aceptar que digan que me casé por tu dinero? De ningún modo. Vamos, hazme lugar —añadió—. Tengo que descansar un poco antes de que amanezca. Y cuando digo «descansar», quiero decir eso y no otra cosa.

Aferrada al volante del Packard, Carol miraba por el parabrisas el manchón de luz de los faros al avanzar el automóvil a toda velocidad por el sinuoso camino de montaña.

Su corazón era como un témpano y se sentía atontada de miedo y aprensión. A la luz del tablero veía el rostro pálido de Steve, desde donde estaba tendido de espaldas en el suelo del vehículo. Tenía los ojos cerrados. Deseaba detenerse, pero pensar en

los Sullivan la obligaba a proseguir. Pasado algún tiempo lo haría, una vez que tuviese la certeza de que los Sullivan no los alcanzarían. Al mismo tiempo rogaba por que no fuese demasiado tarde, y por que pudiese hacer algo aún por Steve.

El camino angosto y tortuoso le impedía aumentar su velocidad, pero corría tanto como le era posible patinando en las curvas, provocando fuertes sacudidas del gran automóvil al pasar sobre baches y zanjas, con la sola idea de poner tanta distancia como pudiese entre ellos y los Sullivan y en el menor tiempo posible.

Al cabo de unos minutos llegó a la carretera estatal y se internó en ella sin disminuir su velocidad. Algo más adelante la disminuyó, buscando un lugar donde detenerse. Al frente vio un claro que llevaba a un aserradero abandonado y apartándose del camino avanzó por una senda primitiva que llegaba hasta unas chozas medio arruinadas que habían albergado algunas vez a los leñadores.

Oculto ya de la carretera, y una vez que el Packard se detuvo, se inclinó sobre Steve.

«Tengo que mantener la calma», se dijo. «Tengo que dominarme». La idea de que Steve estuviese muerto o gravemente herido le provocó tanto terror que le temblaron todos los músculos del cuerpo y le castañetearon los dientes.

—Steve, mi amor —dijo y le acarició la cara—. ¿Cómo estás? Dímelo. ¿Qué herida tienes?

Steve no respondió, pero cuando Carol intentó levantarle la cabeza, estaba inerte, pesada.

Durante largo rato permaneció inmóvil, con los puños crispados, tratando de ahogar las ganas de gritar. Luego abrió la puerta del automóvil, bajó y se paró en la alfombra de agujas de pino, sosteniéndose en la puerta para no caer. El corazón le latía con tanta violencia que sintió miedo de sofocarse. Después de pasar alrededor del automóvil abrió la otra puerta y aferrando a Steve logró sacarlo. Era pesado, pero Carol consiguió depositarlo sobre las agujas de pino. Luego movió el faro auxiliar, lo encendió y al ver la sangre en la chaqueta de Steve contuvo el aliento. Al arrodillarse junto a él y abrirle la chaqueta vio la camisa empapada en sangre.

Al apoyar una mano sobre su corazón, advirtió que latía débilmente y en forma irregular. Se le escapó un sollozo de alivio. Steve no estaba muerto, pero a menos que obtuviese ayuda, moriría. Seguía perdiendo sangre y era necesario detener eso.

Volvió al Packard y en la baulera encontró dos maletas. Con movimientos febriles buscó en su interior y extrajo camisas y pañuelos, de los que comenzó a cortar tiras para hacer vendas.

—¡Carol! —Era la voz débil de Steve.

Con una exclamación Carol corrió a su lado. La luz del faro lo hacía parpadear, pero no se movió. Tenía una expresión opaca y apagada en los ojos.

—¡Mi amor! —dijo, arrodillada junto a él—. ¿Qué haré ahora? Estoy tratando de detener la hemorragia.

—Está bien, querida —murmuró Steve. El esfuerzo de hablar le provocó una

mueca de dolor—. Es una herida grave, Carol. En el pecho, pero no sé bien dónde.

Por un instante Carol perdió el dominio de sí misma y se puso a sollozar con desconsuelo, cubriéndose la cara con las manos.

«¿Qué voy a hacer?», pensaba, desesperada. «Que no se muera... No podría soportarlo... y soy la única que puede salvarlo...».

—Vamos, querida —susurró con trabajo Steve—. No te asustes. Trata de detener la hemorragia.

—Sí... —dijo ella y después de enjugarse las lágrimas se mordió los labios—. No lloro ya, mi amor. Es solo que... Ay, mi amor, me siento tan impotente...

Corrió otra vez al automóvil en busca de las vendas improvisadas y cuando estuvo junto a Steve le desabotonó la camisa. La sangre seca y el contacto con la tela mojada le provocaron náuseas, pero temía tanto que Steve muriese que cobró ánimo para proseguir. Al apartar la camisa y ver los dos orificios de los que seguía manando la sangre en el medio del pecho, sintió que todo se nublaba y permaneció acurrucada allí, con la cabeza apoyada en las manos, tiritando.

—No tengas miedo —le dijo Steve y levantando con esfuerzo la cabeza miró las heridas. Apretó los labios porque era peor de lo que había temido. Tenía una sensación de frío que le subía por las piernas y el dolor, como provocado por cables al rojo, se hundía en su pecho—. ¡Carol! Ven, mi amor, restaña esto.

—¡No puedo! —exclamó ella—. Tengo que buscar ayuda. ¿Adónde puedo ir, Steve? ¿Adónde puedo llevarte?

Steve se quedó inmóvil. Trataba de pensar. Era como si le hubiesen abierto el pecho y corriese por él un viento cargado de sal que le torturase los nervios y la carne herida.

—Doctor Fleming —consiguió decir, pero Carol apenas oyó el murmullo—. Por este mismo camino, atravesando Point Breese, la segunda curva hacia la izquierda. Una casa fuera del camino, aislada. —Debía luchar contra la sensación de desvanecimiento, pero con un esfuerzo logró continuar—: Son treinta kilómetros o más. No hay nadie más.

—Pero treinta kilómetros... —Carol apretó los puños—. Tardaré mucho...

—No hay nadie más. —La mente de Steve flotaba en un mar de dolor.

—Iré —dijo Carol—, pero primero haré lo que pueda. —Debía llevarlo con ella, pues no podía dejarlo solo allí. No debía haber lo sacado del automóvil. Inclina sobre Steve, le dijo—: Iremos juntos, mi amor. Si puedes ayudarme un poco a moverte, te meteré en el auto.

—Será mejor que no —dijo Steve. Sentía el sabor de la sangre en la boca—. Creo que tengo una hemorragia interna. Será mejor que no me muevas. —La sangre le corría por el mentón, a pesar de que en un esfuerzo por ocultarse de ella, había vuelto la cabeza.

Carol contuvo un sollozo.

—Está bien, mi amor —dijo—. Trabajaré de prisa. —Con unos cuantos pañuelos,

empezó a preparar compresas—. Steve, si pasa... quiero decir... te quiero tanto. Quiero que lo sepas. Eres el único y estoy tan asustada... tan sola... Por favor... no me dejes...

Steve logró sonreír con trabajo y le palmeó una mano.

Pero cuando Carol lo levantó para quitarle la chaqueta, se puso sumamente pálido y se quejó. Aferró a Carol de un brazo y luego cayó hacia atrás, inconsciente.

Carol trabajó febrilmente, apretando las compresas contra las heridas. Luego corrió al automóvil, encontró una manta, improvisó una almohada y apoyó en ella a Steve para que estuviese lo más cómodo posible.

No quería dejarlo, pero no le quedaba otra alternativa. Inclineda sobre él, lo besó en los labios y con una última mirada corrió hacia al automóvil.

Nunca recordó mucho de aquel trayecto a Point Breese. Conducía a gran velocidad, con la sola idea de volver con el doctor Fleming. El camino era ancho y tenía conciencia solo del ruido del viento. A esa hora de la madrugada —apenas las dos— el camino estaba desierto y mantenía una velocidad casi constante de más de cien kilómetros. Una vez, al doblar una curva se cruzó con otro automóvil (el de Magarth, que se dirigía a la chacra de Larson), pero todo sucedió con tanta rapidez que solo advirtió el paso de un vehículo y nada más. Llegó a Point Breese en el momento en que un reloj del exterior daba las dos y media.

No le costó mucho trabajo encontrar la casa de Fleming y después de detener el Packard subió corriendo las escaleras y golpeó la puerta, manteniendo el constante martilleo hasta que le abrieron.

Junto a la puerta había una mujer con una cara surcada de arrugas y de expresión malévol. Tenía puesta una bata raída que sostenía contra el pecho aplanado con una mano que parecía una garra.

—Vaya ruido que hace —dijo, indignada—. ¿Qué cree que está haciendo?

—Por favor —dijo Carol, tratando de controlar la voz—. Necesito al doctor. Alguien está mal... muy mal... herido... ¿Dónde está el doctor?

La mujer se pasó una mano por su maraña de pelo sucio y canoso.

—Es inútil que venga aquí —dijo, lista para cerrar la puerta de un golpe—. El doctor está enfermo. Esos golpes que dio... ¿Quién imagina ser?

—Pero alguien está herido —dijo Carol, retorciéndose las manos—. Está muriéndose. Déjeme ver al doctor. Tengo un automóvil. No llevará mucho tiempo.

—Lo siento —dijo la mujer. Estaba roja de furia—. El doctor es un hombre viejo y está resfriado. No saldrá a esta hora. Debe recurrir a otro.

—Pero alguien está desangrándose. ¿No comprende? Si usted se lo dice, el doctor vendrá. Está sangrando —Carol se echó a llorar—... y yo lo quiero tanto...

—Váyase —le dijo la mujer con dureza—. No podemos hacer nada aquí. Vaya a otra parte.

Carol trataba de dominar su creciente pánico.

—Pero ¿adónde? —preguntó con los puños crispados—. No hay tiempo... está

sangrando.

—En Waltonville hay un hospital y el doctor Kober está en Eastlake. Él irá. Es judío. Siempre van.

—Está bien... Lo buscaré. ¿Dónde queda Eastlake? ¿Cómo debo ir allí?

La mujer tenía la vista fija en la cicatriz rugosa de la muñeca de Carol, pero se apresuró a apartarla.

—Son ocho kilómetros —dijo—. Se lo indicaré en un mapa... Será mejor que entre.

—Pero, por favor, de prisa —dijo Carol—. No debí dejarlo...

—Entre, entre —dijo la mujer—. No puedo indicarle nada si se queda allí parada en la oscuridad. Voy a encender una luz.

Dicho esto se volvió y un instante después el pasillito oscuro se iluminó con la luz de una lamparita desnuda colgada del cielo raso.

Carol permaneció junto a la puerta y miró a la mujer cuando esta se volvió.

—¡Qué hermoso pelo tiene! —Los ojitos le brillaban de interés—. Tal vez convenza al doctor de que la acompañe. Entre, entre. Podría ir si se... Hace días que no anda muy bien. Le avisaré si me espera aquí.

Aquel cambio repentino y astuto, aquella súbita cordialidad alarmaron a Carol, pero no podía hacer nada. Tenía que salvar a Steve. Siguió pues a la mujer a la salita de espera en la que había tres sillas y una mesita redonda con unas revistas destrozadas. Había un ambiente de abandono y decadencia.

—Le avisaré, querida —dijo la mujer—. Espere sentada aquí. No tardaré.

—Rápido, por favor —rogó Carol—. Está perdiendo sangre.

—Muy bien —dijo la mujer y después de mirarla se retiró. La expresión de sus ojos hizo estremecer a Carol. Oyó a la mujer subir las escaleras y tuvo una sensación instintiva de haber caído en una trampa... de que aquella mujer pensaba hacerle mal.

Abrió la puerta sin hacer ruido y se puso a escuchar.

—Es la loca de Glenview —decía la mujer. Hablaba en voz alta y clara—. Está abajo.

—¿Qué? Habla más fuerte —dijo el hombre, irritado—. ¿Por qué susurras siempre? ¿Quién, de Glenview?

—La loca... Carol Blandish... la que buscan... Baja y habla con ella... Yo llamaré a la policía. Baja ahora mismo.

—Pero es peligrosa —dijo el hombre con un tono quejumbroso—. Habla tú con ella. Yo soy demasiado viejo. No quiero tener nada que ver.

—¡Baja! —le ordenó la mujer, furiosa—. Sabes que no puedes hablar por teléfono. Hay una recompensa de cinco mil dólares por su captura. ¿No quieres ese dinero, viejo tonto?

Hubo una larga pausa, al cabo de la cual el hombre dijo:

—Sí, lo había olvidado. Será mejor que baje.

Carol cerró los ojos. Debía de estar soñando. Debía de ser uno más de aquellos

sueños prolongados y aterradores que aparecían en forma tan misteriosa, solo que esa vez era mucho más vívido que otros. Tal vez Steve no hubiese sido herido. Tal vez los dos hombres de negro fuesen también parte del sueño y despertaría en su cama de la cabaña, con el corazón palpitante de terror, pero sana y salva.

La loca... Carol Blandish... La que están buscando... Temblorosa, Carol se obligó a despertar y luego abrió los ojos poco a poco, rogando por encontrarse en su cama, sana y salva. No, el cuartito era real. Dio unos pasos hacia la puerta, y la miró horrorizada, a la vez que oía los pasos lentos arrastrarse por las escaleras.

En algún lugar de los fondos de la casa sonó un breve timbrazo. El timbre de un teléfono.

Baja y habla con ella..., yo llamaré a la policía... Hay una recompensa de cinco mil dólares por su captura...

Fuese o no una pesadilla, debía huir de esta casa. Esa gente quería dañarla. No ayudarían a Steve. Tratarían de retenerla allí, lejos de Steve y Steve moriría.

Pero estaba tan asustada que no podía moverse, sino que esperaba, acurrucada en un rincón, con el corazón palpitante y un tic nervioso en la comisura de los labios.

Lentamente se abrió la puerta y un viejo inmenso entró en el cuarto, una figura calva, fatigada, floja, con una gran nariz ganchuda y un bigote caído y manchado de tabaco. Pero fueron sus ojos los que provocaron un terror indescriptible en Carol, por lo menos el derecho, semejante a una bolita de arcilla sucia. A pesar de estar cegado por una catarata amarilla, era como si de alguna manera estuviese penetrando en su mente para adivinar sus pensamientos.

El viejo vestía una gruesa bata adornada con manchas de comida en las solapas y por arriba de la abertura mostraba sus prendas interiores de invierno, capa sobre capa de lana vieja y muy lavada.

«¡Vete!», gritó en su imaginación. «Quiero despertarme. ¡No te acerques!».

El viejo cerró la puerta y apoyó su cuerpo enorme en ella. Sacó luego un pañuelo del bolsillo de la bata y se enjugó el ojo izquierdo, que lagrimeaba. La catarata amarilla del derecho seguía fija en ella y la hipnotizaba.

—Entiendo que está en dificultades —dijo con una voz insegura y plañidera—. ¿Qué quiere que haga yo?

Carol se apretó contra el rincón donde estaba.

—¿Es usted el médico?

—Sí —respondió el viejo—. Soy el doctor Fleming. —Se tocó las sienes con el pañuelo, pues unas gotas de sudor le corrían por la cara.

Era horrible. No podía llevarlo a atender a Steve. No podía confiar en él.

—Me equivoqué —se apresuró a decir—. No lo necesito. No debí haber venido.

Fleming pareció achicarse y Carol descubrió que estaba muy asustado y que ese miedo intensificaba su propio terror.

—Vamos, no se apresure —imploró—. Soy viejo, pero un buen médico. ¿Le molesta mi ojo? No es nada. Es un coágulo. Siempre me prometo hacérmelo extirpar,

pero nunca tengo tiempo—. Sus manos arrugadas recorrieron las solapas de la bata, como un par de arañas desteñidas. La cruda luz eléctrica se reflejaba en el vello oscuro de sus dedos. —Pero no me impide trabajar. ¿No quiere sentarse? Debe decirme qué le sucede...

Carol hizo un gesto negativo.

—¡No! —dijo—. Me voy. No debí molestarlo. Gracias por recibirme... —La voz se le quebró—. No puede hacer nada.

Muy despacio se apartó de la pared y dio unos pasos vacilantes hacia el médico.

—Será mejor que se quede —le dijo Fleming—. Queremos que se quede —añadió y colocó la masa enorme de su cuerpo delante de la puerta, a la vez que en medio de su temor le hacía muecas—. Tome un poco de café. Mi mujer... el café le hará bien. —Al hablar agitaba las arañas blancas hacia ella, suplicándole así que dejase de asustarlo.

Carol contuvo el aliento y luego lanzó un grito tan fuerte que todo su pecho se vació de aire y el diafragma se le sacudió aun después de haber lanzado aquel grito agudo y débil, como el de un conejo preso.

—No, por favor —dijo Fleming—. Está bien. No le sucederá nada. Somos gente buena... Solo queremos que este a salvo de todo mal...

Se oyó algo que rascaba la puerta y de repente el viejo doctor se aflojó. Estaba pálido como un muerto. Al apartarse de la puerta, permitió entrar a su mujer.

—¿Qué pasa? —preguntó ella, mirando a Carol—. ¿Por qué no se sentó? ¿Acaso mi marido...? —Fijó la vista en él entonces—. ¿No vas a acompañarla? Hay alguien enfermo.

—Sí, sí —dijo Fleming y se sentó bruscamente en una de las sillas. Cambió de idea. Tocándose la garganta, añadió—: Esto me ha hecho mal, Martha. No debería haber bajado. Creo que un poco de coñac...

—Calla —le dijo su mujer con grosería—. Deja de pensar tanto en ti.

—Debo irme —dijo Carol Estaba junto a la mesita, con los labios torcidos en una mueca forzada—. No debí molestarlos.

—Pero el doctor está por ir a vestirse —dijo la mujer—. No tardará más que un minuto. Su amigo está enfermo, ¿no? ¿Alguien a quien usted quiere?

El corazón de Carol dio un vuelco.

—Sí, sí —respondió—. No sé en qué estaba pensando. —Tocándose la sien con la mano, explicó—: Sí... está sangrando. Pero ¿qué hace el doctor, sentado allí? ¿Por qué no hace algo?

—Anda —dijo la mujer a Fleming—. Ve a vestirte. Daré café a la señorita.

Fleming estaba hundido en la silla. Su respiración era afanosa.

—Déjala irse —dijo inesperadamente—. No quiero el dinero. Quiero vivir en paz. Soy viejo. Déjala ir antes de que suceda algo. Mira lo que le hizo al camionero...

—Sube, pedazo de tonto —le dijo su mujer, furiosa—. No sabes lo que dices.

—No lo moleste —dijo Carol—. Me iré... realmente debo irme. —Recorrió el

cuarto muy despacio, pero con decisión.

Fleming escondió la cara floja entre las manos. La mujer vaciló, cedió y retrocedió hasta apoyarse en la pared. Sus ojos crueles tenían una expresión de rabia y temor.

—Será mejor que se quede —dijo—. Sabemos quién es. Y no haga ninguna alharaca. No puede escapar.

Carol abrió la puerta.

—No sé qué quiere decir —dijo volviéndose para mirarlos—. Creí que me ayudarían —añadió y se volvió con rapidez hacia: la puerta, pero estaba cerrada con llave. Al volverse otra vez vio a la mujer parada en la puerta de la sala de espera, acechándola.

—Abra esa puerta. —Ordenó. Su cara era una máscara de color grisáceo.

—Está todo bien —le dijo la mujer—. ¿No quiere sentarse? Le prepararé una taza de café...

Carol corrió por el pasillo, pasó delante de la mujer y probó otra puerta que según creía daba al jardín de los fondos. También estaba cerrada con llave.

Fleming había seguido a su mujer y estaba parado junto a ella. La mancha amarilla de su ojo parecía expresar que se mantuviese quieta y tranquila.

Atrapada en el angosto pasillo y entre las dos puertas cerradas, Carol se detuvo. Su mente se negaba a funcionar.

—¿Vio? —dijo la mujer en voz baja—. Ya vienen sus amigos. No puede hacer nada.

Carol probó otra puerta, una pequeña y semioculta por una cortina a un metro de donde estaba.

Sin apartar los ojos de los dos viejos, se acercó poco a poco a la puerta y asió el picaporte. La puerta se abrió. Al mismo tiempo la mujer se adelantó de un salto.

Carol dio un grito, dio un paso por la puerta abierta y levantó las dos manos para defenderse de la mujer. La mujer la empujó, el suelo pareció hundirse bajo sus pies y tuvo la sensación de caer.

El *sheriff* Kamp estaba tendido de espaldas en su catrecito. Sus ronquidos sordos y espaciados vibraban en todo el cuarto. No oyó el estridente llamado del teléfono en la oficina principal de la cárcel local, ni tampoco oyó maldecir a su segundo, George Staum, cuando se levantó de su sillón detrás del escritorio.

Un minuto o dos más tarde la puerta se abrió de golpe y Staum empezó a sacudir al *sheriff* hasta despertarlo.

—Basta, basta —rezongó Kamp, apartando la mano de Staum—. ¿No se puede dormir aquí?

—¡La encontraron! —dijo Staum, muy excitado. Tenía la cara, semejante a un queso de Holanda, muy cerca de la de Kamp—. La tienen. —El entusiasmo le

impedía hablar con claridad.

—¿La tienen? ¿A quién? —preguntó Kamp, medio dormido aún. Pero enseguida se sentó y aferró a Staum—. ¡Te refieres a... *ella*! ¿Quién la tiene?

—El doctor Fleming... Acaba de llamar la señora Fleming...

—¡Qué rabia! —se quejó Kamp. Estaba poniéndose ya los pantalones—. ¡Fleming! ¡Ese viejo idiota! En su vida trabajó y ahora tuvo que ser él quien la atrapó...

—Dice la señora Fleming que hay que ir de prisa —dijo Staum, con los ojos muy abiertos—. Tiene miedo de que suceda algo.

—Hago todo lo que puedo —gruñó Kamp, asegurando el grueso cinturón con pistolera a su cintura—. Llama por teléfono a Hartman. Llama a la prensa. ¡Algo tengo que sacar de todo esto! ¡Fleming! ¡Vaya! Apuesto que le cayó de arriba.

Staum entró corriendo en la oficina.

—¿Te acompaño? —gritó, volviéndose a medias.

—Síguenos. Primero consigue a Hartman y a la prensa y luego ven lo más pronto posible. Quiero un fotógrafo. Si no me tocan los cinco mil dólares, por lo menos mi foto aparecerá en todos los diarios —dijo y tomando su sombrero, salió corriendo.

Simon Hartman no podía dormir. Estaba sentado en un confortable sillón en el departamento que ocupaba en un hotel de lujo, con un vaso de *whisky* en la mesita a su lado y un cigarro aferrado entre los dientes menudos y afilados.

Hartman era bajo y macizo. Las arrugas en su cara delgada y su tez cetrina le hacía parecer de mayor edad de la que tenía: cincuenta y cinco años. Sus ojos poseían una expresión fría y calculadora y sus labios formaban una curva hacia abajo. A pesar de faltar solo unos minutos para las tres de la madrugada, no tenía ganas de dormir. Hacía años que dormía muy poco y cuando lo hacía su sueño era breve y poco reparador.

Hartman era el socio principal de la firma Simon Hartman y Richards, cuya fama en su época había sido igual a la de los grandes bufetes de Nueva York. Pero desde la jubilación de Richards la firma se había desmoronado y Hartman, jugador inveterado, había cedido a la tentación de utilizar los fondos de sus clientes para especular en la Bolsa. En los últimos tiempos había llegado a tocar papeles ajenos con resultados desastrosos.

Estaba al borde de la ruina cuando John Blandish murió y se estableció el Trust Blandish. Se le presentaba así la oportunidad de su vida y Hartman se apresuró a aprovecharla. Lo nombraron albacea junto con Richards, pero como este no se interesaba por la profesión ya, la fortuna quedó enteramente en manos de Hartman.

La noticia de la huida de Carol significó un choque terrible para él. Sabía que si ella escapaba a la captura durante catorce días, tendría derecho a exigir su dinero... o por lo menos, lo que quedaba de él. Aún en aquel breve período, en efecto, Hartman

había utilizado en el propio provecho la fortuna de Blandish.

¡Era necesario encontrar a la muchacha! No encontrarla significaría la ruina para él, y no tenía la menor intención de arruinarse. Estaba ya a cargo de la búsqueda. El *sheriff* era un tonto. El doctor Travers, un irresponsable. La policía, poco menos que inútil. Sin embargo, había logrado movilizar a todos, al ofrecer cinco mil dólares de recompensa por la captura de la muchacha.

Miró el calendario colgado en la pared. ¡Seis días solamente! Pero en ese plazo podía ocurrir mucho, *tenía que ocurrir mucho*.

Estaba por tomar su vaso de *whisky* cuando sonó el teléfono. Hartman se quedó quieto y entornó los párpados. Luego, con gran calma y lentitud tomó el receptor.

—¿Qué sucede?

—La tenemos —dijo Staum, muy excitado—. Me dijo el *sheriff* que le avise.

—No grite. No soy sordo —le dijo Hartman con frialdad, pero su rostro se puso tenso. Parecía haber rejuvenecido—. ¿Dónde está?

—La tiene el doctor Fleming. El *sheriff* fue allá de inmediato. Dice que usted debe ir.

—Por supuesto —dijo Hartman—. ¿Dónde exactamente, vive el doctor Fleming? Staum le dio las indicaciones.

—Bien, salgo ahora mismo —replicó Hartman y cortó la comunicación. Por un instante contempló su imagen en el espejo de la chimenea y sonrió apenas.

—La tormenta precede a la aurora —se dijo—. Trillado, pero exacto. —Retiró las cortinas y miró la calle oscura y desierta.

Por encima de los tejados una fina banda de luz se extendía como una cinta detrás de las montañas distantes. El cielo era de un tono gris desteñido y las estrellas empezaban a perder el brillo. En poco tiempo más amanecería.

Recogió su sombrero, tomó un abrigo, pues haría frío a esa hora, y salió rápidamente.

Mientras esperaba el ascensor que lo conduciría a la planta baja no dejó de silbar, bajo, como para sí.

Un camión grande y vacío se detuvo con mucho ruido fuera de un café que permanecía abierto toda la noche, próximo a las playas ferroviarias de Point Breese.

—Voy hasta aquí —dijo el camionero—. ¿Está bien? Los Sullivan bajaron de la cabina.

—Sí —dijo Frank—. Y muchas gracias.

—Fue un placer —dijo el camionero y luego reanudó la marcha entre los portones de madera que cerraban la playa.

—Tuvimos suerte de que nos recogiese —dijo Frank y bostezó.

—¡Cállate! —le gritó Max. Luego se dirigió al café y entró, seguido por Frank, que hizo una mueca.

La pérdida del Packard había afectado a Max, mientras que Frank se mostraba más filosófico. Para él las posesiones y las comodidades no significaban mucho. Su gran debilidad eran las mujeres. Su mente sucia y patológica rara vez pensaba en nada fuera de mujeres y dejaba así a Max toda la planificación, los procedimientos, la rutina de todos los días.

Sentados en dos taburetes junto al mostrador, pidieron café. La muchacha que lo sirvió era fea, pero tenía buena figura. Frank quería hablar de ella con Max, pero sabía que Max no tenía ganas de hablar de figuras. A Max no le preocupaban las mujeres, sino que veía en ellas el equivalente de la comida. Eran una necesidad, aunque de poco interés e importancia.

La muchacha se alarmó al ver a los Sullivan y una vez que les sirvió el café se retiró a la cocina y los dejó a solas. No había nadie más en el local.

—Me gustaría saber si lo maté —se lamentó Max—. Sé que le metí dos balas en el pecho, pero es grande y fuerte. Debí haberle apuntado a la cabeza.

—No te preocupes por él —dijo Frank—. A mí me preocupa la chica. ¡Era espléndida! Con ese pelo rojo...

Max se volvió hacia él.

—Si vive, sabe lo que sucedió —señaló—. Es el único testigo que hemos dejado escapar hasta ahora. Podría arruinar del todo nuestro negocio.

Frank no había pensado en ello.

—Será mejor que la encontremos. Pero ¿dónde...?

—Yo quiero dormir —murmuró Max—. ¡Qué diablos! No podemos seguir así, sin descansar... no somos de hierro. ¿Dónde encontrar una cama?

—Pregúntale a ella —dijo Frank, señalando la cocina.

—Está bien —repuso Max y bajando del taburete se dirigió a la cocina.

La muchacha estaba sentada a una mesa, conversando con un cocinero negro. Los dos miraron a Max, atemorizados, y el negro movió los ojos en redondo.

—¿Dónde podemos conseguir una cama? —preguntó Max a la muchacha.

—A la vuelta de la esquina, al lado de la cárcel, hay un hotel —respondió ella.

—Bien —dijo Max, y dejó caer unas monedas sobre la mesa—. ¿Dónde queda el hospital?

—No hay hospital. El más próximo está en Waltonville, a ocho kilómetros de aquí.

Max respondió con un gruñido, se retiró e hizo un gesto a Frank.

—Salgamos ya de aquí. Quiero dormir.

La calle estaba desierta. La gran faz del reloj de la estación les dijo que eran las tres.

—Hay un hotel al lado de la cárcel —dijo Max.

—Muy práctico —comentó Frank, soltando una risita.

—Allí está —dijo Max cuando doblaron la esquina, pero en ese punto se detuvo bruscamente y aferró al brazo de Frank.

—¿Qué sucede?

Al ver salir corriendo al *sheriff* Kamp, dieron unos pasos hacia atrás. Lo observaron mientras abría las puertas del garaje contiguo a la cárcel y se movía como alguien que tiene mucha prisa. Momentos después apareció por las puertas un Ford arruinado que se alejó por la carretera.

—El *sheriff* tiene prisa —comentó Frank y se encasquetó el sombrero sobre la nariz.

—Pasa algo —dijo Max—. Ven, vamos a ver.

—Creí que querías una cama —rezongó Frank.

—Dije que vamos a ver —repitió Max.

Partieron a su vez por la carretera, agitando los brazos al unísono, con una nueva vitalidad y agilidad en el paso.

Inesperadamente sonó el teléfono junto a la cama de Veda.

—Déjalo sonar —dijo Veda, medio dormida—. No es más que uno de mis amantes arrepentidos.

Magarth se quejó y se incorporó a medias.

—Vine a esta casa en busca de un poco de paz y silencio —dijo—. ¿Tienes que mezclar tu vida amorosa con la mía?

—No rezongues, mi amor. Se cansará de llamar en unos instantes y volverá a acostarse.

Magarth se frotó los ojos y de repente se sentó.

—Deja de charlar —dijo en voz baja—. Puede ser que sea para mí —añadió, tomando el teléfono.

—Pero nadie sabe que estás aquí... por lo menos, espero que nadie lo sepa —repuso Veda, alarmada.

—Mi editor está enterado siempre —respondió Magarth—. ¡Hola!

—¿Eres tú, Magarth? —dijo el director del diario.

—Creo que sí —respondió Magarth, ahogando un bostezo—. O por lo menos, alguien que se me parece.

—Supongo que estás acostado con esa mujer.

—¿Con quién más querrías que estuviera acostado? ¿Con un caballo?

—Entonces, levántate, vicioso. ¡Encontraron a la muchacha Blandish!

—¡No! ¿Qué dijiste?

—Acaban de llamar de la oficina del *sheriff*. La tiene acorralada en el sótano del doctor Fleming, parece. Muévete y lleva una cámara. Kamp no hará nada hasta que llegues. Ese bandido quiere que lo fotografíen efectuando la captura. Hartman también está allí. Están todos los canallas de la región, menos tú. Así que, muévete.

—Me muevo ya —dijo Magarth y después de cortar de un golpe se levantó de un salto—. ¡Vaya! ¡La encontraron mientras yo me revuelco en el pasto! ¡Buena

recompensa! —Luchó por abotonarse la camisa y luego prosiguió—: Y ahora, ¿qué haré? ¡Qué rabia! ¡Qué mala suerte!

—Calma, mi amor —le dijo Veda, acurrucándose bajo las sábanas—. Quizá todo sea para bien.

—¡Para bien! —exclamó Magarth. Estaba poniéndose la chaqueta—. Si vuelven a meterla en ese manicomio mi artículo no servirá para nada. Tengo que salvarla... de alguna manera —dijo, y corrió hacia la puerta.

—¡Pero, mi amor! —lo llamó Veda—. Ten un poco de sentido común. Olvidaste ponerte los pantalones.

El estrecho pasillo entre las puertas del frente y del fondo de la casa del doctor estaba lleno de gente. El doctor Fleming y su mujer estaban en mitad de la escalera y Simon Hartman, en la sala de espera. Magarth, con su cámara cargada y con el *flash* montado estaba apoyado en la puerta del fondo. Dos policías guardaban la entrada principal y el *sheriff* Kamp y el policía George Staum contemplaban la puerta del sótano.

—Muy bien, muchachos —les dijo Kamp—. No se muevan. Recuerden que es peligrosa. —Con una mirada astuta, se dirigió a Magarth—. Saque esa foto tan pronto como suba con ella.

—Todavía no la atrapó —le recordó Magarth—. Tal vez sea ella quien lo suba a usted. Lo que necesita es una red y un tridente.

Kamp fingió no haber oído y golpeó la puerta del sótano.

—Sabemos que está allí —dijo—. Vamos, suba y salga, en nombre de la ley.

Carol se acurrucó más aún en las tinieblas del sótano. Cuando se recobró de la caída por la escalera del sótano comprendió que estaba atrapada. Al palpar a tientas las paredes comprobó que no había salida posible por la puerta, cerrada con llave. Si no hubiese pensado en Steve, tendido indefenso en el bosque, se habría entregado, pero de alguna manera reunió fuerzas al decirse que conseguiría salir y volver junto a Steve. Nadie ni nada se lo impediría.

Al cabo de unos minutos encontró una lámpara eléctrica y al encenderla, vio que el sótano era pequeño y húmedo y que estaba lleno de trastos, pero también estaba allí el tablero de fusibles y la llave principal para la luz de toda la casa. También encontró un atizador de hierro y lo tomó, sopesándolo entre las manos. Cuando Kamp abrió la puerta, se agazapó junto a la escalera, con la mano apoyada en la llave eléctrica, y esperó. Había apagado ya la luz del sótano y aunque veía a Kamp escudriñando la oscuridad, él no la veía.

—¡Salga! —le gritó Kamp. Estaba congestionado. Luego añadió un comentario absurdo—. La casa está rodeada.

No se oyó nada en todo el sótano.

—Sea hombre y súbala por la fuerza —gritó Magarth—. Le prometemos un

entierro digno. —Al hablar se devanaba los sesos en busca de un plan para salvar a Carol, pero por el momento no hallaba solución.

—Vamos, suba —Kamp se volvió. No tenía mucho entusiasmo por enfrentarse con esta loca peligrosa. Hablando por sobre el hombro dijo a Hartman—: ¿Cree que debo bajar a buscarla?

—Desde luego —contestó Hartman, irritado—. Pero no la maltrate. No quiero que le hagan daño.

Magarth dejó escapar una carcajada lúgubre.

—Qué gracioso, qué gracioso —comentó—. Aunque no importa cómo lo maltratan a usted, *sheriff*.

Cuando Kamp lo llamó con una seña, Staum se apartó.

—Yo no bajo —dijo con firmeza—. Los locos me dan miedo. No pienso bajar allí a oscuras. Recuerden lo que le hizo al camionero.

—En realidad, deberían ocuparse de esto los empleados del sanatorio —dijo Kamp, sin avanzar—. ¿Alguien pensó en llamarlos?

—Nadie —replicó Magarth, muy ufano—. Yo bajaré con usted, *sheriff*. No tengo miedo. Baje usted primero y yo lo seguiré.

Kamp respiró hondo.

—Bien, vamos —dijo y dio un paso cauteloso hacia el sótano, sin dejar de escudriñar las tinieblas—. Me pregunto si alguien tiene una linterna —preguntó, esperanzado.

Nadie la tenía y Hartman ordenó a Kamp con tono irritado que cumpliera con su deber.

Cuando se inclinó para pasar por la puerta baja, Carol apagó la luz mediante la llave general, lo tomó de los brazos y tiró de él.

Kamp dejó escapar un alarido y cayó al vacío.

Magarth advirtió enseguida lo que ocurría y decidió provocar la mayor confusión posible. Lanzó a su vez un grito sanguinario y lanzándose contra George Staum lo hizo chocar con los dos policías que avanzaban a oscuras.

—¡Cuidado! —gritó—. Aquí está, entre nosotros.

Staum perdió la cabeza, dio un puñetazo al azar y derribó a uno de los policías, para intentar luego huir por las escaleras que conducían al piso alto. El otro policía dirigía golpes a diestra y siniestra con su bastón, pero sin golpear a nadie. Magarth seguía gritando, y durante unos instantes reinaron la confusión y el pánico.

Fue suficiente para Carol Estaba ya en el pasillo y al oír los gritos y el ruido de lucha cerca de la puerta principal abrió la de los fondos, y salió al jardín.

Magarth la vio y la siguió.

Carol corría a ciegas por la senda del jardín y al oír los pesados pasos de Magarth detrás giró hacia la derecha. Su velocidad era tal que parecía volar y a pesar de sus esfuerzos, Magarth no lograba alcanzarla.

No obstante, continuaba en la persecución. Se preguntaba cuánto tiempo

transcurriría antes de que Kamp acudiese.

Carol se dirigía a un espeso bosque a unos cien metros de distancia. Más adelante estaba la carretera a Point Breese, pero ella no lo sabía. Creía que una vez que se internase en el bosque podría ocultarse y redobló la velocidad. La confianza le hizo olvidar toda cautela, hasta que de repente tropezó con la raíz de un árbol y cayó de bruces, sin aliento.

Por un instante quedó tendida allí, atontada. Luego, cuando vio a Magarth inclinado sobre ella, luchó por sentarse.

Ambos se miraron con fijeza.

—Está bien —dijo Magarth—. No se asuste. Quiero ayudarla. Fui yo quien la ayudó a escapar. No me mire con tanto miedo.

A pesar del recelo de Carol, había algo en él que le inspiraba confianza.

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere? —preguntó. Apenas podía hablar.

—Soy Phil Magarth... un periodista. Usted es Carol Blandish, ¿no?

—No lo sé —dijo Carol, tomándose la cabeza—. No sé quién soy. Tuve un accidente... Perdí la memoria. —Sentada ya, aferró un brazo de Magarth—. ¿En serio me ayudará? Es Steve... está herido... ¿Vendrá conmigo?

Magarth frunció el entrecejo.

—¿Steve Larson? ¿Se refiere a él?

—Sí. ¿Lo conoce?

—Por supuesto. Somos amigos. ¿Qué sucedió? ¿Esos dos hombres vestidos de negro...?

Carol se estremeció.

—Sí. Está herido de bala. Fui a llamar al doctor Fleming. Debe de estar loco. Me encerraron en un sótano...

Magarth la miró atónito.

¿Era posible que fuese Carol Blandish? ¡Parecía tan... normal! No tenía el menor síntoma de demencia. Al tomarla de la muñeca, vio su cicatriz. ¿Había perdido realmente la memoria?

—¿Quiere decir que en realidad no sabe quién es? —preguntó.

—No... Pero, por favor, si va a ayudarme no perdamos tiempo. Steve está muy grave. ¿Vendrá conmigo? ¿Me ayudará?

—Se lo prometo —dijo Magarth y la ayudó a levantarse—. ¿Dónde está?

—Cerca del camino de montaña. Hay un aserradero abandonado donde lo dejé.

—Conozco el lugar —dijo Magarth y luego miró a derecha e izquierda—. Pronto amanecerá. No deben verla. Traeré mi auto y será mejor que me espere aquí. Vaya a ese bosque. Detrás de él está la carretera principal. Desde allí podrá verme llegar. Manténgase oculta hasta que llegue. No tardaré más de diez minutos. ¿Lo hará?

—Sí —dijo Carol. Creía poder confiar en él—. Pero por favor, no tarde. Tengo tanto miedo... estaba sangrando mucho.

—No se preocupe —replicó Magarth, alentándola—. Lo atenderemos bien.

Ahora, ocúltese y espere —añadió y dándole una palmadita en el brazo volvió corriendo a la casa del doctor Fleming.

Ahora que estaba sola, Carol se sintió de repente aprensiva. La luz tenue del amanecer, la fría niebla que se levantaba del suelo y el bosque inmóvil y silencioso que se dibujaba melancólico contra el cielo formaban un cuadro amenazante.

Al empezar a desplazarse hacia el bosque tuvo un presentimiento de estar en peligro y el corazón empezó a latirle desaforadamente.

Se arrepentía de no haber acompañado a Magarth.

Cualquier cosa era preferible a esperar sola en ese bosque tétrico y mudo. Trató de cobrar valor y siguió caminando y de alguna manera el espacio entre los árboles le permitió ver la carretera principal.

Se repetía que allí iba a reunirse con Magarth, pero debía luchar contra esa extraña sensación de pánico mientras caminaba en dirección al punto donde terminaba el bosque.

Súbitamente se detuvo. Algo se movía delante de ella. Contuvo la respiración y miró con fijeza. Desde atrás de un grueso tronco de árbol se hizo visible el ala del sombrero de un hombre. Se quedó petrificada, sin poder moverse, sin poder parpadear, siquiera.

Un hombre con un abrigo negro y un sombrero de ala blanda salió sin hacer ruido de detrás del tronco y le obstruyó el paso. Era Max.

—Te busco —le dijo en voz baja—. No hagas alboroto.

Por un instante Carol se quedó mirándolo, con el corazón helado y luego con una débil exclamación de terror se volvió para echar a correr a ciegas en la dirección contraria. Frank estaba detrás de ella y cuando se detuvo bruscamente al verlo, la saludó quitándose el sombrero.

Estaba paralizada. Los dos Sullivan oían su respiración anhelante.

—N o hagas alboroto —le dijo Max en voz baja y se aproximó.

—No, no... —gritó Carol, dando un paso hacia atrás—. No me toque... —Sentía que los músculos se le contraían y tenía la cara tan demacrada como la de un fantasma—. Váyase, por favor... Estoy esperando a alguien... Llegará en cualquier momento... no se queden aquí...

—Nada de alboroto —repitió Max y la asió—. Vamos. Te necesitamos.

Carol retrocedió y de repente se volvió para correr hacia Frank, que la observaba con su sonrisa rígida. Le obstruyó el paso abriendo los dos brazos.

Otra vez Carol se volvió hacia Max. Estaba rígida de miedo.

—¿Dónde está Larson? Lo buscamos también.

—No lo sé... No sé nada.

—Lo sabrás —dijo Max con suavidad—. Sabemos cómo hacer hablar a una chica. ¿Dónde está?

—Déjenme... —Carol volvió a mirar a su alrededor y se puso a gritar.

Frank dio un salto hacia adelante, y enlazando sus dedos cortos y gruesos en sus

cabellos, le tiró la cabeza hacia atrás.

—Pégale —dijo a Max.

Max se adelantó. Carol lo vio levantar el puño y levantó las manos para protegerse, gritando otra vez muy fuerte. Max le apartó las manos y entonces cuatro nudillos huesudos le golpearon la mandíbula.

Capítulo 4

Magarth salió a la galería bañada de sol, se sentó, extendió las largas piernas y cerró los ojos.

—Medio litro de café fortificado con coñac es lo que me haría bastante bien —dijo, conteniendo un bostezo—. Pero lo que más necesito es una cama. Y dentro de unos minutos tengo que ir a hablar con el *sheriff*.

—Tendrás tu café, mi amor —le dijo Veda—, pero no te irás de aquí hasta que me hayas dado alguna explicación. Sin duda no es mucho pedir, ya que has transformado mi casa en un hospital. Estoy segura de que tienes tus motivos, pero realmente me creo con derecho a saber lo que pasa.

Magarth abrió un ojo y sonrió. Veda estaba muy bonita con su vestido de hilo de color damasco. Tendió una mano para tomar la de ella.

—La acorralaron en el sótano del doctor Fleming —dijo rápidamente—. Cuando Kamp intentó bajar a buscarla, yo provoqué lo que suele llamarse una distracción y Carol escapó. Corrí detrás de ella y la alcancé y nos hicimos amigos. Convine en buscar el auto y llevarla al lugar donde había dejado a Larson, la dejé en el bosque y volví, pero había desaparecido. Entonces recogí a Larson y lo traje aquí. El doctor Kober nos dará su opinión sobre su estado cuando venga a verlo.

—Pero ¿por qué no llevaste al pobre muchacho al hospital? ¿Por qué traerlo aquí?

—Porque está en peligro —dijo Magarth con gran paciencia—. No sabes cómo son esos dos matones.

—¿Qué dos matones? —preguntó Veda, intrigada.

—Los Sullivan. Son asesinos a sueldo. Si es verdad la mitad de lo que he oído decir sobre ellos, han cometido docenas de asesinatos y nunca han dejado pistas ni testigos. Pero esta vez se equivocaron. Larson los vio matar a su hermano. Consiguió confiarme eso antes de perder el conocimiento. Su testimonio puede costarles la silla eléctrica. Tratarán de liquidarlo y el primer lugar donde lo buscarán es en el hospital. Tenemos que mantenerlo oculto hasta que esté lo bastante bien como para declarar.

Veda hizo un gesto de asentimiento.

—Pero ¿estás realmente seguro de que esos dos no lo encontrarán aquí?

—No hay la menor probabilidad. No hay ninguna conexión entre tú y Larson... ¿Por qué habrían de buscarlo aquí?

—La verdad es que siento alivio —dijo Veda—. Ahora cuéntame acerca de la muchacha Blandish. ¿Qué le sucedió?

—No lo sé —debió admitir Magarth. Estaba preocupado—. O no confiaba en mí o bien... —Agitando la cabeza, prosiguió—: Había un gran Packard negro estacionado frente a la casa de los Fleming cuando yo llegué. Tenía tanta impaciencia por entrar en la casa que no pensé mucho en ese auto. Pero cuando volví a buscar el mío, ya no estaba y me pregunto si los Sullivan no la habrán atrapado.

—¿No estás un poco obsesionado con los Sullivan, querido? No pueden estar

aquí, allí y en todas partes.

—Es exactamente lo que son capaces de hacer. Tendré que decírselo a Kamp. Necesitaremos protección policial aquí, por si acaso. Que Dios ayude a esa muchacha si está en poder de los Sullivan.

—Pero no me has dicho cómo es —insistió Veda con una curiosidad muy justificable—. ¿Llegaste a hablar con ella?

—Desde luego. Parece tan cuerda como tú —respondió Magarth—. No lo entiendo. Es una muchacha hermosísima y es obvio que está perdidamente enamorada de Larson. Diría que es el tipo de mujer que se enamora una vez y es siempre fiel a ese hombre.

—Yo también —dijo Veda en voz baja—. Solo que me enamoré de un canalla que no lo sabe.

—No hablemos de canallas —se apresuró a decir Magarth—. Son gente huraña a la que no le gusta que se hable de ella.

—He notado que durante la noche no son tan huraños —replicó Veda con la misma voz suave.

En aquel momento se reunió con ellos el doctor Kober.

—Está muy mal —dijo sin rodeos—. Es cuestión de vida o muerte. Durante los próximos días se verá si se recupera o no. En realidad tendría que estar en el hospital.

—¡Correría peligro! —dijo Magarth—. Pienso hablar enseguida con el *sheriff*. Esos hombres volverán a atacarlo y es por ello que Larson debe permanecer aquí. La señorita Banning pagará todos los gastos, de manera que no hay que escatimarlos. ¿Puede quedarse aquí con él?

—Me es imposible —respondió Kober—. Pero vendré a visitarlo dos veces por día. La enfermera Davies sabe qué debe hacer. Por el momento no hay mucho que podamos hacer por él. Todo depende exclusivamente de su capacidad de resistencia, que es muy grande. Pero ha perdido mucha sangre. Tendré que informar sobre esto, Magarth.

—Lo acompañaré —dijo Magarth y se levantó—. Si me da dos minutos para terminar de beber mi café —añadió al ver llegar a una mucama con una bandeja.

—Lo esperaré en mi auto —le dijo Kober y se despidió de Veda.

—Y tú te instalarás como si esta fuese tu casa, ¿no, mi amor? Si tienes otros amigos que deseen algún cuarto.

Magarth apuró su café y la tomó de la cintura.

—No te enojas conmigo, querida. Saldrá tu fotografía en el diario cuando haya pasado el peligro y todos te considerarán una heroína. Además, si esto sale tal como espero que salga, yo y mis amigos nos mudaremos a esta casa para siempre. Te encantará, ¿no?

El policía Kamp estaba sentado en su polvorienta oficina, con los pies sobre el

escritorio, y un cigarro apagado entre los dientes.

Simon Hartman acababa de irse y la entrevista había sido difícil. Hartman había acusado a Magarth de haber tramado la huida de Carol y acusado además a Kamp de ineptitud profesional, insinuando por último que recurriría a autoridades más altas. Y Kamp estaba preocupado. Sabía que le quedaban solo seis días para encontrar a la muchacha y no tenía la menor idea de dónde buscarla.

Al ver llegar a Magarth gruñó con ferocidad.

—Lo necesitaba —dijo, dejando caer los pies con gran ruido—. Usted es el hombre que dejó escapar a esa maldita chica.

Magarth tomó una silla y se sentó.

—No fue intencional —dijo, encendiendo un cigarrillo—, aunque es posible que haya perdido la cabeza por un instante. Debo decir que ustedes tampoco pueden jactarse de haber actuado tan bien. No pueden culparme a mí.

—Puedo culparlo, y lo haré —dijo Kamp con tono amenazador—. Hartman estuvo aquí y armó un escándalo. Está deseando matarlo.

—Y usted, ¿se ha preguntado por qué? —preguntó Magarth, muy tranquilo—. Le aterra la idea de que la muchacha reciba su herencia. Apuesto a que ha estado metiendo la mano en la fortuna y teme cualquier investigación.

Kamp abrió los ojos de asombro.

—Es una acusación muy grave —dijo.

—Lo sé, y no la haría frente a nadie, salvo usted. Quizá me equivoque, pero no lo creo. El director de mi diario está investigando los antecedentes de Hartman y lo mantendremos informado. Pero hay algo en el aire de mucha mayor importancia. ¿Alguna vez oyó hablar de los hermanos Sullivan?

—Por supuesto, pero es un cuento de hadas. Los hermanos Sullivan no existen. Son la coartada de todos los asesinatos no aclarados.

—No se engañe —dijo Magarth, enderezando su silla—. No solo existen, sino que están aquí. Anoche mataron al hermano de Steve Larson y dispararon contra Steve, hiriéndolo gravemente.

—No sabía que Larson tenía un hermano —repuso Kamp, irguiéndose.

—Si lo supiera todo seguramente sería presidente —respondió Magarth—. Larson tiene, o mejor dicho tenía un hermano. Era un delincuente de menor categoría que incurrió en el enojo de Little Bernie. Alquilaron a los Sullivan para matarlo. Roy se refugió en Blue Summit Mountain, pero los Sullivan lo alcanzaron. Y hay algo más. Una semana antes de llegar los Sullivan, Steve Larson encontró a Carol Blandish en el camión volcado y la llevó a su casa. Desde entonces ha estado allí.

—¿Qué? —exclamó Kamp, poniéndose de pie de un salto.

—Cuide su presión —dijo Magarth. Le divertía la expresión atónita del policía—. Larson no sospechaba la identidad de la muchacha. Roy no le permitió alejarse del criadero y no tenía manera de saber que ella había escapado. Al parecer tenía una herida en la cabeza y esta herida le hizo perder la memoria. No sabe quién es.

—¿Cómo diablos se enteró de todo esto? —preguntó Kamp y volvió a sentarse muy despacio.

—Encontré a Larson y hablé con él. Los Sullivan aparecieron anoche, asesinaron a Roy y pensaban llevarse a la muchacha. Pero Larson logró burlarlos y escaparon juntos con Carol en el auto de los Sullivan, solo que Larson fue herido cuando huían. La muchacha lo dejó en el aserradero abandonado de Summit y trató de obtener ayuda del doctor Fleming, pidiéndole que fuese a asistir a Steve. La señora Fleming la reconoció, y usted conoce ya el resto. Tengo a Larson en la casa de la señorita Banning. Está grave, demasiado grave como para hacer una declaración. Pero cuando hable tendrá suficiente material como para llevar a los Sullivan a la silla eléctrica... si los atrapan. Y piense usted en lo que implicará esto. Esos dos han cometido asesinatos en casi todos los estados de la Unión. Atraparlos lo ubicaría a usted en primera plana en todos los diarios. En ese caso no tendría por qué preocuparse por las amenazas de Hartman.

—¡Vaya! —dijo Kamp y quitándose su gran sombrero manchado de sudor se rascó la cabeza—. ¿Y qué será de la muchacha?

—Creo que la atraparon los Sullivan —dijo Magarth y pasó a relatar su encuentro con Carol y su desaparición posterior cuando fue a buscar el automóvil—. Se desplazan en un gran Packard negro —añadió y luego escribió el número de la chapa en un pedazo de papel—. ¿Puede iniciar la caza? Matará así dos pájaros de un tiro. Una cosa más. Desearía alguna custodia para la casa de la señorita Banning. No veo cómo podrán localizar a Larson allí, pero si lo logran, lo atacarán. No podemos permitirnos correr ningún riesgo.

Kamp se levantó ágilmente.

—Muy bien, Magarth —dijo—. Me haré cargo de esto. Pondré en marcha las cosas. Mandaré inmediatamente a Staum y a un par de hombres más y luego tenderé una gran red para atrapar a los Sullivan.

El Packard avanzaba sacudiéndose por la despareja superficie de un camino secundario que se internaba desde la carretera estatal en un denso bosque de cañaverales, brezos y cipreses.

El sol de mediodía era muy cálido y los Sullivan se habían abierto los gabanes e iban sentados el uno junto al otro, con Max frente al volante.

Atrás, en el suelo, bajo el calor sofocante de la alfombra estaba tendida Carol semiinconsciente, con muñecas y tobillos fuertemente atados y la boca cubierta por un ancho trozo de cinta adhesiva.

En ese momento los Sullivan estaban ya a muchos kilómetros de Point Breese. Habían marchado hacia el norte, en dirección de los campos abiertos con plantaciones de algodón, manteniéndose apartados de las poblaciones. Preferían los caminos más indirectos a arriesgarse a que los detuviesen. En aquel momento, al cabo de más de

ocho horas de conducir a toda velocidad, estaban a la vista de su punto de destino.

Max apenas había pronunciado una palabra en todo el viaje. Su mente estaba enteramente ocupada por Steve Larson. Si permitían que Larson llegase a hablar ante la justicia, significaba el fin para ellos. Tan seguro estaba de su puntería, que sabía que las heridas de Steve eran gravísimas, sino mortales. Pasaría algún tiempo antes de que le permitiesen declarar. Era necesario evitar a toda costa que pudiese identificarlos en una rueda de presos. Siempre era posible manejar las declaraciones y las coartadas, pero una rueda de presos era algo mucho más serio. Tan pronto como hubiesen ocultado bien a la muchacha tendrían que volver y liquidar a Steve. Era lo único seguro para ellos.

El camino, si acaso merecía tal nombre, comenzó a subir bruscamente y momentos más tarde, por encima de una masa irregular de árboles, apareció una casa de contornos severos contra el cielo otoñal.

En aquella agreste espesura, a kilómetros de la población más próxima y a unos dos kilómetros de la carretera, nunca se habría esperado encontrar edificación de ninguna clase y menos aún la casa de una plantación tan amplia y tan arruinada como aquella, frente a la cual los Sullivan detuvieron el Packard.

Una ancha galería cubierta rodeaba todo el edificio. En ella había solo las dos terceras partes de los barrotes de la baranda y toda la superficie había sido desteñida por la lluvia y el sol a través de un largo período de ásperos inviernos y cálidos veranos. A la derecha y hacia los fondos de la casa había un sector de terreno cultivado, una incongruencia en medio del parque abandonado y del follaje sin podar. Unos pocos manzanos y ciruelos luchaban por sobrevivir entre los macizos de cipreses salvajes. Las manzanas recordaban las esferitas que adornan los árboles de Navidad.

En la tierra arenosa cerca del frente de la casa escarbaban unos cuantos pollos que se dispersaron chillando cuando el Packard se detuvo.

Al bajar los Sullivan del automóvil, apareció un hombre de entre las sombras del vestíbulo, se detuvo en la galería y los esperó, de pie en el escalón superior de la escalerita de madera.

Era un hombre de unos sesenta años, alto, erguido y con un pecho muy delgado. Tenía una cara enjuta y curtida, las mandíbulas cubiertas por una barba oscura de varios días. Tenía el pelo gris, muy aplastado por un cosmético capilar de fuerte perfume. Vestía un mameluco muy sucio y estaba descalzo. Era una figura extraña. Del cuello hacia abajo se habría creído que era un vagabundo, un hombre ajeno al éxito, a la riqueza, un hombre que tal vez sin querer lo había arruinado del todo su vida. Pero al verle la cara, al mirar aquellos ojos crueles e implacables, se advertía que alguna vez había sido alguien y había tenido poder. Era la pura verdad.

Tex Sherill había sido director de pista del circo ambulante del que participaron los Sullivan en su época de artistas. Había sido espectacular: apuesto, arrogante, fanfarrón. Tenía cualidades en común con los Sullivan, en particular las ansias de

libertad personal y de no rendir cuentas a nadie por nada. Cuando los Sullivan se retiraron del circo Sherill sintió envidia y los extrañaba. Estaba harto de recorrer el país, de vivir obligado a seguir una rutina llena de límites, cuando su mayor ambición era abandonar ese trabajo y vivir su propia vida. Permaneció en el circo unos seis meses más y luego se fue. En ese momento fabricaba aguardiente en forma clandestina, actividad que le daba ganancias suficientes como para manejar aquella vieja plantación y gozar de la libertad que era tan necesaria para él.

Los Sullivan se enteraron de que Sherill había abandonado el circo y lo visitaron. Decidieron entonces que la vieja casa de la plantación era un lugar ideal para ocultarse si alguna vez las cosas se ponían difíciles para ellos. Lo plantearon en términos de negocio y Sherill accedió a recibirlos siempre que le asegurasen una remuneración adecuada, cosa que hicieron.

Así fue cómo tomaron rumbo a la vieja plantación, por haber decidido que era un lugar ideal para ocultar a Carol hasta que hubiesen transcurrido los seis días y pudiesen cobrar por intermedio de la joven el dinero que había heredado. Era, además, un lugar excelente para dejarla mientras se dedicaban a cazar a Larson. Tex Sherill velaría por que no escapase. Cuando Tex aceptaba un trabajo, lo llevaba a cabo con implacable eficacia.

—Hola, muchachos —dijo Sherill. Apoyado en el poste de la galería observaba a los Sullivan con recelo—. ¿Qué los trae por aquí?

Sin responder, Max abrió la puerta de atrás del Packard, tomó a Carol y la arrastró a la luz del día.

Sherill se puso rígido.

—¿Qué es esto? ¿Un secuestro? —preguntó, y apartándose un paso del poste, hundió los pulgares en la cuerda que llevaba atada a la cintura.

—No —dijo Max, y obligando a Carol a levantarse la empujó por los escalones para meterla en la casa—. ¿Dónde está *Miss Lolly*?

—No lo sé, debe de estar en el jardín —contestó Sherill, pero al mismo tiempo se colocó en la puerta para impedir el paso a Max—. No pienso involucrarme en un secuestro, Max. Para eso hay pena de muerte.

—No es un secuestro —replicó Max, lacónico—. Déjame entrarla y luego hablaremos.

—Adentro, no —dijo Sherill—. Siéntala en esa silla. Para mí esto huele a secuestro.

Max dejó caer a Carol en la silla de mimbre vieja y arruinada que estaba desde hacía años en la galería, expuesta a toda clase de climas. La silla crujió bajo su peso, y cuando intentó erguirse en ella, Max le colocó una mano en la cara y la empujó hacia atrás con tanta violencia que la silla cayó y Carol con ella, quedando tendida sobre los tablones polvorientos de la galería con la silla encima.

—Vigíla —dijo Max a Frank cuando este subió por los escalones. Seguidamente tomó a Sherill del brazo y lo guio hasta el extremo de la galería.

Frank levantó la silla, luego a Carol y la ubicó en ella.

—Quieta, querida —le dijo—. Soy tu amiguito especial. A Max no le gustan las chicas, pero a mí, sí. Cuidaré que no te pase nada malo. —Frank se quitó el sombrero y se pasó un peine por el pelo grasiento. Le guiñó un ojo y le preguntó—: ¿No te gustaría ser mi novia? No habría por qué decírselo a Max.

—¿Quién es? —Preguntaba Sherill en ese momento—. Por Dios. Max, si crees que vas a complicarme en un secuestro...

—Cállate —lo interrumpió Max con aire malévolo—. Te pago bastante bien por el uso de este lugar, ¿no? Bien, pienso utilizarlo. No es un secuestro. Se escapó de un sanatorio psiquiátrico. Estamos protegiéndola de sí misma. No vas a llamar a esto un secuestro ¿no?

Sherill miró hacia otro lado. Estaba rascando el suelo con los pies descalzos y curtidos.

—¿Quieres decir que... es la muchacha Blandish?

Max le dirigió una sonrisa fría, feroz, sin el menor humorismo.

—Conque te enteraste del hecho...

—¿Quién no? Leo los diarios. ¿Qué estás por hacer con ella?

—¿Qué te imaginas? Dentro de una semana, exactamente, heredará seis millones de dólares. Es decir, siempre que no la atrapen. Estará muy agradecida, ¿no crees?

Sherill miró hacia el extremo de la galería.

—¿Atada como la tienes? Agradecidísima, diría.

—Está loca —dijo Max con gran paciencia—. No recordará nada. A los locos se los trata como animales. Mientras se los alimente, están agradecidos. —Max se quitó los guantes y flexionó sus dedos transpirados—. Podemos convencerla de cualquier cosa —añadió.

—No creo que sepas mucho de locos —dijo Sherill y se inclinó a escupir por sobre la barandilla—. Es asunto tuyo, y yo, ¿cuánto gano con esto?

—Recibirás la cuarta parte de lo que nos toque a nosotros.

—Puede ser mucho, o bien nada —dijo Sherill con tono aprensivo—. Me gustaría que no la hubieses traído aquí. Será una preocupación.

—Calla, ¿quieres? —dijo Max y metió sus guantes en un bolsillo, mirando a la vez el paisaje de malezas.

Sherill lo miró y se encogió de hombros.

—Dicen que es peligrosa —comentó—. Una asesina. Max se echó a reír.

—No seas cobarde. Trabajabas dentro de la jaula de los leones. Entre *Miss Lolly* y tú pueden manejarla.

Sherill estaba tenso.

—No sé si *Miss Lolly* accederá —dijo—. En estos últimos días está actuando en forma rara. Creo que también ella está loca.

—Estaba muy bien la última vez que vinimos. —Max estaba interesado—. ¿Qué mosca le ha picado?

—Nervios, diría —respondió Sherill y volvió a encogerse de hombros—. No es fácil vivir con ella.

—Al diablo con Lolly —repuso Max, impaciente ya—. ¿Hay un cuarto donde encerrar a la chica? ¿Un lugar seguro?

—Hay un cuarto arriba. La ventana tiene barrotes. Puedes usarlo.

—Bien, la encerraremos allí. Tengo que volver a Point Breese.

—¿No te quedas? —preguntó Sherill, sorprendido.

—Tengo cosas que hacer, un trabajo que terminar —dijo Max, dejando ver por un instante sus afilados dientes de lobo—. Volveré en un par de días.

Dicho eso acompañó a Sherill al otro lado de la galería.

—Arráncale la tira adhesiva —ordenó a Frank. Frank estaba sentado en el suelo a los pies de Carol, con la cabeza apoyada en un brazo de la silla de mimbre. Había en sus ojos una expresión lejana y alegre, pero al acercarse Max, se levantó de un salto y tomando la tira adhesiva por un extremo, le dio un fuerte tirón hasta quitarla de la boca de Carol, quien quedó con la cabeza inclinada hacia la derecha.

Con un débil grito de dolor Carol se sentó para mirar a los Sullivan.

—Muy bien. Habla —le dijo Max—. ¿Dónde está Larson? ¿Dónde lo dejaste?

—No se lo diré —respondió Carol con voz ronca—. Jamás se lo diré... Haga lo que quiera conmigo.

Max sonrió.

—Hablarás —dijo en voz baja—. Espera y verás. —Volviéndose hacia Sherill, le dijo—: Llévemola arriba, donde pueda trabajar con ella.

Unos pasos leves a espaldas de ellos los hizo volverse con rapidez. Una mujer, o mejor dicho, una figura vestida de mujer caminaba hacia ellos. Era un adefesio extraño, sorprendente, pero a la vez patético. La mujer, pues era una mujer a pesar de la larga barba, vestía un atuendo negro cubierto de polvo, de una moda de por lo menos diez años atrás. Bajo los tobillos desnudos se veían sus botas de hombre, sin cordones, de manera que hacían ruido cuando caminaba. La parte inferior de su cara angulosa estaba cubierta por una barba espesa que crecía en ondas suaves y sedosas hasta unos pocos centímetros por arriba de su cintura.

A pesar de sus cuarenta y cinco años, *Miss Lolly* no tenía una sola cana en la barba, aquella barba que tantos habían contemplado con morbosos interés en tantas partes del mundo, cuando ella se exhibía en su pequeña cabina de circo ambulante que fue su hogar durante la mayor parte de su vida solitaria.

Al avanzar lentamente hacia ellos, *Miss Lolly* fijó los ojos, con su mirada tristísima, en Carol.

Hubo un súbito silencio cargado de tensión y luego resonó en la tarde soñolienta el grito de terror de Carol.

Frank soltó una carcajada aguda.

—No aprecia tu estilo de belleza —dijo a *Miss Lolly*, quien retrocedió un paso. En sus flacas mejillas había dos manchas de rubor.

—Vamos —urgió Max con impaciencia—. Llevémosla arriba. —Inclinado sobre Carol, le corto las ligaduras de los tobillos.

Miss Lolly los vio llevar la muchacha, que se resistía, al interior de la casa y oyó los pasos confusos por la escalera.

Cuando la arrastraron por un corredor ancho y oscuro Carol volvió a gritar.

Miss Lolly se estremeció. Detestaba la violencia y rápidamente se metió en la cocina, espaciosa y vacía como un galpón. Mientras lavaba las hortalizas que acababa de recoger reflexionaba, llena de expectativa. Aquella muchacha era hermosa. Nunca había visto a ninguna tan hermosa como ella. El pelo... los ojos... *Miss Lolly* volvió a estremecerse al recordar la expresión de horror y asombro de Carol al verla. Sin embargo, no abrigaba sentimientos de rabia ni de odio hacia la muchacha. Era natural que alguien tan bella se asustase así y aun que sintiese repugnancia al ver a *Miss Lolly*.

—Un monstruo.

Al pensar amargamente en ello cayeron dos lágrimas sobre el agua sucia entre las papas. ¿Por qué habían llevado a esa muchacha? Tenía miedo de los Sullivan... los detestaba. Eran crueles, malvados, peligrosos. Se mofaban de ella.

Alguien empujó la puerta de la cocina. Era Sherill, que se quedó parado allí con aire de duda, mirando a Lolly. Sus ojos brillaban de aprensión.

—¿Quién es? —le preguntó *Miss Lolly*. Estaba llenando de agua un recipiente.

—Es la muchacha Blandish —respondió Sherill—. Sobre la que leíste esta mañana.

El recipiente se le cayó con estrépito en la pileta.

—¿Esa pobre loca? ¿La que están buscando?

—Sí.

—¿Por qué la tienen los muchachos? —*Miss Lolly* se retorció las manos. Sus ojos reflejaban horror—. No sirven para... una chica como esa, necesitada de cuidados, no debe estar en manos de ellos... Necesita a alguien bueno, alguien que entienda...

Un repentino grito de dolor resonó en la vieja casa. *Miss Lolly* palideció visiblemente y avanzó un paso. Sherill miraba sus pies desnudos con aire hosco. Luego se pasó una mano por el pelo pegado al cráneo.

Se oyó otro grito. Fue como si cortase el techo, como un latigazo. Un sonido que heló la sangre de *Miss Lolly*.

—¿Qué le hacen? —preguntó y comenzó a caminar, pero Sherill la asió de un brazo, delgado como un palillo y la empujó hacia atrás.

—¿No sabes que no puedes meterte con los Sullivan?

—No puedo permitir que la lastimen —dijo *Miss Lolly*. Sus dedos huesudos se posaron en la barba de seda—. No puedo dejar que alguien sufra...

—¡Quieta! —ordenó Sherill.

—¡No! ¡Por favor! ¡Basta...! —volvió a gritar Carol.

La voz resonó en las paredes de madera del cuarto de arriba y provocó

vibraciones tan fuertes que cada tablón de la casa pareció hacerse eco de sus palabras.

—¡Vete al jardín! —le dijo Sherill inesperadamente—. ¡Fuera! ¡Fuera!

Al mismo tiempo tomó a *Miss Lolly* de una mano y la empujó por la puerta hasta que quedó bajo el sol cálido. —Vamos— le dijo Sherill. —No debemos escuchar nada. Cuanto menos sepamos de esto mejor será, si acaso esos canallas se equivocan.

Miss Lolly lo siguió. Tenía un pañuelo sucio contra los ojos y movía la cabeza, como carente de fuerzas, cuando caminaba.

—Tan bonita —murmuraba—. Nosotras, las pobres chicas... Siempre... dificultades.

Permanecieron algún tiempo en el jardín y luego vieron salir de la casa a los Sullivan. Se habían cambiado los trajes negros y en ese momento parecían empleados de pompas fúnebres de vacaciones. Ambos vestían traje gris, sombrero de fieltro del mismo tono gris claro y zapatos marrones.

Al aproximarse Sherill a ellos, Frank subió al Packard y lo condujo a los fondos de la casa.

Max se sentó en el último escalón de la galería. Inclinado sobre el fósforo encendido que protegía con una mano, mostraba un perfil duro y cruel.

—¿Se van? —le preguntó Sherill.

—Sí —Max se enjugó la cara sudorosa con un pañuelo limpio—. Está en el aserradero abandonado de Blue Summit. Será un viaje largo.

Sherill no preguntó quién estaba en el aserradero, pues sabía que no le convenía hacer preguntas. Caminaba arrastrando los pies por la arena tibia. Lo único que se oía era el leve rumor de la arena removida.

En ese punto Sherill decidió hablar.

—¿De manera que habló? —Había en sus ojos una expresión avergonzada y a la vez furtiva.

—Siempre hablan —dijo Max con tono opaco, fatigado—. Nunca adquieren sentido común.

Les llegó de los fondos el rugido regular de un poderoso motor y poco después apareció un Buick azul oscuro de gran tamaño que se detuvo frente a Max.

Frank se asomó por la ventanilla.

—Todo listo —dijo.

Sherill miró con disimulo los trajes grises, el automóvil diferente, y arqueó las cejas.

—¿Esperan tener dificultades? —preguntó.

—Volvemos a un lugar que ya hemos visitado —le dijo Max al subir al automóvil—. No hay que repetir el mismo acto.

A pesar de no llevar ya sus trajes negros, los dos hombres tenían siempre algo de amenazador.

—¿Tardarán mucho? —preguntó Sherill.

—Dos días, quizá tres. Más, no —respondió Max—. Antes, si está aún allá, cosa

que no creo probable.

—Por eso habló —dijo Frank, enojado—. Apuesto que fue por eso que habló. Por lo menos tuvo ese sentido común.

—Iremos, de todos modos —replicó Max y colocándose el ala del sombrero sobre los ojos añadió—: Además, Sherill...

Sherill se puso rígido.

—¿Sí? —preguntó.

—Vigíla y cuando digo que la vigiles... quiero decir «vigilar». Si no está aquí cuando volvamos, será mejor que tampoco estés tú.

—Estará —dijo Sherill con tono lacónico.

—Trata de que esté aquí —insistió Max.

—Vamos —ordenó a Frank.

Frank se inclinó sobre Max para mirar fijamente a Sherill.

—Vigíla, Tex —dijo—. Tengo alguna idea respecto a ella.

—Vamos, te dije —ladró Max—. Tienes demasiadas ideas sobre demasiadas mujeres.

—Imposible —rio Frank con malicia. Luego condujo a toda velocidad el automóvil por el camino arenoso y bacheado.

Miss Lolly subió furtivamente las escaleras y entró en su dormitorio, pequeño y ordenado. Estaba temblando y debió sentarse en la cama hasta tener firmeza en las piernas y poder acercarse a su mesa de tocador. Permaneció unos minutos allí, cepillándose el pelo y la barba. Luego se puso medias y zapatos y después de encontrar un cepillo, se cepilló con cuidado su viejo traje negro.

Cuando salió del cuarto vio a Sherill de pie en lo alto de la escalera.

—¿Qué crees que estás haciendo? —le preguntó él con dureza.

—Voy a verla —respondió *Miss Lolly* con aire decidido—. Necesita cuidados de mujer.

—Supongo que no te refieres a ti, ¿no, mamarracho? Lo único que harás será asustarla.

Miss Lolly se estremeció.

—Voy a verla —insistió y avanzó hacia el próximo tramo de escalones.

—Bien, ve a verla, entonces —dijo Sherill—, pero nada de tonterías. Oíste lo que dijo Max.

—No pienso interferir —se apresuró a decir *Miss Lolly*—. Solo quiero decirle alguna palabra amable... si la pobrecita está loca, como dicen, una palabra amable la ayudará.

Sherill sacó una llave de un bolsillo y se la entregó a *Miss Lolly*.

—Enciérrala con llave cuando hayas terminado. Yo tengo que volver al trabajo —dijo y bajó la escalera con pasos que resonaban sordos y a la vez flojos sobre los tablones desnudos.

Momentos más tarde *Miss Lolly*, con el corazón anhelante, abrió la puerta del

cuarto de Carol y entró.

Era un cuartito vacío y caldeado a causa del sol que golpeaba el techo de chapas de cinc. La ventana que daba al así llamado huerto tenía dos barrotes de hierro viejos y herrumbrados incrustados en el marco. El piso de madera no tenía alfombra y estaba cubierto de polvo. El único mueble era un catre, una vieja mecedora, una mesita para lavarse y un tacho lleno de agua sobre la que flotaba una película de polvo.

Carol estaba tendida en la cama con los brazos a los costados y las piernas extendidas, como la efigie yacente de una tumba antigua. Sus ojos era como agujeros recortados en una sábana y carecían de toda expresión.

A pesar de haber oído el ruido de la llave al girar y el crujido de la puerta no miró hacia ella. Estaba contemplando, frente a sí, una telaraña que orlaba la pared opuesta y que se agitaba suavemente con la corriente de aire. Al oír el ruido, no obstante, pareció encogerse y antes de poder evitarlo, su boca se entreabrió en un gemido mudo.

—Solo soy yo —dijo *Miss Lolly* y se quedó junto a la puerta con aire tímido—. Soy *Miss Lolly*...

Carol se estremeció, volvió muy despacio la cabeza y vio entonces a aquel lamentable monstruo, de pie allí, lleno de vergüenza, con lágrimas de compasión en sus ojos melancólicos y dedos huesudos que acariciaban la barba.

—Váyase, por favor —dijo Carol y se echó a llorar con desconsuelo ocultándose el rostro en las manos.

Miss Lolly se detuvo un instante para inspeccionar el hueco de la escalera y escuchar. La vieja casa estaba silenciosa. En algún lugar del jardín oía a Sherill serruchar madera. Más lejos aún oyó el ladrido súbito y urgente de un perro.

—No quise asustarte, querida —dijo *Miss Lolly* y añadió con tono patético—: Soy humana, en realidad. Trabajaba con ellos en el circo... con Max y Frank.

—No le tengo miedo —dijo Carol—. Es solo que tengo necesidad de estar a solas... solo por un momento.

—Tal vez querrías tomar café... o té —ofreció *Miss Lolly*—. Te tengo tanta lástima... Nosotras, las mujeres... Son siempre los hombres, ¿no? Siempre sacrificándonos por los hombres. Yo he tenido amantes... aunque no lo creas... No deberían haberte traído aquí... una chica decente como tú...

Inesperadamente Carol se sentó en la cama.

—¿Quién es usted? —preguntó—. ¿Qué quiere aquí?

Miss Lolly parpadeó y dio un paso hacia atrás.

—Soy *Miss Lolly*... Seguramente eres demasiado joven como para haber oído hablar de *Miss Lolly Meadows*... La famosa mujer barbuda. No busco nada aquí... Solo quería ser amable contigo... Sé lo importante que es la bondad. Aunque yo no haya recibido mucha. Cuando te oí gritar... y vi lo bonita que eres... pensé que debería tratar de hacer algo por ti. No hay mucho que pueda hacer, pero nosotras, las

mujeres... si no podemos confiarnos nuestras dificultades...

Carol volvió a reclinarse en la cama.

—Les dije dónde estaba —se lamentó—. Creía que nada podría hacerme decirlo, pero no tuve valor... Se lo dije, y ahora fueron a buscarlo... ¡Y yo lo quiero tanto!

Miss Lolly se acercó.

—Debes quedarte tranquila. Les oí decir que no creían que lo encontrarían. Te traeré una taza de té.

—Ayúdeme a irme de aquí —exclamó Carol, sentándose—. Por favor, ayúdeme a escapar. No les permita tenerme aquí. Tengo que volver junto a Steve. Lo hirieron. Lo dejé en un bosque y van a liquidarlo.

Los ojos de Miss Lolly reflejaban su temor.

—No, nunca intervengo en nada. Quiero que estés cómoda aquí, quiero hacer todo lo que pueda por ti, pero yo no intervengo en nada. No podría ayudarte a escapar... Eso significaría intervenir.

—Estoy segura de que me comprende. Me dijo que ha tenido amantes. Tiene que saber lo que significa amar a alguien y que ese alguien la necesite. Les dije dónde estaba. No quería decirlo, pero... —Carol se cubrió la cara con las manos—. No sabe lo que me hicieron.

Miss Lolly se enjugó las lágrimas.

—Pobrecita, pobrecita —dijo—. Querría ayudarte. No lo sabía... ¿Tanto lo quieres? —Mirando por sobre su hombro, prosiguió—: Pero no debo quedarme hablando aquí... Te traeré té. Te sentirás mejor después de beber una taza de té... Es una larga marcha hasta la carretera principal —añadió, sin lógica aparente—. En el mueble del vestíbulo hay dinero... —dijo y salió del cuarto. Cerró luego la puerta y bajó las escaleras corriendo.

Carol se quedó inmóvil, con la mirada fija en la puerta. En ese instante sintió que el corazón le daba un vuelco. *No había oído girar la llave en la puerta.* Muy despacio se levantó de la cama. Tenía las piernas flojas, y fue como si la distancia entre la cama y la puerta se hubiese alargado. Tomó la falleba de bronce y la hizo girar, tirando luego de ella. La puerta se abrió y Carol se quedó por unos instantes mirando el pasillo sombrío, casi sin poder creer que tenía la vía abierta para escapar.

Salió al rellano de la escalera sin hacer ruido y miró hacia el vestíbulo, tres pisos más abajo. Oía a alguien serruchar madera afuera, y en la cocina, alguien hacía entrechocar la vajilla. Eran ruidos familiares, tranquilizadores en medio de aquella pesadilla de terror.

Llegó al rellano de la escalera y conteniendo la respiración, con el corazón latiéndole con fuerza, comenzó su silencioso descenso.

En una de las chozas arruinadas del campamento de leñadores abandonado vivía un viejo que todos conocían como el viejo Humphrey. Era medio retardado, muy sucio en su persona, y tenía un poder notable sobre los pájaros. Era más tímido que un ratón de campo y había elegido aquel lugar para vivir porque nadie iba nunca allí. Se había quedado mudo de sorpresa al ver llegar a Carol en su reluciente Packard y dejar luego a Larson en el claro del bosque para alejarse a toda velocidad en busca del doctor Fleming.

El viejo Humphrey se aproximó a Larson con la mayor cautela y luego volvió a su choza en espera de los acontecimientos. Mientras esperaba se quedó dormido y lo despertó el ruido que hizo Phil Magarth al llegar en su destartado Cadillac.

Conocía a Magarth. Unos meses atrás Magarth había tratado de convencerlo de que le hiciese una demostración de su poder sobre los pájaros, pero el viejo se negó a hacerlo. Así fue cómo cuando vio llegar a Magarth supuso que volvía para molestarlo nuevamente, yo sintió gran alivio cuando lo vio llevarse a Larson, inconsciente a su automóvil y partir con él.

Esperaba no volver a ver a todos esos visitantes tan poco bienvenidos, pero a la tarde siguiente, cuando estaba junto al fuego de leños preparándose la comida, se abrió la puerta de su choza y entraron en ella los Sullivan.

Ellos no habían pensado encontrar a Larson en el claro. Era demasiado esperar tal cosa. Sin embargo, siguiendo su método habitual de cazar a sus víctimas decidieron comenzar en el punto donde esta había estado por última vez.

Cuando vieron la columna de humo en la choza del viejo Humphrey cambiaron una mirada y prosiguieron hacia allí.

—Hola, viejo —dijo Frank, al abrir la puerta de un puntapié.

El viejo Humphrey estaba agazapado junto al fuego.

Su cara arrugada y marchita se contrajo de susto y su mano flaca y mugrienta aferró el mango de la sartén donde se freía algo sobre el fuego con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos bajo la suciedad.

Max encendió un cigarrillo. La luz del fósforo se reflejó en sus ojos, unos ojos como trocitos relucientes de vidrio, negros y sin expresión.

—Habla tú con él —ordenó a Frank.

Frank se sentó en un cajón vacío cerca del viejo Humphrey, se quitó el sombrero y empezó a peinarse. Luego sonrió y su sonrisa dejó helado al viejo.

—Buscamos a un hombre —dijo—. Un hombre que está enfermo. ¿Qué fue de él?

—No sé nada de ningún hombre enfermo —contestó Humphrey con tono plañidero—. Déjeme tranquilo.

Max se movió, inquieto, pero Frank no dejó de sonreír.

—Vamos, viejo —dijo en voz baja—. Sabes mucho de ese hombre. Hablamos en

serio. No hagas las cosas más difíciles. ¿Qué tenía que ver él contigo?

El viejo Humphrey no dijo nada. Levantó los hombros, como si esperase un golpe y luego contempló el mejunje que chisporroteaba en la sartén. Estaba casi ciego de miedo.

Frank le dio un leve puntapié en el tobillo.

—Vamos, viejo. —Había una nota amistosa en su voz—. ¿Qué le sucedió al hombre enfermo?

—No vi a ningún hombre enfermo. Yo me ocupo de mis cosas.

De repente Max arrebató la sartén de manos del viejo y la arrojó lejos.

Frank soltó una carcajada.

—¿Qué le sucedió al hombre enfermo? —volvió a preguntar.

El viejo Humphrey miraba la sartén en un rincón del cuarto. La comida resbalaba por la pared de madera hasta llegar al suelo. Tocándose la barba, respondió:

—Se lo llevó el periodista. Es todo lo que sé. —Su voz era un chillido.

—¿Qué periodista? —preguntó Max.

—Magarth —murmuró el viejo Humphrey—. Me molestó otras veces. Todos me molestan. ¿Por qué no me dejan en paz?

Frank se levantó.

—Nadie volverá a molestarte —dijo. Muy despacio se dirigió a la puerta.

El viejo Humphrey se volvió y arrastró sus botas destrozadas por el piso, a la vez que se aferraba la andrajosa chaqueta.

—Cierra los ojos —le dijo Max—. No queremos que nos veas irnos.

—No miraré, señor —dijo el viejo Humphrey.

—Cierra los ojos —repitió Max con suavidad.

Cayeron los párpados ajados y sucios, como las persianas de una casa desocupada.

Max retiró su revólver de la correa que llevaba al hombro, tocó apenas la frente del viejo con el caño del arma y apretó el gatillo.

A mitad de camino en la ancha escalera, en el rellano que se levantaba antes del último tramo, había un antiguo reloj de pie. Al pasar Carol junto a él hizo un ruido característico y luego dio unas campanadas...

Por un instante se quedó muy quieta y tuvo la imagen de ella misma volando escaleras abajo y luego girando sobre sí misma para volver a meterse en su cuerpo. Al ver que era solo el reloj dando la hora se apoyó en la baranda crujiendo, medio muerta de terror. Continuó luego el descenso hasta el vestíbulo sumido en la penumbra y por fin hacia la puerta que se abría al exterior.

Al llegar al vestíbulo se detuvo un instante a escuchar.

Miss Lolly vertió agua hirviendo en una tetera y seguidamente puso una taza con su platillo, un bol de azúcar y una jarrita de leche sobre una bandeja.

Carol oyó todo. Sabía con exactitud lo que estaba haciendo *Miss Lolly*. En un minuto más aparecería allí con la bandeja.

La puerta del vestíbulo estaba entreabierta y el calor del jardín bañado de sol se filtraba por la abertura y envolvía como una cinta invisible las piernas de Carol

Avanzó con rapidez y sin hacer ruido y vio el estante de roble en el que había un billete de diez dólares muy sucio. *En el estante hay dinero*, había dicho *Miss Lolly*. Carol tomó el billete, que le produjo una sensación de sequedad y fragilidad entre sus dedos temblorosos. Lo tenía aferrado, pero a la vez no podía creer que fuese auténtico. Volvió a correr hacia la puerta.

Al abrirla crujió ruidosamente y todos los nervios de Carol se pusieron tensos como alambres. Miró por sobre el hombro y allí estaba *Miss Lolly*, observándola desde la cocina. Las lágrimas corrían por su rostro flaco y brillaban como astillas de hielo sobre su barba. Tenía la bandeja entre las manos y toda la vajilla se entrechocaba a causa del temblor que las agitaba.

Cuando se miraron, el terror y la compasión salvaron de alguna manera la distancia que había entre ellas. Luego Carol salió a la galería después de cerrar la puerta para no ver ya la expresión triunfante y a la vez aterrada de *Miss Lolly*.

Muy cerca, el ruido de un serrucho al morder la madera quebraba la apacible quietud. Carol se detuvo para estudiar el terreno. Había una senda llena de maleza que unía la casa con un portón de madera blanca. Más allá de dicho portón estaba el camino secundario, arenoso y poceado, que llevaba hasta la selva de cipreses y brezos. *Hay una larga marcha hasta la carretera principal*, había dicho *Miss Lolly*.

De repente, el ruido del serrucho cesó y un silencio saturado de sol cayó sobre la vieja casa de la plantación. Carol caminaba a buen paso. Cuando llegó a los escalones se detuvo una vez más a escuchar.

No oyó a Sherill cuando este se aproximó rodeando la casa. Sus pies descalzos no hacían el menor ruido en la arena suave y caliente. Tuvo conciencia de él solo cuando lo vio al pie de los escalones. Estaba mirándola con ojos llenos de furia y de miedo, como si no pudiese creer lo que veía.

Detrás de esa figura alta y erguida estaba el camino secundario y la libertad.

—Vuelva a su cuarto —ordenó con dureza.

Carol miró rápidamente a derecha e izquierda. La baranda, no obstante estar destruida, le impedía avanzar. Era imposible retroceder, ya que detrás solo estaba el vestíbulo sombrío sin la más mínima posibilidad de huida. La salida se hallaba al frente, detrás de aquel hombre furioso y asustado que le cortaba el paso.

—No me toque —dijo Carol con violencia—. Me voy... No me lo impedirá...

—No se va —replicó Sherill—. Vuelva a su cuarto. No quiero hacerle daño... pero se lo haré si no vuelve al cuarto.

La idea de volver a sufrir dolor hizo estremecer a Carol, pero no se movió ni aún cuando Sherill se aproximó con cautela.

—Vuelva —le dijo y la tomó de un brazo.

En ese momento Carol lo atacó. Su puño lo golpeó en un pómulo y lo sorprendió en lugar de causarle dolor. Carol lo golpeó entonces con los dos puños.

Sherill la estrechó contra sí. Sus brazos, musculosos y duros, le rodearon el cuerpo y la atrajeron contra él malogrando sus esfuerzos por golpearlo y sofocándola. Con un puño cerrado Sherill le dio un fuerte golpe entre los omóplatos. Carol se sintió desvanecer. Dejó de resistirse y Sherill la llevó medio arrastrándola, al interior del vestíbulo. Se quedó atónito al ver a *Miss Lolly* haciéndole frente con una escopeta de dos caños en la mano.

—Suéltala —le dijo con tono firme—. Por favor, Tex, suéltala.

—Apártate —gritó Sherill—. ¿Te has vuelto loca tú también?

Súbitamente Carol se arqueó contra el cuerpo de Sherill, con la fuerza de un resorte y se apoyó en los brazos que la rodeaban hasta soltarse y caer apoyada de espaldas en la pared. Con un ruido sordo, chocó con ella, trastabilló y cayó. *Miss Lolly* apuntó el arma al pecho de Sherill.

—No me obligues a matarte —le rogó. Tenía la mirada desencajada—. Hay que dejar que se vaya. No debemos detenerla. No tenemos derecho a retenerla aquí.

Sherill la maldijo, pero no hizo ningún movimiento al ver a Carol correr, pasar frente a él y dirigirse a ciegas hacia el portón de madera blanca.

—¿Sabes lo que has hecho? Maldita vieja sentimental. No debí confiar en ti —dijo Sherill. Cuando se acercó a la puerta vio a Carol. Corría a toda velocidad. Era increíble que alguien pudiese moverse con tanta rapidez y facilidad sobre el terreno desparejo. Sherill sabía que no tenía ninguna probabilidad de alcanzarla.

En ese momento recordó al perro y sin decir una palabra a *Miss Lolly* bajó por los escalones de madera, dio la vuelta a la casa y se dirigió a las perreras.

Carol seguía corriendo por el camino secundario. En ambos costados, la espesa maraña de árboles, arbustos y maleza muy alta la encerraba como las paredes de un laberinto. Escuchaba con atención mientras corría, pero no oía a nadie persiguiéndola. A pesar de eso no disminuyó su velocidad hasta haber puesto una buena distancia entre ella y la casa. Después, sin aliento, empezó a caminar.

No tenía la menor idea de la distancia que la separaba de Point Breese. Debía de ser muy grande, ya que había pasado largo tiempo dentro de un Packard que iba a gran velocidad. En cambio, tenía dinero. No era mucho, pero le alcanzaría si solo lograba llegar hasta una parada de ómnibus o una estación de ferrocarril.

Comprendía con una relativa sensación de triunfo que los Sullivan la aventajaban por un margen de solo unos minutos. Claro estaba que ellos tenían automóvil, pero no encontrarían tan pronto a Steve. Estaba segura de que Magarth no podía haberlo dejado en el bosque. Con un poco de suerte llegaría a Point Breese antes de que los Sullivan lo encontrasen. Era lo único que ansiaba lograr.

Inesperadamente se sobresaltó, y volvió a palparle el corazón. No muy lejos, a sus espaldas, oyó el aullido de un perro de caza. Echó a correr de inmediato.

Si el hombre tenía un perro para perseguirla... Volvió a mirar hacia atrás, a lo

largo del camino flanqueado por la espesura. ¿Serviría de algo ocultarse? Se detuvo bruscamente y buscó un palo, o algo con qué defenderse.

Un momento después vio al perro. Se acercaba al trote por el camino, un gran perro negro con una cabeza afilada, pelaje corto y cola larga. Tenía ojos como ascuas.

Al ver a aquel monstruo negro lanzarse hacia ella, contuvo la respiración. No podía hacer nada. Era como una pesadilla y permaneció inmóvil, con el sol cálido castigando su espalda.

Al verla, el perro empezó a avanzar más despacio, amenazante, con el hocico casi pegado al suelo, la cola rígida, formando una sola línea con el lomo y la cabeza.

Carol no osaba respirar. Fijó los ojos en el perro y se quedó tan quieta como una estatua de piedra.

El perro avanzó más despacio y ladró, mostrándole los grandes colmillos, blancos como semillas de naranja contra el belfo negro. Luego se le erizó el pelo a lo largo de su lomo vigoroso y delgado y el animal se detuvo, agazapado, indeciso en cuanto a si saltar sobre ella o no.

Convencida de que era su última oportunidad de escapar, Carol seguía mirando al perro, ordenándole mentalmente que no se moviese. Quería, si fuese posible, entrar en el interior de la mente del perro y ahora que había logrado detenerlo, decidió avanzar muy despacio. El perro empezó a retroceder. Era como si pasasen un dibujo animado al revés.

Durante un minuto entero los dos se quedaron mirándose y luego la cola del perro se aflojó poco a poco, como la bandera de un barco al arriarse. Los nervios del animal lo delataron y con un aullido débil y lastimero dio media vuelta y huyó por el angosto camino. Con un sollozo de alivio, Carol echó a correr en la dirección opuesta.

Sherill avanzaba por el camino cuando el perro pasó corriendo a su lado. Se quedó mirándolo atónito y palideció. Sabía que Carol había escapado y que no podía hacer ya nada para volver a capturarla.

Durante esos minutos en que se quedó de pie allí no atinó siquiera a pensar. Si *no está cuando volvamos, será mejor que ustedes tampoco estén*, había dicho Max. Los Sullivan nunca hacían amenazas vanas. Lentamente giró sobre sus talones para volver a la casa y después de pasar por el portón de madera blanca se dirigió con el paso de un autómatas hacia la casa por la senda del jardín.

Miss Lolly estaba sentada en su silla de mimbre con una expresión fija y aterrorizada en los ojos. Miró a Sherill por el rabillo del ojo, pero él no dijo nada, sino que pasó junto a ella y se metió en la casa. Permaneció algún tiempo en el interior, mientras Miss Lolly seguía sentada al sol, esperando. No lamentaba nada. Pensaba que haber puesto en libertad a Carol justificaba en cierto modo su propia vida trágica.

Sherill apareció en la galería, vestido con un traje de cuadros negros y grises, botas mejicanas y un gran sombrero blanco. Miss Lolly recordó ese sombrero de años atrás, cuando Sherill llegó al circo y aquel sombrero de vaquero le llamó la atención.

Recordó asimismo lo joven que era y lo bien que le quedaba el sombrero. El hombre de ese momento con su cara pálida y abotagada no tenía nada que ver con el que había hecho latir su corazón.

Sherill apoyó dos valijas en el suelo, dio unos pasos y luego dijo:

—Será mejor que hagas tus valijas. Tenemos que irnos. —Sin mirarla empezó a caminar por la senda en dirección al establo. Caminaba muy despacio, como si las botas le quedasen chicas.

Miss Lolly seguía sentada en la silla de mimbre. Se acariciaba torpemente la barba y tenía los ojos brillantes de lágrimas contenidas.

En el rellano, en mitad de la escalera, el gran reloj de pie dio la media hora. Ese reloj había acompañado a *Miss Lolly* en su espaciosa casa rodante durante toda su carrera como artista de circo. El resto del mobiliario de la casa, o mejor dicho, lo que restaba de él, le pertenecía y cada mueble encerraba un recuerdo en su vida.

Una gran mariposa roja y negra planeó antes de posarse sobre la baranda de la galería, muy cerca de *Miss Lolly*. Ella la miró, vio cómo movía rítmicamente sus alas y luego se alejaba volando por el espacio quieto y cargado de perfumes.

La mariposa la hizo pensar en Carol. «No hay que aprisionar la belleza», pensó. «Hice bien. Sé que hice bien».

Sherill se aproximó al frente de la casa, conduciendo un gran camión Ford. Después de detenerse, bajó y subió los escalones.

—Tendrás que ayudar —dijo. Seguía sin mirar a *Miss Lolly*—. Podemos llevarnos casi todo en el camión.

—Me quedaré —repuso *Miss Lolly* en voz baja—. Esta es mi casa.

—Lo sé —dijo Sherill con aspereza—. Bien, acabas de destruirla. Vamos, no digas tonterías. Tenemos que irnos. Conoces a esos muchachos...

—Vete tú —dijo *Miss Lolly*, pensando en la mariposa—. Prefiero quedarme, aunque sea por solo uno o dos días. He sido feliz aquí.

Sherill la miró y se encogió de hombros con un gesto de fatiga.

—Muy bien —dijo—. Si es lo que quieres. Yo me voy.

Miss Lolly lo miró.

—Hice bien, Sherill —dijo en voz baja—. Era una maldad...

—Sí, hiciste bien —admitió Sherill, vencido—. Adiós, Lolly.

—Adiós. Y buena suerte, Tex.

Lo vio meter sus valijas en el camión y trepar luego a la cabina.

—Dijeron que volverían dentro de dos o tres días —dijo Sherill antes de apretar el botón de arranque.

—Me alcanza —dijo *Miss Lolly*.

Carol estaba a unos treinta y cinco kilómetros de Point Breese cuando dejó de tener la suerte que la había acompañado hasta entonces. Por diversas rutas y en diversos

vehículos había avanzado siempre más cerca de Steve, pero era ya de noche y los automóviles y camiones que hasta entonces se habían detenido a recogerla parecían poco dispuestos a hacerlo.

Nadie deseaba arriesgarse a recoger a aquella muchacha de aspecto desaliñado que les hacía señas frenéticas a su paso en medio de la oscuridad. Habrían recogido a un hombre quizá, pero no a una mujer. Los conductores que pasaban frente a Carol se dirigían en su mayoría a casa y no deseaban ningún tipo de dificultades ni conmoción. Uno o dos titubearon, disminuyeron la velocidad y se preguntaron si acaso era bonita, si sería divertido recogerla, pero en aquel sector de la carretera no había iluminación y decidieron que probablemente era fea y prosiguieron la marcha, aumentando su velocidad y con una sensación de ser hombres virtuosos.

Carol estaba extenuada. Al principio, la huida marchó sin inconvenientes. Un camión la recogió en la carretera provincial y el camionero se portó bien con ella, invitándola a compartir su abundante almuerzo y hablando alegremente de sus aventuras dentro de la profesión.

La dejó en un cruce de caminos después de indicarle la dirección que debía seguir y desearle suerte.

Un viajante de comercio la recogió pocos minutos después de haberse alejado el camión en medio de una nube de polvo. El hombre no iba a Point Breese, pero podía dejarla en Campville, que estaba en el camino.

Se mostró más curioso que el camionero y le hizo muchas preguntas. ¿Qué hacía ella, pidiendo que la recogiesen? ¿Había huido de su casa? ¿No sabía que era muy bonita? ¿No sería mejor que le permitiese llevarla a casa? Carol eludió las preguntas y lo llevó a hablar de sí mismo.

En Campville el hombre le dio cinco dólares.

—Te harán falta, hija —dijo al abrirle la puerta para que bajase—. No, no tiene importancia. Gano mucho en este trabajo. Quiero que lo aceptes. ¿Por qué no habría de dártelo? Ve y come algo. Buena suerte.

En un pequeño restaurante en la calle principal se enteró de que los Sullivan habían estado allí. Cuatro horas antes habían entrado a tomar una taza de café. La noticia le produjo alegría y cuando terminó de comer salió a la calle y tomó el ómnibus a Kingston, otra etapa del trayecto.

En Kingston debió esperar una hora o más antes de obtener un medio de transporte. Le dijeron que Kingston quedaba a cincuenta y cinco kilómetros de Point Breese, pero no había servicio de ómnibus directo hasta allí. Tendría que trasbordar en Bear Lake. En esa población debería esperar una hora y media para tomar el ómnibus indicado.

Un hombre joven de traje azul con un sombrero gris bastante sucio, al oír la conversación, dijo que él se dirigía a Point Breese. La llevaría allí con mucho gusto. Carol decidió acompañarlo y salieron de Kingston en la oscuridad creciente.

Conducía a gran velocidad, no hablaba y fumaba un cigarrillo detrás del otro.

Manejaba con una sola mano y se cruzaba en distintos carriles entre otros vehículos, acercándose a ellos hasta que se apartaban con gran estrépito de frenos.

Su silencio alarmaba a Carol mucho más que su forma alocada de conducir.

Cuando llegaron al campo abierto el hombre disminuyó la velocidad, frenó y se detuvo en la banquina, cerca del borde del pasto. Luego arrojó lejos su cigarrillo y agarró a Carol.

Era muy fuerte y su manera de manejarla denotaba una larga práctica. La besaba todo el tiempo mientras ella trataba de rechazarlo y en ningún momento habló una sola palabra. Carol no tenía aliento siquiera para gritar.

Sabía exactamente lo que quería de ella y lo obtuvo. Luego la apartó y encendió otro cigarrillo. En la lucha se le había resbalado el sombrero y el pelo le caía sobre la cara. Era largo como el de una mujer. Se lo apartó con una sacudida de la cabeza.

Cuando Carol abrió la puerta y bajó tambaleándose, ni siquiera la miró y se alejó rápidamente. El resplandor de su cigarrillo encendido era como un ojo malévolos en el lugar donde debería haber tenido la boca.

Nuevamente el destino le hacía una mala jugada. Pasó algún tiempo antes de que Carol juntase valor para hacer nuevas señas a los automóviles que pasaban. Ninguno de ellos se detuvo.

Tenía el vestido rasgado, se le había caído una media y estaba llorando. En verdad tenía un aspecto sospechoso e inspiraba aprensión.

Al cabo de un rato renunció a hacer señas y comenzó a caminar. Sus pasos eran rígidos. Estaba muy oscuro y solitario y el aire de la noche era cada vez más fresco. Seguía marchando, no obstante, pensando en Steve, imaginando a los Sullivan ya en Point Breese.

Oyó luego el ruido de unos frenos y un furgón bastante grande, que no pudo ver bien a causa de la oscuridad, detuvo la marcha. El conductor dirigió los faros hacia ella.

Estaba demasiado fatigada y desesperada como para mostrar sorpresa ante la exclamación del hombre.

—Hola —dijo él. Era invisible en la oscuridad—. Creo que le vendría bien que la recoja.

Carol hizo un gesto afirmativo. No le importaba nada, salvo llegar a Point Breese.

El conductor bajó y se detuvo junto a ella. Llevaba un guardapolvo blanco.

—Hoy debe de ser mi día de suerte —dijo y rio, lleno de entusiasmo. Al mismo tiempo tomó a Carol con tanta destreza que ella no pudo ya moverse sin sentir dolor.

El hombre la llevó corriendo al furgón.

—Hay otra loca adentro, pero la tengo atada —dijo—. No se peleen, chicas.

Carol ignoraba que ese hombre era Sam Garland, empleado del Sanatorio Psiquiátrico de Glenview, que había estado en Kingston recogiendo a una enferma. Suponiendo que estaba ebrio, Carol empezó a gritar con todas sus fuerzas.

—No te agites —dijo Garland sin perder el buen humor, al abrir la puerta de la

ambulancia y antes de arrojar a Carol al interior sumido en la semioscuridad. Hecho esto cerró la puerta, se dirigió a la cabina del vehículo y luego se alejó.

Carol se incorporó a medias, y lo que vio la dejó rígida de terror.

Había una mujer tendida en una de las dos camillas. Era fea, y su pelo oscuro caía en largos mechones por debajo de sus hombros. Estaba inmovilizada por un chaleco de fuerza y tenía los pies atados a la barandilla de metal de la camilla.

La mujer miró a Carol con ojos entrecerrados de demente.

Capítulo 5

Había una conmovión en Point Breese que cubría todo como una fina capa de polvo. Los Sullivan tuvieron conciencia de ella cuando recorrieron la calle principal del pueblo. No había en realidad nada que ver. Point Breese estaba oculta bajo su manto de tinieblas y con la excepción de las tabernas, los cafés abiertos durante toda la noche y la farmacia, no brillaba ninguna luz. Sin embargo, la efervescencia estaba presente y se la sentía como si se filtrase de las casas a oscuras, para permanecer luego suspendida en el aire frío de la noche.

Se sentían extrañados, pero no hicieron comentarios. No estaban seguros de no estar imaginando cosas.

Después del largo viaje desde la casa de la plantación estaban muy cansados, pues no habían dormido casi nada en las últimas veinticuatro horas. Si bien no estaban acostumbrados a dormir mucho, necesitaban ya un descanso.

Frank, que conducía el Buick, desvió el automóvil de la calle principal para dirigirse a la cárcel y al hotel. Al ver el corrillo de hombres congregados frente a la cárcel disminuyó notablemente su velocidad.

Con un gesto automático Max posó una mano sobre la pistolera colgada de su hombro y su mirada se volvió vigilante, pero los hombres del grupo solo les dirigieron una mirada fugaz y luego volvieron la cabeza otra vez para contemplar la cárcel.

—¿Qué sucede? —preguntó Frank, hablando entre dientes.

—Nada que deba preocuparnos —respondió Max—. Seguramente hay un garaje en los fondos. Ocultemos el auto primero.

Encontraron el garaje, dejaron allí el automóvil y volvieron sobre sus pasos para entrar en el hotel. Trataban de mantenerse a la sombra, pero los hombres estaban demasiado absortos en la contemplación de la cárcel como para reparar en ellos.

El empleado detrás del mostrador era un hombrecito pálido con un bigotito semejante a una mancha de tizne sobre el labio superior. Después de entregar una lapicera a Max empujó el registro hacia él.

—¿Cuarto doble —preguntó—, o dos individuales?

—Uno doble —dijo Max y firmó el libro.

Frank tomó la lapicera, leyó el nombre ficticio anotado por Max y lo copió.

—Haga subir café y panecillos calientes mañana a las ocho y media —dijo Max— y también los diarios.

El empleado tomó nota de todo en un papel y apretó un timbre.

El botones era un hombre flaco con grandes bolsas bajo los ojos. El birrete cilíndrico que llevaba le daba el aspecto de alguien vestido para un baile de disfraz. Después de tomar la valija de los Sullivan los llevó a un ascensor pequeño y manejado a mano.

Estaban subiendo en medio de muchos chirridos cuando el ruido de unos

martillazos rompió el silencio del hotel.

—Están instalando el cadalso —dijo el botones. Los ojos le brillaron de súbito entusiasmo.

—¿Qué cadalso? —preguntó Frank, aunque lo adivinaba.

—Para la horca —dijo el botones, detuvo el ascensor y abrió la puerta—. ¿No están enterados?

Los Sullivan lo miraron con recelo y salieron del ascensor a un corredor.

Una muchacha cubierta con una bata de seda sobre un pijama azul claro y con una bolsa para su esponja y una toalla pasó junto a ellos. De sus labios, pintados hasta formar un horroroso arco de Cupido, colgaba un cigarrillo.

Frank no reparó en ella.

—¿Qué horca? —preguntó al botones.

—¿Dónde está nuestro cuarto? —intervino Max—. Vamos, muéstranos el cuarto.

El botones los precedió por el corredor, abrió una puerta y encendió la luz del cuarto. Era lo habitual, el cuarto que cabía esperar en un hotel de esa clase. Lo habían amueblado teniendo en cuenta la economía más bien que la comodidad. No era el tipo de cuarto donde alguien habría deseado permanecer mucho tiempo.

—¿A quién van a colgar? —insistió Frank después de cerrar la puerta.

El botones se frotó las manos en los fundillos de los pantalones. Tenía la expresión de quien tiene excelentes noticias.

—El asesino de Waltonville —dijo—. ¿No leyeron nada sobre él? Mató a tres mujeres en una sola noche y luego se entregó. Creo que no volverá a matar a ninguna después de las nueve de mañana.

—Lárgate —le dijo Max, sin mirarlo. El botones lo miró azorado.

—No hice más que contarle, señor...

—¡Lárgate! —repitió Max con el mismo tono suave.

El botones se dirigió de prisa hacia la puerta, titubeó y miró otra vez a los Sullivan. Ellos lo miraban, inmóviles, reconcentrados, acechantes. Había algo en ellos que inspiró miedo al hombre. Era como haber perdido el camino en la oscuridad y encontrarse de pronto en un cementerio.

Cuando se retiró, Max tomó la valija y la dejó caer sobre la cama.

Frank estaba aún inmóvil en el centro del cuarto. El sordo martilleo atrajo su atención.

—Me pregunto cómo será que lo ahorquen a uno —dijo.

—Nunca lo pensé —repuso Max y por un instante imperceptible dejó de retirar su ropa de la valija.

—Que te encierren, oír esos martillazos, saber que tienen que ver contigo, oírlos acercarse por el pasillo para llevarte, y no poder hacer nada para impedirlo —siguió diciendo Frank en voz baja—. Como una bestia enjaulada.

Max permaneció en silencio y empezó a desvestirse.

—Podría sucedernos a nosotros, Max —dijo Frank.

Las gotas de sudor brillaban en su cara gorda y pálida.

—Acuéstate —ordenó Max.

No hablaron hasta después de haberse acostado y de que Max apagó la luz. Entonces fue Max quien dijo en medio de la oscuridad:

—No sé dónde podremos encontrar a Magarth, pero no puede ser muy difícil. Lo que será difícil es descubrir dónde ocultó a Larson y saber si Larson habló.

Frank se repuso. Seguía escuchando los sordos golpes de martillo.

—¿Cuánto tiempo crees que seguirán haciendo ese ruido? —preguntó.

Max, a quien nada se le escapaba, advirtió el leve temblor en la voz de Frank.

—Hasta que esté bien instalado. Duérmete.

—Pero Frank no durmió. Se quedó escuchando aquellos martillazos que lo ponían tan nervioso. También lo ponía nervioso la respiración tranquila y rítmica de Max. Se maravilló, enojado, de que alguien fuese capaz de dormir con semejante ruido. Estaba enojado por no tener nervios tan resistentes como los de Max, y porque estaba asustado.

Al cabo de un rato los martillazos cesaron, pero Frank seguía sin poder dormir. Más tarde un fuerte ruido lo hizo sentarse, lleno de alarma, y encender la luz.

—¿Qué fue eso? —preguntó. Sentía los nervios a flor de piel.

Max pasaba del sueño a la vigilia con tanta facilidad y rapidez como cuando se enciende una luz.

—Están probando el piso falso —dijo con tono calmo.

—Ah... No había pensado en eso —Frank volvió a apagar la luz.

En este punto ninguno de los Sullivan durmió ya. Frank pensaba en el condenado y su mente comenzó a deslizarse hacia su pasado. Los rostros de los hombres y mujeres a cuya muerte había contribuido aparecieron flotando en las tinieblas. Lo rodeaban, lo acosaban.

Max no durmió porque estaba pensando en Frank. Hacía algún tiempo que estaba observando a su amigo. A pesar de no mostrar señales visibles, Max abrigaba la sospecha de que estaba perdiendo el valor. Cabía preguntarse cuánto tiempo más transcurriría antes de que Frank dejase de serle útil. La idea lo inquietaba, porque hacía mucho tiempo que conocía a Frank. Juntos habían perfeccionado su número de arrojar cuchillos, cuando iban aún a la escuela.

Más tarde, ambos se durmieron y despertaron al día siguiente, a las ocho y media de la mañana, cuando la camarera del hotel les llevó el desayuno. También ella estaba rodeada de un aire de expectativa contenida, más electrizante aún que la noche anterior, pero no llegó a afectar a Max. Sentado en la cama sirvió el café y pasó una taza llena a Frank, que lo apoyó en la mesa de noche.

—Vendrán a buscarlo en pocos minutos —dijo Frank, revelando así que seguía pensando en la ejecución.

—No calentaron bien los panecillos —rezongó Max y bajando de su cama se dirigió al cuarto de baño.

Acababa de afeitarse cuando oyó hundirse la plataforma de la horca. El fuerte ruido lo dejó impasible. Siguió limpiando su maquinita de afeitar, con el rostro pálido y frío, sin expresión. Instantes después de haber funcionado la horca un vasto suspiro recorrió la calle y entró por la ventana del cuarto de baño. Al mirar Max por ella, vio la enorme multitud frente a la cárcel.

—Buitres —dijo con rabia y con un odio súbito y violento contra todos ellos escupió por la ventana abierta.

Cuando volvió al dormitorio Frank estaba inmóvil. Estaba acostado y su almohada tenía una mancha oscura de sudor, aparte del que corría por sus mejillas y brillaba al sol.

Los dos hombres no cambiaron una sola palabra. Max notó que Frank no había probado el café ni los panecillos.

Mientras Max se vestía, el único ruido que llegaba era el rumor de pasos de la gente que se dispersaba y retornaba a sus casas. Frank contemplaba el techo y escuchaba esos pasos. El sudor seguía empapando la almohada.

—Volveré dentro de unos minutos —le dijo Max y se dirigió a la puerta—. Será mejor que me esperes aquí.

Como Frank no confiaba en su propia voz, optó por no decir nada. Max tampoco parecía esperar una respuesta.

—¿Qué noticias hay? —preguntó Magarth al abrir la puerta de la oficina del *sheriff* y meterse en el lóbrego cuarto.

Kamp lo miró.

—Acabo de volver de la ejecución —dijo. Su tez habitualmente sonrosada tenía un leve tinte verdoso. Era la primera ejecución que presenciaba en cinco años, y le había hecho mal verla. Con una mueca, siguió diciendo—: Tengo un informe según el cual el Packard negro que buscamos fue visto en Kingston ayer al mediodía e iba en dirección a Campville, pero no ha llegado nada más... no hay rastros de la muchacha. El jefe de policía de Campville ha sido alertado. Nos avisará si hay alguna novedad.

Magarth se sentó en el borde del escritorio.

—Me pregunto si la habrán atrapado —dijo con una expresión preocupada—. Es extraño que se retiren de las inmediaciones. Estaría dispuesto a apostar que han intentado liquidar a Larson. Claro está que si atraparon a Carol, pueden llevársela a un lugar donde nunca se nos ocurriría buscarla y luego volver aquí en busca de Larson. ¿Cree que deberíamos revisar bien las inmediaciones de Campville?

—Están recorriéndolas —contestó Kamp—. Además, estamos vigilando todas las rutas de acceso a Point Breese, por si acaso el Packard intenta volver a este lugar.

—Está bien —dijo Magarth, satisfecho—. Bien, no hay mucho más que podamos hacer. Iré a casa de la señorita Banning a ver cómo les va allí. Acabo de ver al doctor Kober. Cree que Larson tiene alguna probabilidad de salvarse, pero no hay que hacer

nada en uno o dos días. He enviado a Riley a la chacra a ocuparse de los zorros.

—Volvió a visitarme Hartman —comentó Kamp con un gesto agrio.

—Lo cual me hace recordar algo —replicó Magarth—. Le dije que hemos estado investigando los antecedentes de Hartman. Acabamos de recibir un informe. Ha estado especulando en la Bolsa y sufrido fuertes pérdidas, pero siempre parece arreglárselas para obtener fondos suficientes como para cumplir con sus compromisos y seguir jugando. Nadie sabe dónde obtiene el dinero, pero yo puedo adivinarlo. Tal vez no sería mala idea que no encuentren a la muchacha Blandish hasta la semana próxima. Si hereda su fortuna podría iniciarse una nueva investigación y apuesto que descubriremos bastante acerca de Hartman, lo suficiente como para ponerlo a la sombra durante mucho tiempo.

—Ustedes, los periodistas, son la gente más suspicaz del mundo —comentó Kamp, tirando de su bigote—. De cualquier manera, esa mujer es peligrosa. Tenemos que encontrarla lo más pronto posible.

—No estoy tan seguro —dijo Magarth—. Cuando hablé con ella me pareció enteramente normal.

—El doctor Travers me lo explicó —respondió Kamp—. Tiene una personalidad esquizofrénica, dividida. Puede pasar semanas actuando con normalidad antes de sufrir una crisis, pero cuando la sufre es sumamente peligrosa.

—Me cuesta imaginarlo —insistió Magarth, porfiado—. Yo he hablado con ella. Usted, no. —Encogiéndose de hombros, se levantó—. Me voy. Llámeme por teléfono si hay alguna novedad. Me encontrará en casa de la señorita Banning. Me quedaré allí toda la mañana.

Cuando bajó corriendo los escalones frente a la cárcel, Jedson, dueño de la gran estación de servicio a poca distancia de allí lo saludó por su nombre y cruzó la calle para hablarle.

Max, de pie en la escalera del hotel oyó a Jedson llamar a Magarth y sin dar impresión de moverse se deslizó hacia uno de los pilares que sostenían una entrada cubierta en el hotel. Observó a Magarth mientras cambiaba unas palabras con Jedson y luego subía a su viejo Cadillac y se alejaba.

Jedson caminó hacia el hotel y Max se le aproximó.

—¿Ese hombre era Magarth, el periodista? —preguntó en el momento en que Jedson pasaba a su lado.

Jedson se detuvo apenas, miró a Max de pies a cabeza e hizo un seco gesto afirmativo.

—Así es, señor —respondió, con la intención de seguir su camino.

—Qué mala suerte —dijo Max—. Tenía que discutir un asunto con él. Es la primera vez que visito esta ciudad. ¿Sabe adónde fue?

Jedson agitó la cabeza.

—Tal vez haya ido a la casa de la señorita Banning —respondió—. Si se trata de algo urgente, podría llamarlo allá.

—Gracias —dijo Max—. Es muy urgente. ¿Dónde vive la señorita Banning?

—Tiene una gran plantación de naranjos en Grass Hill —dijo Jedson. Al advertir que quizás estaba hablando de más, miró a Max con atención.

—¿Grass Hill? —repitió Max, y sonrió, dejando ver sus dientes blancos y afilados—. Gracias.

Jedson se quedó mirando a Max cuando este marchó con paso rápido al hotel y subió las escaleras. Luego se quitó el sombrero y se rascó la cabeza.

—Querría saber quién es —se dijo.

Mientras los Sullivan trataban de conciliar el sueño en su cuarto de hotel, Sam Garland conducía su ambulancia por la carretera sumida en la oscuridad en dirección a Point Breese. Estaba exaltado, lleno de júbilo. Cuando sus faros iluminaron a Carol mientras ella caminaba por la banquina desierta y vio fugazmente su pelo rojizo, frenó obedeciendo a un impulso casi automático. Evidentemente no había ninguna muchacha en el mundo con cabello como ese. Tenía que ser Carol Blandish. Cuando la enfocó por entero la identificó al instante.

Aun en ese momento, con ella encerrada en la ambulancia, no podía creer en su buena suerte. Todavía nadie había cobrado la recompensa de cinco mil dólares, de manera que le tocaría a él... y le vendría muy bien esa suma.

De pronto se preguntó si no debería haber atado a Carol a la camilla. Nunca podría preverse qué clase de tretas podría emplear una loca. Garland había sido enfermero psiquiátrico durante años antes de cansarse de su profesión y aceptar su empleo como chofer y conductor de ambulancias del doctor Travers. Tenía experiencia en el manejo de dementes peligrosos y no les tenía miedo. Titubeó un poco antes de decidir si debía detenerse y asegurar a Carol antes de proseguir. Luego, al no oír ruido alguno en el interior de la ambulancia decidió no perder tiempo y volver a Glenview lo más rápidamente posible. Estaba encantado de pensar en la cara de Joe cuando lo viese llegar.

Ignoraba, no obstante, la conversación que se sostenía en susurros en el interior de su ambulancia.

La demente que viajaba con Carol, llamada Hatty Summers, estaba recluida desde hacía años. Al principio había sido inofensiva, pero en los últimos tiempos mostraba tendencias homicidas y se había dispuesto trasladarla desde un asilo público en Kingston al sanatorio Glenview, donde el personal estaba más capacitado para tratar a pacientes peligrosos.

Tan pronto como Carol se vio encerrada junto a Hatty supo que se trataba de una insana. Se sintió aterrorizada.

—Conque te agarraron a ti también —susurró Hatty y se echó a reír—. Te recogieron en la carretera, ¿eh? Esto sí que me parece una muestra de inteligencia. Te reconocieron tan pronto como te vieron.

Carol trató de evitar la mirada de los ojillos relucientes que daban la impresión de penetrar su mente. Una vez más tuvo la sensación de estar durmiendo y soñando.

—Te llevarán a Glenview —prosiguió Hatty—, y te encerrarán. Oí hablar de Glenview. Es a donde me llevan a mí, porque en Kingston las enfermeras me temen. —Volvió a reír y continuó diciendo—: Glenview es agradable, pero estoy cansada de vivir encerrada. Quiero ser libre y hacer lo que quiero.

¡Glenview!

El nombre hizo vibrar una cuerda olvidada en la memoria de Carol y le ofreció la vaga imagen de un cuarto con paredes de color celeste y de una enfermera que la miraba y la señalaba con el dedo, pero sin decir nada.

—Debo escapar —dijo en voz alta—. Debo escapar antes de que suceda algo...

Corrió a la puerta y trató de abrirla, pero sus dedos resbalaron por la superficie lisa sin encontrar apoyo.

—No te dejarán escapar —dijo Hatty. Su risa era demencial—. Estás loca, como yo. No puedes hacer nada. —¡No estoy loca!— exclamó Carol, volviéndose y apoyando la espalda en la puerta.

—Sí que estás loca —insistió Hatty—. Lo sé. Eres muy inteligente. Puedes ocultarlo a la mayoría de la gente, pero no a mí.

—No estoy loca —repitió Carol, hundiendo la cara entre las manos.

—Estás loca. Puedes llamarlo por otro nombre, pero estás tan loca como yo. Siempre lo sé.

—No estoy loca —repitió Carol, pero unos dedos glaciales parecían estrujarle el corazón. ¿Era posible que estuviese loca? ¿Era esa la explicación de todo lo que estaba sucediéndole? ¿Era todo fruto del delirio de una mente enferma? ¿Era por ese motivo que no podía recordar quién era? ¿Era además la explicación de aquel ruido extraño, poco frecuente, pero intenso que solía sentir en el interior de la cabeza y que convertía todo en una película mal enfocada?

—¿Estás perdiendo la confianza? —preguntó Hatty, mirándola con atención—. No, no pierdas la esperanza. No quise ponerte triste...

—¡Deja de hablarme! —exclamó Carol y a la vez comenzó a hacer fuerza contra la puerta de la ambulancia.

—Calla, tonta —dijo Hatty—. No te servirá de nada. No te soltaré hasta que lleguemos a Glenview y una vez allí será demasiado tarde. ¿Quieres escapar?

Carol se volvió a medias.

—Tengo que escapar...

—Entre las dos podríamos lograrlo. El hombre es listo pero por demás confiado. Tienes que quitarme este chaleco de fuerza.

—¡No, eso no! —dijo Carol, alarmada.

—No me digas que me temes —replicó Hatty, riendo—. Somos de la misma raza. No nos dañamos mutuamente. No tienes por qué tener miedo.

Carol se estremeció.

—No hables así, por favor. Yo no estoy loca. Es una maldad que lo digas.

—No te alteres. Si quieres que escapemos tienes que desatar estas correas. Y será mejor que lo hagas de prisa. No podemos estar muy lejos ya. Una vez que te metan adentro nunca volverás a salir.

Carol se acercó lentamente y se detuvo para mirar a Hatty.

—Si te libero, ¿cómo podré escapar? —preguntó y volvió a estremecerse al ver el destello de astucia que aparecía en los ojitos relucientes.

—Sácame de este chaleco —susurró Hatty—, y ponte a gritar y a golpear las paredes. El hombre vendrá a ver qué sucede. Mientras se ocupa de ti, yo lo atacaré. Entre las dos podemos dominarlo.

Sam Garland estaba a unos dos kilómetros de Point Breese cuando oyó el tumulto y los gritos en el interior de la ambulancia. Con una mueca de enojo y luego de vacilar un instante detuvo la marcha. No quería que Carol se lastimase. Debía entregarla al doctor Travers en buenas condiciones, para que no hubiese discusión alguna en cuanto a su derecho a cobrar los cinco mil dólares.

Bajó de la cabina y murmurando imprecaciones avanzó en la oscuridad hacia la puerta de la ambulancia. Después de abrirla escudriñó el interior.

Carol estaba golpeando con el cuerpo la pared más alejada de la ambulancia y sus gritos resonaban en aquel espacio confinado.

Miró rápidamente a Hatty Summers, que lo miró por encima de su manta y soltó una risita excitada. Parecía estar como antes. Garland subió al interior, entornó la puerta sin cerrarla y aferró a Carol, doblándole los brazos detrás de la espalda.

—Calma —le dijo—. Acuéstate, querida. No debes ponerte nerviosa.

Al ver lo indefensa que estaba frente a la toma experta de Garland, Carol sintió terror. A pesar de su resistencia Garland la obligó a tenderse en la camilla paralela a la que ocupaba Hatty.

—¡Suélteme! —gritó Carol—. ¡No me toque!

—Está bien, querida —la tranquilizó Garland—. No hay por qué excitarse. Acuéstate. Voy a ponerte cómoda.

Tomando una de las muñecas de Carol en su manaza, inesperadamente se inclinó y asiéndola por debajo de las rodillas, la levantó y la dejó caer en la camilla.

En ese mismo momento Hatty echó hacia atrás su manta y se sentó.

Algo instintivo previno a Garland del peligro que corría. Al mirar por sobre el hombro, vio levantarse a Hatty de su camilla.

Sin soltar las muñecas de Carol, hizo frente a Hatty. —Sé buenita y quédate donde estás— le dijo en voz baja. No sentía alarma, pero sabía que le sería necesario dominar a las dos. No podría hacerlo, de modo que debía bajar tan pronto como fuese posible. —Vuelve a esa camilla— ordenó y al mismo tiempo que soltaba las muñecas de Carol, saltó hacia la puerta.

No había espacio suficiente como para moverse con rapidez y además, Hatty estaba ya de pie. Tomando a Garland de un brazo, lo obligó a volverse y con una risa

infernal le aferró la garganta.

Carol bajó de su propia camilla y trató de abrirse camino junto a Garland para llegar a la puerta, pero él la empujó hacia atrás y con un juramento logró desasirse de Hatty.

Carol pudo aferrarlo de un brazo y Hatty se lanzó sobre él con los ojos relucientes de furia. Bajo el peso de ella Garland trastabilló y se golpeó un hombro en el borde de la camilla. Al mismo tiempo resbaló y cayó. Gritando desafortadamente, Hatty volvió a asirlo de la garganta.

Pero Garland no perdía la cabeza. Con el mentón hundido en el cuello, lo mantenía tenso y al mismo tiempo golpeaba a Hatty con el puño. Tan fuertes fueron sus golpes, que Hatty debió apartarse y Garland la esquivó para llegar hasta la puerta, desde donde saltó a la carretera.

Carol saltó casi detrás de él y echó a correr. No había recorrido dos metros cuando una mano la tomó del tobillo y la hizo caer de bruces, haciéndole perder el equilibrio.

Hatty saltó de la ambulancia en el momento en que Garland se incorporaba. De un salto cayó sobre el cuerpo del hombre: y sus pies golpearon el pecho con un ruido sordo. Garland quedó tendido, pero logró apartarse, furioso.

No le importaba que Hatty escapase, pero Blandish no iba a escapar si él podía evitarlo. Para Garland valía cinco mil dólares, y cinco mil dólares le hacían mucha falta. Pensó que si dejaba a Hatty solo tendría que ocuparse de Carol, pero estaba equivocado. Hatty quería matarlo.

Y cuando otra vez la rechazó y corrió tras Carol, Hatty se detuvo un instante y con sus dedos achatados escarbó en la tierra buscando una piedra. Le llevó unos segundos encontrar un pedazo de granito. Entretanto, Garland había vuelto a asir a Carol y estaba arrastrándola hacia la ambulancia.

A pesar de sus gritos desesperados, no conseguía aflojar la toma de Garland y cuando él abrió de par en par la puerta de la ambulancia desistió de luchar, perdida ya toda esperanza.

Hatty esperó hasta que Garland hubiese levantado a Carol y entonces corrió de puntillas hacia él y con todas sus fuerzas descargó la piedra de granito sobre su cabeza.

Era mediodía y el sol cálido bañaba la plantación con su gran casa blanca en el centro de la colina.

El segundo jefe de la policía local, George Staum, estaba sentado en la terraza blanca con un sombrero echado hacia la nuca y un cigarrillo colgado de sus labios. Eso era vida. Vigilar un lugar como Grass Hill era un pasatiempo, en especial cuando la dueña de casa era tan hermosa y hospitalaria como Veda Banning. No solo eso, sino que no había nada que hacer, salvo permanecer sentado tomando sol con un revólver en la mano. Era una vida de ocio y de lujo, algo que Staum siempre había

ambicionado conocer. Su misión consistía en aguardar a los Sullivan, pero por otra parte él sabía que los Sullivan no existían. Con todo, Kamp creía que existían y si deseaba que él permaneciese sentado al sol esperándolos, por su parte estaba encantado. En verdad esperaba que Kamp siguiese creyendo en la existencia de los Sullivan para poder permanecer allí durante el resto del otoño.

«Cualquiera habría pensado que un hombre inteligente como Magarth no podría haber creído en este mito de los Sullivan», reflexionaba, y estirando las piernas cortas, agitaba la cabeza. Era prueba de que hasta los hombres inteligentes suelen equivocarse a veces.

No se habría quedado allí con tanta tranquilidad de haber sospechado que los Sullivan estaban ocultos, tendidos en el pasto, a menos de doscientos metros de él, con las caras pálidas muy atentas y los ojos acechantes frente a todo lo que ocurría en la casa grande.

—Pienso que debe estar allí —dijo Max. Apenas movió los finos labios—. Si no estuviese allí, ¿para qué la guardia?

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Frank con aprensión—. El sol le hacía arder la espalda y tenía sed.

—Nos quedaremos —contestó Max—. Quiero ver exactamente cuántos guardias hay.

En el fresco interior de la casa, Magarth estaba arrellanado en el sillón con un vaso en la mano. Veda, que acababa de llegar del galpón de empaque le sonrió con un gesto de bienvenida.

—Bien, llegaste —comentó al acercársele—. No esperaba verte esta mañana. ¿Estás bien atendido?

—Podrías refrescarme esto un poco —dijo Magarth pasándole el vaso—. Pensé que debería venir y ver cómo está el paciente. La enfermera Davies dice que pasó bien la noche.

—Está mejor —repuso Veda. Luego echó algo más de *whisky* en el vaso de Magarth y se lo devolvió—. ¿No hay noticias aún de la muchacha Blandish? —No, ni tampoco de los Sullivan.

—George Staum no cree que los Sullivan existan —dijo Veda y se sentó cerca de Magarth.

—No cree en nada. Pero creerá si llegan a aparecer por aquí... cosa que espero que no suceda.

En el vestíbulo sonó el teléfono y enseguida se oyó la campanilla junto a Magarth al pasar la mucama la comunicación.

—Es para ti, mi amor —dijo Veda pasándole el receptor. Era el *sheriff* Kamp. Magarth oyó la voz baja y ronca e hizo un gesto afirmativo.

—Muy bien. Iré enseguida. Gracias, *sheriff* —dijo y cortó la comunicación.

—Vamos. ¿Qué sucedió ahora? —preguntó Veda—. Siempre te vas corriendo cuando creo que vamos a estar a solas.

—Hay otra loca suelta —dijo Magarth, disgustado—. La trasladaban anoche desde Kingston a Glenview cuando por algún motivo logró escapar. Asesinó al enfermero y ahora están buscándola. Piensan que quizá yo tenga interés en preparar la nota. No me gusta mucho, pero tengo que ganarme la vida. Vendré esta noche —añadió, al levantarse—, si no tengo demasiado trabajo. ¿Crees poder recibirme?

—Diría que sí —repuso Veda, tomándolo del brazo para acompañarlo a la terraza.

—¿Se divierte? —preguntó Magarth a Staum. Staum abrió un ojo e hizo un gesto afirmativo.

—Por supuesto —respondió—. Lo paso muy bien aquí.

—Bien, no se duerma. Su misión consiste en aguardar a los Sullivan.

—No se preocupe —dijo Staum, riendo—. Los aguardaré.

—No crees realmente que vengan, ¿no? —preguntó Veda cuando Magarth se metía dentro del automóvil.

—No, pero conviene que seamos precavidos —respondió—. Creo que en este momento deben de estar ya en las inmediaciones. Hasta luego, querida. Te veré esta noche.

Los Sullivan observaron su partida.

—Bonita muchacha —comentó Frank, observando a Veda mediante unos binoculares cuando ella cruzaba la terraza—. Apuesto que no hay que desplegar mucha fuerza para tumbarla.

Max sacó una botella de limonada, la destapó y bebió unos tragos.

—Deja de pensar en ella —dijo, pasando la botella a Frank—. Piensas demasiado en mujeres.

—Tengo que pensar en algo —dijo Frank, hosco—. ¿Piensas matar a este?

—Si está en la casa —contestó Max en voz baja—. Tendremos que matarlo, a menos que quieras vivir en una celda y oír desde ella cómo levantan la horca para ti.

Frank hizo una mueca.

—Después de esto sería mejor retirarnos —dijo en voz baja—. Hasta ahora hemos tenido toda la suerte, y además tenemos dinero. Es mejor que nos retiremos.

Max trató de disimular una sonrisa malévol. Hacía tiempo ya que estaba esperando que Frank hiciese ese comentario.

—Todavía no es hora de que nos retiremos —dijo.

—Para mí, sí —señaló Frank.

Hubo un largo silencio.

—Fui yo quien organicé este oficio. Dije cuándo comenzaríamos y ahora diré cuándo debemos retirarnos —replicó Max con suavidad.

Frank no respondió. Miraba con fijeza a Staum, dormitando en la terraza.

—Y por ahora no nos retiramos —manifestó Max.

Magarth silbaba entre dientes mientras conducía su automóvil a gran velocidad por el camino de la ladera que llevaba a Point Breese. De pronto se le había ocurrido que si se nombraba a sí mismo administrador de la plantación de naranjos de Veda, podría vivir en la casa, estar cerca de Veda y al mismo tiempo gozar de su libertad. No le preocupaba en lo más mínimo no saber nada sobre el cultivo de cítricos. Veda era una experta y se ocuparía de esa parte. Él podría pasearse en un gran caballo blanco e incentivar al personal a que intensificase sus esfuerzos. Le vendría muy bien un empleo de esa clase. Lo que ignoraba era si la reacción de Veda sería favorable, pero al pensarlo un poco decidió que sería muy favorable.

Si encontraba a la muchacha Blandish y arreglaba bien su futuro, se lo plantearía a Veda. Sin embargo, era esencial encontrar primero a Carol Blandish. Hacía nueve días que estaba en libertad y quedaban cinco antes de que pudiese reaparecer y reclamar su fortuna. Magarth sonrió para sus adentros, al pensar en Hartman. En ese momento debía de estar loco de rabia.

Súbitamente apretó el freno con tanta violencia que patinó por la superficie de la carretera y logró detenerse casi en el borde de una zanja.

Se quedó allí sentado, sin poder creer en lo que estaba viendo. Contuvo luego una exclamación y abrió la puerta del automóvil, corriendo al encuentro de Carol, que avanzaba hacia él tambaleándose, con el vestido destrozado, el pelo revuelto y la cara desencajada de fatiga.

Magarth la recibió cuando ella se echó en sus brazos.

—Está bien, hija —le dijo, levantándola—. No trates de hablar. Estás a salvo ahora. Cálmate.

—Steve, Steve... —murmuró Carol—. ¿Dónde está? ¿Está bien? Por favor, quiero saber...

—Está bien —dijo Magarth, instalándola a su lado—. Está herido, desde luego, pero fuera de peligro. Te llevaré ahora mismo a verlo.

Carol se puso a llorar, agotada.

—Nunca creí que llegaría —dijo, apoyando la cabeza en el respaldo del asiento—. Fue terrible... Creí que no llegaría nunca a verlo...

Después de dar marcha atrás y girar, Magarth emprendió el regreso a Grass Hill. Conducía a una velocidad desenfrenada.

A la una de esa misma tarde atraparon a Hatty Summers cuando salía de una taberna en las afueras de Point Breese.

Siempre había sido aficionada al ron puro y con el dinero hallado en el cadáver de Sam Garland había estado dando rienda suelta a su afición.

Cuando la rodearon estaba en un estado de ánimo amable y conciliador y exhibió ante la gente horrorizada la piedra manchada de sangre con la que había destrozado el cráneo de Garland. Le encantaba ser el centro de la atención.

El doctor Travers y dos enfermeros vestidos de blanco se hicieron cargo de ella, la metieron en la ambulancia que aguardaba y una vez adentro, detrás de puertas cerradas, le colocaron el chaleco de fuerza con la mayor destreza.

El oficial Kamp, que había estado presente en la captura, buscaba en vano a Magarth.

—Ese hombre nunca está cuando se lo necesita —se quejó al dirigirse a uno de sus hombres—. Quería que me tomasen una fotografía en el momento de arrestar a esa mujer. Ahora, ¿dónde demonios se metió ese hombre imposible?

El doctor Travers bajó de la ambulancia y corrió hacia Kamp. Tenía los ojos brillantes de entusiasmo.

—Me dice mi paciente que Garland recogió a Carol Blandish a unos pocos kilómetros de Point Breese y que fue para ayudarla que ella mató al pobre Garland.

Kamp parpadeó.

—¿Sabrá lo que está diciendo? —preguntó.

—Su descripción de Carol Blandish es inconfundible. Parece que la muchacha volvió a Point Breese.

Kamp se quitó el sombrero manchado de sudor para rascarse la cabeza.

—Seguiré esta pista ahora mismo —dijo, pero cuando se disponía a partir apareció Simon Hartman en su automóvil.

—Aquí está Hartman —dijo el doctor Travers con un gesto de contrariedad—. ¿Lo conoce, *sheriff*?

—Lo conozco —gruñó Kamp y los dos hombres esperaron hasta que Hartman se acercó.

—Me dicen que capturaron a una loca —dijo Hartman sin rodeos—. ¿Es Carol?

—No, señor Hartman —replicó el doctor Travers—. Es otra de mis pacientes.

—Su especialidad parece ser perder pacientes —comentó Hartman. Tenía una expresión desilusionada—. Dígame cuándo calcula encontrar a mi pupila.

—Acabamos de recibir noticias de que ha vuelto a Point Breese —dijo Travers—. El jefe de policía está organizando un grupo para buscarla.

Hartman dirigió una mirada de desprecio a Kamp.

—Hasta ahora sus grupos no han tenido mayor éxito —dijo y enseguida preguntó—: ¿Dónde está ese hombre, Steve Larson?

Kamp consiguió mantener un aire impasible.

—Seguramente en el hospital de Waltonville —respondió—. ¿Por qué?

—Por lo que me dijo la señora Fleming, Carol se había enamorado de ese hombre. Es posible que intente encontrarlo. Será mejor que asigne custodia al hospital, por si acaso aparece allí.

—Lo haré —dijo Kamp, acariciándose el bigote.

—Hágalo —replicó Hartman de mal modo—. Debería haber encontrarlo a la muchacha hace días. Ponga a trabajar a sus hombres. Hay que encontrarla antes del fin de semana, o de lo contrario me ocuparé de que este sea su último empleo donde

pueda arruinar las cosas —Hartman se volvió bruscamente hacia Travers—. Vamos, doctor. Quiero hablar con usted.

Kamp los vio alejarse, ladeó su sombrero y guiñó un ojo a uno de sus hombres.

—Está bastante acalorado, ¿no? —comentó, pensativo—. Será mejor que hable unas palabras con Magarth.

—¿Quiere que vaya al hospital de Waltonville? —preguntó el otro policía.

Kamp hizo un gesto negativo.

—No. Por alguna razón no creo que Larson esté allí —dijo, y después de guiñar otra vez el ojo se alejó con paso pausado hacia su oficina.

—Me parece encantadora —dijo Veda cuando volvió al living, por el que se paseaba Magarth sin cesar—. Estuvo unos minutos con Steve. Estaba dormido, pero fue extraordinario ver la expresión de ella cuando lo miró. Solo espero poder mirarte así si alguna vez te hieren.

—Yo espero lo mismo —respondió Magarth—, y además, no estar tan enfermo que no lo aprecie. ¿Está bien?

—Tuvo unas experiencias terribles, pero creo que se repondrá después de un buen descanso —dijo Veda y se sentó en un brazo del sillón—. Dame algo de beber, mi amor. Toda esta conmoción me ha puesto nerviosa.

—¿Qué está haciendo ahora? —Magarth estaba mezclando un martini seco.

—Tomando un baño. ¿No crees que el doctor Kober debería examinarla? Tal vez podría darle algo para que duerma.

—No necesitaré nada para dormir —dijo Magarth, pasándole la bebida—. No quiero médicos ni enfermeras que la molesten. Pueden asustarla y provocarle una de sus crisis.

—Tengo la certeza de que es absolutamente normal —dijo Veda—. Ahora que he hablado con ella estoy de acuerdo contigo. Es tan normal como yo, aparte de ser encantadora.

Magarth murmuró algo.

—No deja de ser conveniente vigilarla —dijo—. Pero concuerdo contigo. No puedo imaginar que sea peligrosa.

Veda lo miró por arriba de su copa de bebida.

—Estás pensando en algo —dijo—. ¿Qué es?

—Dijo que los Sullivan salieron anoche para Point Breese. Tienen la intención de matar a Larson —respondió Magarth en voz baja—. Me pregunto cómo lograron eludir la barrera tendida por Kamp. Hemos estado buscándolos, y todas las carreteras están vigiladas.

—Pero no pueden sospechar que esté aquí, ¿no? ¿Es lo que te preocupa?

—La verdad es que me preocupa, aunque no creo que vengan —dijo Magarth. Estaba sirviéndose otro trago—. Conviene, por otra parte, vigilar y no subestimar a

ese par. —Sentado junto a la mesita donde había dejado su vaso, siguió diciendo—: Puede ser que esté sufriendo tu propio mal, nervios tensos. Con todo, hablaré con Staum. Tanto él como los otros muchachos tendrán que despabilarse un poco.

Sonó el teléfono.

—Debe de ser para ti —dijo Veda—. Todo el mundo en la vecindad parece estar enterado de que estamos viviendo en pecado.

Era el *sheriff*.

—¿Por qué no vino, tal como se lo pedí? —se quejó Kamp—. Tenía lista una buena fotografía para usted.

—Tengo cosas más importantes que hacer que tomar fotografías —respondió Magarth—. ¿Qué sucede ahora?

—Tengo noticias de que la muchacha Blandish ha vuelto —Kamp pasó a contar lo que Hartman le dijo a Travers—. Y Hartman cree que ella intentará reunirse con Larson.

—¿Qué piensa hacer usted?

—Estamos revisando todas las intermediaciones. Pensé que debía decírselo, por si acaso aparece en Grass Hill. —Sabré lo que tengo que hacer.

—¿Quiere algunos de mis hombres destacados allí?

—Desde luego. Tendré que quedarme aquí hasta que Larson se reponga lo suficiente como para prestar declaración.

—Muy bien —concedió Kamp—. Me dificulta las cosas, pero a nadie le importa qué le sucede a un viejo como yo.

—Por lo menos a mí, no —dijo Magarth y cortó la comunicación.

—¿Y qué quería él? —preguntó Veda—. Espero que no haya nuevas complicaciones.

—No. Le gusta el sonido de mi voz —contestó Magarth y se levantó—. Será mejor que vayas a ver cómo está Carol. Yo iré a hablar con Staum.

Desde su escondite, los Sullivan vieron salir a Magarth a la terraza e inclinarse junto al oficial Staum.

Max tenía la certeza que Steve estaba en la casa. Además estaba casi seguro de saber dónde estaba su dormitorio, por haber visto de vez en cuando a una enfermera que se movía detrás de una ventana en el piso alto.

Pero a pesar de su cuidadosa vigilancia no había visto llegar a Magarth con Carol. Magarth no deseaba que Staum y sus dos hombres se enterasen de la llegada de Carol a la casa y por ese motivo la llevó por los fondos, dando un largo rodeo por una senda que se usaba rara vez.

—Tan pronto como oscurezca, avanzaremos —dijo Max y se tendió luego en el pasto espeso—. Podemos deshacernos de la custodia con bastante facilidad.

—¿Quieres decir que debemos matarlos? —preguntó Frank.

—Depende —respondió Max—. Tenemos que trabajar con limpieza. Si llegamos a equivocarnos una vez, será el último trabajo que hagamos.

—Vamos a comer a alguna parte —sugirió Frank—. Estoy harto de vigilar esa casa.

Cuando Carol despertó comenzaba a oscurecer y se sentó sobresaltada, presa de un vago temor. Por un minuto no recordó dónde estaba y miró sorprendida el lujoso cuarto con ojos perplejos y aprensivos. Luego recordó y su mente voló hacia Steve. Con un suspiro de alivio se reclinó en la cama amplia y confortable.

Estaban haciendo todo lo posible por Steve y aunque se hallaba muy débil aún, estaba fuera de peligro. Esperaba que cuando lo viese otra vez la reconociese y que su presencia lo ayudase a curarse.

A pesar de todo estaba tendida allí con aquel vago temor siempre presente. Tenía un presentimiento de correr peligro. Trató de repetirse que no existía tal peligro. Magarth le dijo que los Sullivan nunca podrían localizar a Larson, ni tampoco a ella en esa casa grande y acogedora. Además le aseguró que estaba custodiada día y noche. Tan intenso era, no obstante, su terror de los Sullivan, que estaba pronta a atribuirles poderes sobrenaturales.

Permaneció algún tiempo contemplando la penumbra que se transformaba poco a poco en noche y de pronto se levantó, se puso una bata que le había prestado Veda y se acercó a la ventana.

La gran plantación de naranjos se extendía frente a sus ojos hasta donde podía ver. Las copas eran manchas oscuras tachonadas de frutos dorados bajo la luz del crepúsculo. Inmediatamente a sus pies estaba la terraza, donde veía a uno de los guardias paseándose con un fusil bajo el brazo. Desde la terraza unos escalones conducían al jardín hundido y al extenso parque que llegaba hasta el pie de la colina, que dominaba toda la plantación.

Se quedó junto a la ventana, llena de temor, contemplando la oscuridad, esperando algo que sabía que habría de suceder.

De pronto se abrió la puerta y entró Veda.

—¡Ah! ¿Ya estás despierta? —le dijo, al verla junto a la ventana—. ¿Quieres que encienda la luz o prefieres estar a oscuras?

—No la enciendas —respondió Carol. Sus ojos seguían escudriñando el terreno cada vez más oscuro.

—¿Estás asustada por algo? —le preguntó Veda con suavidad Y atravesó el cuarto para detenerse aliado de Carol.

—Hay peligro allá —dijo Carol. Estaba inmóvil como una estatua.

—¿Quieres que llame a Phil? —propuso Veda, alarmada a su vez—. ¿Quieres que le pida que vaya a ver...? —Al asirle Carol el brazo calló abruptamente.

—¡Mira! —le dijo Carol, temblando—. ¿Viste? ¡Junto a los árboles!

Veda trató de penetrar la oscuridad. No se movía nada ni tampoco se oía nada. Hasta el viento había cesado.

—No hay nada —repuso con tono tranquilizador—. Ven abajo. Está más agradable.

—¡Allí están! —exclamó—. ¡Los Sullivan! ¡Estoy segura de que están allí!

—Se lo diré a Phil —dijo Veda con tanta calma como pudo reunir—. Vamos, vístete. Te prepararé alguna ropa. Creo que te quedará bien. Vístete mientras llamo a Phil. —Después de dar a Carol unas palmaditas cariñosas en el brazo, corrió a la puerta—. ¡Rápido! Iré a llamar a Phil. ¡Phil! —gritó.

Magarth salió del living y se quedó mirándola.

—¿Sucede algo?

—Sí. Carol cree que llegaron los Sullivan. —Había un leve temblor en la voz de Veda.

Magarth subió la escalera de a dos escalones.

—¿Por qué lo cree? —preguntó bruscamente.

—Dice que los vio. No sé si los vio. Yo no vi nada... pero está muy asustada.

—Hablaré con los guardias. Haz que se vista y que baje al living —dijo Magarth con tono perentorio y corrió a buscar a Staum.

Afuera, en la oscuridad cada vez mayor, los Sullivan, como un par de sombras, avanzaban silenciosamente hacia la casa.

Encontró a Staum en la cocina. Acababa de comer y estaba apoyado en su cómodo asiento con una expresión satisfecha y adormilada en su cara gorda. La mucama, Marie, se preparaba para irse a casa y mientras se ponía el abrigo y el sombrero conversaba con Staum.

Al ver llegar a Magarth, Staum se sorprendió. Se irguió primero en su silla y luego preguntó:

—¿Me buscaba? —Y se puso de pie.

—Sí —contestó Magarth y señaló la puerta con un movimiento de cabeza. Staum lo siguió al pasillo.

—¿Están sus hombres en sus puestos? —preguntó Magarth.

—Por supuesto —respondió Staum. Luego, frunciendo el entrecejo añadió—: ¿Qué sucede?

—Es posible que algo. Quiero que usted y sus hombres hagan una recorrida por el terreno.

—¡Por el amor de Dios! —estalló Staum—. Acabo de terminar de comer. ¿No puede dejar las cosas tranquilas por un rato? Actúa como un gallo sobre una plancha caliente. Si sigue preocupado por los Sullivan, pierde tanto su tiempo como el mío. ¿No le he dicho que los Sullivan no existen? No son más que un par de cucos que se usan para asustar a los niños.

—Si no toma en serio esta situación, llamaré por teléfono al jefe de policía Kamp y haré que se produzcan unos cambios aquí —Magarth estaba furioso.

Staum se ruborizó Y sus ojos brillaron de malicia.

—Nadie va a tratarme como a un tonto —dijo—. Quizá Kamp esté loco, pero yo,

no. Le digo que los Sullivan no existen. Un hombre como usted no debería dejarse convencer por cuentos de hadas como ese.

—Si piensa de ese modo, cuanto antes se retire de aquí, tanto mejor —dijo Magarth con tono lacónico.

—No tengo por qué recibir órdenes de un reportero —replicó Staum, pero su expresión era un poco aprensiva—. Mientras esté a cargo de este operativo, quien manda aquí soy yo.

Magarth pasó frente a él para tomar el teléfono.

—Veremos qué tiene que decir Kamp —dijo al levantar el receptor. Se quedó escuchando unos instantes con el tubo junto a la oreja y luego se puso serio—. Parece que no hay línea —dijo y agitó varias veces la horquilla. Después de esperar unos segundos más, cortó la comunicación con aire pensativo—. Me pregunto qué...

—Vamos, dígalo —dijo Staum—. Va a decirme que los Sullivan cortaron la línea.

—Es posible —respondió Magarth. Súbitamente tuvo conciencia de la tensión de sus nervios—. Quiero un arma, Staum —dijo inesperadamente—. Si usted no piensa hacer su trabajo, tendré que hacerlo yo.

—¿Quién dijo que no voy a hacer mi trabajo? —replicó Staum, indignado—. Tenga cuidado con lo que dice. Además, no seré yo quien le dé un arma. No tiene permiso.

Magarth dominaba su furia cada vez mayor.

—Esta discusión no nos llevará a ninguna parte —dijo—. La señorita Banning vio a dos hombres dentro de la plantación hace un rato. La asustaron muchísimo. Puede ser que no sean los Sullivan, pero por lo menos debemos ir allí y saber quiénes son.

—¿Por qué no me lo dijo antes? —replicó Staum, dirigiéndose a la puerta—. Si hay gente merodeando me ocuparé de ellos. —Después de una pausa, añadió—: ¿Cree que cortaron la línea telefónica?

—Parecería que sí —dijo Magarth, preocupado. Fue luego detrás de Staum a la terraza.

El único guardia apostado allí, Mason, estaba apoyado en la pared, fumando un cigarrillo, con el arma sostenida apenas sobre la articulación del codo.

—Hola, George —dijo al ver a Staum—. ¿Cuándo voy a comer?

—Cuando yo lo decida —gruñó Staum—. ¿Ha visto a alguien?

—¿Se refiere a los Sullivan? ¡Ja, ja! Creo que por ahora no han venido.

—La señora dice que vio a dos hombres en el parque —dijo Staum—. ¿Tenía los ojos bien abiertos?

—Claro que sí. No vi absolutamente nada. —Mirando a Magarth le preguntó—: ¿Satisfecho?

—No —dijo Magarth—. Este hombre está medio dormido. Le digo que vieron a estos dos hombres, allá. —Señalando a Mason con un dedo contra su pecho le dijo:

—Mantenga los ojos bien abiertos, compañero, pues está jugando con dinamita.

—Cree que los Sullivan vienen a visitarnos —le explicó Staum.

—Terrible, terrible —comentó Mason con una ancha sonrisa—. Espero que no lleguen antes de haber comido yo.

Magarth se retiró encogiéndose de hombros, seguido por Staum.

—¿Dónde está el otro guardia? —le preguntó Magarth.

—En los fondos. ¿Quiere verlo ahora?

—Decididamente, sí —Magarth empezaba a sentir temor. Si Staum se negaba a creer que habría dificultades, podría suceder cualquier cosa.

En verdad, algo sucedía ya en los fondos. Sucedió en forma tan súbita y silenciosa que ni Magarth ni Staum sospecharon nada al avanzar en el medio de la oscuridad.

Los Sullivan estaban en la terraza. Max llevaba una larga vara de acero en cuyo extremo colgaba un nudo corredizo de cuerda de pianos. Por unos instantes estudiaron al hombre confiado que custodiaba los fondos de la casa. Estaba sentado en la balaustrada de la terraza, con las piernas colgando y el fusil a su lado. Tarareaba algo y de vez en cuando consultaba su reloj con aire impaciente. También él quería comer.

Max tocó el brazo de Frank. Ambos sabían exactamente lo que debían hacer. Frank no se movía y sostenía su revólver de gran calibre como al descuido mientras Max avanzaba. Sus zapatos con suelas de caucho no hacían ruido alguno en las baldosas blancas de la terraza. Cuando estuvo a pocos metros del guardia, se detuvo. Llevaba la vara en alto como una bandera en un desfile.

El nudo corredizo se levantó en el aire e inició un lento descenso hasta llegar a un palmo de distancia sobre la cabeza del hombre. Max manipuló la vara que tenía entre las manos, ajustando el lazo para hacerlo pasar por sobre las anchas alas del sombrero del policía. Luego con un veloz movimiento como el de una serpiente al atacar dejó caer el nudo corredizo y tiró con fuerza. En el mismo momento Frank, como una sombra sigilosa y malvada, se apoderó del rifle del hombre.

El guardia, con la garganta apretada por la cuerda, no pudo gritar y lo arrastraron hacia atrás, agitando las piernas y tratando de aferrar el fino alambre que estaba hundiéndose en la piel fina de su garganta. Su lucha debió de durar unos segundos antes de que su cuerpo se aflojase y la sangre comenzase a brotar de su boca.

Max aflojó el lazo mientras Frank aflojaba el alambre del hombre estrangulado. Sin perder un instante Max dejó caer la vara, que se replegó hasta tener solo medio metro y ayudó a Frank a llevar al hombre a un sector oscuro del parque.

Momentos después Magarth y Staum aparecieron por la esquina y marcharon hacia la terraza de atrás.

—No lo veo —dijo bruscamente Magarth—. Supongo que fue a dormir, o algo parecido.

—Está en alguna parte —respondió Staum de mal modo—. No dejaría su puesto sin mi permiso. —Levantando la voz, gritó—: ¡Venga, O'Brien! ¡Quiero que venga!

Los dos hombres esperaron en la oscuridad. No les llegó el menor ruido ni percepción de movimiento y entretanto los Sullivan se deslizaron como sombras al frente de la casa y se aproximaron a Mason, que había soltado su rifle para encender un cigarrillo.

—Vaya con ese guardia —dijo Magarth, irritado—. Haré un escándalo cuando vea al jefe de policía.

Staum estaba preocupado.

—Tendría que estar aquí —murmuró y después de acercarse al extremo de la terraza, volvió a llamar—: ¡O'Brien!

—Pienso que lo encontraremos en la cocina —dijo Magarth con sarcasmo—. De pronto se detuvo y volvió sobre sus pasos.

Los Sullivan apenas tuvieron tiempo para llevar a Mason. No pudieron en cambio llevarse el rifle ni el sombrero, que había caído durante la lucha final.

—Ahora Mason se largó —dijo Magarth, al no ver el resplandor del cigarrillo—. ¿Está ahí, guardia? —preguntó en voz alta.

Staum llegó junto a él.

—¿A qué juega? —preguntó furioso—. ¿Trata de hacerme creer que Mason abandonó su puesto?

—Pareciera que sí —dijo Magarth. Sintió luego que se le erizaba el pelo en la nuca—. No lo veo por aquí.

Staum fue a buscar una potente linterna y barrió la terraza con el haz de luz.

Al ver el sombrero y el rifle sobre las baldosas los dos se quedaron mudos de asombro.

—Mason —gritó Staum y dio un paso hacia adelante. Había una nota desafinada en su voz.

—Apague esa luz —le dijo Magarth arrebatando el rifle a Staum—. Vamos. Adentro, rápido.

No fue necesario insistir. Ninguno de los dos habló hasta que Magarth corrió el cerrojo de la puerta principal.

—¿Qué les sucedió? —preguntó Staum, tembloroso.

—Le dije que los Sullivan estaban aquí. ¿Necesita más pruebas? —Magarth empujó la puerta y precedió al boquiabierto policía. Corrió a la cocina y la encontró desierta. Después de cerrar con llave y echar el cerrojo de la puerta de servicio volvió al vestíbulo—. Quédese aquí y vigile mucho —dijo a Staum—. Yo iré arriba. Buscan a Larson, pero no lo atraparán. Usted es la primera línea de defensa. Cuidado con que no lo atrapen a usted —advirtió a Staum, que en ese momento estaba pálido de miedo. Corrió hacia arriba luego a toda velocidad.

Encontró a Veda en el descanso.

—¿Todo bien? —preguntó ella, pero al ver su expresión, lo aferró del brazo. ¿Qué sucedió?

—Por favor —le dijo Magarth en un susurro—. Están allí, sin duda, y agarraron a

los dos guardias. Quedamos solo Staum y yo, tú, Carol y la enfermera. Han cortado los cables telefónicos de modo que estamos aislados, a menos que...

—Iré yo —dijo Veda rápidamente—. Podría atravesar el parque y llegar a la casa del capataz y del personal.

Magarth la rodeó con un brazo.

—Es perfecto —dijo—, pero por ahora, no. No podemos correr riesgos. Si te agarran a ti, estamos perdidos. Será mejor esperar hasta que entren en la casa. Entonces puedes salir por los fondos.

—Puede ser demasiado tarde —señaló Veda—. Me llevará por lo menos diez minutos atravesar la plantación. Será mejor que vaya ahora.

—No irás hasta que yo sepa dónde están —replicó Magarth con firmeza—. ¿Dónde está Carol?

—Está con Steve.

—Muy bien, estaremos cerca de Steve. Lo buscan a él y será su cuarto al que irán cuando entren en la casa.

—¿No piensa dejarme solo aquí, en la planta baja? —preguntó Staum con tono quejumbroso.

—¿Por qué no? Los Sullivan no son más que cucos con los cuales asustan a los chicos. ¿Recuerda?, y usted no es un chico, ¿no? —Magarth tomó a Veda del brazo y juntos recorrieron el pasillo hasta el cuarto de Steve.

Carol estaba hermosísima con un sencillo vestido de hilo de Veda. La enfermera Davies, una mujer alta de cabellos canosos, estaba cosiendo junto a la ventana.

Al ver llegar a Magarth y a Veda, Carol levantó la mirada, llena de ansiedad.

Steve, pálido y desencajado abrió los ojos al oír a Magarth a su lado.

—Hola, holgazán —le dijo este con una sonrisa—. Ahora tienes a tu novia, ¿eh?

Steve hizo un gesto afirmativo.

—Gracias a ti, Phil —repuso tendiendo una mano hacia Carol—. Verla me basta para que me sienta bien.

—El señor Larson no debe hablar —dijo la enfermera con aire de reproche—. Todavía está muy débil.

—Está bien —aceptó Magarth y retrocediendo hizo una seña a Carol.

—Volveré enseguida —dijo Carol a Steve y se retiró para reunirse con Veda en el pasillo.

—Tenías razón —le dijo allí Magarth—. Están afuera y mataron a los dos guardias. Quédate junto a Steve. Yo permaneceré aquí, al lado de la puerta. Staum está abajo. No pueden alcanzarlo salvo después de subir la escalera, de modo que debes cerrar la puerta con llave y no tener miedo. No lo agarrarán.

Carol había palidecido, pero la expresión de sus ojos era obstinada.

—No —dijo—. No lo agarrarán.

—Perfecto —repuso Magarth—. Ahora, vuelve junto a Steve y deja todo en mis manos. —Con un gesto suave la empujó hacia la puerta de Steve y luego se volvió

hacia Veda—. Es todo lo que podemos hacer por ahora. La próxima movida es de ellos.

—Me voy, Phil —le dijo Veda—. Conozco cada centímetro del camino, aun en la oscuridad. Es una locura esperar hasta que ellos tomen la iniciativa. Tenemos que obtener ayuda.

—Quizá convendría que fuese yo —repuso Magarth, pasándose una mano por el pelo—. No me gusta nada la idea de que vayas allá...

—Iré, de modo que no hablemos más. Ven a despedirme.

Los Sullivan estaban a la espera de una iniciativa como esa. Frank esperaba entre las sombras cerca de la puerta de servicio. Max estaba apoyado en la pared a poca distancia de la puerta principal. No tenían prisa. Sabían que el personal vivía en el otro extremo de la plantación y que la única forma en que Magarth podría dar la voz de alarma y obtener ayuda era enviar a alguien hasta allí.

—Probemos los fondos —dijo Magarth—, pero me adelantaré para ver si no hay nadie. Luego deberás correr, Veda, correr como el viento.

—Volaré —dijo ella cuando bajaban juntos.

—La señorita Banning va a buscar ayuda —anunció Magarth a Staum, que estaba acurrucado contra la pared, con la gorda cara cubierta de sudor—. Quédese donde está. Volveré enseguida.

—¿Cree que llegará? —le preguntó Staum.

—Llegará —dijo Magarth, pero no estaba tan seguro.

Entró con Veda en la cocina. No encendió la luz, sino que ambos avanzaron a tientas hasta la ventana.

—No te dejes ver —susurró Magarth, espiando por el vidrio, tratando de advertir cualquier movimiento en la terraza en tinieblas. Permaneció en ese lugar unos minutos, pero no vio nada que lo alarmase.

Frank, al mirar por entre los pilares de la balaustrada vio a Magarth mirando por la ventana y sonrió.

Magarth abrió la puerta de servicio, salió a la terraza y miró en ambas direcciones. Llegó luego hasta la balaustrada, muy nervioso y se detuvo a menos de un metro del invisible Frank. Satisfecho al ver que nada se movía cerca, volvió a la cocina.

—Todo bien —susurró al oído de Veda—. Pienso que están en el frente de la casa. Corre, querida y trata de no hacer ruido —Magarth la besó, la abrazó por un instante y luego se quedó contemplándola correr velozmente y sin hacer ruido escaleras abajo. Después se la tragó la oscuridad.

La gran casa estaba silenciosa. La enfermera había dejado a Carol al cuidado de Steve para ir a su cuarto, contiguo a ese.

Magarth estaba sentado en lo alto de la escalera con el rifle apoyado en sus

rodillas. Staum estaba sentado en el primer escalón, abajo. Tanto el vestíbulo como la escalera y el piso alto estaban totalmente iluminados. Las manos del gran reloj del vestíbulo indicaban las once y diez. Hacía ya un cuarto de hora de la partida de Veda. En pocos minutos más, Magarth tenía la esperanza de que llegase la ayuda. Podrían entonces salir a la oscuridad e ir a la caza de los Sullivan en lugar de permanecer encerrados esperando su ataque.

En el dormitorio, Steve abrió los ojos. Había dormido y en aquel momento se sentía descansado. Sonrió a Carol y la tomó de una mano.

—¡He estado pensando tanto en ti! —dijo—. Todo este tiempo, mientras estaba herido, nunca te alejaste de mis pensamientos. Sabes que te quiero, ¿no, Carol? No tengo mucho que ofrecerte, pero... tengo el criadero. Es muy agradable vivir allí y con el tiempo...

—Creo que no debes hablar —lo interrumpió Carol y se inclinó para besarlo—. Debes descansar, mi amor. Quiero que te cures pronto.

—Estoy muy bien —dijo Steve—. Me siento mucho más fuerte. Quiero hablar. Tenemos que descubrir quién eres, Carol. Tenemos que descubrir qué hacías en ese camión... adónde ibas...

Carol tuvo un sentimiento de temor.

—No. No hablemos de eso. Tengo miedo... Tengo miedo de saber nada de mí misma. Esa mujer dijo que yo estaba loca —Carol se levantó de su silla y abrazando a Steve, apoyó la cabeza en su pecho—. ¿Tú crees que estoy loca? ¿Es por esa causa que no sé quién soy? Me da tanto miedo... Porque si... No podría casarme contigo, Steve...

—Por supuesto que no estás loca —dijo él—. Te diste un fuerte golpe en la cabeza. Es algo que va a pasar, estoy seguro de ello. Recobrarás la memoria. No te preocupes, Carol. —Abrazada a Steve, Carol pensó en los Sullivan, agazapados en la oscuridad, y se estremeció—. ¿Por qué tienes tanto miedo, mi amor? Todo marchará bien. Tan pronto como me cure seremos muy felices... tú y yo. Lo tengo todo pensado ya. No pensaba en otra cosa mientras te esperaba.

Carol se apretó más aún contra él para que no viese que estaba llorando.

—Llame otra vez —dijo Kamp, impaciente, a la operadora—. Sé que hay gente en la casa. —Dirigió una mirada a su colaborador inmediato, un hombre delgado y recio al que llamaban Lofty—. Dice que no contestan.

—Apuesto a que llamó a un número equivocado —dijo Lofty y luego escupió con gran puntería en una salivera—. Conocemos ya a esas damas.

Al cabo de cierta demora la operadora dijo que el teléfono no funcionaba.

—Hágalo controlar e infórmeme —replicó Kamp y cortó bruscamente. Parecía preocupado.

—¿Cree que sucede algo? —preguntó Lofty, encendiendo un cigarrillo.

—No lo sé —respondió Kamp con aprensión—. George no es muy listo. Le dije que me llamase cada dos horas, y no lo ha hecho. Estos Sullivan... —Kamp calló y tironeó de sus bigotes.

—No quería que le sucediese nada a la señorita Banning —dijo Lofty—. Es una mujer extraordinaria. ¿Cree que deberíamos ir?

—Es lejos y está haciéndose tarde. No me entusiasma la...

Sonó el teléfono.

Kamp escuchó la voz de la operadora, murmuró algo y cortó la comunicación.

—Dice que la línea está caída.

Lofty tomó su cinturón con pistolera.

—Vamos —dijo lacónicamente.

—Creo que tiene razón —manifestó Kamp. se levantó y tomó un rifle de la estantería detrás de su escritorio—. Diría que habrá dificultades allá.

No había luna y al correr por la estrecha senda en dirección a las dependencias de la plantación Veda tuvo la sensación de estar recorriendo un túnel oscuro y muy profundo.

Se detuvo un instante para volverse y mirar la ventana iluminada del living y al hacerlo vio una silueta oscura que avanzaba hacia ella con el movimiento sigiloso de un fantasma.

Tenía mucho valor, pero a pesar de todo sintió que se le detenía el corazón. Lanzó un débil grito y volvió a reanudar la carrera por la senda.

Había recorrido solo unos pocos metros cuando Frank la alcanzó. Sus dedos cortos y gruesos se clavaron en uno de sus hombros y la obligaron a volverse. Solo veía del hombre una silueta borrosa, pero en cambio percibía el olor de su cosmético capilar. Estaba demasiado asustada como para gritar. Sin moverse permaneció allí, mirando despavorida la figura amenazante y vaga.

Frank tendió una mano, le tocó la cara y con un movimiento tan rápido que Veda no llegó a ver levantarse la mano derecha, la golpeó en la cabeza con una cachiporra de caucho.

George Staum se levantó y se desperezó. No le gustaba nada la idea de permanecer a solas en aquel gran vestíbulo y además tenía miedo. La forma hábil y silenciosa en que habían desaparecido los dos guardias lo ponía nervioso, y esperaba ver materializarse en cualquier momento a los Sullivan.

Sus manos empapadas de sudor aferraban con tanta fuerza el rifle que le dolían los músculos del brazo. Sus ojos se movían hacia aquí y hacia allí y sentía náuseas.

Oía moverse a Magarth en el piso alto y de vez en cuando lo llamaba. Habría dado cualquier cosa por no haber sido elegido para ese operativo, y un mes de salario

por encontrarse a salvo en la oficina del jefe de policía.

En el living, a muy pocos metros de él. Max lo observaba por un resquicio de la puerta. En el pasillo a oscuras. Frank, muy pegado a la pared, se acercaba lentamente.

Staum tuvo la sensación de peligro, como si el aire que respiraba comenzase a faltarle. Se quedó inmóvil, escuchando, con una mueca de terror.

Un levísimo sonido, no más fuerte que el de un ratón al moverse lo llevó a volver bruscamente la cabeza para mirar el pasillo. Frank había llegado a la caja de fusibles y cuando apretó la palanca principal se produjo ese leve chirrido.

—¿Quién está ahí? —pregunto Staum con voz ronca. En ese instante la casa entera quedó sumida en las tinieblas. Magarth corrió al tope de la escalera y se detuvo allí.

—¡Staum! —gritó—. ¿Está bien?

—Hay alguien pegado a mí —lloriqueó Staum—. ¡Rápido! Baje...

Magarth no se movió.

Se oyó una exclamación ahogada de Staum. Luego, en la oscuridad, siguió el ruido aterrador hecho por alguien a quien estrangulan.

No era posible hacer nada por Staum. Magarth quería advertir a Carol lo que estaba ocurriendo, pero no se atrevía a apartarse del tope de la escalera. Por ella tendrían que subir los Sullivan para atacar a Steve y no era posible dejarla ni un instante sin vigilancia. Apoyado en manos y rodillas esgrimió el rifle y esperó, con la sensación impotente de ser el último obstáculo entre los Sullivan y su víctima.

Carol y Steve conversaban en el momento en que se apagaron las luces. Al adivinar lo que significaba Carol estuvo a punto de desmayarse y fue solo la idea de proteger a Steve lo que la mantuvo consciente.

Steve no se mostró inquieto.

—Debe de haberse quemado un fusible —dijo—. Lo cambiarán enseguida.

En ese momento, Carol decidió que debía contarle todo.

—No es un fusible, mi amor —le dijo, tomándolo de una mano—. Son los Sullivan. Están en la casa.

—¿Y lo sabías todo el tiempo? —preguntó Steve, acariciándole el pelo—. Tenía la sospecha de que algo te tenía aterrorizada. ¿Está Magarth afuera?

—Sí. Y también el segundo del *sheriff* —dijo Carol.

Quería contener el temblor de su voz.

—Ve a ver qué sucede —le dijo Steve—. Llama a Magarth.

Abajo, en el living, se cerró la puerta. Max y Frank conversaban.

—El periodista está custodiando el tope de la escalera —decía Max—. Debes entretenerlo un poco. Yo iré por los fondos. Puedo subir al tejado y luego sorprenderlo por la espalda. Haz ruido, el suficiente como para distraer su atención.

Carol hizo girar la llave de la puerta y la abrió unos centímetros.

—Magarth... ¿Está allí? —susurró.

—No te muevas —respondió él también en susurros—. Están en el vestíbulo.

Mataron a Staum.

Carol sintió que se le encogía el corazón.

—Entonces... ¿está solo?

—No te preocupes por mí. Sé cuidarme. Mantén la puerta cerrada con llave.

—No deje que se le acerque —le rogó Carol.

—No —dijo Magarth con firmeza—. Veda fue a obtener ayuda. Tú, mantente protegida.

El leve ruido en el vestíbulo lo hizo ponerse rígido y escudriñar las tinieblas. Inclinado hacia adelante, esperó.

Afuera, Max trepó al tejado bajo, avanzó tomado de una cañería con la misma facilidad con que cualquiera hubiese subido una escalera, aferró el borde superior de un marco de ventana a unos centímetros de su cabeza. Se mantuvo en equilibrio un instante y luego trepó al alfeizar.

Carol se acercó a tientas a Steve.

—Está afuera, solo —dijo, tomando una mano de Steve—. Pero dice que los Sullivan no pueden subir aquí.

—No voy a permitir que luche solo —dijo Steve, empujando su manta.

—¡No! —exclamó Carol, desesperada—. No te levantes, mi amor, estás... por favor, no te muevas...

Steve posó los pies en el suelo y tomó el brazo de Carol para levantarse.

—No voy a quedarme aquí... me buscan a mí... lo sé. —Tomó a Carol en sus brazos y le dijo entonces—: Si esto termina mal, Carol, recuerda que te quiero. Eres lo más hermoso, lo más valioso que me haya sucedido en toda mi vida...

—Steve, mi amor —Carol estaba aferrada a él—. Por favor, no me dejes... no salgas... es lo que ellos quieren...

—Dime que me quieres.

—Te quiero —repuso ella entre sollozos—. Pero no quiero que salgas. Caerás en sus manos.

Tendido de bruces. Magarth escudriñaba la oscuridad. Nunca supo de dónde llegó el golpe. Max se arrastró hacia él, vio la silueta de su cabeza recortada en el pozo negro de la escalera y lo golpeó antes de que Magarth pudiese volverse y defenderse. Cuando cayó desvanecido, Max sacó una linterna, hizo una señal a Frank y este subió corriendo la escalera.

El viejo Ford V8 rugía por la salida de Point Breese en dirección a la carretera de montaña. Lofty conducía y le brillaban los ojos de expectativa. Al virar para salir de Point Breese por poco no avanzó sobre dos ruedas y después de patinar y salir de su carril luchó unos instantes con el volante y luego apretó a fondo el acelerador.

—¡Oiga! —exclamó Kamp, alarmado—. Si quiere que lleguemos enteros, tenga más cuidado.

—No quiero que le suceda nada a la señorita Banning —murmuró Lofty. Pasó a toda velocidad junto a un camión que avanzaba por el carril opuesto y no lo rozó por unos pocos centímetros—. Tenemos que llegar allá pronto, jefe. Déjelo por mi cuenta.

Kamp aferró la puerta del automóvil con todas sus fuerzas.

—No soportará esto, Lofty —dijo sin aliento—. Reventará si lo conduce así.

—Lo siento —repuso Lofty, muy serio—. En ese caso, le comprarán un automóvil nuevo. Vamos a llegar lo más pronto posible.

Kamp cerró los ojos y se lamentó.

—Está por hervir. Se recalentará y reventará.

—Que hierva —dijo Lofty. El acelerador estaba pegado al piso—. Vamos, camina, pedazo de cascajo —gritó inclinándose sobre el volante—. A volar, ¿oyes?

De pronto las piernas de Carol dejaron de sostenerla.

Se dejó caer en la cama. La oscuridad del cuarto la asfixiaba. Era como si en su interior sucediese algo extraordinario. El cerebro parecía expandírsele y encogérsele, amenazando quebrarse. Se aferró las sienes, sin advertir en ese momento que Steve no estaba ya a su lado, sino que avanzaba a tientas hacia la puerta. Caminaba muy despacio y cada paso le costaba un esfuerzo inmenso, como si enfrentase un huracán.

—Steve... No me dejes... —dijo Carol entre sollozos. Steve estaba ya junto a la puerta, cuya llave trataba de hacer girar.

Los Sullivan estaban esperándolo afuera. La luz blanca y cruda de la linterna de Max lo iluminó en el centro del pecho. Por un instante no sucedió nada, nadie se movió. Luego Steve se irguió y levantó las manos como para atacar, en un inútil gesto de desafío.

—Aquí va. Larson —dijo Max en voz baja.

Un resplandor rojo y cruel iluminó el cuarto oscuro y lo siguió otro. Y otro. El ruido sacudía las ventanas.

Steve dio un paso, agitando las manos como un ciego y comenzó a caer. Max volvió a disparar.

El ruido de su revólver se sincronizó con la súbita sensación explosiva en la cabeza de Carol.

Durante una fracción de segundo todo lo que se movía en el cuarto: Steve al caer, la mano de Max con el arma, la cabeza de Frank al echarse hacia atrás, la luz vacilante de la linterna, quedaron inmóviles. Durante aquella fracción de tiempo la escena fue como la de una fotografía.

Después recomenzó el movimiento, pero ya no era el mismo para Carol. Estaba fuera de foco, borroso, casi mudo.

El temor la abandonó como un manto que cae. Se levantó, avanzó pegada a la pared y se aproximó a los Sullivan al inclinarse ellos sobre Steve.

La mano experta de Max se posó sobre el pecho de este.

—Bien —dijo—. Salgamos de aquí.

Frank se estremeció.

—Es nuestro último trabajo —dijo—. Después de esto, me retiro.

—Salgamos de aquí —repitió Max y se dirigió a la puerta.

Afuera la noche adquirió mayor horror aún con el rugido de un motor de automóvil y el chirrido de los frenos cuando Lofty se detuvo frente a la casa.

—Retrocedamos —dijo Max y corrió rápidamente por el pasillo.

Al seguirlo Frank, una mano invisible apareció en las tinieblas y lo asió de un brazo. Por el momento de terror creyó que Larson había resucitado y se volvió con los labios resecaos de pánico.

No había nada, excepto un negro muro de oscuridad, pero oía a alguien respirando muy cerca de él y aquellas manos como garras le lastimaban el brazo.

—¡Max! —chilló y dio un salto hacia adelante, agitando los puños en el espacio vacío y perdiendo casi el equilibrio.

Unos dedos helados buscaron a tientas en su cara, veloces y ligeros como una ráfaga. Tan ligero era su contacto que fue como si le hubiesen puesto una telaraña en la cara. Medio paralizado de terror, retrocedió.

—Vamos —le dijo Max con impaciencia desde el tope de la escalera.

—Hay alguien aquí... —tartamudeó Frank, buscando a tientas en la oscuridad.

—¡Vamos, idiota! —le gritó Max y de pronto se puso rígido al lanzar Frank un alarido escalofriante.

Hasta sus nervios de acero se sacudieron al oír ese grito y se detuvo un instante, lleno de aprensión. Algo lo rozó al pasar e instintivamente, dio un paso hacia atrás. Unos dedos crispados le tocaron apenas el cuello. Disparó a ciegas y el ruido del revólver reverberó por toda la casa. Oyó luego pasos que corrían velozmente escaleras abajo. Disparó una y otra vez, a quemarropa y con pánico creciente. En el vestíbulo resonaron otros disparos como respuesta cuando Kamp y su subordinado entraron violentamente. Max giró sobre sus talones, chocó con Frank y lo aferró. Frank comenzó a gritar otra vez. Sin vacilar, Max cambió la toma de su arma e inclinándose sobre su amigo le dio un golpe con la culata y lo cargó sobre sus hombros, corriendo por el pasillo.

Al llegar junto a una ventana apoyó a Frank en el techo inclinado y salió a su vez por ella.

Frank estaba tendido en las tejas, casi inconsciente.

—¡Estoy ciego! —gimió—. Los ojos. ¡Me deshizo los ojos!

Capítulo 6

Una tarde fría y calma, un mes después de la muerte de Steve Larson, un Cadillac destartalado se aproximó por la senda y se detuvo frente a la puerta principal de la casa en Grass Hill.

Veda, que había estado mirando por una ventana durante la última media hora bajó corriendo a la terraza y fue al encuentro de Magarth, que estaba bajando ya del automóvil.

—Mi amor —dijo, abrazándola y besándola—. Tengo ya todo arreglado en el caso de Carol. Me dio bastante trabajo. —Tomados del brazo ambos se dirigieron al interior de la casa—. ¿Cómo está?

—Igual —repuso Veda con aire desanimado—. Es increíble que sea la misma chica, Phil. Se ha vuelto tan dura y extraña... Me da un poco de miedo.

—Qué lástima. ¿Sigue sentada, cavilando y sin hacer nada? —preguntó Magarth. Después de quitarse el sombrero siguió a Veda al living.

—Sí, y no consigo interesarla en nada. Traté de ocultarle los diarios, pero se las arregló para obtenerlos, de modo que ahora está al tanto de sí misma. Es terrible, Phil. Después de leer los diarios se encerró en su cuarto y la oí pasearse allí durante horas. Traté de convencerla de que se confiase a mí, pero es tan obvio su deseo de que la dejen tranquila que no tengo ganas de molestarla.

—Tarde o temprano, estaba destinada a descubrir todo, pero es una pena que haya debido descubrirlo por medio de los diarios. Ellos no hablan con rodeos —dijo Magarth, frunciendo el entrecejo—. Bien, tengo todo su problema resuelto. El dinero le pertenece. Recibirá unos cuatro millones de dólares, suma que no está tan mal. Hartman anduvo metiendo la mano en la fortuna, pero llegamos a tiempo para salvar una gran parte.

—¿Hay noticias de él?

—Escapó. Sabía que el asunto estaba terminado para él desde que iniciamos la investigación. Los agentes federales están buscándolo, pero apuesto a que para esta fecha ya salió del país.

—Ahora que Carol tiene libertad y también dinero tengo la sospecha de que piensa abandonarnos —dijo Veda—. Espero que no se vaya aún. ¿Quieres persuadirla de que se quede algún tiempo aquí? No está en condiciones de vivir sola y no tiene amigos, ni a dónde ir. Sé firme con ella, Phil.

—Haré todo lo posible, pero no tengo mayor influencia sobre ella. Debo recordarte que tiene total libertad ahora para hacer lo que quiera.

—De todos modos, haz lo que puedas. Me preocupa muchísimo imaginarla con todo ese dinero y nadie que la aconseje.

—Veré qué puedo hacer —repuso Magarth—. ¿La vio el doctor Kober?

—Solo por unos minutos. Tiene temores en cuanto a ella y sospecha que puede haber alguna presión craneana después del accidente del camión, pero se negó a que

la examinasen. También vino el doctor Travers, pero no le permití verla. Dice que no se hará responsable de lo que pueda suceder si la dejan en libertad. Le dije que no creo que sea peligrosa. Pienso, por otra parte, que se ha vuelto un poco rara. No se parece en nada a la persona que llegó aquí.

—Subiré a verla.

Encontró a Carol en su cuarto amplio y apacible. Estaba sentada junto a la ventana y cuando Magarth entró no volvió la cabeza. El aire de fría inmovilidad que tenía le causó aprensión. Acercando una silla a la de ella se sentó y le dijo con una animación algo forzada:

—Tengo buenas noticias para ti. Eres una mujer rica ahora.

Al oír la voz de Magarth, Carol se sobresaltó y se volvió. Sus grandes ojos verdes se posaron sobre él sin mayor expresión.

—No te oí entrar —dijo con tono opaco—. ¿Buenas noticias, dijiste?

Magarth la miró con atención. La inmovilidad de su cara pálida y su mirada glacial lo hacían sentirse perplejo y preocupado.

—Sí, muy buenas noticias. El dinero ya está a tu nombre. Traje todos los documentos. ¿Quieres que los revisemos juntos?

Carol hizo un gesto negativo.

—No, no quiero —contestó con firmeza y luego añadió—: ¿Dices que soy rica? ¿Cuánto dinero hay?

—Cuatro millones de dólares. Es muchísimo dinero.

La boca de Carol se contrajo.

—Sí —dijo. Con los dedos entrelazados contemplaba algo fuera de la ventana. Había una expresión amarga y taciturna en sus ojos y permanecía tan silenciosa e inmóvil que Magarth preguntó en voz baja:

—¿Estás contenta?

—He estado leyendo sobre mí misma en los diarios —repuso ella inesperadamente—. No es una lectura agradable.

—Mira, Carol, no debes creer todo lo que dicen los diarios... —empezó a decir, pero Carol lo interrumpió con un gesto.

—Aprendí unas cuantas cosas sobre mí —dijo, sin dejar de mirar por la ventana—. Estoy loca. Esto fue una novedad para mí. Además soy la hija de un degenerado y homicida que causó la muerte de mi madre. Estuve en un hospital psiquiátrico durante tres años y de no haber mediado la ley de este estado seguiría allí. —De pronto Carol apretó los puños—. Soy peligrosa. Me llaman la pelirroja homicida. Hablan de mi amor por Steve y dicen que si hubiese vivido, nunca podríamos habernos casado. Describen nuestra relación como la relación trágica de una loca. —Carol calló, se mordió los labios y cerró los puños, cuyos nudillos estaban blancos.

—Por favor, Carol... No te tortures así.

—Pero tú me dices que tienes buenas noticias... Que valgo cuatro millones de dólares, y me preguntas si estoy contenta. Sí, estoy contenta, contentísima —dijo y

lanzó una carcajada glacial y llena de amargura que hizo estremecer a Magarth.

—No debes reaccionar así —le dijo con firmeza—. No te llevará a ninguna parte. Veda y yo queremos ayudarte...

Carol se volvió y lo tomó de una muñeca.

—¿No tienes miedo de que te haga daño? —quiso saber—. Dicen que soy peligrosa... como mi padre. ¿Sabes lo que dicen de mi padre? Aquí está en el diario. —Levantó entonces un papel arrugado del suelo—. Esto es lo que dicen:

Slim Grisson era un asesino. Nació perverso y desde muy niño su tendencia a la crueldad le causó dificultades. Su maestro lo sorprendió una vez despanzurrando a un gatito vivo con unas tijeras oxidadas y lo expulsaron de la escuela. A los quince años secuestró a una niña y la encontraron una semana después medio enloquecida de terror. Había sido víctima de un ataque particularmente brutal. Pero nunca atraparon a Grisson, porque su madre, la notoria «Ma». Grisson, lo ayudó a huir de la ciudad.

«Ma». Grisson hizo de su hijo un criminal. Al principio, Grisson cometía errores y entraba y salía de la prisión cumpliendo condenas breves, pero su madre lo esperaba y con toda paciencia seguía adiestrándolo. Aprendió a no equivocarse y entró a formar parte de una banda poderosa que se especializaba en asaltos a Bancos. Poco a poco fue trepando por la escala del éxito mediante el recurso simple de matar a quienquiera que se le opusiese, hasta que la banda terminó por aceptarlo como jefe. Nunca ha habido en la historia del crimen de los Estados Unidos un criminal más cruel, más depravado que Slim Grisson...

—Basta —le ordenó Magarth—. No quiero oír nada más. Carol, ten un poco de sentido común. ¿A dónde pretendes llegar?

Temblorosa, Carol dejó caer el diario.

—Ese era mi padre... Llevo su sangre en mis venas. Hablas de ayudarme. ¿Cómo puedes ayudarme? ¿Cómo puede alguien ayudarme con semejante herencia? —Carol se puso de pie y comenzó a pasearse por el cuarto—. No... por favor, no digas nada. Sé que quieres ayudarme con tu bondad. Les estoy muy agradecida a los dos. Pero ahora... —Después de una pausa, miró a Magarth con los ojos entrecerrados. Había tal amenaza en su quietud que Magarth se sorprendió—. Ahora necesito estar a solas. Quizá sea peligrosa... como mi padre. ¿Crees que quiero poner en peligro la vida de personas como tú y Veda?

—Qué disparate, Carol —insistió Magarth—. Hace más de un mes que vives con nosotros y nunca sucedió nada. Si insistes en esta actitud, no harás más que empeorar las cosas...

—Estoy decidida —dijo Carol, interrumpiéndolo otra vez—. Partiré de aquí mañana. Pero antes de que me vaya quiero que me hagas un favor...

—Pero no debes irte... Todavía no, por lo menos. Sigues en estado de *shock*...

—Tengo hechos mis planes y nadie me detendrá. —Había hecho un gesto desafiante y la comisura derecha de su boca temblaba. Había en su tono, además, una nota áspera, extraña en ella—. Hace un mes que estoy haciendo mis planes. Habría partido antes de haber tenido dinero. Ahora estoy lista para irme.

Era inútil discutir con ella. Su estado de ánimo era implacable y al mirarla Magarth decidió que Travers tenía cierto fundamento al afirmar que era peligrosa.

—Pero ¿a dónde piensas ir? No tienes amigos, salvo Veda y yo. No tienes hogar. No puedes desaparecer así, ¿sabes?

Otra vez Carol hizo un gesto de irritación.

—Perdemos el tiempo. ¿Quieres hacerte cargo de mis asuntos? No entiendo nada de dinero y tampoco quiero entender de él. Hablé con el abogado. Me dice que debo nombrar a alguien para que se ocupe de mis inversiones y me represente. ¿Quieres hacerlo?

Magarth estaba atónito.

—Haré lo que pueda —dijo—. Pero tengo mi otro trabajo...

—Se te pagará bien. He dispuesto todo con el abogado —siguió diciendo Carol con el mismo tono frío e impersonal—. Puedes renunciar al periodismo. Tú y Veda pueden casarse. Quieres casarte con ella, ¿no?

—Creo que sí... —contestó Magarth, pasándose los dedos por el pelo—. El giro de la conversación lo hacía sentirse incómodo.

—Entonces, ¿verás a mi abogado? ¿Hablarás de todo esto con él?

Después de titubear un instante, Magarth accedió.

—Está bien. Pero ¿qué piensas hacer tú?

—¿Cuándo puedo contar con algún dinero? —preguntó ella, sin responder a la pregunta de Magarth.

—Cuando quieras... Ahora mismo, si lo deseas.

—Sí, ahora mismo. Necesito dos mil dólares y quiero que dispongas que pueda cobrarlos en cualquier lugar del país en forma inmediata. Quiero que me compres un automóvil y hagas que me lo entreguen mañana por la mañana. Ve a ver a mi abogado y dile que te entregue los papeles que sea necesario firmar para que te hagas cargo de mis intereses. Quiero partir mañana por la mañana.

—¿Por qué no esperas un poco? Estarás muy sola...

Las mejillas de Carol se tiñeron de un rubor febril.

—Por favor, haz lo que te pido, pues de lo contrario tendré que buscar a otra persona —dijo, levantando la voz—. Adónde voy y lo que pienso hacer son asunto mío.

Magarth se encogió de hombros.

—Muy bien —asintió, aunque no muy feliz—. Acepto.

Carol apoyó una mano sobre su brazo y por un instante la expresión de su mirada

se suavizó.

—Eres muy bueno —dijo en voz baja—. No creas que soy ingrata. No sé qué habría hecho sin ti y sin Veda. Espero que sean muy felices.

—Muchas gracias —Magarth trató de sonreír—. Sabes cuánto afecto siento por ti. En serio querría que lo pensases más. No sé qué planeas hacer, pero intuyo que no resultará nada bueno de lo que hagas.

—Estoy decidida —dijo Carol, sin inmutarse. Antes de proseguir se volvió a medias—. ¿Quieres irte ahora y decirle a Veda que partiré mañana por la mañana? No quiero ver a nadie esta noche.

Magarth insistió por última vez.

—¿No puedes confiar en mí, Carol? —suplicó—. Tal vez podría ayudarte. ¿Por qué insistes en irte sola, cuando tienes dos amigos que harían cualquier cosa por ti? Dime lo que planeas hacer y te ayudaré.

Carol movió la cabeza en un gesto negativo.

—Nadie puede ayudarme. Lo que tengo que hacer debo hacerlo sola y sin ayuda de nadie. Te pido que me dejes ahora.

—Muy bien —dijo Magarth, dándose por vencido, antes de dirigirse a la puerta.

Carol volvió a la ventana y se sentó junto a ella. Se quedó inmóvil unos momentos con las manos frías apretadas contra las sienes.

—Dondequiera que estés, Steve, mi amor, ámame siempre. —Hablaba en voz baja—. Me siento tan sola y con tanto miedo... pero los encontraré. No escaparán y les haré pagar por lo que te hicieron. Seré tan cruel y tan implacable como lo fueron ellos con nosotros. No tengo por qué vivir, salvo hacerles pagar lo que hicieron.

Seguía sentada junto a la ventana cuando se desvaneció la débil claridad de otoño y la lluvia, que durante toda la tarde había sido una amenaza, comenzó a caer.

Al día siguiente seguía lloviendo y unas nubes sucias y grises, apoyadas en las colinas, formaban bandas de niebla que volvía oscura la tarde que avanzaba.

Un automóvil sedán Chrysler con los guardabarros embarrados subía con trabajo por la escarpada carretera que llegaba hasta la antigua plantación hasta hacía poco tiempo ocupada por Tex Sherill.

Carol detuvo al Chrysler frente a la derruida galería, bajó y se detuvo un instante a estudiar el edificio oscuro y sin señales de vida.

La lluvia caía melancólica de los aleros sobre el umbral de madera, con un sonido de suaves murmullos. El frente impassible de la casa se cobijaba en la oscuridad y Carol se preguntó si habría alguien en el interior.

Subió la escalera de madera e intentó hacer girar el picaporte de la puerta. Estaba echado el cerrojo. Golpeó con los nudillos el panel de madera y esperó. Debió repetir los golpes varias veces antes de oír los débiles pasos en el otro lado de la puerta. Nuevamente golpeó con insistencia y la voz de Mis Lolly se oyó por la abertura del

buzón.

—¿Quién es?

—Carol Blandish. Quiero hablar con usted.

Oyó a *Miss Lolly* contener el aliento y luego la puerta se abrió unos centímetros, los que permitieron la cadena de seguridad en el interior.

—¿Por qué volviste? —le preguntó *Miss Lolly*, en medio de la oscuridad.

—Quiero hablar con usted —repitió Carol, apoyándose en una columna y hablando por el estrecho espacio abierto.

—No puedes entrar —le dijo *Miss Lolly*—. Quiero vivir tranquila.

—Usted me ayudó antes. Tenía la esperanza de que volviese a ayudarme ahora. Estoy buscando a los Sullivan.

Miss Lolly respiró profundamente.

—¿Para qué los buscas? —preguntó con vehemencia—. Ellos te buscan a ti, tonta. ¡No te metas con ellos!

—Mataron a Steve —dijo Carol con su tono duro y sin inflexiones—. ¿Cree que pienso dejarlos en paz después de esto?

—¡Ah! —Hubo una breve pausa—. ¿Quieres vengarte? —En la voz de *Miss Lolly* había una nueva nota de interés—. ¿Es esto lo que buscas?

—Quiero encontrarlos —dijo Carol.

Se oyó el ruido de la cadena de seguridad y la puerta se abrió.

—Entra —le dijo *Miss Lolly*, sin encender la luz—. Vivo sola ahora. Sherill se fue poco después de irte tú.

Carol siguió a *Miss Lolly* por el largo corredor oscuro hasta un cuarto de los fondos en el que había una lámpara de luz potente sobre la mesa. Estaba amueblado con piezas viejas y gastadas y era difícil circular sin rozar algo.

Miss Lolly se mantenía en la sombra. Carol veía sus ojos grandes y trágicos fijos en su persona. Tenía una bufanda blanca arrollada en la garganta que le impedía ver su barba.

—Siéntate —dijo *Miss Lolly*—. ¿Conque estás buscándolos? Si yo fuera más joven también los buscaría.

Carol se abrió el abrigo liviano y se quitó el sombrero, sacudiéndose la melena con un movimiento rápido.

—¿Sabe dónde están? —preguntó al sentarse.

—Pero ¿qué podrás hacerles si los encuentras? —repuso *Miss Lolly* con tono de desesperanza—. ¿Qué podría hacer yo? Son tan rápidos, tan astutos, tan fuertes... Nadie puede hacerles nada.

Carol volvió la cabeza y por un instante las dos mujeres se miraron. *Miss Lolly* se sorprendió al ver la expresión cruel y amarga en la cara de Carol. así como su mirada glacial.

—Les haré pagar —dijo Carol en voz baja—. Por rápidos y astutos y fuertes que sean. Les haré pagar aunque me lleve el resto de mi vida. No tengo nada más por qué

vivir.

Miss Lolly asintió y sus dedos palparon la bufanda que le rodeaba la garganta.

—Yo siento lo mismo —dijo y dos lágrimas cayeron sobre sus manos—. Max me cortó la barba, ¿sabes?

Carol no se movió, ni tampoco cambió su expresión.

—¿Por qué se la cortó? —preguntó.

—Por haberte dejado escapar —respondió *Miss Lolly*, retorciéndose las manos—. Habría preferido que me matasen. Soy una vieja vanidosa, y quizá te parezca horrible, pero yo quería mucho a mi barba. Hacía mucho tiempo que la tenía.

—Dígame qué sucedió.

Miss Lolly tomó una silla, se apretó bien la bufanda y se sentó. Con un gesto amistoso tendió una mano hacia Carol, pero esta se apartó con la misma expresión fría e implacable.

—Cuénteme —insistió.

—Volvieron a los dos días de haberte ido tú. Frank se quedó en el auto, pero Max entró. Yo estaba bastante asustada, pero me quedé sentada donde tú estás ahora, esperando ver qué me haría. Parecía saber que te habías ido, porque no preguntó por ti. Preguntó por Sherill, y le dije que se había marchado. Durante largo rato se quedó mirándome y luego me preguntó por qué no me había ido yo también. Le dije que no tenía adónde ir. —*Miss Lolly* acarició su bufanda y al cabo de un largo silencio, prosiguió—. Me dio un golpe en la cabeza y cuando recuperé el conocimiento los dos se habían ido. Me había cortado la barba. ¿La recuerdas? —Miró a Carol con aire de nostalgia—. Era una barba hermosísima, y Max la quemó. Es un demonio —dijo alzando la voz—. Sabía que nada podría dolerme tanto como lo que hizo.

—¿Y Frank? —preguntó Carol.

—Se quedó en el auto —respondió *Miss Lolly*, algo perpleja—. No sé por qué, porque es también cruel, y no suele dejar de estar presente cuando hay que hacerle daño a alguien, pero se quedó en el auto.

Carol sonrió. Al mirarla, *Miss Lolly* sintió que un escalofrío le recorría la espalda.

—Se quedó en el auto porque está ciego —dijo Carol—. Lo dejé ciego yo después de que mató a Steve.

Miss Lolly no se movió. Estaba tan atónita que al mismo tiempo experimentó un sentimiento de compasión hacia Frank.

—¿Ciego? ¡No le desearía a nadie ser ciego! —dijo.

Carol hizo un movimiento de impaciencia.

—¿Dónde están? —preguntó con voz áspera—. Si lo sabe, dígamelo, pero no me haga perder tiempo. Cada minuto que paso aquí significa que ellos se alejan más de mí. ¿Dónde están?

Alarmada por la expresión cruel de aquellos ojos verdes *Miss Lolly* pareció encogerse.

—No lo sé —dijo—, pero tenían un cuarto arriba donde guardaban sus cosas. Se

llevaron todo al irse, salvo una fotografía que se había deslizado entre los tablones del piso. Quizás ella te diga algo.

—¿Dónde está?

—La tengo aquí. Estaba mirándola cuando llegaste.

Miss Lolly abrió un cajón, sacó la fotografía y la apoyó en la mesa bajo la intensa luz de la lámpara.

Carol se inclinó para contemplarla.

Era la fotografía de una muchacha de pelo oscuro con raya al medio. Los rasgos marcados y pálidos eran bien visibles bajo el nacimiento del pelo. Tenía una cara singular, de contornos algo toscos, labios gruesos, ojos bien separados, mejillas redondas. Tenía cierto magnetismo, una cualidad animal, sensual, un aire intensamente provocativo, una maldad apenas disimulada por el barniz de refinada elegancia. Bajo una malla de baño sumamente pequeña mostraba un cuerpo como para enloquecer a un hombre. Al pie de la fotografía, garabateada con tinta blanca y con rasgos grandes y abiertos, rezaba: *A mi querido Frank, de Linda*.

Sin el menor cambio de expresión Carol miró al dorso. El nombre del fotógrafo aparecía allí: *Kennet Carr, 3971 Main Street, Santo Río*. Una vez más Carol se puso a estudiar la cara de la fotografía.

Miss Lolly la observaba con atención.

—Es el tipo de mujer que no se olvida fácilmente —dijo, inclinándose a mirar por sobre el hombro de Carol—. Es mala, pero atrayente. Un hombre podría volver a ella infinidad de veces. Si la encuentras, creo que hallarás a Frank.

—Sí —dijo Carol.

Santo Río es una pequeña ciudad, en la costa del Pacífico, lugar de diversiones para los millonarios. No cuenta con industrias, a menos que se consideren industrias las numerosas formas de rico y lujoso esparcimiento, en cuyo caso cabría afirmar que la industria de Santo Río es floreciente. La gran mayoría de sus pobladores se gana la vida brindando hospitalidad a los visitantes adinerados que acuden por millares en toda época del año. Juego, carreras, navegación, toda clase común y poco común de vicios, clubes nocturnos, teatros, cines y demás dan trabajo a quienes no son bastante inteligentes como para estudiar por su cuenta y dirigir sus propias empresas.

Los inteligentes, entre los cuales Eddie Regan era un miembro destacado, ganan muy bien mediante el chantaje, la estafa, el trabajo de *gigolo* o el ejercicio de cualquier otra actividad cuestionable que dé mucho dinero con rapidez.

Eddie Regan era alto, fornido y apuesto. Tenía pelo negro y rizado, tez curtida, una dentadura extraordinaria por su blancura y chispeantes ojos azules que resultaban irresistibles entre las mujeres de edad madura que llegaban a Santo Río a divertirse, quizá por última vez.

Eddie ganaba bastante dinero como compañero de baile de esas mujeres de edad y

complementaba sus ingresos de vez en cuando sometiéndolas al chantaje, cuando ellas cometían la tontería, como ocurría a menudo, de proporcionarle elementos de prueba que nunca habrían deseado mostrar a sus maridos.

Hacer el amor a mujeres de edad no respondía a la idea del placer que tenía Eddie, pero era listo, lo suficiente como para saber que sus aptitudes alcanzaban apenas para esa clase de vocación. Pero como era un hombre de gran vitalidad, se consolaba durante sus horas libres con mujeres de una belleza más juvenil.

Su consuelo del momento era Linda Lee, la mujer de la fotografía que los Sullivan olvidaron llevarse cuando empacaron sus pertenencias para irse de la vieja plantación.

La había conocido por una simple casualidad. Estaba una tarde en la playa vigilando a una vieja con aspecto de solitaria, cuando vio salir del mar a Linda. Ahora bien: Linda tenía el tipo de figura que quedaba mejor cuando lo cubría una malla mojada. Por lo menos, así le pareció a Eddie, que a su manera, era un experto en esas cuestiones. De inmediato, las viejas se borraron de su mente y dedicó toda su atención al torso sensacional que se aproximaba.

Nunca había visto nada parecido y en su larga historia de experiencias amorosas conoció muchos físicos atrayentes. Sin vacilar, decidió que era imperativo acercarse y tan pronto como Linda se tendió sobre una toalla de playa y se entregó a la caricia de los cálidos rayos de sol, cruzó el trecho de arena que los separaba y se sentó a su lado.

Linda estaba encantada de tener compañía. Tal vez tuvieron algo que ver con su satisfacción la cara apuesta de Eddie y su pecho varonil y dorado. Cualquiera que fuese la razón, recibió sus gestos amistosos con agrado. Al cabo de un minuto o dos eran viejos amigos y en menos de una hora, amantes. Era así como Eddie prefería a las mujeres: mundanas, educadas, rápidas y dispuestas.

Como era un cínico, estaba convencido de que al final de la tarde los encantos de Linda disminuirían, como en el caso de tantas otras mujeres que se mostraron rápidas y dispuestas en el pasado. Por el contrario, comprobó que pensaba en Linda día y noche, que descuidaba su trabajo para estar a su lado, y que aun perdía una oportunidad excelente de chantaje para llevar a Linda a un club nocturno de lujo.

La relación databa ya de tres semanas y Eddie se sentía tan entusiasmado y apasionado como el primer día. Estaba, inclusive, dispuesto a adquirir derechos de propiedad exclusivos sobre Linda, paso que hasta entonces había evitado siempre por considerarlo no solo innecesario, sino además una amenaza directa a su libertad.

Linda, en cambio, no tenía el menor deseo de perder su independencia y su libertad. Una cosa era recibir a Eddie a diario y dos o tres noches por semana en calidad de amante y otra, que se convirtiese en dueño y señor, para no hablar ya de que fuese un huésped permanente.

Por ello mantenía a Eddie a cierta distancia y no le acordaba todas las libertades que hubiese deseado. Eddie estaba intrigado por el nivel de extremado lujo en que

vivía Linda. Tenía una hermosa casita con su playa individual y un jardincito tropical atendido por un jardinero negro, oculta en un sector bastante solitario de la costa.

La casa estaba amueblada con elegancia y las comidas que les servía la cocinera negra eran excelentes. Tenía que ser muy costoso mantener semejante casa. ¿De dónde provenía el dinero? ¿De dónde provenía el dinero necesario para vestir a Linda con ropa tan elegante, calzado tan fino y los sombreros más notables que se admirasen en Santo Río? ¿De dónde provenía el dinero para comprar el reluciente Buick Road Master que Linda conducía por la ciudad y en el campo cuando tenía ganas de tomar aire?

Linda atribuía su riqueza a una herencia de un tío que ganó una fortuna con el petróleo. Eddie era suficientemente listo como para no creer en semejante historia, aunque fingía aceptarla. Linda no era el tipo de mujer que tiene un tío petrolero.

Nunca se le ocurrió la explicación obvia. Tenía la certeza de que Linda lo amaba solo a él. Decidió, por lo tanto, que Linda debía tener algún tipo de negocio que le permitía vivir con ese lujo. Por otra parte, estaba interesado en descubrir en qué consistía.

La respuesta, no obstante, era la obvia. Linda tenía un amante tan loco por ella que la había instalado en ese medio lujoso, pero la veía poco, pues debía viajar por todo el país. El caso era que el hombre no la olvidaba ni un instante, ni siquiera cuando tenía relaciones con otras mujeres, cuando no cesaba de imaginar que era Linda quien estaba entre sus brazos.

Linda se sentía muy conforme con que ese hombre le proporcionase dinero y le permitiese vivir en medio de ese lujo sin pedirle mucho a cambio. Le parecía un hombre aburrido y un sensual de poca monta, pero le servía demasiado como para pensar en deshacerse de él. La verdad era que rara vez visitaba la casa, solo cuando la veía, cuatro o cinco veces al año, y ese hecho era compensación más que suficiente para el de tener que soportar sus visitas. Era rico y generoso y a juicio de ella, inofensivo. En ese punto se equivocaba de medio a medio. Nunca había oído hablar, es verdad, de los hermanos Sullivan y de haber sabido de ellos nunca habría creído que aquel hombre de cara gorda al que llamaba Frank fuese uno de los temidos hermanos. En conocimiento de esto, quizás habría desplegado mayor cautela y mayor fidelidad.

Había visto una o dos veces a Max y le tomó antipatía. Era el único hombre en su vida que no se mostró influenciado por su belleza ni miró una segunda vez su figura extraordinariamente sensual.

Max le inspiró miedo, con aquellos ojos cuyo brillo recordaba el de los reptiles. Y Linda tenía terror a las víboras.

Cabe abrigar dudas, asimismo, de que Eddie se hubiese mostrado tan fascinado por Linda de haber sabido que era la amante de uno de los hermanos Sullivan, a pesar de no conocerlos personalmente. Lo que había oído decir de ellos habría enfriado sin duda su pasión por ella, si hubiese adivinado la verdad al principio de aquella

relación arrolladora. En ese momento, en cambio, estaba ya demasiado involucrado y aun la amenaza de los Sullivan no lo habría amedrentado. Tal vez.

Aquel día, entonces, Eddie conducía su automóvil por Ocean Boulevard. El vehículo, un modelo de color rojo y crema, era el pago recibido por su silencio de una de las mujeres maduras que chantajeaba. Para Eddie, todo marchaba bien en el mundo.

Tenía un aspecto cautivante y hermoso con su remera ajustada y sus immaculados pantalones de franela blanca. Sus macizos brazos de tono caoba estaban descubiertos y su manaza suave y curtida, con sus uñas cuidadosamente arregladas, descansaba sobre el volante de color crema, que reflejaba la luz del sol.

Tenía una ancha sonrisa y no veía motivo alguno para no lucir con orgullo su espléndida dentadura. Muchos corazones femeninos latían más rápidamente a su paso, y más de una volvía la cabeza para mirarlo. Eddie tenía conciencia de la sensación que causaba y se sentía orgulloso.

Llegó a la casa de Linda poco después de las tres y media y la encontró en el jardín, rodeada de flores coloridas. Linda llevaba pantalones de algodón blanco, sandalias rojas y blancas que dejaban ver sus uñas de color escarlata, una camisola del mismo color y que en términos exactos, tendría que haber sido de un talle mayor para ocultar lo que pretendía, un pecho que Eddie hallaba perfecto. Sobre la bonita nariz se apoyaba un par de anteojos para sol de color rojo, con lentes grandes como platillos.

Al moverse las curvas de su cuerpo se acentuaban y sus armoniosas caderas se agitaban como lava hirviente bajo los ajustados pantalones.

Eddie bajó de un salto de su automóvil, corrió por el pasto y saltó además sobre un cantero con la destreza de un atleta.

—Me preguntaba si vendrías —le dijo Linda con su tono de voz profundo y cuidadosamente cultivado—. Pensé que sería divertido ir a nadar esta tarde.

—Después —dijo él, tomándola por una de las muñecas con sus dedos curtidos, y moviéndolos luego por su brazo hasta llegar a la nuca de Linda—. A las seis el agua estará perfecta. Iremos entonces.

Linda se sintió aflojar bajo las caricias. Nadie entre los hombres que había conocido acariciaba tan bien como Eddie. Era como si de sus dedos partiese una cierta electricidad que se le metía bajo la piel...

—Ven adentro, entonces. Tomaremos té —dijo, tomándolo del brazo—. ¿Quieres tomar té?

Era un pretexto tan bueno como cualquier otro para llevarla al interior de la casa. Entraron juntos en el fresco living, sumido en la penumbra y con sus puertas plegadizas sobre el jardín.

Linda se quitó los anteojos y se sentó lentamente en un sofá cubierto de gamuza blanca con un suspiro de placer. Levantó los brazos por sobre la cabeza y miró a Eddie con una sonrisa displicente. Se la veía algo mayor que en la fotografía olvidada

en la vieja plantación y no sonreía ya con tanta espontaneidad, a pesar de sonreírle en ese momento a Eddie. Claro estaba que Eddie era un favorito, y lo sabía muy bien.

—Toca el timbre, querido —dijo Linda, cerrando los ojos—. Nos traerán el té. Ordené que te preparen esos sándwiches interesantes que tanto te gustan. ¿Recuerdas?

En aquel momento los sándwiches interesantes no lo eran tanto para Eddie. Al contemplar el cuerpo voluptuoso de Linda sintió que no podía respirar y que el corazón le latía con furia.

—No tomemos té —sugirió, inclinado sobre ella. Levantándola luego entre sus brazos, la llevó hacia la puerta.

Linda sabía lo suficiente como para estar segura de que si no actuaba de alguna manera, se quedaría sin té. Empezó a resistirse y a agitar las piernas, pero la musculatura de Eddie servía para algo y sin la menor dificultad subió la escalera al piso alto, donde después de empujar con un pie la puerta del dormitorio lujoso y excesivamente decorado, la depositó en la cama.

—En serio, Eddie —dijo ella cuando recobró el aliento—. ¡Eres el hombre más repelente que conozco! No, no me toques. No es posible que siempre te salgas con la tuya. ¡Hablo en serio esta vez! Volvamos ahora mismo al living. Quiero tomar mi té y después, bañarme...

Sin prestar la menor atención a Linda, Eddie corrió los cortinados. Después de verificar que el cuarto estaba sumido en una media luz que invitaba a la intimidad, volvió junto a la cama, esa vez para impedir a Linda levantarse.

—Todo está perfecto —dijo con firmeza—. El té y el baño, más tarde. —Tenía a Linda abrazada para vencer su resistencia con sus besos y sabía por experiencia que muy pronto se entregaría en forma incondicional.

Aquella tarde, no obstante, Linda estaba caprichosa y no tenía intención de ceder ante el ataque violento de Eddie. Estaba un poco cansada de que estuviese tan seguro de ella. De vez en cuando la atraían los hombres de las cavernas, pero un uso exagerado de ellos ponía nerviosa a cualquier mujer. Así fue que cuando Eddie intentó inmovilizarla, le dio un fuerte bofetón.

—¡Dije que no! —exclamó, enojada.

Por un instante Eddie se quedó mirándola. Seguía teniéndola aferrada por la espalda y su cara estaba muy cerca de la de ella, pero en su mirada no había ya tanta confianza, sino más bien furia y desdén, y el deseo no se había mitigado ni mucho menos.

—¿Conque quieres pelear? La verdad que has encontrado un buen contrincante —dijo.

Linda saltó de la cama y trató de llegar a la puerta. Había luchado una vez con Eddie al comienzo de su tempestuosa relación, y al día siguiente había despertado no solo cubierta de moretones, sino además con la sensación de estar quebrada en mil pedazos. No quería repetir la experiencia.

El largo brazo de Eddie se estiró, la aferró y volvió a arrojarla sobre la cama.

—Vamos, mi amor —le suplicó ella al verse otra vez prisionera.—Suéltame, por favor. No vayas a pegarme, enseguida se me forman marcas, Eddie... no quiero que... ¡Ay! ¡Bestia! ¡No, Eddie! ¡La servidumbre va a oírnos!

Momentos después, maltrecha y sin aliento, se entregó.

—Eres un monstruo, Eddie —dijo. Tenía los dedos clavados en los hombros duros y suaves de Eddie—. Me hiciste sufrir, pero... Maldito seas... ¡Te quiero!

Eddie le sonrió y le acarició el pelo espeso, estudiando con las yemas de los dedos la cabecita dura de Linda.

Con los dos brazos rodeándolo, Linda le dio un beso apasionado. En el cuarto reinaba un silencio total, mientras ellos estaban absortos en lo que hacían. Las manecillas del reloj sobre la mesa de noche avanzaban sin cesar, pero la esfera impasible no parecía saber lo que ocurría allí. Poco a poco el crepúsculo comenzó a envolver la casa y el sol de la tarde se reflejó en los cortinados azules.

Eddie fue quien despertó primero. Movié la cabeza, se desperezó, suspiró y abrió los ojos. Entonces, de pronto, fue como si el estómago se le hubiese subido a la garganta y el corazón, detenido por un segundo, volviese a latir con un ritmo furioso. Sentado a los pies de la cama, un hombre lo observaba.

Eddie se quedó mirándolo durante un minuto entero. Creía estar dormido aún y soñando con aquel intruso. El hombre era un personaje de pesadilla, vestido de negro, con una cara blanca, delgada y de una dureza de granito. Era una aparición digna de una comedia de horror.

Eddie aferró a Linda, que despertó sobresaltada. El terror la dejó atónita, pues había reconocido al instante al hombre de negro. Estaba tan paralizada, que le fue imposible moverse para cubrir su desnudez. Estaba allí quieta como una estatua, casi sin respirar.

—Dile a tu *gigolo* que se vaya. Quiero hablar contigo —le dijo Max con voz suave.

El sonido de esa voz rompió aquella especie de sortilegio que tenía presos a Linda y Eddie.

Linda lanzó un grito de terror y tomó una gran almohada con la que se cubrió. Eddie se sentó, lanzando un juramento. Le brillaban los ojos de furia y de vergüenza y tenía los puños crispados. No hizo nada, sin embargo.

Hubo el resplandor del acero al aparecer un cuchillo en la mano de Max. Inclinado hacia adelante y con una rapidez increíble pasó la punta del cuchillo por el rostro de Eddie, luego por su cuello y por fin por su pecho hasta llegar al estómago. Era como si lo hubiesen rozado con una pluma, pero al instante un leve rastro de sangre apareció en la punta del cuchillo con que lo habían tocado.

Ver el cuchillo y el hilo de sangre bastaron para que el valor de Eddie se esfumase como el aceite de una lata agujereada.

Tenía mucho valor cuando se trataba de manejar a mujeres de cierta edad y aun

para luchar con Linda, pero el acero helado le provocaba un malestar de estómago.

—¡No me toque! —gritó. Su tez bronceada había adquirido el tono del barro—. Me voy... No me toque con ese cuchillo...

—¡Lárgate! —le ordenó Max. Sus ojos de reptil estaban fijos en el rostro aterrado de Eddie.

—Me voy, sí —murmuró Eddie y saltando de la cama, comenzó a ponerse la ropa. No pensó en Linda. Ni siquiera la miró. Su único anhelo era alejarse de aquel peligroso matón y deseaba hacerlo a toda velocidad—. Me voy... No se enoje...

Max se inclinó hacia adelante y limpió la sangre del cuchillo pasando la hoja por el muslo de Linda. Al hacerlo la miró y sus finos labios hicieron una mueca de desprecio.

Linda se estremeció pero no se movió. La aterraba el cuchillo.

—No me dejes, Eddie —susurró, medio llorando. Eddie salía ya y la puerta se cerró de un golpe tras él.

Max se levantó, guardó el cuchillo y recogió una bata de seda que había sobre una silla. Arrojándosela a Linda, ordenó.

—Póntela, puta.

Totalmente desmoralizada, Linda se puso la bata con manos temblorosas. Aquel hombre horroroso le diría todo a Frank, con toda seguridad. ¿Qué haría Frank, entonces? ¿La expulsaría? ¿Tendría que volver a su profesión de corista? ¿Perder todo ese lujo, esa libertad, el automóvil, la hermosa ropa? Se sentía tan mal que cuando terminó de cubrirse se dejó caer en la cama otra vez.

Max estaba apoyado en la pared. Se había encasquetado el sombrero sobre los ojos y estaba encendiendo un cigarrillo, sin dejar de mirar a Linda a través de la llama.

—De modo que no pudiste recibir su dinero sin engañarlo —dijo con desprecio—. Se lo advertí, pero en materia de perras como tú, es un tonto. Bien, desde ahora todo será diferente. Desde ahora vas a ganarte tu dinero.

Linda se estremeció otra vez.

—No se lo diga —imploro, apretándose la bata, contra el cuerpo—. No volverá a pasar, se lo prometo. Frank me quiere. ¿Por qué arruinarle la vida?

Max soltó una gran columna de humo por las fosas nasales distendidas.

—Puedes estar segura de que no volverá a suceder —dijo—. Además, no pienso arruinarle la vida y no pienso decírselo.

Linda lo miraba, haciendo un esfuerzo por dominar el temblor de sus labios.

—No le tengo confianza —dijo—. Sé reconocer la maldad. Sería incapaz de callarse...

—¡Calla tú! —replicó Max—. Frank ha vuelto para quedarse aquí. Y tú te quedarás junto a él, harás lo que él te mande, dormirás con él cuando lo desee, lo llevarás a pasear, lo afeitarás y le cuidarás la ropa, lo alimentarás. Serás sus ojos.

Linda pensó que Max estaba loco.

—¿Qué quiere decir...? ¿Ser sus ojos? Tiene los suyos, ¿no?

Max sonrió apenas. Se acercó a Linda, le asió un mechón de pelo y le dio un tirón. Linda no intentó soltarse, sino que lo miró con ojos despavoridos de terror.

—Y si intentas alguna de tus tretas, te arreglaré —dijo Max—. Advierto solo una vez, nunca dos. Si escapas, si le eres infiel, te encontraré dondequiera que estés y te quemaré su nombre en la cara con ácido. —Dicho eso, Max la soltó y levantando una mano, le dio una bofetada en la boca, haciéndola caer en la cama—. Qué ve en una vagabunda como tú, no lo sé, pero siempre fue un tonto en materia de mujeres. Bien, te quiere, y te tendrá. No le queda nada más.

Al alejarse Max hacia la puerta Linda se sentó en la cama, con la mano sobre la boca. Max abrió la puerta y salió al descanso de la escalera, desde el cual gritó:

—Te espera, Frank.

Linda seguía sentada en la cama, sin moverse, contemplando la puerta abierta, escuchando los pasos lentos y sin fuerza que subían. Cada vez sentía más miedo.

Frank entró en el cuarto, entonces. Tenía los ojos ciegos cubiertos por anteojos oscuros y llegó a la cama con ayuda de un bastón.

Miraba sin ver por encima de la cabeza de Linda. Su cara gorda y pálida reflejaba su deseo, impaciente y largamente contenido.

—Hola, Linda —dijo, buscándola a tientas—. He vuelto a casa.

Las dos semanas siguientes fueron una pesadilla para Linda. No las olvidaría en el resto de su vida. No tenía tregua para las constantes exigencias de Frank. Cuando no la manoseaba con repugnantes caricias o le hacía el amor, igualmente repugnante, pedía que le leyese, que lo llevase a pasear en automóvil, que lo sirviese sin cesar. Su ceguera empeoraba su genio, de por sí cruel, y Frank descargaba toda su amargura en ella. Como no podía ver ya su belleza, Linda perdió toda influencia sobre él. Se negaba a comprarle ropa, cuando en el pasado, Linda no dejaba pasar un día sin añadir algo a su enorme guardarropa.

—Usa lo que tienes —gritaba de mal modo—. No te veo con tu ropa nueva, así que, ¿qué importa?

Mucho peor aún era que controlaba todos los gastos y se había vuelto avaro, disminuyendo las compras y sin dar a Linda un centavo.

Estaba desesperada, pero no se atrevía a dejarlo. Max era capaz de cumplir su amenaza. No tenía un minuto de vida para sí y no podía moverse sin oír de inmediato los golpes rítmicos del bastón de Frank y su voz lastimera preguntando dónde estaba.

Linda ansiaba volver a ver a Eddie y volcaba la relación de todos sus sufrimientos en cartas histéricas, interminables.

Eddie también sufría. Hasta que se separaran, nunca había sospechado lo enamorado que estaba de Linda. Como no se animaba a aproximarse a la casa, se volvió taciturno, dormía mal y pensaba sin cesar en los encantos de Linda. Sus

actividades y en consecuencia sus ingresos se vieron muy perjudicados.

Una tarde, unas dos semanas después de la dramática aparición de Max en el dormitorio de Linda, estaba sentado en una cafetería pasando una hora libre antes de visitar a una de sus clientas de edad, cuando notó la presencia de una muchacha que se sentó no lejos de él.

Había poca clientela, solo Eddie y la muchacha. Eddie la estudió. Vestía modestamente, pero sus ropas eran cuidadas. Bajo su sombrerito una mata de pelo oscuro luchaba por escapar. Usaba anteojos de carey y a pesar de no llevar maquillaje, era atrayente. Pero, Eddie había visto tantas mujeres hermosas y cautivantes en su vida, que esa muchacha pobre y de aspecto ingenuo, mal podía interesarle. Sin embargo, advirtió que a pesar de las ropas raídas tenía una figura excepcional y sus piernas largas y esbeltas atrajeron su atención por un instante, antes de volver a concentrarse en su diario...

Oyó a la muchacha dirigirse al encargado del mostrador, un hombrecito calvo llamado Andrew con quien Eddie tenía cierta amistad.

—Deseo trabajar unas pocas horas —dijo con una voz tranquila y bien modulada—. ¿No sabe de nadie que necesite compañía para la noche o que le cuiden los niños?

Andrew, amigo de ayudar a la gente cuando podía hacerlo, pasó un trapo por el mostrador, arrugó la frente y reflexionó.

—La verdad es que no —dijo por fin—. La mayoría de la gente en esta ciudad no tiene niños y no necesita compañía. Es una ciudad bastante alegre. No sé si me explico.

—Yo tengo trabajo —dijo la muchacha mientras revolvía su café—, pero no gano mucho y pensé que algún empleo durante la noche podría ayudarme un poco.

—Sí, comprendo —dijo Andrew, rascándose la cabeza—. La verdad es que no sé de nadie que necesite emplear a alguien, pero si me entero le avisaré.

—¿Me hará ese favor? —preguntó la muchacha, más contenta—. Se lo agradeceré mucho. Me llamo Mary Prentiss. ¿Se lo escribo? Vivo en East Street.

Andrew encontró un lápiz y un papel.

—Si hubiese algún ciego que necesite compañía —siguió diciendo la muchacha mientras escribía— yo me especialicé en ciegos...

—Comprendo, pero en Santo Río no hay ciegos. Por lo menos, no conozco a ninguno —dijo Andrew—. De todos modos, yo mantendré los ojos bien abiertos.

Eddie la miró alejarse, se empujó el sombrero sobre las cejas y se quedó pensando en lo que se le había ocurrido de pronto. Con una sensación de creciente entusiasmo decidió que su idea era brillante.

—Dame la dirección y el nombre de la chica, Andrew —dijo, y bajó de su taburete—. Sé de un ciego que se muere por un poco de compañía femenina.

A las once de esa misma noche, Eddie se encontró con Linda, que lo esperaba en un

lugar de cita bien solitario y apartado, a menos de medio kilómetro de su casa.

Terminadas las efusiones, desenfundadas y llenas de pasión, Eddie la atrajo hacia sí sobre la arena y empezó a hablarle.

—Mira, mi amor. No tenemos mucho tiempo. La droga que te mandé no lo mantendrá quieto por mucho tiempo, pero lo suficiente como para que te hable de la idea que tengo.

—Estaba esperando que se te ocurriese algo —dijo Linda, retorciéndose las manos—. Si no hubiese creído que ibas a pensar en algo, ya me habría suicidado.

Eddie murmuró palabras comprensivas, a pesar de tener la certeza de que Linda no era la clase de mujer que se suicida.

—Los dos hemos vivido un infierno —dijo—, pero aunque mi idea no es una solución total, será útil. Encontré a una muchacha que busca un empleo como acompañante de enfermos. Debes persuadir a Frank de que un cambio de vez en cuando le hará bien... me refiero a un cambio de compañía. Convéncelo de que empleen a esta muchacha dos o tres noches por semana para que vaya y le lea en voz alta.

Linda se volvió y le dirigió una mirada de furia.

—¿Llamas a eso una buena idea? ¿Qué pasará conmigo? ¿Crees que me dejará alejarme aun cuando tenga una acompañante?

Eddie sonrió.

—En ese aspecto te equivocas, mi amor. Olvidas una cosa. El hombre está ciego. No puede ver lo hermosa que eres y su interés disminuirá, a menos que lo ayudes a mantener fresca su memoria, cosa que desde luego, no harás. Tarde o temprano querrá oír otra voz, tener a alguien diferente cerca, por loco que esté por ti en este momento. He hablado con esta muchacha. Tiene una voz agradable, aunque no es muy bonita. Pero lo que es más importante es que tiene una figura extraordinaria. No tanto como la tuya, pero muy aceptable. Le insinué que podría hacer por él algo más que dar le su compañía y que se le pagará bien. Se quedó muy tranquila. Apuesto que después de algún tiempo Frank querrá estar a solas con ella. Por lo que me cuentas de él, no le basta quedarse quieto y escuchar cuando le lees algo todas las noches. Intentará acariciarla, siempre que tú no molestes. No tardará en proponerte que vayas al cine, o a caminar, o algo por el estilo, y si te dejas persuadir un poco, irás. —Eddie la estrechó con fuerza—. Y me encontrarás a mí esperándote, cada vez que puedas escapar. No, no me interrumpas. Déjame terminar. Llevará tiempo, pero no hay una alternativa. Hay que evitar que este hombre Max se entrometa. Me da miedo. A pesar de que no me asusto con tanta facilidad —añadió Eddie. No deseaba que Linda creyese que era un cobarde—. Pero cuando alguien usa un cuchillo como lo hace él, me da miedo, y el miedo no se me va. Una vez que Frank se acostumbre a la idea, podremos buscarle una cantidad de mujeres que lo entretengan. Costará dinero, pero en este momento gano mucho y estar contigo solo un día vale todo el dinero del mundo. En un par de meses, si juegas bien tus cartas, estará contento de deshacerse

de ti. Entonces podremos irnos de esta ciudad sin que Max se enoje. ¿Qué opinas?

Linda reflexionó. Era tan tonta que no le agradaba mucho la perspectiva de aceptar una rival en su casa. Una actitud semejante a la del perro del hortelano le hacía rebelarse contra la idea de que otra mujer gozase del lujo de la casa, pero si conseguía escapar de las garras de Frank, ese era el único camino, a menos que...

—Ojalá estuviese muerto —murmuró entre dientes—. O que alguien me liberase de él.

—Debes borrar esa idea de tu cabecita linda —dijo Eddie con gran firmeza—. Si no fuese por Max, sería posible algo así, pero si le sucediese algo a Frank, Max sabría bien dónde buscar. No pienso correr ese riesgo por ti ni por nadie.

Aunque de mala gana, Linda accedió a probar el plan de Eddie.

Y con cierta sorpresa de su parte, el plan dio los resultados previstos.

Al cabo de una semana de preparar el terreno con gran cuidado Linda sugirió a Frank la idea de contar con alguien que le leyese en voz alta y a continuación pasó a describir a Mary Prentiss, a quien no había visto aún, en términos tan elogiosos que Frank mordió inmediatamente el anzuelo.

Durante la última semana se había mostrado irritable y malhumorada, eludiendo los manoseos de Frank, y rezongando y respondiendo de mal modo tal como lo había sugerido Eddie, hasta que Frank comenzó a dar muestras de cansarse de su voz quejumbrosa. La idea de que viniese otra mujer a la casa empezaba a interesarle.

Mary Prentiss fue a la noche siguiente y Linda se preocupó por esperarla junto al portón, para tener la oportunidad de hablar con ella antes de que viese a Frank.

Tuvo una agradable sorpresa al ver la pobreza del atuendo de la muchacha que se acercaba por la angosta senda de la playa. La consolaba pensar que no era una rival peligrosa. De haber podido verla, Frank, no la habría mirado dos veces. A Linda le divertía mucho el estado de excitación en que estaba Frank al imaginar que la nueva acompañante era tan hermosa como ella.

«Ese gordo tonto se caería desmayado si la viera», pensó con desdén.

Mary Prentiss había conseguido adoptar un aspecto de mujer fea, aunque sus ojos verdes seguían siendo bonitos. Pero la ropa opaca, la falta de maquillaje y el peinado poco sentador bastaban para neutralizar el efecto de sus ojos.

Cuando estuvieron junto a Frank, le llamó la atención a Linda ver la palidez y expresión desencajada de Mary. Temió por un instante que se desmayase, pero la muchacha pareció dominarse. Un poco perpleja aún, Linda los dejó a solas.

Después de retirarse Mary, advirtió un gran cambio favorable en Frank. Estaba más alegre, menos exigente y lleno de entusiasmo.

Durante toda la semana siguiente Mary fue todas las noches a leerle en voz alta y en conformidad con las instrucciones de Eddie, Linda estaba siempre presente. Observaba a Frank, observaba su estado de creciente inquietud, su falta de interés en los libros que le llevaba Mary Prentiss para leerle en voz alta. La muchacha se mostraba tan impersonal como una enfermera. Cada vez que la mano de Frank

buscaba a tientas tocarla, Linda le preguntaba con tono perentorio si deseaba algo. Frank se apresuraba entonces a retirar la mano y su cara gorda y sensual se ponía sombría de fastidio.

Una semana más tarde se cumplió la predicción de Eddie.

—Estuve pensando —dijo Frank sin mayores rodeos una tarde—. No sales nunca. No está bien que te quedes conmigo noche tras noche cuando hay alguien que me lee libros. Vete al cine esta noche. Te hará bien un cambio.

Esa noche, cuando llegó Mary Prentiss encontró a Frank a solas.

—¿No está la señorita Lee esta noche? —preguntó en voz baja. Luego acercó una silla, tomó un libro y se dispuso a leer.

—No —contestó Frank y sonrió—. Hace tiempo que tenía ganas de estar contigo... a solas. Sabes por qué, ¿no?

—Creo que sí —dijo Mary Prentiss, apartando su libro.

—Ven aquí —pidió Frank. De pronto se le había congestionado la cara.

Estaba junto al sillón de Frank y le permitió palparle el cuerpo. Había en su rostro una expresión de intensa repugnancia y horror, pero se quedó inmóvil, con los ojos cerrados y la boca apretada. Era como si una araña repulsiva y sucia estuviese recorriendo su piel con patas obscenas, velludas.

Bruscamente se apartó de Frank.

—No, por favor —dijo con firmeza—. Aquí, no. Tengo un código de conducta. En la misma casa, no... Estoy pensando en la señorita Lee.

Frank apenas podía creer lo que oía.

—¿Qué tiene que ver ella? —preguntó con voz anhelante.

—Estamos en su casa —respondió Mary Prentiss en voz baja. Sus ojos no dejaban de observar a Frank con desesperada intensidad, como si tratase de adivinar lo que pensaba.

—En cambio en mi casa... suspiro —y calló.

—No seas tonta —dijo Frank, levantándose de su sillón—. Es también mi casa. Al diablo con Linda. ¿Qué hizo ella por mí, salvo gastar mi dinero? Ven. Te deseo.

—No —replicó con tono firme—. Pero si vienes a mi casa será diferente. Allá no tendré escrúpulos, en cambio en esta casa...

—Está bien —dijo Frank, riendo—. Hace tiempo que no salgo. Vamos. Linda no volverá hasta medianoche. ¿Dónde vives?

—En East Street —respondió Mary Prentiss. Sus ojos verdes relucían—. Tengo mi auto.

Frank logró asirla e intentó besarla. Por un instante ella creyó no poder dominarse y se apartó, estremeciéndose, pero sin mostrar el horror que la invadía, pudo decir:

—Todavía, no. Todavía no... pronto, pero todavía, no.

—Vamos, entonces —dijo Frank, impaciente. No estaba habituado a obedecer a las mujeres. Volvió a tomarla del brazo y se dejó guiar fuera de la casa y luego por la senda de la playa. Mary Prentiss tenía un Chrysler negro estacionado entre las

sombras, lejos de la casa.

—¿Cómo puedes mantener un auto como este? —le preguntó Frank con tono suspicaz, al palpar el tapizado del asiento y advertir los sólidos resortes y el espacio para las piernas.

—Me lo prestaron —dijo ella con la misma voz fría y sin inflexiones. Puso en marcha el automóvil y se dirigió a buena velocidad hacia las luces de la ciudad.

—¡Cómo extraño mis ojos! —exclamó Frank de pronto—. Nunca sabrás lo que significa que lo lleven a uno sin poder ver nada, ni saber adónde va. —Después de cavilar un momento, añadió—: Es como si lo llevaran a uno a su ejecución.

—¿En serio? —preguntó ella—. Aferraba el volante con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos.

—Corre, mi amor —dijo él—. Verás qué buen amante soy. —Bajando el tono, preguntó—: ¿Tienes experiencia?

Llena de repugnancia, ella se apartó un poco.

—Ya lo verás —respondió—. Lo verás muy pronto.

Recorrió rápidamente Ocean Boulevard y se detuvo debajo de un farol en la calle principal. La gente que acudía a los teatros pasaba rugiendo junto a ellos y las aceras estaban llenas de transeúntes.

—¿Por qué te detienes? —le preguntó él con impaciencia, al oír el ruido del tránsito y el murmullo de la gente—. ¿Llegamos ya?

—Sí. Es el fin de tu viaje.

La nota áspera de su voz hizo que Frank volviese bruscamente la cabeza y la mirase con sus ojos ciegos.

—¿Qué sucede? —preguntó él y de un manotón la tomó de la muñeca—. Si crees que puedes echarte atrás ahora... nadie juega conmigo, y... —Inesperadamente calló, al tocar sus dedos sensibles la cicatriz saliente—. ¿Qué es esto? —preguntó con ansiedad, al agitarse algo en su memoria.

—Es una cicatriz —dijo Mary Prentiss, mirándolo con fijeza—. Me corté.

La mente de Frank se puso a escarbar el pasado. Recordó entonces la cicatriz de la muchacha Blandish y se puso rígido. Su instinto para adivinar el peligro, altamente desarrollado, le ordenó huir, pero el impulso se veía neutralizado por su deseo. ¿Por qué recordar a Carol Blandish? Estaba a kilómetros de distancia.

—Conocí una vez a una chica con una cicatriz como esa —murmuró. Tenía una expresión tensa—. Estaba loca. ¡Maldita! Me dejó ciego.

—Lo sé —dijo Carol con tono suave, a la vez que apartaba su muñeca—. Y ahora, voy a matarte.

Frank tuvo una sensación glacial de escalofrío.

—¿Quién eres? —preguntó con voz temblorosa, buscando a tientas la puerta para abrir la.

—Carol Blandish. Hace mucho que espero este momento. Primero tú y después, Max —dijo, y sus dedos apretaron la muñeca de Frank como tenazas de acero.

Un pánico frenético se apoderó de Frank. De haber podido verla, sabría si estaba apuntándole con un revólver, tendría la certeza de que por uno o dos segundos no moriría de un balazo. No habría actuado, entonces, como actuó, como Carol esperaba que actuara. Pero aquella oscuridad asfixiante lo enloquecía, la certeza de estar prisionero en un automóvil con una mujer peligrosa, vengativa, demente lo volvía loco también. Su única idea fue la de alejarse de ella y mezclarse con la multitud para que no lo atrapara.

Se soltó de las manos de Carol, abrió con violencia la puerta y saltó a ciegas a la calle. Cuanto tocó la calzada con los pies echó a correr.

Carol volvió a cerrar la puerta y aferró el volante para inclinarse hacia adelante y ver la figura vestida de oscuro que corría en forma alocada hacia las luces del tránsito que avanzaba.

—Mira, Steve —dijo con un sollozo—. Aquí te lo entrego.

Frank oyó gritos a su alrededor y el chillido de frenos. Seguía corriendo a ciegas, tendiendo los brazos en medio de una tiniebla tan espesa que casi podía palparla. Luego se oyó a sí mismo gritar.

El tránsito trataba de evitar atropellarlo. Los automóviles viraban bruscamente. Las mujeres gritaban. Un policía hizo sonar su silbato.

De pronto un automóvil deportivo de color crema y rojo apareció como un bólido por la intersección y se lanzó a atravesar la calle. Eddie, un poco ebrio, no tenía la mejor posibilidad de evitar a Frank. Durante un segundo lo vio frente a él; las luces crudas de los faros sobre su cara sudorosa y aterrada. Oyó gritar a Linda:

—¡Es Frank!

Y trató de virar, apretando el freno. El guardabarro golpeó a Frank con fuerza y lo arrojó lejos, bajo las ruedas de otro vehículo que avanzaba.

En la confusión que siguió, nadie reparó en el Chrysler negro que se apartó del cordón y se alejó lentamente.

Max caminaba detrás de la enfermera por el pasillo del hospital de Waltonville. Su rostro era impasible, pero las alas de su nariz estaban distendidas y pálidas.

La enfermera le indicó que esperase y entró en un cuarto, cerrando la puerta tras de sí.

Max se apoyó en la pared y metió las manos en los bolsillos. Tenía expresión de aburrido y además sentía ganas de fumar.

Al cabo de unos instantes reapareció la enfermera y lo llamó con una seña.

Entró en la habitación y se acercó a la cama de Frank.

—Solo dos minutos —dijo la enfermera—. Está muy grave.

—¿Se muere?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué no decirle? ¿Cree que voy a llorar? —preguntó Max con

impaciencia.

Al mirar a Frank, vio que tenía un color amarillento y los labios azulados. Apenas podía respirar.

—Aquí estoy —dijo Max, lacónico. Quería terminar con eso.

Frank trató de hablar y Max debió inclinarse para captar sus palabras entrecortadas. No le agradó nada hacerlo, porque Frank tenía mal aliento.

—Fue Carol Blandish —jadeó Frank—. Dijo que primero yo y después tú. La reconocí por la cicatriz de la muñeca.

Max se irguió.

—Siempre fuiste un tonto en materia de mujeres, un gordo estúpido —dijo con amargura—. Te lo buscaste. —Luego añadió—: No me atraparé.

De pronto brotó de Frank un estertor penoso. Max lo miró y se encogió de hombros.

—Adiós, tonto —dijo.

Entró la enfermera, con una expresión de ansiedad, miró rápidamente a Frank y lo cubrió con la sábana.

Max estaba mirándola. Era joven y bonita. Dando un golpecito en el hombro a Frank, dijo:

—Con esta no vas a acostarte. —Luego empujó su sombrero hasta que le cubrió los ojos y salió.

Capítulo 7

Había una expresión satisfecha y casi alegre en la cara de Max cuando bajó los anchos escalones de la entrada del hospital. Súbitamente caía en la cuenta de que era dos veces más rico que antes de entrar allí.

Ninguno de los Sullivan había guardado sus importantes ahorros en el Banco. Sabían que era fácil para la policía investigar una cuenta bancaria y por esa razón tenían oculto su dinero en un lugar de fácil acceso. Lo tenía el padre de Max y ahora que había muerto Frank la parte de este pasaría en forma automática a Max. Nadie estaba enterado, salvo su padre, que no contaba. Podía pues, retirarse, abandonar ese trabajo de muerte y comprarse un comercio importante como siempre lo deseó. Le encantaba la idea.

Se detuvo al lado del gran Packard Clipper, encendió un cigarrillo y arrojó lejos el fósforo. Pensó por un instante en Carol. Frank había dicho: «Primero yo, después tú». No cabía duda de que Carol había tramado la muerte de Frank. Después de hablar con Linda, sabía de la aparición de la misteriosa Mary Prentiss y era fácil atar cabos. Pero Frank siempre había sido un tonto en materia de mujeres. Tenía que haber sido sumamente fácil tenderle una trampa. Su propio caso era diferente. Las mujeres no significaban nada para él. Si Carol Blandish intentaba algo, lo lamentaría mucho. La aplastaría con tanta frialdad como había aplastado a muchos más que se le habían cruzado en el camino.

Tenía tanta confianza en su capacidad para cuidarse que no tardó en olvidarse de Carol. No, con la muerte de Frank terminaba ese episodio. Y también terminaba la era de los hermanos Sullivan. Max Geza estaba por renunciar a su categoría de matón profesional para transformarse en un aficionado a los pájaros. Sería interesante ver cómo le iba.

Arrojó lejos su cigarrillo antes de terminar de fumarlo y empujándose el sombrero sobre los ojos abrió la puerta del automóvil. Luego se detuvo y frunció las finas cejas en una expresión perpleja.

Sobre el asiento delantero, casi debajo del volante, había una orquídea magnífica de color escarlata.

Se quedó mirando la flor, sin cambiar de expresión, aunque estaba sorprendido. Luego la recogió y la hizo girar entre sus dedos. Era una flor demasiado costosa como para que cualquiera la dejara a través de la ventanilla y sin motivo aparente. ¿O acaso había una razón? ¿Tenía algún significado? La mente de Max era muy receptiva al peligro. Levantó la mirada e inspeccionó la calle en ambas direcciones, pero al no ver nada que despertase sus sospechas, se encogió de hombros. Arrojó la orquídea a la alcantarilla, subió a su automóvil y apretó el pedal de arranque. Sin embargo, no puso en marcha el motor. Se quedó mirando fijamente por el parabrisas, con la misma expresión pensativa. No le agradaban los misterios. No podía llamarse a eso un misterio, en realidad, pero era algo raro. En una época, Frank y él solían

colgar dos cuervitos de lana negra en el picaporte de la puerta de sus futuras víctimas. Una o dos veces se ahorraron el trabajo de matarla, ya que el destinatario de los dos cuervitos se había suicidado, pero el gesto era teatral y sórdido, por lo cual Max dejó de ponerlo en práctica. Los gestos de amenaza quitaban dignidad a la tarea. ¿Era la orquídea escarlata el símbolo de una amenaza? Si lo era, quienquiera que la hubiese dejado caer en el asiento debía cuidarse mucho. No le gustaban esas bromas. Se tocó la nariz afilada y pálida, bajó del automóvil y levantó la flor. Luego de mirarla otra vez, se la puso en el ojal de la solapa, apretó otra vez el pedal de arranque y se alejó.

Sobre una colina con vista a la magnífica bahía de Santo Río había una casa de troncos de pino de dos plantas, rodeada de infinidad de palmeras y arbustos en flor. Era un lugar melancólico, gastado por el tiempo, raído y solitario. Sobre el portón de madera colgaba un letrero que decía: *Kozikot*. Max nunca se había tomado el trabajo de retirar el letrero, a pesar de que cada vez que llegaba a la casa le provocaba risa.

Esa estructura de madera era su casa. Rara vez la visitaba, pero era conveniente tener un lugar donde guardar sus pocas pertenencias personales y su dinero. Además era un hogar para su padre, Ismi Geza: que estaba ya viejo. Ismi había sido payaso de circo durante treinta de sus sesenta y cinco años. Todavía tenía aspecto de payaso cuando avanzó lentamente por el sendero de acceso a la casa. Era encorvado y calvo y tenía una expresión melancólica. Su tez era áspera como papel de lija como consecuencia del uso constante de pintura blanca ordinaria, el uniforme de su profesión. Arrastraba un poco una pierna, después de un ataque cerebral que había puesto fin a su carrera circense. En aquella cara carnosa y melancólica no había el menor parecido con el hijo, e Ismi tampoco lo habría deseado así.

Temía tanto a Max como había temido a su mujer, madre de Max. Él se parecía a ella tanto en sus gestos como en su carácter. No era parte de la naturaleza de Ismi ser cruel. Era un hombre sencillo y amante de la paz y se encontraba a sus anchas únicamente cuando vivía en soledad.

Estaba por entrar en la casa cuando oyó aproximarse un automóvil por la carretera secundaria. Se detuvo entonces, volvió la cabeza y miró con ojos aprensivos. Hacía tres meses o más que no llegaba nadie por ese camino y el ruido lo alarmó.

El Packard negro se detuvo fuera del portón y Max bajó de él. Marchaba con las manos metidas en los bolsillos de su gabán, el sombrero bien encasquetado sobre la nariz y la orquídea escarlata en el ojal. Tenía un aire obstinado y amenazador e Ismi lo miró atentamente. Recibía con temor esas visitas. Max aparecía sin aviso e Ismi nunca sabía cómo iba a actuar, cómo lo trataría su hijo.

Max miró el nombre sobre el portón un instante y luego se acercó por el sendero del jardín.

De inmediato, Ismi reparó en la orquídea y se quedó mirándola, con la sensación de que sucedía algo, o de que estaba por suceder algo desagradable que alteraría el

curso tranquilo y apacible de su vida. Max nunca había usado flores en el ojal. Sin duda tenía que haber sucedido algo para que su hijo llevase una flor en el ojal.

Padre e hijo se miraron al llegar Max a los escalones de acceso a la puerta de la casa.

—Murió Frank —dijo Max lacónicamente—. Lo atropelló un camión.

Aunque Ismi había odiado a Frank, se mostró impactado. Estaba él mismo demasiado próximo a la muerte como para oír mencionarla sin aprensión.

—Espero que no haya sufrido —fue todo lo que atinó a decir.

—El camión le aplastó el pecho y tardó dos horas en morir —comentó Max y olió la orquídea—. Saca tus conclusiones.

En ese momento el viejo cayó en la cuenta de lo que podía implicar la muerte de Frank.

—¿Quiere decir que todo terminará aquí? —preguntó, lleno de ansiedad. Sabía que Frank y Max eran los hermanos Sullivan. Max se había complacido en decírselo, en describir los diversos asesinatos cometidos, en contemplar el horror del viejo, cuidadosamente disimulado.

—Sí —dijo Max—. Ahora tengo su dinero además del mío. Acordamos que si uno de nosotros moría, el otro sería su heredero. Soy rico.

Ismi se frotó la calva con un gesto nervioso.

—¿Significará algo para mi vida?

—No lo sé —respondió Max, indiferente—. No he tenido tiempo de pensar en ti. Me ocuparé más tarde de tus pequeños problemas.

Después de subir por los escalones se detuvo junto a su padre. Tenían la misma talla, a pesar de estar Ismi tan encorvado.

—Pienso dedicarme a los negocios —siguió diciendo Max—. Si encuentro algo para que hagas, te emplearé. Si no, puedes quedarte aquí. ¿Quieres quedarte aquí?

—Sí, me gusta vivir aquí —afirmó Ismi—, aunque claro está, si puedo serte útil...

Max se apoyó en una columna de madera de la galería.

—Ya estás senil —dijo en voz baja—. Te falla el cerebro. ¿No te llama la atención que a alguien como Frank lo haya atropellado un camión?

Ismi se quedó pensando en eso y de inmediato advirtió que debería haberse sorprendido. Le alarmaba ver que era verdad lo que decía Max. Estaba viejo. Le fallaba el cerebro.

—No se me ocurrió —dijo, mirando a Max de soslayo—. Sí, tiene que haber sucedido algo.

Max le habló sobre Roy Larson, y sobre la necesidad de matar a Steve para que no hablase. Carol había dejado ciego a Frank, lo había seguido hasta Santo Río y había tramado su muerte.

Ismi permanecía al sol, silencioso e inmóvil, con la vista baja, las manos venosas entrelazadas, esperando.

Max habló en forma lacónica y con tono bajo.

—Las últimas palabras de Frank fueron la advertencia de que yo sería el próximo. Está aquí. En esta ciudad. ¿Qué opinas?

—Querría que no me lo hubieses dicho —dijo Ismi y entró en la casa.

Max frunció los labios, se encogió de hombros y volvió al automóvil. Recogió de él sus dos valijas y entró a su vez en la casa. Luego subió a su cuarto por las escaleras cubiertas por un alfombrado polvoriento y una vez allí cerró la puerta de un puntapié y dejó las valijas en el suelo.

Era un cuarto amplio, con pocos muebles y con vista a la bahía lejana. Reinaba allí un ambiente de lugar deshabitado que habría afectado a cualquiera, excepto a Max. Para él esas cosas no significaban nada.

Permaneció unos instantes escuchando junto a la puerta y luego la cerró con llave. Se acercó entonces a un armario de gran tamaño, lo abrió e hizo deslizar un panel en el piso del mueble. Durante la media hora siguiente se dedicó a contar billetes de cinco y diez dólares, todos apilados en fajos con cien billetes cada uno. Se repetía que era un hombre rico, libre de hacer lo que quisiera y si bien su expresión era impasible, como siempre, sus ojos brillaban de entusiasmo.

Cuando bajaba por la escalera al piso bajo oyó sonar el teléfono. Se detuvo a escuchar la voz de su padre que respondía al llamado.

Ismi no tardó en aparecer por el pasillo y miró a Max, parado aún en la escalera.

—Llamaron por el funeral de Frank —dijo. Su expresión era extraña—. Sería mejor que hablastes tú con ellos...

—¿Ellos? ¿Quiénes? —preguntó Max con impaciencia.

—El encargado de las pompas fúnebres. Tiene algo que ver con las flores.

—No me interesa —dijo Max y siguió bajando la escalera—. Diles que lo entierren como quieran. No quiero que me molesten. Les pagué ya. ¿Qué más pretenden?

—Dicen que entregaron allí muchas flores y quieren saber si deben depositarlas sobre la tumba —aclaró Ismi.

La expresión de Max era pensativa.

—¿Qué clase de flores? —preguntó en voz baja.

—Orquídeas. Orquídeas de color escarlata. No les parecen muy apropiadas para un entierro.

Max retiró de sus labios el cigarrillo y lo contempló un segundo. Sabía que su padre tenía deseos de decir algo más y por su expresión notaba que temía decir lo.

—Habla —ordenó con voz cortante.

—Dicen que había una tarjeta entre las flores —murmuró Ismi y de pronto, calló.

—¿Y qué decía la tarjeta?

—De Carol Blandish y Steve Larson —respondió Ismi.

Max arrojó su cigarrillo al jardín. Se dirigió luego a la puerta, con una expresión lejana en los ojos.

—Diles que no me molesten —dijo con el mismo tono lacónico y salió de la casa, para dirigirse al Packard.

Con mucho disimulo, miró todos los rincones del jardín, y hacia la bahía. Había en su actitud una inmovilidad de felino alerta y le brillaban los ojos.

Nada se movía, pero tenía la sensación de que lo observaban. No sentía aprensión, sino una intensa furia. Se quitó la orquídea del ojal de la solapa y muy despacio la fue desgarrando. Los trozos se esparcieron por el sendero de arena. Luego subió al Packard y lo condujo al garaje de los fondos de la casa.

—Me iré mañana —dijo Max a Ismi, que estaba levantando los platos de la comida—. Creo que me instalaré en Chicago. Allí hay alguien que quiere vender su negocio y si me pide un buen precio, se lo compraré. La última vez que visité el local, tenía más de cien variedades de pájaros y además hay una buena vivienda en el piso alto. Podrías ir allá y ocuparte de la casa, si lo deseas.

Ismi apiló los platos y fuentes en una bandeja.

—No me gustaría volver a vivir en una gran ciudad —dijo después de titubear un poco—. ¿No te importaría que siga viviendo aquí?

Max bostezó y estiró las piernas hacia el fuego de troncos.

—Como quieras —dijo. Quizás era una ventaja deshacerse ya del viejo. Tenía muchos años y no tardaría en ser una carga.

—En ese caso creo que me quedaré —dijo Ismi y levantó la bandeja. Iba hacia la puerta cuando un perro comenzó a aullar en forma lastimera en algún sector del jardín. El viento empezaba a soplar y arrastraba el sonido hasta más lejos de la casa y en dirección a la bahía.

Max miró la puerta por sobre el hombro y escuchó.

—¿Por qué aúlla? —preguntó, irritado.

Ismi llevó la bandeja a la cocina, agitando la cabeza. Mientras lavaba los platos no dejaba de oír los constantes aullidos. Lo ponían nervioso. Nunca había oído aullar así a ese perro y después de guardar la vajilla, decidió salir al jardín.

Muy alto sobre los pinos brillaba la luna, aunque su cara amarilla estaba parcialmente oculta por unas nubes ligeras. El viento hacía susurrar los arbustos y todo el jardín parecía estremecerse de murmullos.

Ismi recorrió el sendero hacia la perrera. Al oírlo aproximarse el perro dejó de aullar y lloriqueó.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Ismi y luego escudriñó la penumbra mirando hacia atrás. Creyó ver un movimiento cerca de la casa y cuando el perro volvió a lloriquear, miró con más atención. Solo había una masa de sombras oscuras y con cierta aprensión se dijo que había imaginado ese movimiento, pero esperó para ver si volvía a percibirlo. Al cabo de unos minutos resolvió volver a la casa. Cerrar la puerta y echarle el cerrojo fue un gran alivio.

Max seguía instalado junto al fuego. No habló, ni tampoco se volvió. Un prolongado silencio reinaba en el cuarto. Los únicos ruidos era los del viento al gemir

en torno de la casa y los débiles lloriqueos del perro. Ismi, no obstante, estaba tenso y escuchaba. Al cabo de unos instantes creyó oír pasos leves arriba. Miró rápidamente a Max, pero este no daba señales de haber oído nada y por ello el viejo vacilaba en hablar.

En algún lugar de la casa crujió un tablón y el ruido fue seguido por otro, como si alguien rascase algo. Si Ismi no hubiese estado escuchando, el ruido habría sido casi imperceptible.

Al volver a mirar a Max sus miradas se cruzaron. Max también escuchaba.

—¿Oíste algo? —preguntó Max, irguiéndose en su silla.

—Creo que sí —aventuró Ismi.

Max levantó una mano y los dos prestaron atención. Pasaron segundos sin que oyesen nada. El viento había amainado y el silencio era tan total que Max alcanzaba a oír la respiración de Ismi.

Max hizo un movimiento de impaciencia.

—¿Qué diablos me pasa? —murmuró, a la vez que se inclinaba a atizar el fuego con una barra de hierro, pero Ismi hizo un gesto que lo hizo quedarse inmóvil.

Esa vez los dos oyeron los leves pasos. Con un gesto decidido Max metió una mano en el bolsillo de su chaqueta y sacó su revólver.

—Quédate aquí —dijo a Ismi en un susurro y luego se alejó sigilosamente. Avanzaba como una sombra y antes de abrir la puerta apagó la luz.

Una vez en el pasillo oscuro se detuvo a escuchar. No oyó nada y comenzó a subir por la escalera. No estaba aún convencido de que hubiese alguien en la casa, pero no pensaba correr riesgos. La casa era vieja y el viento solía engañar. Además la vieja madera de los tablones solía crujir sin que nadie lo pisase. En todo caso, convenía cerciorarse.

Cuando llegó al tope, escuchó una vez más, encendió la luz y caminó con paso rápido hacia su cuarto, donde abrió la puerta de par en par antes de entrar. El cuarto estaba vacío y todo en su lugar habitual, pero al acercarse al armario oyó al perro aullando otra vez, y corrió a la ventana. Por un instante no vio nada. Luego la luna apareció entre las nubes e iluminó débilmente el jardín. Creyó ver una sombra en movimiento y miró atentamente, pero en aquel momento la luna volvió a ocultarse detrás de una nube.

Sentía un súbito terror. Corrió al armario y lo abrió. Una mirada le bastó para comprobar que el escondite había sido descubierto y que le habían robado todo el dinero.

Paralizado de sorpresa, miraba con los ojos muy abiertos el hueco vacío. La respiración pasaba con trabajo por su garganta y se sentía mareado, a punto de desmayarse.

Dio unos pasos lentos, los de un viejo. Los dedos que buscaban a tientas dentro del hueco estaban helados. Al palpar algo suave, lo levantó y supo qué era antes de llevarlo hacia la luz. Con un grito repentino, ronco, el de un animal herido, arrojó la

orquídea al suelo y la aplastó con el taco. Al mismo tiempo se golpeaba la cabeza con los puños, enloquecido de furia.

Ismi lo encontró revolcándose en el suelo, en una especie de ataque, con el rostro rasguñado y sangrando y los labios cubiertos de espuma.

El único elemento por el que se destacaba el Hotel Palm Bay era su enorme cartel de luces de neón, visible prácticamente de todas partes de Santo Río. Merced a ese cartel los visitantes de la ciudad que llegaban por la noche confundían ese hotel con uno de lujo, o por lo menos, de primera clase.

De día el aspecto de ese edificio disperso de ladrillo, con sus cuatro pisos, se veía como lo que era, un hotel de tercera categoría, sucio y de mala fama. Durante la noche, en cambio, ocultaba su mezquindad bajo el cartel de neón y atrapaba así a turistas desprevenidos. Sin duda esos turistas no solían alojarse más de una noche, pero es posible manejar un hotel de aves de paso siempre que haya buen número de ellos y que los precios sean exorbitantes.

El Palm Bay contaba además con un número de huéspedes permanentes. Representaban las capas más bajas de la sociedad de Santo Río, pero de vez en cuando pagaban sus cuentas y mediante su apoyo y la extorsión bien aplicada a los que pasaban una sola noche, el hotel marchaba bastante bien, no obstante competir abiertamente con algunos de los establecimientos más selectos y lujosos de la región.

Durante su primera visita a Santo Río, Eddie Regan se dejó deslumbrar por el cartel del Palm Bay y alquiló un cuarto. No tardó en comprobar que se trataba de un hotel de tercera clase, pero como por el momento, él mismo entraba dentro de esa categoría, no se retiró. Para cuando alcanzó algún éxito en sus actividades habituales estaba tan acostumbrado al hotel que decidió alojarse allí en forma permanente. Tomó, pues, uno de los pocos departamentos y lo amuebló con las ganancias obtenidas en su primer intento de chantaje. En comparación con el decorado lóbrego de las demás habitaciones, el departamento había sido transformado en un oasis de lujo. De inmediato Eddie pasó a ser el huésped predilecto de la gerencia y objeto del trato que correspondía a tal posición.

Esa noche, una media hora antes de que Max hubiese descubierto el robo de su dinero, Eddie estaba sentado en el bar oscuro y sucio del hotel, bebiendo *whisky* y con una sensación de soledad.

Todos en el hotel sabían que había sido la causa directa de la muerte de Frank. Sabían, además, que Frank había mantenido con gran lujo a Linda y que Eddie era su amante. No había mucho que el personal y los residentes del Palm Bay no supiesen sobre el prójimo. Eddie sabía que estaban al tanto de toda su vida.

Sabían, inclusive, que la policía estaba tratando de decidir si Eddie había matado deliberadamente o no a Frank. El fiscal pensaba que un jurado no creería nunca que Eddie había llegado casualmente al lugar en el momento mismo en que Frank corrió a

ciegas por la calle. El fiscal, por el contrario, estaba pronto a creer cualquier cosa cuando se trataba de un hombre listo como Eddie. El móvil era obvio, pero la evidencia, demasiado escasa.

Ni Linda ni Eddie habían mencionado al fiscal la existencia de Mary Prentiss. Si mencionaban a aquella misteriosa mujer la policía podría sospechar en forma totalmente injusta y apresurada que ellos habían actuado en colaboración con ella. Cuando el fiscal la interrogó, Linda le explicó que Frank le había sugerido que fuese al cine, cosa que hizo «muy de mala gana», según aseguró con lágrimas en los ojos, dejándolo a solas.

Durante su recorrido por el centro de la ciudad se había encontrado con Eddie y ¿qué más natural que compartir la mutua compañía? No, no tenía la menor idea del motivo del arribo de Frank a la ciudad, ni tampoco sabía explicar por qué medios había llegado. Se las arregló muy bien durante la entrevista y cuando se plantearon preguntas enojosas acerca de su relación con Frank y con Eddie representó tal comedia de histerismo que el fiscal se alegró de despedirla de su despacho.

La muerte de Frank presentaba un bonito problema y el fiscal seguía perplejo y rascándose la cabeza al reflexionar sobre él.

Eddie decidió que sería conveniente separarse por algún tiempo, hasta que la policía perdiese todo interés en ellos. Era obvio para ambos que no podían seguir viviendo en Santo Río, y Linda estaba ocupada guardando su ropa y eligiendo sus mejores muebles para poder abandonar la ciudad tan pronto como la policía la autorizase.

Cuando Eddie se enteró de que Frank no había **dejado** ningún dinero a Linda, se escandalizó. Hasta el día de la muerte de Frank, había estado en la cómoda situación de disfrutar de los encantos de Linda sin tener que pagar **por** ellos. En ese momento no solo debía mantenerse, sino además mantener a Linda. Los gustos extravagantes de Linda comenzaban a fastidiarlo.

Mientras bebía lentamente su *whisky* con soda cavilaba sobre distintas maneras de aumentar sus ingresos. Terminó por decidir que a menos que se le ocurriese algo extraordinario que le permitiese obtener una buena suma de dinero, las cosas se pondrían muy difíciles. A pesar de haberse concentrado en el problema, no se le ocurría ningún plan. Murmurando algo y lleno de disgusto empujó su vaso vacío hacia el barman y encendió un cigarrillo.

El barman, que estaba sirviéndole otra medida de *whisky* murmuró casi junto a su oído:

—Mira bien a ese pimpollo que acaba de entrar.

Eddie hizo girar su taburete y miró hacia el vestíbulo junto a la entrada. Al ver a la muchacha que se aproximaba al mostrador de recepción dejó escapar un silbido.

Era alta y esbelta y de cara hermosísima, con el pelo más extraordinario que hubiese visto nunca Eddie. Vestía de pies a cabeza de negro, con una larga capa que le caía desde los hombros y estaba asegurada al cuello con una cadena dorada. Su

aspecto hacía detener todas las miradas por lo original. No llevaba sombrero y la única nota de color era la orquídea escarlata que llevaba prendida a la capa.

—Hasta luego, Bud —dijo Eddie al barman—. Debo investigar esto.

Después de bajar del taburete se dirigió con paso ágil a la puerta del bar, desde la que podía ver el mostrador.

Gus, empleado de recepción, un hombre flaco y de rasgos duros, con una mirada inquieta hizo un guiño a Eddie cuando la muchacha se inclinó a firmar el registro. Eddie devolvió el guiño.

El botones, que apareció como por arte de magia, tomó la valija de la muchacha y con evidente entusiasmo la condujo hasta el vetusto ascensor. La muchacha llevaba dos maletines de cuero y Eddie se preguntó qué contendrían.

Tuvo oportunidad de verla bien cuando marchó hacia el ascensor. Era pálida y se movía con desgano y Eddie tuvo la súbita sensación de haberla visto ya en alguna parte. El hecho lo intrigaba, ya que estaba seguro de que no podría haber olvidado esa cabellera de haber la visto con anterioridad. Sin embargo, la sensación persistía.

Tan pronto como la muchacha desapareció en el ascensor, fue a pedir informes en el mostrador.

—¿Quién es la extraordinaria pelirroja, Gus? —preguntó.

Gus dejó ver sus puños de camisa, no muy limpios y se pasó una mano por los ralos cabellos.

—La firma dice «Carol Blandish» —respondió, leyendo el registro—. Qué preciosura, ¿no? —Agitando luego la cabeza, añadió con un suspiro—: Ese cartel de neón es la idea más brillante que hemos tenido. Apuesto que no la habríamos atrapado si no hubiese sido por el cartel. Apuesto, además, a que se aloja solo una noche.

—Carol Blandish —repitió Eddie, frunciendo el entrecejo—. Vamos... ¿Dónde oí antes ese nombre?

—Qué sé yo... ¿Lo oíste antes, dices?

Eddie miró a Gus con ojos muy abiertos y brillantes.

—¡Por Dios! —exclamó—. ¡Es la mujer que mencionaban los diarios... la heredera! ¡Tiene millones! ¿No leíste nada sobre ella?

—Yo, no —respondió Gus, moviendo la cabeza—. Solo leo la columna deportiva. ¿Qué quieres decir con «millonaria»?

—Es verdad. Tiene millones. Y dicen que está loca.

—Eso no significa nada —dijo Gus, con aire escéptico—. Por la forma de actuar de la mitad de la gente que vive aquí, se diría que está loca, aunque no tiene millones, ¿no? —Después de meditar un poco, comentó—: Tiene buenas curvas sobre los huesos, muy buenas...

—¿Qué diablos está haciendo aquí? —preguntó Eddie, acariciándose el pelo—. ¡Es un bocado principesco! Lo que llamo trabajo combinado con placer. —De pronto hizo chasquear sus dedos—. ¿Qué número de habitación tiene, Gus? Voy a trabajar

un poco con ella. Es la oportunidad de mi vida.

—Doscientos cuarenta y siete —dijo Gus y con aire comedido añadió—: Tengo la llave maestra, si quieres.

Eddie hizo un gesto negativo.

—Nada de esos recursos. Hay que manejar muy bien esto. Hay que actuar con la suavidad de la seda. ¡Me toca trabajar con una belleza y pienso pasarlo bien!

—Tiene que ser un buen cambio después de tu trabajo con esas yeguas viejas —comentó Gus y suspirando, dijo—: Te envidio hermano.

—Sí —replicó Eddie. arreglándose la corbata—. No sé cómo no me envidio a mí mismo.

El botones dejó la valija junto a la cama, bajó las persianas y las ventanas mojadas por la lluvia se volvieron invisibles. Con una sonrisa que indicaba una disculpa, abrió de par en par la puerta del cuarto de baño, pasó a dar unos puñetazos a la cama para mostrar que tenía elástico, y luego tendió una mano llena de expectativa, como la que reflejaban sus ojos esperanzados.

Carol apenas reparaba en su presencia. Le dolía la cabeza y todo su cuerpo anhelaba descanso. Se acercó con aire fatigado al único silloncito raído y se dejó caer en él, depositando los dos maletines a sus pies.

El botones, un astuto muchacho de diecisiete años, la miró con aire de duda. Había pensado que era muy apetitosa, pero en ese momento deseaba postergar su juicio hasta recibir su propina.

—¿Desea algo más? —preguntó con un tono un tanto ansioso, pues ella parecía haber olvidado que estaba allí—. Si lo desea, puede comer aquí y hacer encender el fuego en la chimenea. Le cobrarán bastante, pero si lo desea puedo ocuparme del fuego.

Carol lo miró sobresaltada, como si lo viese por primera vez. Era como una imagen borrosa y lejana de color blanco y negro, pero sin embargo, la voz había sonado estridente a sus oídos.

—Ah, sí... el fuego —dijo, arrebujándose en su capa—. Y la cena, por favor.

El botones seguía esperando con expresión compungida.

—Enviaré al camarero —dijo—. ¿O bien le mando el menú fijo? No está mal. Yo lo como.

—Sí... cualquier cosa. Por favor, váyase —dijo ella, apretándose las sienes con las manos.

—¿No se siente bien? —preguntó el botones, curioso. Había algo raro en aquella mujer y de pronto sintió aprensión de estar a solas con ella—. ¿Quiere que le traiga algo?

Con un gesto rápido e impaciente la mujer abrió su cartera y le arrojó un billete de un dólar.

—¡No! ¡Déjeme tranquila!

El botones recogió el billete, la miró con una expresión de sorpresa y se retiró. Sintió alivio al cerrar la puerta.

—Si a alguien le interesa —dijo, sin dirigirse a nadie en particular— esa mujer está medio loca.

Durante algún tiempo Carol se quedó inmóvil. Tenía frío y las fuertes puntadas de dolor en el interior de la cabeza la asustaban. Había planeado abandonar Santo Río después de quitarle el dinero a Max, pero durante el viaje desde la colina había comenzado a sentir aquel dolor atroz en la cabeza y como no podía seguir conduciendo el automóvil decidió hacer una escala en el hotel Palm Bay. No tenía la menor idea de la clase de hotel que era, pero le llamó la atención el colorido cartel de luces de neón.

En aquel momento llegó un negro a encender el fuego y su llegada interrumpió el hilo de los pensamientos de Carol, por lo cual se levantó y fue al cuarto de baño. En ese recinto con excesiva calefacción, una ducha que **goteaba** y una bañera manchada, tuvo de pronto una sensación de mareo y debió aferrarse a un toallero para evitar caer.

Tomó conciencia de que no había comido nada desde el momento en que vio a Max abandonar el hospital y lo siguió hasta su casa. Sentada en el borde de la bañera, se aferró la cabeza hasta que oyó partir al negro y la puerta se cerró de un golpe.

Cuando llegó el camarero empujando una mesa rodante con la cena de menú fijo para Carol, Eddie acechaba en el pasillo.

Se llevaba muy bien con todo el personal y ese camarero, llamado Bregstein, era uno de sus amigos favoritos.

—¿Llevas esa comida al doscientos cuarenta y siete? —preguntó, mostrándole un billete de cinco dólares.

Bregstein miró el billete y respondió afirmativamente.

—Muy bien —dijo Eddie, metiendo el billete en un bolsillo de Bregstein—. Ve a tomar un trago. Yo entraré esa mesa. Las pelirrojas me encantan.

—Debe de trabajar mucho, hay montones de mujeres que le encantan —dijo Bregstein, guiñándole un ojo.

—Sí, pero nunca viene mal una más —replicó Eddie, tirando de su immaculado traje de etiqueta—. ¿Crees que me tomará por un camarero?

—De los que se ven en las películas —señaló Bregstein, suspirando—. Los que no tienen que costearse la ropa de trabajo. —Después de mirar a Eddie con cierto recelo, añadió—: Esto no le gustará a la gerencia, ¿sabe? Espero que no haga nada que yo no pueda terminar, ¿eh?

—La gerencia no se enterará a menos que tú se lo cuentes —dijo Eddie con aire displicente. Luego empujó el carro hasta la puerta de la habitación doscientos cuarenta y siete, golpeó con discreción y entró.

Le sorprendió un poco ver a Carol agazapada junto al fuego, aferrándose la

cabeza.

Después de acercar la mesa rodante a otra mesita se aclaró la voz y dijo:

—Su cena, señora. ¿Quiere que se la sirva cerca del fuego?

—Déjela allí, por favor —contestó Carol, sin volverse.

—¿Le acerco una silla? —preguntó Eddie. No se sentía muy seguro, ni tenía el aplomo que había contado desplegar antes de entrar en el cuarto.

—No... déjeme en paz y váyase —dijo Carol Su voz era áspera.

En ese instante Eddie vio los dos maletines en el suelo y se quedó inmóvil al leer las letras doradas estampadas en ellos: *Frank Kurt*, *Max Geza*. Miró a Carol boquiabierto y al mover ella el brazo, vio además la cicatriz saliente de su muñeca. Lo sacudió un estremecimiento al comprobar que era Mary Prentiss.

Tan atónito estaba que se retiró antes de que Carol lo mirase y lo reconociese. Una vez en el pasillo, Eddie se detuvo a reflexionar. Tenía los ojos brillantes y respiraba con trabajo. Qué situación ideal... Carol Blandish, la millonaria, haciéndose pasar por Mary Prentiss, autora de la muerte de Frank, y en posesión de los bienes tanto de Frank como de Max. Si él no era capaz de utilizar esas circunstancias en su provecho, sería hora de renunciar a su oficio y dedicarse a tejer.

Cuando Carol terminó de comer con un apetito voraz se sintió mejor, y su dolor de cabeza desapareció poco a poco. Se quitó la capa, acercó el silloncito al fuego y se puso a pasar revista a los últimos días con una sensación glacial de triunfo. Ya había arreglado cuentas con Frank y avanzado bastante en arreglar las de Max. Lo había seguido desde su partida del hospital sin que él sospechara nada. Había llegado a seguirlo hasta el piso alto de la casa y a espiarlo por un resquicio entre los paneles de la puerta de madera cuando contaba el dinero sacado del armario. Después de ver la expresión de intenso placer que le causaba su dinero sabía que le provocaría un dolor tan intenso al quitárselo como el que él le había causado a *Miss Lolly* al afeitarse la barba.

Estaba decidida a concederle unos días para que sufriese por su pérdida, antes de matarlo. Al pensar en ese momento le brillaron los ojos como ascuas y curvó los dedos como garras.

Recordó los maletines y levantó uno de ellos. Lo abrió y se quedó contemplando los fajos de billetes con una expresión de horror. Cada billete apestaba a los Sullivan y creía oír el rumor lejano de sus voces metálicas como si partiesen del estuche de cuero. Con un estremecimiento de repulsión arrojó lejos el maletín, cuyo contenido se esparció por la alfombra sucia.

En ese momento se abrió la puerta. Eddie, preparado ya para encarar la situación, entró en el cuarto. Iba a hablar, pero calló bruscamente al ver los fajos de billetes en el suelo. De inmediato reparó en el maletín abierto y cayó en la cuenta de que se trataba del dinero de Frank y de Max. La conclusión casi inmediata fue además que por lo menos el dinero de Frank pertenecía en ese momento a Linda y desde luego, a Eddie también.

Carol se volvió con rapidez al oír cerrarse la puerta y reconoció de inmediato a Eddie. No se movió, pero sus ojos verdes tenían una expresión vigilante.

Eddie agitó el dinero con el pie y la miró.

—¿Me reconoces? —preguntó sonriendo.

—Váyase —le dijo ella en voz baja.

Seguro de sí mismo, Eddie se acercó a la chimenea y se apoyó en la repisa.

—La policía busca a una chica que dice llamarse Mary Prentiss —dijo, y sacando un cigarrillo, lo encendió—. La acusan de asesinato y tienen bastantes pruebas.

—Váyase —repitió Carol. Tenía los puños apretados.

—No te colgarían. Te encerrarían, querida, durante veinte años. —Después de estudiar la punta de su cigarrillo, fijó los ojos en ella y prosiguió—: Te diré que no te gustaría la vida de prisión. Tienes ya tu experiencia de la vida en un manicomio, pero en la prisión te tratan muy mal.

—¿Por qué me dices esto? —preguntó ella.

—Mira, chiquita, no tenemos por qué hablar con tantos rodeos. No intentes engañarme. Sé que eres Mary Prentiss porque reconocí tu cicatriz. Eres la muchacha que aceptó acompañar a Frank, a quien pagué con mi dinero para que lo entretuviese, y quien tramó su muerte. No sé por qué lo mataste, pero no tardaré en descubrirlo. Además eres Carol Blandish, la millonaria, exresidente del sanatorio psiquiátrico de Glenview. Tú y yo podemos llegar a un acuerdo. Para empezar, me llevaré este dinero y luego me extenderás un cheque certificado por medio millón de dólares. Si no accedes te entregaré a la policía. ¿Qué opinas?

—No me gustas —dijo Carol, con los labios apretados—. Será mejor que te vayas.

—No hay prisa, chiquita —dijo Eddie, mostrando la blanca dentadura en una sonrisa sarcástica—. No me iré hasta que pagues. Vamos, piensa un poco, te tengo en mi poder y no hay manera de que escapes.

Carol lo miró con unos ojos que relucían contra la piel pálida.

—¡Vete! —dijo con violencia—. Y déjame en paz.

—Te doy dos horas para que lo pienses —replicó Eddie, algo desconcertado—. Pero ya que estoy aquí, me llevaré este dinero. No te pertenece.

Al inclinarse a levantarlo, Carol tomó el atizador y le dirigió un golpe en la cabeza con todas sus fuerzas.

Eddie tuvo solo tiempo para arrojarse al suelo. El atizador no lo alcanzó en la cabeza, pero cayó sobre su hombro y por unos segundos el dolor lo dejó atontado.

Pero cuando Carol se levantó de un salto logró apartarse y con una maldición giró las piernas y aferró a Carol por debajo de las rodillas, haciéndola caer sobre su propio cuerpo. Asiéndola de los brazos, la obligó a volverse de espaldas y la inmovilizó en el suelo.

—Vamos, gata —dijo con violencia—. Te enseñaré a no hacer estas cosas. —Y soltando uno de los brazos de Carol, la abofeteó en la cara con la mano abierta.

Fue un error dejarle libre el brazo, pues Carol atacó con la violencia del rayo. Fue el instinto más que otra cosa lo que llevó a Eddie a echar la cabeza hacia atrás a tiempo para salvar sus ojos. Las uñas de Carol dejaron profundos surcos en su mandíbula, haciéndola sangrar. Antes de que se recobrase de la primera sorpresa y dolor Carol se levantó y corrió hacia la puerta. Eddie tiró de la falda del vestido de seda negro y la obligó a detenerse, pero al rasgarse la seda, Carol quedó libre.

Cuando llegó a la puerta, se volvió de espaldas a ella con las manos detrás. Eddie se levantó y oyó girar la llave.

—No ganarás nada —dijo él, anhelante. La sangre de los rasguños corría por su pechera blanca—. Abre esa puerta, o te daré la mayor paliza de tu vida.

Carol retiró la llave y la deslizó por debajo de la puerta.

—Ahora ninguno de los dos puede salir —dijo en voz baja.

—Te haré pagar por esto —dijo Eddie. No le gustaba la expresión fría y cruel de la cara de Carol, ni tampoco la de los ojos relucientes—. Soy tres veces más fuerte que tú y te arrancaré el pellejo si intentas otra treta.

Carol soltó una carcajada metálica que hirió los nervios de Eddie.

—Me tienes miedo —murmuró ella y se acercó sin apartarse de la pared.

—No te muevas —le ordenó Eddie, alarmado, al recordar lo que habían dicho los diarios con una sensación de escalofríos. *Homicida...*, *fiera...*, *peligrosa*.

Pero Carol se acercaba más y más con las manos flojas a los costados y los ojos relucientes.

—De modo que vas a hacerme encerrar —dijo con tono burlón—. No lo creo. No me gusta que me encierren.

Eddie retrocedió hasta tocar la pared. Y Carol atacó antes de que estuviese parado. Sus uñas no llegaron a alcanzar los ojos, pero le cortaron la mejilla. Furioso de dolor, Eddie la agarró y por unos momentos lucharon como dos animales. Eddie apenas lograba mantener los ojos alejados de sus uñas. Cada vez que intentaba asirla de las muñecas, Carol lo esquivaba y aunque no pudo tocarle los ojos, le hizo tantos rasguños en la cara que esta se convirtió en una máscara ensangrentada.

Eddie la golpeó en el cuerpo, pero no lo soltaba. Luego la tomó de ambos brazos y se los torció en la espalda y haciéndola girar, la arrojó sobre la cama. El vestido de Carol estaba destrozado y las manos de Eddie resbalaban por su cuerpo. Carol logró volverse entonces y lo mordió en las muñecas. Al soltarla él, ella levantó las rodillas y le dio varios puntapiés.

Pero antes de que pudiese bajar de la cama, Eddie saltó sobre ella y por la fuerza de su propio peso logró inmovilizarla.

—¡Te enseñaré, gata! —Gritaba, sin aliento. Levantó un puño para golpearla, pero las manos de Carol volaron a su garganta y apenas logró él volver a asirla por las muñecas. Permanecieron así un instante, con las caras muy juntas, cada uno luchando por desplegar fuerza suficiente como para vencer al otro.

Carol era mucho más fuerte de lo que había imaginado Eddie. Otra vez sentía sus

dedos subiendo por su garganta hacia los ojos.

El pánico se apoderó de Eddie y le hizo soltar a Carol, apartarse de un salto y correr hacia la puerta. Al oír un grito agudo se volvió y la vio acercarse con esos ojos relucientes y ese tic en la cara blanca. Eddie tomó una silla y la dejó caer sobre los hombros de Carol con tanta fuerza que se destrozó entre sus manos.

Carol cayó hacia adelante y en mitad de su caída Eddie volvió a golpearla con todas sus fuerzas en la nuca. El respaldo de la silla se quebró y Eddie se quedó inmóvil, con un fragmento de madera en la mano, la cara bañada en sangre y una expresión de horror en los ojos.

«¡La maté!», pensó, y se quedó helado.

Durante cerca de un minuto se quedó mirándola. Estaba tendida frente a él, casi desnuda hasta la cintura, con la cara del color de la cera, el vestido negro hecho trizas, una media bajada hasta el tobillo. Tenía manchas de sangre en los brazos y en el cuello. Eddie sintió náuseas al mirarla.

«Si la encuentra aquí la policía», pensó desesperado, «me arrestarán... No creerán que la golpeé en defensa propia».

En ese momento pensó en Gus. Gus tendría que sacarlo de esa situación. Si había alguien que podía salvarlo, era Gus.

Corrió al teléfono y al responder Gus, exclamó:

—¡Sube corriendo, por favor! —Luego se dejó caer sobre la cama y trató de no mirar a la figura tendida en el suelo.

Al cabo de unos minutos oyó el ruido de la llave y se levantó con trabajo en el instante en que entraba Gus.

Gus se detuvo en seco y contuvo el aliento.

—¡Por Dios! —exclamó. Sus ojos brillaban de sospecha. Después de entrar y cerrar la puerta, preguntó a Eddie—: ¿Está muerta?

—No lo sé —respondió Eddie con voz temblorosa. La sangre que corría aún de su cara y le empañaba el cuello y la chaqueta le daba un aspecto lamentable—. Mira lo que me hizo. ¡Está loca! Me atacó como una fiera salvaje. Si no la hubiese golpeado...

Pero Gus no lo escuchaba. Los billetes esparcidos por todo el cuarto concentraban toda su atención. Dirigió a Eddie una rápida ojeada, se arrodilló junto a Carol, le tomó el pulso, le levantó la cabeza e hizo una mueca al mancharse los dedos de sangre. Con mucha suavidad volvió a apoyarle la cabeza en el piso, se limpió los dedos con el vestido destrozado y se levantó conteniendo un gruñido.

—¿Está...? —preguntó Eddie. Tragó saliva y esperó.

—Le rompiste el cráneo —dijo Gus con tono brutal—. ¿Por qué tuviste que darle tan fuerte, loco?

—¿Está muerta? —quiso saber Eddie. Se le aflojaban las rodillas y tuvo que sentarse en la cama.

—No vivirá mucho —dijo Gus, muy serio—. Tiene hundido el cráneo.

Eddie se estremeció.

—Me habría matado. Gus —se lamentó—. Tuve que golpearla. Te juro que me habría matado. Mira lo que me hizo...

—Cuéntaselo a la policía —dijo Gus—. Si no inventas una novela mejor te meterán en la cámara de gas con tanta rapidez que estarás atontado y no sabrás cuándo ponen las pastillas.

—Calla... —gimió Eddie, levantándose—. Te digo que...

—Calla tú —respondió Gus—. A mí no tienes que decirme nada. Pienso en el hotel, no en ti. Si la policía llega a enterarse de esto, nos clausurará. ¿No puedes dejar de sangrar así? —añadió de mal modo—. Estás ensuciando la alfombra.

Eddie fue al cuarto de baño y reapareció con una toalla apretada contra la cara.

—Tenemos que sacarla de aquí antes de que se muera —dijo, desesperado—. Nadie sabe que está en la ciudad. Por amor de Dios, Gus, sácala de aquí y arrójala en alguna parte.

—¿Yo? —preguntó Gus—. ¿Para que me acusen de complicidad? Estás loco. Soy más listo que eso.

Eddie lo aferró de un brazo.

—Puedes arreglarlo. Gus. Valdrá la pena. Mira, llévate ese dinero. Hay más de veinte mil dólares allí.

Gus hizo un gesto de sorpresa, como si por primera vez advirtiese el dinero desparramado en el suelo.

—¿Robaron un Banco? —preguntó.

—Es mío —dijo Eddie. Estaba ya casi histérico—. Sácala de aquí y guárdate el dinero. Vamos, Gus, sabes bien que puedes hacer algo.

Gus se acarició el pelo escaso con una mano.

—Es verdad, creo que podría hacer algo —concedió—. ¿Me darás el dinero si me deshago de ella?

—Sí... pero hazlo ahora mismo.

—Voy a arriesgarme —dijo Gus y se inclinó a recoger el dinero, apartando a Carol con un pie para recoger algunos de los billetes.

—Llévatela primero —repuso Eddie, retorciéndose las manos.

—Calma —le dijo Gus—. La bajaré por el ascensor de servicio. Tiene un automóvil en el garaje. Lo usaremos. La dejaré frente a la puerta del hospital si no hay nadie allí. Será mejor que te vayas, Eddie —dijo, guardando por fin los billetes en el maletín—. Si la policía te ve la cara es seguro que sospechará de ti.

—Me voy —dijo Eddie, medio sofocado de terror—. Gracias, Gus. Eres mi amigo.

—No tiene importancia —respondió Gus—. Siempre fui tonto frente a hombres listos como tú.

Eddie avanzó con pasos inseguros hacia el lugar donde estaba el otro maletín, semiculto debajo de un sillón volcado. Iba a levantarlo cuando se le acercó Gus en

dos rápidas zancadas.

—Un minuto, viejo —dijo—. Me llevo esto también.

Eddie se indignó.

—Es mío —dijo, aferrando el maletín—. Ella lo robó.

—Qué lástima. Recuerda que lllore cuando tenga tiempo. Dámelo.

—Es mío —suplicó Eddie—. No serás capaz de pelarme, Gus, ¿no? Es todo el dinero que tengo en el mundo. Necesito dinero para irme de aquí.

—Me destrozas el corazón —dijo Gus—. Dame eso, a menos que quieras que llame a la policía.

Eddie arrojó el maletín al suelo.

—¡Canalla! —gritó—. Llévatelo, entonces, pero espero que se te atragante y te envenene.

—No te preocupes —dijo Gus y con un guiño se despidió—. Hasta pronto, Eddie. Vete de la ciudad ahora mismo. No quiero verte esa cara rasguñada en mucho tiempo. Me da tristeza —repuso por fin, lanzando una carcajada. Le costaba tanto a Eddie hablar, que solo pudo salir con pasos tambaleantes de la habitación.

Ismi Geza estaba sentado en la sala de espera, del pabellón Montgomery en el hospital Memorial de Santo Río. Era un lugar acogedor, ventilado y con muebles cómodos. El sillón que ocupaba lo hacía sentirse descansado. Con cierta sorpresa pensó en lo grato que habría sido tener un sillón tan confortable como aquel en su propia casa.

Pensó en un sillón porque tenía miedo de pensar en Max. Se lo habían llevado en una ambulancia, sin permitir que Ismi lo acompañase. Debió seguirlo en el Packard. Y como hacía años que no conducía un automóvil, el viaje lo puso muy nervioso.

Adivinaba que Max había sufrido un ataque cerebral. En su familia había tendencia a sufrir apoplejía. Ismi mismo tuvo un ataque cerebral al ver cómo un león lastimaba a un amigo. Max tuvo el suyo al comprobar que había perdido su dinero. Con cierta tristeza, Ismi meditó sobre causas tan distintas, aunque los resultados hubiesen sido los mismos. Esperaba que no lo fuesen, sin embargo, y que Max se repusiese. Le molestaba mucho arrastrar su propia pierna, pero sufriría mucho más al ver en condiciones iguales o peores a un hombre enérgico e impaciente como Max.

Al abrirse la puerta apareció la Hermana Superiora. Ismi sintió simpatía hacia ella en cuanto la vio. Tenía una expresión grave y bondadosa. Además, parecía una mujer llena de sentido común, alguien en quien podía confiar.

Pero estaba tan asustado por lo que ella pudiese decirle que cuando la religiosa empezó a hablar tuvo la sensación súbita de ser sordo, de modo que llegaban a su mente solo unas pocas frases aisladas. Hablaba de una hemorragia por ruptura de una arteria cerebral... signos de parálisis en el costado izquierdo del cuerpo... falta de reflejos.

—Bien... —comentó Ismi cuando ella calló—. Pero ¿está grave? ¿Morirá?

De inmediato la Hermana Superiora advirtió que no había comprendido lo que acababa de decirle y decidió expresarse en los términos más simples posibles.

Le dijo con tono sereno que no moriría, pero podría quedarse paralítico, sin poder volver a caminar. Era demasiado pronto como para hacer un pronóstico. Solo lo sabrían más tarde.

—No le gustará —dijo Ismi con tristeza—. No es un muchacho paciente. —Jugaba con su sombrero gastado—. ¿Hará todo lo que pueda por él? No me importa el costo.

—Puede verlo por unos minutos —dijo ella. Sentía un inesperado dolor por aquel hombrecito—. No diga nada que pueda preocuparlo. Hay que mantenerlo muy tranquilo.

Ismi halló a Max tendido en una cama, en un cuarto pequeño y pulcro, con la cabeza y los hombros algo levantados. El viejo apenas reconoció a su hijo. Tema el lado izquierdo de la cara deformado, hecho que le daba un aspecto grotesco, aterrador. La comisura izquierda de sus labios estaba caída hacia abajo, e Ismi veía la dentadura de Max en un gesto semejante al de un perro rabioso.

Sus ojos brillaban como dos pequeñas ascuas. Se posaron en Ismi al llegar este muy despacio junto a la cama: ojos terribles, llenos de odio, rabia, maldad.

Junto a la ventana estaba la enfermera Hennekey, una muchacha alta y morena con una expresión curiosa por lo impasible. Al ver entrar a Ismi lo miró con sorpresa e interés, pero no se movió ni habló.

—Están haciendo todo lo que pueden por ti —dijo Ismi, aferrando los barrotes blancos de la cama con un gesto desesperanzado—. Pronto estarás mejor. Vendré a verte todos los días.

Max lo miraba fijamente, sin poder hablar, pero la expresión sombría de sus ojos no cambió, ni tampoco se disipó el odio que reflejaban.

—No debo quedar me —prosiguió Ismi, incómodo y atemorizado—. Se hace tarde. Volveré mañana.

Los labios de Max se movieron en un esfuerzo por hablar, pero no partió ningún sonido de ellos.

—No debes hablar —le dijo Ismi—. Tienes que mantenerte en reposo. —Al sentir que le corría una lágrima por la mejilla, se sorprendió. Recordaba a Max cuando era niño, cuando él mismo había tenido tantas aspiraciones para su futuro.

Los labios de Max se movieron otra vez, formando las palabras «sal de aquí», pero Ismi no reparó en lo que quería decir.

La enfermera Hennekey, que los observaba, leyó en cambio lo que decían los labios de Max y con un gesto, indicó a Ismi que se retirase.

—Volveré. Te lo prometo —dijo Ismi, enjugándose la lágrima con un dedo—: No te preocupes por nada. —Luego, después de titubear, añadió—: No debes preocuparte por nada. Tengo lo suficiente, he ahorrado...

De inmediato la enfermera Hennekey le tocó un brazo, llevándolo hacia la puerta.

—Por favor, cuídelo bien, enfermera... —dijo él—. Es mi hijo.

La enfermera asintió con un gesto y apartó la mirada para que el viejo no viese su mueca de desagrado. Le parecía que en Max había algo horrible. Lo odiaba, sin ninguna razón. Cuando lo tocaba tenía una sensación desagradable.

Ismi se alejó despacio por el pasillo entre la doble hilera de puertas. En cada una había una tarjeta con un nombre e Ismi se detuvo a leer una de ellas. Luego se volvió para verificar si Max tenía la suya, como los demás. Quería que su hijo recibiese el mejor de los cuidados. Sí, allí estaba el nombre de su hijo en la tarjeta. Esa gente era sumamente rápida y eficiente. Hacía pocas horas que su muchacho estaba allí y ya figuraba su nombre en la puerta. Oyó pasos y al mirar hacia atrás vio a un hombre alto acompañado por una muchacha muy bonita marchando por el pasillo. Al llegar a la puerta frente a Ismi, se detuvieron y golpearon en ella.

A Ismi le parecieron simpáticos y siguió mirándolos hasta que abrieron la puerta y entraron. Lleno de curiosidad se acercó a leer el nombre sobre la puerta y al verlo retrocedió, presa de un escalofrío, como si acabase de pisar un reptil.

Veda y Magarth contemplaban a Carol, pálida e inconsciente en la cama de hospital. El médico interno, el doctor Cantor, estaba tomándole el pulso.

—Espero haber hecho bien en llamarlos —dijo a Magarth—. Desde luego que he leído acerca de Carol Blandish y cuando la identificamos se me ocurrió que sería mejor llamarlos enseguida.

Magarth asintió.

—Está muy mal, ¿no?

—Yo habría dicho que no hay esperanzas —dijo Cantor—, pero hemos tenido la suerte de que esté visitándonos el doctor Kraplien, el mejor neurocirujano del país. La fractura es grave, pero creemos que el cerebro en sí no ha sufrido daño. Hay presión allí, probable consecuencia del golpe sufrido en el accidente del camión. Si la operación es exitosa, la paciente recobrará la memoria. —El doctor Cantor dirigió una mirada significativa a Magarth—. Esto quiere decir que no tendrá el menor conocimiento de lo que le sucedió desde que se produjo el accidente del camión.

Magarth se mostró sorprendido.

—¿Quiere decir usted que no me reconocerá? —preguntó.

—No recordará nada ni a nadie después del accidente —explicó Cantor—. El doctor Kraplien está muy interesado en este caso. Habló con el doctor Travers, en el sanatorio de Glenview y ha estudiado toda la historia personal de la señorita Blandish. Cree que su estado puede deberse exclusivamente a esa compresión cerebral y que podría en tal caso curarla de estos accesos de violencia.

—Así lo espero. Ha sufrido muchísimo —dijo Veda, e inclinándose besó la cara pálida e inmóvil de Carol—. Pero ¿será posible?

Cantor se encogió de hombros. Era obvio que no abrigaba mayor optimismo.

—La operarán en menos de media hora —dijo—. Ustedes volverán después de haber hablado con la policía, ¿verdad? Creo que para entonces tendré noticias.

En uno u otro momento llegaron a Santo Río numerosos visitantes insólitos. El viejo Joe, vendedor de diarios junto a la entrada de la estación ferroviaria, los ha visto a todos. El viejo Joe es una autoridad en materia de visitantes a Santo Río. Recuerda a la anciana con sus tres gatos persas marchando con elegancia detrás, la bonita actriz que llegó muy ebria y golpeó a un maletero en la cabeza con una botella de *gin*. Recuerda a ricos y astutos, inocentes y malvados, pero dirá a cualquiera que la visitante más extraordinaria que conoció es *Miss Lolly Meadows*.

Miss Lolly llegó a Santo Río en el mismo tren que trajo a Magarth y a Veda a esa ciudad de la costa del Pacífico. Le había hecho falta mucho valor para hacer el viaje, pero lo hizo.

Desde la visita de Carol, cuando le mostró la fotografía de Linda Lee: *Miss Lolly* había tenido escrúpulos de conciencia. Consideraba una vergüenza para ella haber permitido a una muchacha tan joven como Carol ir por su cuenta a la caza de dos animales como los Sullivan. Carol quería vengarse de ellos, y *Miss Lolly* también. Entonces, ¿por qué le permitió alejarse sola? ¿Por qué no se ofreció, al menos, a acompañarla?

Al cabo de tres o cuatro días de cavilaciones *Miss Lolly* decidió viajar a Santo Río y ver si podía encontrar a Carol. Tomó la decisión no sin gran aprensión y temor, pues hacía años que no viajaba en tren, alternaba con desconocidos o era objeto de miradas curiosas y malévolas.

El viejo Joe suele contar que vio a *Miss Lolly* cuando salía de la estación ferroviaria con su raído vestido negro de los usados hacía veinte años y un sombrero de anchas alas adornado con guirnaldas artificiales y racimos de uva. La barba limpiamente afeitada completaba por cierto el cuadro y el viejo Joe se quedó mudo de asombro.

Miss Lolly se detuvo cerca de Joe y contempló el tránsito veloz, la muchedumbre que se arremolinaba, las mujeres lánguidas y semidesnudas con su ropa de playa y se quedó horrorizada.

El viejo Joe tenía buen corazón y aunque le daba vergüenza que lo vieses conversando con ese monstruo, le ofreció ayudarla en lo que pudiese. *Miss Lolly*, al ver una cara amable, le dijo que había venido en busca de Carol Blandish.

Por un instante Joe la miró con recelo. Decidió que era loca, pero inofensiva y sin decir una palabra le entregó un diario de la mañana, señalando el párrafo que mencionaba la aparición de Carol, la famosa heredera, inconsciente dentro de un automóvil y frente a la puerta del hospital Memorial. Agregaba que estaban por operarla inmediatamente.

Miss Lolly apenas tuvo tiempo de pesar esas noticias cuando al levantar la mirada vio la figura renga de Ismi Geza en la acera de enfrente.

Lo reconoció al instante, a pesar de hacer más de quince años que no lo veía. Al punto adivinó que donde estaba Ismi, Max no podía estar muy lejos. Después de agradecer al viejo Joe su amabilidad, partió en busca de Ismi y lo alcanzó fácilmente.

Cuando le tocó el brazo, Ismi se quedó mirándola unos segundos antes de tomarla de la mano. El encuentro entre la mujer barbuda y el payaso de circo provocó una congestión de tránsito y atrajo una multitud. Al ver la sensación que estaban causando, Ismi llamó un taxi, ayudó a *Miss Lolly* a subir en él y se instaló a su lado.

Al partir el taxi la multitud lanzó una ovación.

Max yacía en su cama. Su mente retorcida y cruel vivía un suplicio de dolor y de furia frustrada. ¡Qué le hubiese sucedido eso! Caer de esa manera. Estar indefenso, paralizado por el resto de su vida... ¡Y Carol Blandish tenía la culpa! ¡Fue ella quién mató a Frank! ¡Ella, quién les robó su dinero! ¡Ella, quién hizo de él un inválido impotente! Al caer en la cuenta de que no podía hacerle nada, murmuró algo, furioso.

Hacía ocho horas que estaba inmóvil con los ojos cerrados, pensando en Carol. Tuvo conciencia de la enfermera que se desplazaba por el cuarto pero se negó a abrir los ojos o dar alguna señal de vida. Quería estar a solas con sus pensamientos, elaborar mentalmente una venganza que le diese satisfacción. La verdad era que todas las acciones horrorosas e inconcebibles que imaginaba para infligir a Carol no bastaban para conformarlo.

Oyó abrirse la puerta y al mirar entre las pestañas vio que era otra enfermera. Como había sospechado, venía a tomar el turno de la noche.

Oyó decir a la enfermera Hennekey:

—Gracias a Dios que llegaste. Este hombrecito horrible me pone piel de gallina.

—¿Duerme? —preguntó la otra enfermera, con una risita.

—Sí. Hace horas que duerme. Es lo único bueno que puedo decir de él. Pero mirarlo, tan solo, me da miedo.

Max intuyó la proximidad de la otra enfermera. Su cara rígida y sin expresión no cambió, pero escuchaba con atención.

—A mí no me asustará —dijo la enfermera con tono firme—. Aunque no es precisamente una pinturita.

—Espera hasta verle los ojos. Cambiarás de parecer. No me sorprendería nada que hubiese asesinado a alguien. Nunca vi una mirada tan malvada y cruel. Deberías haber visto cómo miraba a su padre, un pobre viejo.

—Terminarás por hacerme llorar —replicó la otra enfermera, llamada Bradford, riendo otra vez—. Pero, dame noticias de esa otra paciente. ¿Es verdad? ¿Es realmente Carol Blandish?

Solo mediante un esfuerzo inmenso pudo Max evitar dar señales de estar

escuchando. Bajo las sábanas su mano derecha se crispó en un puño.

—Sí. La heredera. Es lindísima. Nunca vi un pelo tan extraordinario —contestó la enfermera Hennekey—. La historia clínica quedó en su cuarto. Es mejor que la leas. El doctor Cantor recorrerá la sala durante la noche. La operación fue un éxito y dicen que el doctor Kraplien es un mago. Quiere decir que volverá a la normalidad. Llevó cinco horas. Me habría gustado verla, pero tenía que cuidar a este monstruo —dijo, señalando a Max, mudo e inmóvil.

—Iré a verla ahora —dijo la enfermera Bradford—. Vete ya y no llegues tarde por la mañana.

Las dos enfermeras se retiraron, y Max abrió los ojos. Escuchó atentamente, oyó un murmullo de voces afuera, luego abrirse una puerta, y por fin la voz de Bradford que decía:

—¡Vaya! ¡Es una belleza!

De modo que Carol estaba enfrente, a pocos metros de él. Una chispa de odio asesino se encendió en su mente. ¡Si pudiese llegar hasta ella! Si pudiese moverse... Sus labios se curvaron en una mueca de fiera. Pero esa enfermera... tendría que ocuparse primero de la enfermera.

Pero ¿en qué estaba pensando? Hacía planes como si pudiese llevarlos a cabo. Quizá pudiese. Trató de levantarse sobre el brazo derecho, pero el lado izquierdo, inerte y frío, era demasiado pesado. Lo intentó otra vez, apelando a toda su fuerza, y consiguió volverse sobre el costado izquierdo. Desde aquella posición alcanzaba a ver el suelo. Si se dejaba caer, quizá podría arrastrarse hasta la puerta. Cuando esta se abrió y entró la enfermera Bradford había vuelto ya su cuerpo a la posición anterior.

Era una muchacha rubia con ojos grandes y azules de expresión algo tonta.

—¡Ah, está despierto! —dijo con tono alegre—. Soy la enfermera nocturna. Voy a ponerlo cómodo.

Max cerró los ojos para evitar que ella viese su expresión feroz.

—Le ordenaré la cama —dijo.

Pensaba hacer lo que había pensado. Con la enfermera fuera de su camino, llegaría a Carol Blandish, aunque muriese después. Pero primero, la enfermera...

Cuando empezó a estirarle las sábanas, Max le hizo una seña con la mano derecha.

—¿Desea algo? —le preguntó ella, mirándolo.

Max repitió la seña, intentó hablar y ella se inclinó, acercando la cara a él, para comprender lo que murmuraba.

Con un gruñido Max le aferró la garganta con la mano derecha, la atrajo hacia sí, liberó su pierna derecha de la frazada y la enganchó en el cuerpo de la enfermera, aprisionándola contra la cama. Era más fuerte de lo que Max había imaginado y no era fácil mantenerla aferrada, pues lo atacaba con las dos manos.

Max no la soltaba, y maldecía para sus adentros, al sentir que sus dedos resbalaban de la garganta firme, ante el ataque furioso contra su mano. «Se me

escapará», pensó, desesperado. «¡Gritará!». Los ojos aterrados de la enfermera estaban frente a los suyos. Se le había caído la toca y su pelo dorado le cubría los hombros. Tenía que hacer algo ya mismo. Soltando la garganta, apartó la mano y con el puño cerrado descargó un golpe sobre la cara vuelta hacia arriba.

Atontada, ella solo atinaba a resistirse apenas y una vez más Max le aferró la garganta.

Después permaneció quieto, con la respiración anhelante. La lucha había sido demasiado para él y veía, lleno de alarma y de rabia, que estaba muy débil. Sin embargo, aquel destello asesino seguía encendido en él. No había tiempo que perder. Podría entrar alguien. Nunca se sabía quién podría llegar cuando uno estaba preso en un hospital. Si quería liquidar a Carol, debía hacerlo de inmediato, pero a pesar de la prisa que tenía, no se movió. Sentía que se ahogaba y la sangre palpitaba en su cerebro, provocándole náusea y mareos.

Esperó, por lo tanto, hundiendo las uñas en la palma de su derecha, hasta que su respiración se volvió más regular. A medida que volvían las fuerzas a su cuerpo torcido tuvo conciencia de los pasos que se acercaban por el pasillo. El corazón le latía como un reloj enloquecido. Pero los pasos no se detuvieron, sino que fueron alejándose.

La tarea que contemplaba era casi imposible. Tendría que arrastrarse por el pasillo y cualquiera que pasara lo vería de inmediato y daría la voz de alarma. ¡Si solo tuviese un arma! ¡De haberla tenido, nadie lo habría detenido!

Con todo, no renunciaba a su plan. De cualquier manera era demasiado tarde como para echarse atrás. Debía llevarlo a cabo.

Arrojó lejos las frazadas y poco a poco se movió hasta el borde de la cama. Al mirar hacia abajo, vio la cara de la enfermera muerta y sus labios se distendieron en una mueca. Era horrible. El tono azulado de su cara chocaba en forma espantosa con su pelo dorado. Lentamente se asomó fuera de la cama hasta tocar el suelo con la mano derecha y dejó que su cuerpo se deslizase hacia abajo, controlando su caída con la mano. Pero al desplazarse su pierna pesada e inerte, no pudo hacer nada para controlarla y de pronto se sintió caer con un golpe sordo. Otra vez estaba sin aliento y el dolor lo invadió como una ola cálida, hasta que perdió el conocimiento.

No tenía la menor idea de cuánto tiempo permaneció en el suelo, pero poco a poco fue recobrándose, para comprobar que tenía la cabeza apoyada en el pelo de la enfermera. Volvió el cuerpo para apartarse, con un estremecimiento y comenzó a arrastrarse por el piso encerado hacia la puerta.

Con gran sorpresa notó que avanzaba con rapidez en lugar de tener que arrastrar el brazo y la pierna izquierdos, carentes de toda sensación. Llegó a la puerta, se estiró para tocar el picaporte, abrió la puerta unos centímetros y se detuvo a descansar. Se sentía mal. La sangre palpitaba en su cerebro, como si estuviera por reventársele un vaso y la respiración partía del fondo de su garganta en una especie de estertor. Volvió a esperar, seguro de que si salía al pasillo alguien lo oiría.

Y mientras aguardaba, la mente se le llenó otra vez de aquella furia increíble por saber que estaba tan cerca de Carol y que en pocos minutos podría ponerle las manos encima.

Estaba por moverse otra vez cuando oyó acercarse a alguien. Rápidamente cerró la puerta y esperó, tratando de contener la respiración, gruñendo ante la posibilidad de que lo descubriesen.

Afuera sucedía algo y con gran cautela entreabrió la puerta un par de centímetros para ver qué ocurría.

Había una enfermera parada frente a él. Estaba sacando una pila de sábanas de un armario. Era alta y bonita y tarareaba algo en voz baja. Por alguna razón absurda Max advirtió la corrida en una de sus medias. Era lo único en ella que le llamaba la atención. Con la pila de sábanas entre los brazos, la enfermera cerró la puerta con un pie y se alejó caminando de prisa por el pasillo.

Max sentía el sudor corriéndole por la cara y el pelo. Era como si fuese una esponja impregnada de agua. Miró la puerta de enfrente a través del pasillo, trató de leer la tarjeta, pero la letra impresa era demasiado pequeña. Algo más lejos había dos puertas más y con súbito pánico se preguntó cuál sería la puerta de Carol.

No tenía tiempo de arrastrarse por todo el corredor, pues se movía muy despacio. Debía entrar directamente en el cuarto frente al suyo y confiar en su suerte y en que Carol estuviese allí. Apoyando la oreja en el suelo, escuchó. El vasto edificio parecía sumido en el silencio por el momento y se interrumpía solamente cuando los ascensores rápidos se deslizaban con un suave rumor entre piso y piso. No se oía nada más.

Max respiró hondamente, abrió la puerta y salió al pasillo.

—Si lo vieras ahora —dijo Ismi—, no te preocuparía tanto. Sé que no ha sido un buen muchacho, pero ahora... —Ismi se interrumpió, meneando la cabeza con aire melancólico.

Miss Lolly seguía paseándose con las manos entrelazadas y una expresión decidida en el delgado rostro.

Los dos se alojaban en el modesto hotel que habían elegido para estar cerca de Max. Hacía ya seis horas que estaban juntos y habían hablado de Max prácticamente sin interrupción.

—Yo lo conozco mejor que tú —dijo *Miss Lolly*—. Es tu hijo. Tú tienes un sentimiento paternal hacia él. Tratas de justificarlo. —Las manos se palparon la barba afeitada—. Es malo... malvado. Frank también lo era.

—Frank murió —dijo Ismi y se persignó.

—Ojalá hubiese muerto también Max —murmuró *Miss Lolly*—. Mientras Max respire, Carol corre peligro. Lo siento en los huesos. No puedo evitarlo, Ismi. Lo intuyo.

—Está paralítico —insistió el viejo—. No sabes lo que dices. No lo has visto. Ni siquiera puede hablar.

—Es Max —señaló Miss Lolly—. Y yo tengo miedo al pensar que ella ocupa el cuarto frente al de Max. Está demasiado cerca, Ismi. La descubrirá.

Ismi dejó escapar un lamento.

—No comprendes, ¿eh? —dijo—. Te digo que no puede moverse. Nunca volverá a caminar. Lo sé. Mira lo que me sucedió a mí. Y Max está mil veces peor que yo.

Miss Lolly se acercó a su valija, la abrió, y retiró de ella un pesado cuchillo de los usados en el circo.

—No hay nada que no sea capaz de hacer con un cuchillo —dijo, mostrándoselo a Ismi—. Sería capaz de arrojar un cuchillo aun sin poder caminar. No hay nada que no sepa hacer con él.

Ismi se retorció las manos.

—Estás cansándome —se quejó—. No dejas de hablar. Max no tiene un cuchillo. No tiene ningún arma. Nada... Por favor, calla. No le sucederá nada.

Miss Lolly lo miró fijamente.

—Voy al hospital. No puedo descansar. Habría ido antes de no haber sido por ti.

Ismi hizo un ademán de levantarse.

—¿Qué piensas hacer? No pensarás decirles quién es... lo que hizo... No harías tal cosa, ¿no?

—Debo advertirles —repuso ella con tono firme—. No confío en Max.

Ismi la tomó de las manos.

—No se lo digas —suplicó—. No lo tratarían tan bien si se enterasen. Pusieron su nombre en la puerta y tiene una enfermera especial. Está muy enfermo. Ten un poco de piedad, Lolly. Es mi hijo.

—Max nunca tuvo piedad de nosotros —replicó Lolly en voz baja.

—Pero ahora está inválido... Ve allá y verás. No puede hacer ningún daño. Tal vez esto lo haga cambiar. Cuando esté mejor, me lo llevaré. Empezaré una nueva vida. No se lo digas a ellos.

—¿Cómo tuviste un hijo como él? —preguntó Lolly con vehemencia—. Te lo advertí. ¿Por qué te casaste con esa mujer? Te dije que era mala y tú lo comprobaste bien pronto. ¿Por qué no me escuchaste?

Ismi se sentó.

—Tenías razón. Querría haberte escuchado. ¿Qué voy a hacer ahora, Lolly? No hay futuro para mí. Y tengo muy poco dinero. —Ismi se pasó la mano por los ojos—. Y no durará mucho. Deberé gastar cada centavo en Max. Él lo necesita ahora. —Al hablar se balanceaba—. Me siento tan viejo e inútil, Lolly...

Mientras decía esas palabras, Lolly se acercó sin hacer ruido a la puerta, la abrió, miró desde allí al viejo payaso, que seguía lamentándose.

—¿Qué será de nosotros? —Decía—. Sé que tienes razón. Es malvado. Seguirá actuando como hasta ahora por inválido que esté, porque sus pensamientos son

malvados...

Pero *Miss Lolly* no lo oía ya. Bajaba corriendo las escaleras. Solo cuando llegó al vestíbulo del miserable hotelito cayó en la cuenta de que tenía entre sus manos el pesado cuchillo de circo, y se apresuró a ocultarlo debajo de su abrigo.

Un par de viajeros, dos hombres con cara grasienta se dieron unos codazos al ver a *Miss Lolly* cruzando el vestíbulo.

—Este es la clase de hotel que buscamos —dijo uno de ellos—. Hasta las mujeres tienen barba.

Pero *Miss Lolly* no prestó atención, a pesar de haberlo oído. Salió a la calle oscura y no pasó un minuto antes de que tomase un taxi.

Llegó al hospital de Santo Río cuando daban las once de la noche en el reloj de la torre.

El portero apostado en la puerta la miró con una expresión de repulsión y desdén.

—No puede ver a nadie a esta hora —dijo—. Venga mañana. La Hermana Superiora está descansando y el médico interno está haciendo su recorrido. Es inútil que haga esos gestos con la cabeza. No puede entrar —repitió y luego cerró firmemente la puerta en la cara de *Miss Lolly*.

Miss Lolly levantó la mirada hacia el inmenso edificio con su infinidad de ventanas iluminadas. En algún punto de ese edificio estaba Max. Frente a su cuarto estaba el de Carol.

Tenía un presentimiento de peligro. Conocía a Max, y si se enteraba de que Carol estaba tan cerca, movería cielo y tierra para llegar hasta ella. *Lolly* se ajustó su ridículo sombrero en la cabeza y avanzó rápidamente hasta dejar atrás la cabina del portero, como una sombra fantasmal, en dirección al cuerpo principal del edificio.

Max llegó a la puerta frente a la suya, se detuvo por un instante para levantarse un poco sobre el brazo y leyó la tarjeta. Al ver el nombre escrito allí una ola de sentimientos crueles le recorrió el cuerpo. Estaba allí, detrás de la puerta, a su alcance. Alcanzó con dificultad el picaporte, logró abrir la puerta y entró arrastrándose. Pudo cerrar la puerta después.

El cuarto estaba sumido en la penumbra, con una única luz azul encima de la cama. Por un instante no alcanzó a ver nada, pues lo enceguecía el contraste entre la iluminación cruda del pasillo y esa semioscuridad. Luego los objetos del cuarto empezaron a perfilarse. Vio la cama, ubicada en el centro, la mesa esmaltada de blanco y el sillón. Sin embargo, toda su atención cargada de odio se concentraba en la cama.

Se arrastró hacia ella y se detuvo. Era una cama muy alta y tendiendo la mano solo podía llegar al borde superior del colchón. Cuando se levantó sobre el brazo derecho vio a Carol tendida allí, pero dada la incapacidad de su brazo izquierdo no pudo tocarla.

Estaba de espaldas, con la sábana estirada hasta debajo del mentón y su cara era de una blancura nívea bajo la luz azulada. Tenía el aspecto de una muerta, hermosa, serena, pero Max veía su pecho subir y bajar con regularidad. Tenía la cabeza enteramente cubierta por los vendajes y bajo ellos se veía solo un mechón del hermoso pelo rojo.

Pero Max no reparaba mucho en todo eso. Veía en ella a alguien a quien matar, aunque fuera de su alcance. Tembloroso de furia, aferró el borde de acero de la cama y trató de levantarse, pero la mitad inerte de su cuerpo pesaba demasiado.

Por un instante temió sufrir otro ataque. Estar tan cerca de ella... haber sufrido tanto para llegar hasta allí, y que ella siguiese sana y salva y fuera de su alcance... era algo que no podía soportar. Se dejó caer en el suelo, cerró los ojos, trató de dominar el latido de la sangre dentro de su cabeza. Tenía que pensar. Tenía que haber alguna manera de alcanzarla.

Tal vez si empujaba el sillón junto a la cama podría subir a él y llegar mejor. Empezó a arrastrarse hacia el sillón. En ese punto sus oídos, que no cesaban de estar atentos al más leve ruido, le indicaron que se acercaba alguien.

Se detuvo, escuchando.

Miss Lolly marchaba de prisa por el pasillo, sin aliento y llena de alarma. Nadie la había visto entrar en el hospital, aunque había pasado varios momentos de miedo. Le había dado trabajo encontrar el pabellón Montgomery, recordaba que *Ismi* le había dicho que Max estaba en el tercer piso y había subido trabajosamente por la escalera de emergencia, segura de que por ella no correría el riesgo de que alguien la viese.

Cuando llegó al tercer piso, varias enfermeras recorrían los cuartos que daban al descanso y *Miss Lolly* debió aguardar la oportunidad de correr por el pasillo. Por fin pudo hacerlo y trotó por él mientras recorría con la mirada los nombres de las tarjetas en cada puerta, hasta encontrar el cuarto de Max.

Había decidido verlo en primer término. Si estaba tan enfermo e incapacitado como afirmaba *Ismi*, no lo delataría. Pero conocía bien a Max y hacía mucho tiempo que no confiaba en él. *Ismi* era un hombre ingenuo y dispuesto a pensar lo mejor de todo el mundo. A ella, en cambio, no le parecía muy probable que Max llegase a ser inofensivo.

Se detuvo bruscamente al ver el nombre de Max en la puerta. Allí estaba prolijamente escrito en una tarjeta blanca. «Pensar que le hacen este honor a semejante animal...», pensó, indignada. Escuchó antes de entrar, pero no oyó nada y comprobó de pronto que estaba temblando. Recordó la última vez que vio a Max, la fría maldad de sus ojos y su expresión rencorosa. Recordó que Max la había golpeado con tanta rapidez que no tuvo tiempo de protegerse.

Con un gesto instintivo aferró el mango del cuchillo que llevaba oculto bajo el abrigo y haciendo girar el picaporte entró en el cuarto.

El *shock* de ver a la enfermera muerta tendida en el suelo fue tan intenso que *Miss Lolly* temió que se le detendría el corazón. Vio luego la cama vacía y de inmediato

dedujo qué sucedía. ¿Había llegado a tiempo? Sabía que no tenía un segundo que perder, de modo que giró sobre sus talones y se dirigió corriendo al cuarto de enfrente.

No pensó en sí misma ni un instante. Su único objeto era salvar a Carol. Abrió, pues, la puerta y se lanzó dentro del cuarto sumido en la penumbra.

Max, agazapado en la oscuridad, la reconoció en cuanto la vio y dejó escapar un grito de furia al verla avanzar con torpeza. Sabía que no lo vería enseguida, sino cuando sus ojos se habituasen a la luz escasa. Tenía esos segundos para liquidarla, si pensaba cumplir su venganza. Conteniendo la respiración se arrastró hacia ella, pero estaba por tocarla cuando *Miss Lolly* lo vio.

No sabía muy bien qué era lo que se movía hacia ella.

Apenas percibía una masa borrosa y amenazadora que trataba de asirla. De inmediato decidió que era Max.

Horrorizada dio un paso hacia atrás, sintió la mano de él sobre el ruedo del vestido. Se apoderó de ella un terror ciego e inclinada sobre él le hundió el cuchillo.

La hoja se introdujo en el costado de Max, pero volvió a salir después de hacerle una herida poco profunda y se incrustó en el suelo. Ambos se miraron. Max levantó el puño y golpeó a *Miss Lolly* en un lado de la cabeza, derribándola.

Sin embargo, estaba asustado, pues sentía correr la sangre por su pecho y no sabía si *Miss Lolly* le había seccionado la arteria. Había sido una cuchillada al azar, tonta. Para Max, experto en el oficio, un golpe errado era imperdonable. *Lolly* lo había tenido en su poder y debería haberlo matado.

Max tomó el cuchillo, mostrando los dientes en una mueca feroz. Apenas sintió el frío filo contra la carne. Tenía lo que necesitaba. La vieja tonta le había llevado el arma que mejor manejaba.

Pero el cuchillo estaba tan firmemente clavado en el piso de madera que no logró moverlo. Tuvo conciencia de estar perdiendo poco a poco las fuerzas a causa de la hemorragia de su costado. Con súbita violencia siguió tirando del cuchillo y entonces vio a *Miss Lolly* levantarse muy despacio. Todo marchaba mal, pensó furioso y quiso gritarle, pero de sus labios no brotó un solo sonido.

Miss Lolly estaba de pie, el sombrero grotesco ladeado, los ojos cubiertos de horror. Apoyándose en la barra horizontal de la cama, se interpuso entre Max y Carol muda e inconsciente.

Max volvió a asir el cuchillo y lo agitó en uno y otro sentido. Sintió que se aflojaba lentamente y su cara se iluminó de triunfo.

—¡No! —dijo *Miss Lolly* con voz ahogada—. Deja ese cuchillo. No lo toques.

Max le dirigió otro gruñido y al tirar otra vez del mango, el cuchillo se desprendió poco a poco de la madera.

Miss Lolly vio su expresión de triunfo, supo lo que ocurriría cuando pudiese esgrimirlo y miró desesperada en torno de sí, en busca de un arma. En un rincón del cuarto había un cilindro de oxígeno. Corrió hacia él y tomándolo con las dos manos

se volvió.

El movimiento coincidió con el instante en que Max, cuchillo en mano ya, lo arrojó silbando por el aire.

Miss Lolly lanzó un grito ronco y levantó el cilindro al hundirse el cuchillo en su pecho flaco y huesudo. Permaneció erguida un segundo, con el cilindro sobre la cabeza, el mango del cuchillo visible sobre su viejo vestido negro, la mirada ciega. Luego sus rodillas se doblaron y el cilindro cayó al suelo con estrépito. Por muy poco no golpeó a Max y *Miss Lolly* se desplomó.

En forma gradual, Max se arrastró hacia ella e inclinado sobre su cara, la escupió. Sabía que *Miss Lolly* había terminado con él, que estaba desangrándose y comenzaba a sentir una fuerte soñolencia. Sentía la sangre manar por su costado, vaciándolo, llevándose su espíritu maldito.

Pero le quedaba todavía una oportunidad, si se daba prisa. Si lograba retirar el cuchillo del pecho de *Miss Lolly* tendría quizá fuerza suficiente como para arrojarlo. Desde donde estaba, Carol ofrecía un blanco perfecto.

Aferró una vez más el mango y tiró de él. Estaba resbaladizo de sangre, pero insistió hasta que lo extrajo. Pero el hecho era que estaba tan débil que apenas podía levantarlo. Se volvió sobre el costado y miró el cuarto en penumbras.

Recordó de pronto la época en que él y Frank trabajaban en el circo. La muchacha tendida en la cama bajo la luz azulada le recordó a otra que solía apoyarse en un tablón para que él le arrojase cuchillos pintados de pintura fosforescente. Recordó la vez en que apuntó con tanto cuidado a su garganta. Fue un golpe inteligente, porque lanzó el cuchillo en la oscuridad. Aún podía hacerlo otra vez, a pesar de estar muriéndose.

Su padre le había dicho innumerables veces: «No hay lanzador de cuchillos como tú en todo el mundo. Nunca te vi errar el blanco cuando estabas decidido a dar en él».

Era verdad. Debía reunir sus últimas fuerzas.

No era un blanco difícil. Veía la garganta pálida de Carol encima del borde de la sábana, pero era una lástima que el cuchillo se hubiese vuelto tan pesado. Lo levantó con gran trabajo y luego se detuvo.

Tuvo la sensación de una brisa helada en el interior del cuarto y vio moverse una silueta vaga. Bajo la luz débil apareció una figura desde un rincón.

Tenía el cuchillo fuertemente aferrado y tuvo la sensación de que se le erizaba el pelo en la nuca.

Frank aparecía en medio de la oscuridad. Con su cara gorda y su sonrisa forzada; su gabán y su sombrero negro, sus pantalones negros arrugados como un acordeón.

—Esperaste demasiado, Max —dijo Frank—. No podrás hacerlo ya —añadió y lanzó una carcajada.

Max intentó gritar, pero solo gruñó, y luego sostuvo el cuchillo en equilibrio, mientras el cerebro ordenaba a sus músculos que lo arrojase. No sucedió nada. El cuchillo comenzó a deslizarse de sus dedos flojos y fríos.

—Esperaste demasiado, Max —repitió Frank en un susurro proveniente de las sombras. El cuchillo cayó ruidosamente al suelo y el brazo de Max quedó flojo e inerte.

—Vamos, Max —le dijo Frank—. Estaba esperándote.

Antes de morir, Max pensó satisfecho que había estado a la altura de sus antecedentes. No había errado al blanco, puesto que no llegó a arrojar el cuchillo.

Momentos más tarde, Carol suspiró y abrió los ojos. Desde su cama no veía el horror que la rodeaba sobre el piso. Permaneció inmóvil, con la mente enteramente vacía en cuanto al pasado, esperando que llegase alguien.



JAMES HADLEY CHASE, nacido en Londres, 24 de diciembre de 1906, fue uno de los seudónimos utilizados por René Babrazon Raymond para firmar sus obras de tipo negro y criminal. Antes de dedicarse a la escritura, Chase trabajó como vendedor de enciclopedias o mayorista de libros. Prolífico en el campo de la novela negra tipo *pulp*, con inevitables referencias a la prohibición y a los *gángster*, Chase llegó a publicar, entre sus cuatro seudónimos, más de ochenta volúmenes. Sus obras más importantes son: *El secuestro de miss Blandish* (1939), *Con las mujeres nunca se sabe* (1942), *Eva* (1945), *Más mortífero que el hombre* (1946), *Acuéstala sobre los lirios* (1950), *Fruto prohibido* (1956) y *Un loto para Miss Quon* (1961). En 1966 Chase dejó Inglaterra por Francia para, finalmente, trasladarse a Suiza, donde vivió en Corseaux hasta su muerte el 6 de febrero de 1985.